



Lemir 24 (2020) - Textos: 133-266

ISSN: 1579-735X

ANTONIO DE ESLAVA
NOCHES DE INVIERNO



Texto preparado por ENRIQUE SUÁREZ FIGAREDO

ADVERTENCIA

ESTA edición electrónica de las *Noches de Invierno* fue inicialmente construida con las lecturas de los ejemplares de la ed. de Barcelona-1609 (Jerónimo Margarit, para cuatro librerías, Cormellas, Genovés, Luis Menescal y Miguel Menescal, y él mismo) y la de Bruselas-1610 (Roger Velpio), cuyo modelo fue la *editio princeps* de Pamplona 1609 (Carlos de Labayen) y de las cuales es posible hallar en Internet sus reproducciones fotográficas.

PARTE
PRIMERA. DEL
LIBRO INTITVLADO
Noches de Inuicrno.

Compuesto por Antonio de Eslava, natural de la Villa de Sanguesa.

Dirigido a don Ioan Jorge Fernandez de Heredia Conde de Fuentes, señor de la casa y varonia de Mora, Comendador de Villafranca, Gobernador de la orden de Calatrana, &c.



Año 1609.

EN BARCELONA.

En casa Hieronymo Margarit.
Acosta de Hieronymo Genovesi, Mercader de Libros.

PARTE
PRIMERA. DEL
LIBRO INTITVLADO
Noches de Inuicrno.

Compuesto por Antonio de Eslava, natural de la Villa de Sanguesa.

Dirigido a don Ioan Jorge Fernandez de Heredia Conde de Fuentes, señor de la casa y varonia de Mora, Comendador de Villafranca, Gobernador de la orden de Calatrana, &c.



Año 1609.

EN BARCELONA.

En casa Hieronymo Margarit.
Acosta de Sebastian de Cormellas, Mercader de Libros.

PARTE
PRIMERA. DEL
LIBRO INTITVLADO
Noches de Inuicrno.

Compuesto por Antonio de Eslava, natural de la Villa de Sanguesa.

Dirigido a don Ioan Jorge Fernandez de Heredia Conde de Fuentes, señor de la casa y varonia de Mora, Comendador de Villafranca, Gobernador de la orden de Calatrana, &c.



Año 1609.

EN BARCELONA.

En casa Hieronymo Margarit, y a su costa.

Varias de las portadas de la ed. de J. Margarit en 1609.

Como borrador empleé el texto de la ed. de Julia Barella Vigal (Pamplona, 1986). Resolviendo una por una las discrepancias observadas entre esas tres ediciones, el texto electrónico resultante ya debía aproximarse al de la *princeps* más que cualquiera de ellas; pero, finalmente, cuando Julia me envió amablemente sus fotocopias de la primera edición pude corroborar las soluciones que yo había aplicado a todos aquellos pasajes y al mismo tiempo aflorar las erratas primitivas. Finalicé el trabajo en el año 2012, pero decidí retrasar algún tiempo la publicación cuando Julia me hizo saber que tenía intención de reeditar su edición de 1986, lo que sucedió en efecto al año siguiente (Editorial Iberoamericana - Vermuer).

He intentado intervenir lo mínimo posible en el texto, y siempre dejando nota de ello. En sólo 9 casos añadido algo que entiendo se extravió en la imprenta.

E. S. F.
Barcelona, 4 junio 2012

PARTE
PRIMERA, DEL
LIBRO INTITVLADO
Noches de Inuierno.

*Compuesto por Antonio de Eslaua, natural de
la Villa de Sanguessa.*

Dedicado a don Miguel de Navarra y Mauleon,
Marques de Cortes , y Señor de Rada
y Traybuenas.



EN PAMPLONA.
Con licencia y Priuilegio del Consejo Real.
Impresso : Por Carlos de Labayen.
vendense en la misma Empronta.

TASA

YO, Juan de Hureta, Secretario del Real Consejo por su Majestad en este su reino de Navarra, doy fe que Antonio de Eslava, vecino de la villa de Sangüesa, presentó en el dicho Consejo, en cumplimiento de lo mandado, ante los señores dél el libro impreso intitulado *Noches de Invierno*, compuesto por él mismo, y se remitió al Licenciado Juan de Mendi, vecino desta ciudad, para que viese si estaba conforme al original, el cual hizo relación que estaba conforme a él. Y, vista aquélla, le dieron licencia y facultad para que pudiese vender cada pliego del dicho libro en papel a tres maravedís, y le mandaron que ante y primero que venda ningún libro dellos se imprima esta tasa en la primera hoja de cada volumen, como todo ello consta y parece por los autos que quedan en poder de mí, el dicho Secretario, a los cuales en lo necesario me refiero. En cuya certificación firmé en Pamplona, a cuatro de julio del año de mil y seiscientos y nueve.

Juan de Hureta
Secretario

APROBACIÓN

HE visto este libro por mandado de los señores del Real Consejo y no hallo en él falta que sea notable. En Pamplona, a 26 de junio de 1609.

El Licenciado Juan de Mendi

ERRATAS¹

El Licenciado Juan de Mendi

1.- Las erratas y soluciones aquí declaradas se han incorporado al texto. Como sucedía generalmente, las contenidas en el libro son bastantes más que las señaladas por el corrector.

APROBACION

YO, fray Gil Cordón, predicador y guardián de San Francisco, desta ciudad de Pamplona, digo que por comisión del Real Consejo deste reino de Navarra he visto y examinado la primera parte del libro intitulado *Noches de Invierno*, compuesto por Antonio de Eslava, y que no hallo² en él cosa contra nuestra santa fe católica, antes contiene muchas historias muy gustosas que servirán de honesto entretenimiento a cualquiera buen entendimiento, porque muestra el autor tenerle y ser muy leído; y así, se puede imprimir y salir a luz para que todos le gocen. Y por ser verdad doy ésta de mi nombre, en 27 de noviembre de 1608.

Fray Gil Cordón

2.- Orig.: 'halla.' Esta es la verdadera y eficiente 'Aprobación' o censura previa que permitió a Eslava llevar su manuscrito a la imprenta y solicitar la concesión del 'Privilegio' (equivalente al moderno *Copyright*). La firmada por Juan de Mendi es sólo la comprobación de que el texto del libro estampado no difería del contenido en el manuscrito aprobado en su día. En 1609 aún era Virrey de Navarra el longevo don Juan de Cardona y Requesens, que hubo de dejar el cargo ese año por problemas de salud.

LICENCIA Y PRIVILEGIO

Don Felipe, por la gracia de Dios Rey de Castilla, de Navarra, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalén, de Portugal, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarves, de Algecira, de Gibraltar, de las islas de Canaria, de las Indias Orientales y Occidentales, islas y tierra firme del mar Océano, Archiduque de Austria, Duque de Borgoña, de Brabante y de Milán, Conde de Abspurg, de Flandes y de Tirol, Señor de Vizcaya y de Molina, etc.

POR cuanto por parte de vos, Antonio de Eslava, vecino de la villa de Sangüesa, nos fue fecha relación que habíades compuesto un libro intitulado *Noches de Invierno*, en el cual habíades puesto mucho trabajo, y nos suplicasteis os mandásemos dar licencia y privilegio para lo poder imprimir y vender, o como la nuestra merced fuese, el cual visto por el Regente y los del nuestro Consejo de este nuestro reino de Navarra, y habiéndose hecho las diligencias que la premática nuevamente por Nós hecha dispone cerca la impresión de los libros, fue acordado que debíamos mandar dar esta nuestra carta para vos en la dicha razón.

Por la cual os damos licencia e facultad para que por tiempo de diez años, primeros siguientes que corren y se cuentan desde el día de la fecha della, vos, o la persona que vuestro poder tuviere, y no otro alguno, podáis imprimir e vender el dicho libro sin que por ello incurráis en pena alguna, con que la dicha impresión se haga conforme al original que está en el dicho nuestro Consejo, en que están rubricadas todas las hojas y firmado al fin dél por Juan de Hureta, nuestro Secretario, y que antes que se venda lo traigáis al dicho nuestro Consejo juntamente con el dicho original, para que se vea si la dicha impresión está conforme a él.

Y mandamos al impresor que imprimiere el dicho libro no imprima el principio e primer pliego ni entregue más de solo un libro con el dicho original al dicho Antonio de Eslava, ni a otro alguno, para efecto de la dicha corrección, hasta que primero el dicho libro esté corregido y tasado por los del dicho nuestro Consejo, y estando así, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho libro, principio e primer pliego, en el cual consecutivamente ponga esta nuestra licencia y privilegio y la aprobación, tasa y erratas, so pena de caer e incurrir en las penas contenidas en las premáticas y leyes que sobre ello disponen.

Y así bien mandamos que durante los dichos diez años ninguna persona sin nuestra licencia le pueda imprimir ni vender, so pena que el que lo imprimiere, o trajere impreso de otra parte para

así lo³ vender, haya perdido y pierda todos y cualesquier libros, moldes y aparejos que del dicho libro tuviere, y más incurra en pena de cincuenta mil maravedís, la cual dicha pena aplicamos para nuestra Cámara y Fisco y denunciador por mitad. Dada en la nuestra ciudad de Pamplona, so el sello de nuestra Chancillería, a veinte y ocho de noviembre del año de 1608.

Don Juan de Cardona

El Doctor Juan de Sanvicente
El Licenciado Acosta

El Licenciado Liedena El Licenciado Rada
El Licenciado Torrejón

Por mandado de su Real Majestad, su Visorrey,
Regente y los del su Consejo, en su nombre.

Juan de Hureta, Secretario

A DON MIGUEL DE NAVARRA Y MAULEÓN, MARQUÉS DE CORTES Y SEÑOR DE RADA Y TRAIBUENAS⁴

CONSIDERANDO, Ilustrísimo Señor, que la ociosidad es madre de todos los vicios, he procurado siempre de hablar con los muertos leyendo diversos libros llenos de historias antiguas, pues ellos son testigos de los tiempos y imágenes de la vida; y de los más dellos y de la oficina de mi corto entendimiento he sacado con mi poco caudal estos toscos y mal limados *diálogos* (y, viendo también cuán estragado está el gusto de nuestra naturaleza, los he guisado con un sainete de deleitación para que despierte el apetito) con título de *Noches de Invierno*, llevando por blanco de aliviar la pesadumbre dellas halagando los oídos al lector con algunas preguntas de la filosofía natural y moral insertas en apacibles historias. Y a la hora que amigos míos con instancia de razones y continua persuasión me convencieron a que los sacase a luz, me determiné y resolví en dedicarlos a V.S. para ponerlos en una roca fortísima do se defiendan y estén seguros de los mordaces y detractores, los cuales considerando que están debajo del amparo de persona de tan claro y universal ingenio, a quien naturaleza en todo se ha mostrado propicia, podría ser que disimulen mis defectos. Y aunque es cosa muy sabida ser pequeño servicio éste para persona tan grave y tan benemérita, pues deciendo V.S. de aquella realísima stirpe del rey Carlos Tercero de Navarra, por lo cual es más inclinado V.S. a hacer mercedes que a⁵ recibir servicio (y así, tengo por cierto no seré digno de reprehensión), suplico a V.S. que aunque el presente sea pequeño y de poca estima lo acepte y reciba; que esa sola aceptación bastará para hacer agradables mis diálogos a todos y animarme a mí servicios⁶ mayores. Nuestro Señor la Ilustrísima persona de V.S. guarde por muchos años.

Antonio de Eslava

4.- La ed. de Bruselas 1610 conservó la Dedicatoria primitiva; pero la de Barcelona 1609 va dedicada 'A DON IVAN IORGE FERNANDEZ de Heredia, Conde de Fuentes, señor de la casa y Varonia de Mora, Comendador de Villafranca, Governador de la ornen [sic] de Calatraua, en el partido de Aragon, y Gentil hombre de la boca del Rey nuestro señor,' y no va firmada por el autor, sino por Carlos de Labayen, el impresor de la *editio princeps* de Pamplona, que dice del libro: 'El cual no me ha costado más de cogerlo del río caudaloso del autor en el vaso de mi emprenta.' Ello permite sospechar que Labayen hizo dos emisiones del libro.

5.- Orig. y Bruselas 1610: 'ha.' En lo sucesivo entiéndase 'Orig.' por la *editio princeps* de Pamplona 1609, por Carlos de Labayen. Las 'eds. consultadas' son las inmediatamente siguientes: Barcelona 1609, por Jerónimo Margarit para cuatro librereros (Cormellas, Genovés, Luis Menescal y Miguel Menescal) y él mismo, y Bruselas 1610, por Roger Velpio y Huberto Antonio. De ellas sólo daré las lecturas cuando resulten de interés para la fijación del texto.

6.- Parece faltar 'a'; pero es elisión bastante frecuente en los autores de la época, en particular cuando empezaba con 'a' el siguiente vocablo (ej.: "se fue acostar"); pero también en otros casos, como este pasaje del cap. II: 'hállome tan indigno de las infinitas mercedes que vuestra Alteza me hace, que no me atrevo con mis cortos servicios entender en la satisfacción dellas.' La sintaxis de Eslava, si bien perfectamente inteligible, presenta muchísimos pasajes susceptibles de enmienda; pero sólo habría de aplicarse a las claras erratas de imprenta, no a lapsus del autor.

PRÓLOGO AL DISCRETO LECTOR

ADVIERTE, discreto lector, una cosa: que estás obligado a disimular conmigo, más que con ningún autor, las faltas, los yerros,⁷ el poco ornato y retórica de estos mis *diálogos*, atento que mi voluntad con el ejercicio della se ha puesto⁸ a entretenerte y aliviarte de la gran pesadumbre de las noches de invierno, el premio de mis trabajos es servirte, la paga de mis servicios es tu amistad: yo no sé por qué otro medio obligarte a que abrigues y cubras y ampires estos desnudos y monstruosos hijos de mi entendimiento. Sírveme de consuelo lo que dice Plinio, que no hay libro por malo que sea que no tenga alguna cosa buena; y lo que dice Tulio, que no hay ingenio por bueno que sea que no tenga necesidad de ser censurado.

Pues por Dios te ruego que los leas con curiosidad; que apartando las punzosas espigas de mi tosca lengua hallarás algunas olorosas flores con que te recrees y entretengas, así con la bondad dellas como riéndote de mis faltas. Considera una cosa: que mi intento no es otro que entretenerte un rato cada noche, y que, así, de drecho se me debe el disimular mis faltas. Bien sé que he de tener una continua queja conmigo de mí mismo y a una con Ovidio, el cual la tenía muy grande de la licencia que dio fuera de tiempo a sus *Transformaciones* para que saliesen al teatro del mundo a representar la tragicomedia de tan varios sucesos; mas, como mis *diálogos* son de noches y en ellas qualquiere defecto se cubre mejor, salen a escuras y antes de tiempo, y amanecen a las puertas de tu entendimiento para que los ampires, cercenes y limes; que te ofrezco, si en él hallan el acogimiento que yo espero, saldrá luego la segunda parte en parte de pago de tan buen hospedaje.

Antonio de Eslava

7.- Orig. y eds. consultadas: 'hierros'. No anotaré otros casos.

8.- Orig. y eds. consultadas: 'opuesto'.

DEL AUTOR A SU LIBRO

SONETO

PERDONA, libro, si en el tiempo cuando
arroja Sagitario nieve y yelo
te envió a oscuras y sin luz del cielo
por ásperos desiertos caminando;
que como sé que has de ir peregrinando
por tantas tierras como tiene el suelo,
en hacerte robusto me desvelo
en tiempo que la tierra se está helando.
Acógete a la casa del discreto,
del curioso, del sabio, del prudente,
que tienen su morada en la alta cumbre;
que ellos te ternán⁹ con gran respecto,
vestirán tu pobreza ricamente
y asiento te darán junto a la lumbre.

9.- Tendrán.

DE DON FRANCISCO DE PAZ BALBOA
EN ALABANZA DEL AUTOR¹⁰

SONETO

ES tu culto decir tan levantado
que queda dél el natural vencido,
pues lo que siempre ha sido aborrecido,
Eslava, es hoy por ti tan deseado.
Contigo es ya dichoso el desdichado,
pues está de su pena divertido
escuchando tu estilo tan subido,
que él sólo puede ser de sí alabado.
De la murmuración siempre seguro
estarás, pues tú mismo la quitaste
el lugar, la ocasión y la osadía.
El frío del invierno y tiempo obscuro
no le tendremos más, pues nos quedaste,
Apolo, siempre en nuestra compañía.

10.– La ed. de Barcelona 1609 omitió este soneto y el siguiente.

DE UN AMIGO
AL AUTOR

S ON vuestras *Noches*, Eslava,
tan claras¹¹ que ya los días
encogen sus demasías
porque el mundo las alaba.

Y digo por excelencia
que en él parecéis vos solo
el segundo hijo de Apolo,
pues suplís por él su ausencia.

Y por grandeza os dirán
que, hablando en tal tiempo y modo,
todos en el mundo todo
con gran silencio os están.

11.– Orig. y Bruselas 1610: 'claros'. La ed. de Barcelona 1609 omitió este soneto y el anterior.

DEL LICENCIADO MOREL Y VIDAURETA,
RELATOR DEL CONSEJO REAL DE NAVARRA,
AL AUTOR

SONETO

DESPUÉS que de laurel las Musas bellas
vuestras sienes ciñeron, docto Eslava,
y bebisteis las aguas do se lava
el caballo Pegaso, dando en ellas,
la Retórica, que estaba junto a ellas,
os dio la palma que en su mano estaba,
y vuestras *Noches* de tal modo alaba
que os pone colocado en las estrellas.
Dice que de las noches sois lucero
con épico poema en dulce prosa,
y sol de día con el verso grave;
mas yo, que en alabaros soy postrero,
digo que vuestra vena es tan copiosa
que en vos tan sólo el verso y prosa cabe.

DE HERNANDO MANOJO
AL AUTOR

SONETO

Y A las noches de invierno perezosas,
de los mortales siempre aborrecidas,
parecerán, tan bien¹² entretenidas,
más que las del verano presurosas.
Sus leyes importunas, envidiosas,
de toda claridad pura homicidas,
serán con mucho aplauso recibidas,
templadas sus injurias tenebrosas.
¡Oh más que humano arbitrio artificioso,
pues las *Noches* honor y luz de Atenas¹³
escureces con sabias osadías!
¿Qué diré de tu ingenio milagroso
(¡oh Eslava!), que nos das *Noches* tan buenas
que su temor trasladan en los días?

12.– Orig. y eds. consultadas: 'tambien'. No anotaré otros casos.

13.– Alude a las *Noches Áticas*, de Aulo Gelio.

DE MIGUEL DE HURETA,
CRIADO DEL CONDESTABLE DE NAVARRA Y
DUQUE DE ALBA,
AL AUTOR

SONETO

SUENA el clarín de la ligera Fama
mejor de noche que en el claro día;
que en el silencio de la noche fría
mejor su voz se estiende y se derrama.
Muy claros días a las noches llama,
y a su sonoro acento y armonía
el eco de la diosa respondía:
«Eslava es el que enciende aquesta llama;
Eslava es el que da a las noches lumbre
y gusto al alma, y entretiene al tiempo
con coloquios discretos y curiosos».
Esto canta la Fama de su cumbre,
y, en ver de noches tanto pasatiempo,
los días andan dellas envidiosos.

DE FRAY TOMAS DE AVILA Y PAZ,
DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO,
AL AUTOR

SONETO

LAS ricas minas mire del Oriente
despacio el rojo Apolo, pues se encarga;
que ya no importa nada que se alarga
su ausencia rigurosa en Occidente.
Que un otro Apolo, docto y elocuente,
notando que la noche es muy amarga,
de su pesado tiempo la descarga
con nuevo estilo y luz muy excelente.
Y cuando Apolo venga, de los brazos
de su querida Dafne traiga ramas
por¹⁴ las sienes deste nuevo Apolo,
y cíñale guirnalda con abrazos,
con nuevos epitetos y epigramas
dejándole su ceptro en nuestro polo.

14.- Para.

DE UN FRAILE FRANCISCO AL AUTOR

(Tiene el nombre de *Eslava* en todos los versos)

SONETO

DE guerra es *la bandera* seña clara
y es *la batalla* al Rey honrada cosa,
y al soldado es *la banda* muy honrosa
y al muro es *la barbacana* rara.
Al cazador es *la ballesta* cara
y es *la valiente tigre* espantosa,
en el golfo¹⁵ es *la barca* peligrosa
y es *la ballena* tal¹⁶ que dél se ampara.
Y de lauro es *la valerosa* rama
que *Eslava* tiene en este nuestro polo,
y es *la vana corona*¹⁷ de otras flores.
De cuyas obras es *la varia* Fama
su amiga en pregonar que *Eslava* solo
es *la vanguardia* y luz de los autores.

15.– Altamar.

16.– Peligrosa.

17.– Y vana es la corona.

DON JUAN DE ESLAVA,
RACIONERO DE LA CATEDRAL DE
VALLADOLID, A SU HERMANO
EL AUTOR

SONETO

LEVÁNTESE mi rudo entendimiento,
y a la divina fuente do estampado
quedó el pie del caballo celebrado
llegue mi deseado y nuevo intento.
Las nueve Musas, ninfas más de ciento
de ríos, fuentes y del mar hinchado,
con rostro alegre y paso presurado
concurran cada cual con su instrumento.
Los semidioses y hombres racionales,
el cielo, Sol y Luna y las estrellas,
las aves y los peces y animales
estén atentos, que los cantos dellas
harán las claras *Noches* inmortales
de Eslava, colocándole cabe ellas.

DEL MISMO
A SU HERMANO EL AUTOR
SONETO

BÁÑESE ya el planeta más lucífero
 en el Índico mar del polo Antártico,
 y en Delfos se detenga, ado¹⁸ es seráfico¹⁹
 y de inciensos y aromas odorífero.
 Y al adusto²⁰ etíope y armígero
 encienda mucho más en su viático,²¹
 y en las Zonas²² se muestre más flemático,
 que no importa que vuelva tan alígero;²³
 que ya en las noches por su ausencia frígidas
 Eslava da más luz que la Latónica
 con sus *Noches* escritas en diálogos,
 y en trágicas historias y muy régidas²⁴
 con lengua aristotélica y platónica
 imita a un otro Gelio en sus *Catálogos*.

18.- Adonde, donde, en que.

19.- Angelical, bondadoso.

20.- Tostado. En la época, 'Etiopía' equivalía al África negra, en tanto que 'Libia' equivalía al desierto del norte de África.

21.- Recorrido, curso.

22.- Los Trópicos. Alude a las cinco zonas climáticas de la esfera terrestre: una cálida o tropical, dos templadas (arriba y abajo de la anterior) y dos frías (círculos polares).

23.- Alado, veloz. Orig. y eds. consultadas: 'aligero'.

24.- Regidas, conducidas, trazadas. No creo que el autor pensase en 'rígidas' por 'graves'.

LIBRO²⁵ PRIMERO

DE LOS DIÁLOGOS DE

NOCHES DE INVIERNO

ENTRE LEONARDO, FABRICIO, SILVIO, ALBANIO

CAPÍTULO PRIMERO

Encuéntranse en el muelle de Venecia Leonardo y Fabricio

L EONARDO: A Dios doy gracias, señor Fabricio, de la buena ocasión que se ofrece con vuestra venerable presencia para gozar en este sitio de los apacibles rayos del sol.

FABRICIO: Hurtado me habéis, señor Leonardo, estas razones, porque fue tanto el gusto que recibió mi alma con la dulce plática que la noche pasada en vuestra casa se tuvo, que anda hambrienta del pasto de vuestra conversación y con esperanzas de que lo ha de haber todo este prolijo invierno en los lugares más acomodados a resistir su aspereza, y particularmente en casa de los muy amigos y familiares nuestros Silvio y Albanio.

LEONARDO: Aunque tal merced no tiene méritos, la acepto con esta condición: que algunas noches la reciba en mi casa; que aunque seamos muchos en ella el silencio suplirá esa falta, pues sabemos que la plática, para ser más gustosa, le han de prestar muchos el oído, porque la mucha atención de quien oye afirma el juicio de quien habla.

FABRICIO: Pues yo pido otra condición: que no se use conmigo con tanta riguridad como la de anoche, con tantos argumentos y preguntas como se hizo postilando mi historia; que tres o cuatro veces me sentí atajado, o, por mejor decir, corrido.²⁶

LEONARDO: Pues lo mejor de la conversación es eso; que el contar o oír una historia bien dicha es poner el manjar en la boca, y el argüir después sobre ella es el mascarla y degerirla.

FABRICIO: Pues anoche no pude degerir lo que nuestro amigo Silvio en su prolija historia dijo, en que los franceses no solamente llevaban a sus mujeres a sus consejos, mas aun que²⁷ todas las cosas de riñas y pependencias se averiguaban por ellas y lo que ellas determinaban daban por hecho: notoria afrenta de gente tan belicosa.

LEONARDO: Muy al caso estuve en esa parte, mas no la contradije porque Justiniano mandó escribir en el *Drecho Imperial* que en el gobierno del Imperio le había aprovechado mucho el consejo de su mujer, y Platón en su libro *De Republica* mandó que se diese parte de los oficios

25.- Orig.: 'LIBRO'

26.- Avergonzado, confundido.

27.- Sino incluso que.

a las mujeres que fuesen halladas tales.²⁸ Y así, no sólo los franceses daban esa autoridad a las mujeres, sino también los lacedemonios, pues usaban que sus mujeres se hallasen en los públicos concilios, y en las audiencias trataban de los negocios de la república y determinaban cosas de importancia, como lo dice Alexandro ab Alexandro, y Marco Varrón en su *Historia del pueblo romano*; y así, consta que en los tiempos de Claudio y Nerón, Agripina, mujer del uno y madre del otro, entraba en el Senado, aunque es verdad que no se sentaba entre ellos; y Jerjes en los consejos de mayor importancia llevaba a su mujer Artemisa y la asentaba entre los nobles de los persas, y las más veces se seguía su parecer.

FABRICIO: Pues deseo saber, señor Leonardo, qué fue la causa que las mujeres perdiesen una autoridad tan grande.

LEONARDO: San Agustín, en el libro de la *Ciudad de Dios*, da ciertos barruntos por que²⁹ perdieron las mujeres esa autoridad contando una historia; y dice que reinando Cecrops, primero rey de Atenas, apareció súbitamente un olivo, adonde después se hizo un grande alcázar, y en otra parte de la ciudad fue vista una fuente muy grande y copiosa. Y, viendo el Rey una cosa tan particular, envió sus embajadores al templo de Apolo a pedirle que declarase la novedad de aquellos dos aparecimientos. El dios Apolo respondió que por la oliva era significado Minerva y por el agua el dios Neptuno, y, pues hacía aquella ciudad, podría darle el nombre de uno de aquellos dioses. Vista, el rey Cecrops, aquella respuesta, llamó a todos sus vecinos, así hombres como mujeres, porque, como dicho tengo, así se usaba antiguamente, y, comunicándoles el negocio, les mandó votasen del nombre de cuál dios de los dos se apellidase la ciudad y fuese patrón della. Comenzándose a votar, todos los hombres votaron por el dios Neptuno, y las mujeres por Minerva. Regulados los votos y contados, hallaron que había un voto más de parte de las mujeres, porque una mujer había más que hombres, y así quedando Minerva por protectora de la ciudad, le pusieron por nombre Atenas, porque *atena* tanto quiere decir como *mujer* en lengua de los atenienses. Muy enojado quedó Neptuno de aquella afrenta que le hicieron, y así, se vengó, porque dejó salir el agua del mar y de los ríos con grande ímpetu y quiso anegar aquella tierra. Pero, entendiendo la causa, acudieron al remedio con muchos sacrificios y suplicáronle los perdonase, pues ellos no tenían culpa, y que señalase las penas que merecía aquel delito y que se ejecutarían sin falta. Él, entonces, con grande enojo mandó que las mujeres fuesen castigadas para siempre con tres linajes de penas: el primero fue que jamás tuviesen las mujeres voto en cosas de juicio ni entrasen en consejo ninguno; el segundo, que nunca los hijos tomasen el nombre de las madres, sino de sus padres, y que así bien tomasen el apellido del linaje del padre y no de la madre; el tercero, que nunca llamasen a las mujeres *atenas*, como antes, mas que les diesen otro nombre.

FABRICIO: Sin duda que parece apológica³⁰ historia, como las de Isopo.

LEONARDO: No tenéis razón, señor Fabricio, porque la tiene San Agustín por historia verdadera; y el Tostado,³¹ sobre las *Crónicas* de Eusebio,³² dice que esto no fue fábula, mas narración de historia verdadera; y en verdad, señor Fabricio, que se le puede oír con atención a Silvio, porque es muy leído y nunca he hallado en qué censurar sus historias. Y así, estoy de vuestro parecer: que este invierno vaya por turno nuestra plática por casas, aliviando con ella la pesadumbre dél y refocilando el espíritu, que de los muchos y graves negocios que todo el día lleva está necesitado de algún nuevo entretenimiento que le distraiga dellos.

28.– Tan capaces como aquélla, se entiende.

29.– Por lo que. El autor usa frecuentemente esta construcción.

30.– Orig. y eds. consultadas: 'apológica'. Aplico la enmienda más simple, si bien el autor usa 'apolegética' en otros pasajes.

31.– Alonso de Madrigal, que fue obispo de Ávila poco antes de su muerte. También se le llamaba 'el Abulense'. Considerado un pozo de sabiduría, los Reyes Católicos financiaron póstumamente la estampación de sus obras.

32.– Eusebio Panfili, que fue obispo de Cesarea (Palestina).

FABRICIO: Pues quedemos de acuerdo que esta noche llamemos a Silvio y vamos³³ a casa de nuestro³⁴ vecino Albanio, que debe de reinar en él la melancolía que de la pérdida de su navío habrá resultado.

LEONARDO: Dando de mano a todo contento, he sentido tanto y tan de veras una pérdida tan grande, que si mía propia fuera pudiera ser que me consolara más presto. Dícenme que ha sido un caso muy triste y desdichado, y, pues sé que sabéis el suceso muy por entero, sentémosnos en el banco deste muelle, donde se templará el sentimiento de esa historia con el apacible sol que hiere en él sin contraste de viento alguno.

FABRICIO: Pues prestadme oído, que es lastimosa historia.

Ya sabéis que es cosa ordinaria enviar todos los años nuestro muy familiar amigo Albanio su nave a la isla y ciudad de Candía a cargarla de malvasía para la provisión desta ciudad de Venecia. Ofreciéndose ocasión y el tiempo favorable y el mar apacible, determinó que su ligera nave sulcase el proceloso mar, eligiendo, por muerte del capitán della, a un mancebo noble y valiente llamado Cibrián Torcato, hijo del magnífico micer³⁵ Ursino, que con próspero viento partió desta ciudad y en breve tiempo llegó a la isla de Candía tomando puerto en ella, donde se detuvo dos meses. Y por su desgracia vino a tener posada frontero de la casa de un ciudadano principal y uno de los que regían aquella república, el cual tenía una hija de edad de diez y seis años, en tanto extremo hermosa que fuera necesario más tiempo del que el sol nos presta en este día para decir una sola de sus muchas partes; porque era tanta su beldad que parecía haber empleado naturaleza su industria y arte en perficionarla de tal suerte que la gracia y discreción no desdijese un punto de su hermosura, y con esta igualdad daba de sí tal resplandor que al más grosero le parecía obra milagrosa, tanto, que era la fénix³⁶ de las damas de aquella isla.

Ésta siendo tan hermosa, era otro tanto amada de un mancebo llamado Fileno, igual con ella en nobleza y hacienda; y era tan estremado el amor que entre los dos había que excedía al de Tisbe y Píramo, al de Pílade y Orestes, al de Acates y Eneas. Aunque para mostrárseles³⁷ en algo contrario quiso que alojase el capitán Torcato frontero de la casa donde residía esta doncella, de quien la primera vez que la vio quedó tan herido de la dorada flecha de Amor que, ajeno de sí, no curaba de su flete y negociación.

Y, entreteniéndose algunos días con sola la contemplación de su primera vista, ofreciéndole algunas, aunque dudosas, esperanzas, determinó descubrir a la dama su aficionado pecho por un billete que con un paje suyo le envió, del cual he visto entre curiosos un traslado y, si no me engaño, traigo una copia dél conmigo. El cual dice así:

Hermosísima señora: cual suele el solícito marinero en medio de la tempestuosa tormenta estar esperando con temeroso esfuerzo si su cargada nave ha de dar en algún escabroso escollo o en cualquier oculto bajío, o sin pensarlo llegar al deseado puerto, así mi apasionado corazón está esperando si su justo deseo ha de dar en el aborrecido escollo de la ingratitud o en el helado bajío de la tibieza, o si ha de llegar sin merecimiento al deseado puerto de su esperanza. Por una parte, este temor, como contrario viento, me engolfa con más peligro en el mar de mis pasiones, y por otra, el próspero de vuestra nobleza me asegura el glorioso fin de mis deseos. Así que muévao, hermosísima señora, a piedad el ver a un esclavo vuestro engolfado en tan dudosa jornada y acogedme al puerto de vuestro servicio; que, puesto en él y viendo vos el áncora firme de mi fe, sé que seré galardonado.

33.- Vayamos.

34.- Orig.: 'nuestro.'

35.- Tratamiento honorífico equivalente a 'mi señor.'

36.- Superior en su género, única, sin rival.

37.- El sujeto es Amor.

LEONARDO: Bien parece, señor Fabricio, que ese amante era marinero, pues con el estilo de su arte descubrió en el billete su pasión a la dama.

FABRICIO: Pues dél hizo tan poco caso Dorida, que este era el nombre de la dama, que apenas lo hubo leído cuando con ásperas palabras envió³⁸ al obediente paje sin respuesta; que como a Fileno tenía rendida el alma eran por demás las pretensiones de Torcato.

Pues como llegase el paje con la deseada respuesta y a su señor diese parte del poco caso y desdén que Dorida de sus cosas había hecho, y con las ásperas palabras con que le había amenazado si reincidía en venir con semejante embajada, se retiró el capitán, triste y melancólico, a su aposento, donde manifestó por los ojos la estrechura de su corazón, pues comenzó con lágrimas un soliloquio diciendo de esta manera:

—¿Qué es esto, Torcato? ¿Dónde está tu ánimo invencible, tu esfuerzo y valor constante que jamás al scita ni al alarbe se vio rendido? Ni aun las inclementes y soberbias olas del mar bastaron a mostrarte sombra de temor alguno, ¡y que ahora una mujercilla con la leche en los labios te haya avasallado y rendido ofreciéndole yo en el ara de su belleza mi cuerpo y alma! ¡Oh loco y desatinado pensamiento, hijo bastardo de mi fortaleza, y cómo, indigno della, no tengas más morada en mi memoria, que, pues Dorida me vitupera, sin duda que me aborrece y no debo amarla tanto! Mas, ¡ay de mí, que dejar de amar a una cosa tan bella es imposible, que es pecha³⁹ echada por naturaleza, y también lo será querer borrar su imagen de mi memoria! Proseguir quiero en mi combate, que con el continuo ejercicio alcanzaré la victoria; que otros más valientes que yo postraron sus armas y las colgaron en el templo de Cupido y se rindieron a las mujeres. Y no es cosa nueva oír que un Paris, dejando a Troya, fuese a Grecia a ver a Elena; y que Hércules hubiese dejado su maza para tomar el huso y rueca de la que se lo mandó; y que Salomón hubiese idolatrado, con todo el saber que tuvo, por holgarse con las que se le habían rendido de su voluntad, y que Sansón hubiese dejado la quijada por el abrazo de una filitea. Luego no es de maravillar que me haya sujetado a mi hermosa Dorida, siendo, como es, tanto más hermosa que todas ellas. Mas, ¿qué me importa el amarte si tú no me amas y sé que el verdadero amor consiste en el ejercicio de la voluntad?

Apenas volvió en sí deste triste razonamiento cuando entró el paje a gran prisa con una carta que dél presto fue conocida ser de su amo Albanio, en que le reprehendía su dilación encargándole la presteza de su vuelta a esta ciudad.

En esta sazón tomó puerto en aquella isla un bajel caramuzalí roto y maltratado que su derrota traía de la India Oriental sujeta al Rey de Portugal, el cual azotado de los vientos y de las soberbias olas del mar con rigurosa tormenta fue arrojado en aquella parte. Cargado venía de salvajes indios y gente del todo negra y por aquellas partes jamás vista. Pues como acudiese casi toda la más parte de la ciudad a ver gente tan remota y estraña, Dorida, aficionada, como mujer, de novedades, ordenó con su muy amado Fileno que después que la noturna diosa tendiese su negro manto y sus viejos padres fuesen acostados fuese disfrazada a la marina con él y entrasen en un batel a ver el roto navío y la gente tan estraña que en él venía: traza, al fin, de mozos, donde pocas veces advierten lo que más importa; que siempre se juzgan otras cosas por lo que son y no por lo que pueden ser.

Pues como llegase el tiempo y la ocasión, salió ella disfrazada con un vestido de primavera bordado de aljofarinas perlas,⁴⁰ que por ser obra costosa sus padres no consentían lo vistiese. El capitán Torcato, como residía enfrente su casa y como celoso amante rondase la calle, viola salir en compañía de su Fileno y, abrasado de celos, fue en seguimiento della, presuponiendo unas

38.– Despachó.

39.– Pecho, tributo que el vasallo pagaba al señor.

40.– ‘Aljófár’ es la perla pequeña y de forma irregular. Los autores del tiempo gustaban de usarlo por ‘lágrima’

veces de matar a Fileno, y otras, inducido de la razón, de dejarlo. Al fin, en medio de sus celosos pensamientos llegó a la marina, donde vio que buscaban esquife para ir a ver al dicho navío, y siendo, como era, ya muy noche, habíanse retirado todos a sus navíos. Como el capitán Torcato vio tan oportuna ocasión, fue apriesa a su esquife, que le estaba aguardando, y con prestatas palabras y breves razones les dijo a sus marineros fuesen con mucha disimulación a llevar aquellos galanes a la nave indiana para la cual buscaban pasaje, y que así como estuviesen dentro del esquife, con cautelosas mañas los llevasen a su nave y, en dejándolos en ella, volviesen luego por él. Los marineros deseosos de servir a su amo, acudiendo adonde estaban los amantes, con fingidas razones los embarcaron en su esquife y los llevaron a su nave.

Como Fileno y Dorida se viesan aportados en diferente parte de la que ellos pensaban, con tristes semblantes daban voces los volviesen a la cercana tierra. En este medio llegó Torcato a la nave, adonde con mucha brevedad mandó soltar el cabo, alzar áncoras y hacer vela la vuelta de⁴¹ Venecia, temeroso no le quitasen la presa que tanto amaba y en su poder tenía. Y por cierto espacio de tiempo no quiso prestar oído a las justas y dolorosas voces de Dorida, a quien después dio grata audiencia viéndose en alta mar, y con suaves palabras dio amorosas disculpas, ofreciéndole grandes promesas con palabra y juramento que la recibiría por su esposa y señora, procurando que sus padres lo tuviesen a bien.

Mas, como es difícil de ablandar una mujer ofendida, vituperaba ella todas las razones de Torcato. El cual inflamado de la presente hermosura de Dorida, quiso tocarle su divino rostro; mas, como el celoso Fileno viese semejante atrevimiento y desacato, metió mano a su presta espada contra su competidor ribaldo.⁴² Mas los marineros asieron dél y con increíble fuerza le quitaron las armas y lo amarraron al árbol del navío, cosa que, viéndola la hermosa Dorida, quiso probar con humildes ruegos si podía libertar a su Fileno. Y así, sus ojos hechos fuentes, su dulce garganta ronca y los dorados cabellos deshechos y revueltos, con las nevadas manos juntas se postró a los pies del capitán Torcato rogándole con humildes y tiernísimas palabras no tratase tan mal a su querido Fileno. Viendo el capitán a la que tanto amaba postrada y rendida a sus pies, y sintiéndose indigno de tan alto bien, con amorosos requiebros y palabras le prometió de darle libre a su Fileno después que se hubiesen alejado de Candía cincuenta millas, pretendiendo en esta dilación dar larga a sus deseos y gozar del virginal fruto de Dorida sin que Fileno, que amarrado estaba, pudiese impedirlo y estorbarlo.

Mas la discreta, aunque afligida, señora entendiendo el venenoso pecho de Torcato, procuró con más afectadas razones pedirle por merced los volviese a su tierra, donde le ofreció daría lugar a sus pretensiones con mas sazón y oportunidad que la que allí se ofrecía. Mas, como viese que se le negaba, soltó la rienda a su apretado corazón y con alta voz le dijo desta manera:

—¡Oh crudo, inhumano corazón de tigre de Hircania! ¡Oh pecho de áspide ponzoñosa de Libia y basilisco venenoso de Cirene!⁴³ Mira la honra de mis nobles padres que por tu respeto será manchada, y que esta desdichada que está postrada a tus pies queda perdida para siempre. Muévante a piedad estas abundantes lágrimas y estas quejas tan justas. Mira que das ocasión que mi honra se cercene en los corrillos de Candía y que mis viejos padres de sentimiento se mueran. Y si esto no te mueve, debes tener el corazón más empedernido que diamante; más cruel que el de Diomedes, rey de Tracia, que a sus feroces caballos sustentaba con carne humana; y más impío que el de Pirrus griego, que de la hermosa Policena, hija del rey Príamo, hizo sacrificio; más cruel

41.- Desplegar velas rumbo a.

42.- Bribón.

43.- Orig. y eds. consultadas: 'Hirene', que se repite en otro pasaje del libro; pero se trata de la antigua colonia griega en el N. de África. Por 'Libia' se entendía el África arenosa. Hircania era una región de la antigua Persia, al S. del mar Caspio. El basilisco era una pequeña serpiente que caminaba medio erguida, emponzoñándolo todo con su contacto, y que podía matar con sólo la mirada.

que Nerón; más tirano que Falaris, goloso de sangre humana. Que si te disculpas diciendo que el amor te fuerza y que el amor todo lo facilita, mira que es tiempo perdido amar a quien te aborrece, ni llevar contigo a quien te desea la muerte; y que el amor tiene por causa principal el bien, y esto que tú haces es repugnante al verdadero amor. No sé cómo los sacros Cielos consienten semejante traición y atrevimiento, ni cómo el sacro Neptuno no arroja⁴⁴ su tridente y suelta el freno a sus aguas y te quita la vida en ellas, ni cómo Eolo no abre las cavernas de sus tempestuosos vientos para que te deshagan y aneguen. Mas, pues Dios del cielo es quien a todos predomina, a Él solo suplico y imploro me haga justicia de tan maña⁴⁵ traición.

Apenas pronunció los últimos acentos de su lamentable queja cuando la misma mar comenzó a levantar sus espumosas ondas, tan altas que parecían nuevos Atlantes, con la furia de los contrarios vientos cubriéndose el claro cielo con un funeste⁴⁶ luto de unas negras y cargadas nubes de justicia, y el rubicundo Apolo descendía apriesa por el agria cuesta en busca de los antípodas por no ver semejante espectáculo. E ya que estaban ausentes de su luz comenzaron con mayor violencia los furiosos vientos a contrastar a la misérrima nave, aunados con las soberbias aguas del mar de tal manera que, disparando las gruesas nubes dos contrarios elementos como es agua y fuego en velocísimos rayos y relámpagos, parecía que todo el mar se ardía y que el alto cielo se anegaba y sumergía a los más altos collados de la tierra. A este tiempo, los marineros viendo a la clara su perdición, andaban como tontos y embelesados, gritando unos «¡Amaina la maestra!»; otros, «¡El trinquete!» o «¡La mesana!»; otros, «¡El árbol se rompe y el timón se lleva el agua!». Y en este ínterin la desdichada Dorida reforzaba el viento con presurosos y ardientes suspiros y aumentaba las aguas con abundancia de lágrimas, aunque nada bastantes para apagar el fuego de amor que a su Fileno tenía, al cual consolaba en medio desta tribulación con infinitos requiebros.

A este tiempo corrieron los marineros a lo hondo de la nave, por donde hacía mucha agua, y para ayudar a sacar aquélla y galafatear algunas quiebras que iba haciendo tuvo necesidad el capitán Torcato de poner su solicitud y cuidado, tanto por salvar a la que tanto amaba como por salvar su vida. El cual animando a sus marineros y trabajando por su persona andaba con grande aflicción en lo hondo de la nave; y en esto, el inmenso Dios, que siempre presta oídos a las justas peticiones, oyó las de Dorida, y infundió tanto esfuerzo en ella que, soltando a su amado Fileno, sin que nadie pudiese estorbárselo tuvieron tiempo de saltar entrambos al esquife.

Habiendo tomado Fileno su espada y cortando con ella la gúmena⁴⁷ con que estaba asido a la nave, se sujetaron a la inclemencia del mar confiados en la misericordia del poderoso Dios, que siempre favorece a los que en Él confían en sus mayores trabajos. Mas, como fuese necesario a la incomportable fuerza de las olas mostrar más que varoniles fuerzas, así Dorida con sus blancas manos el uno de los corvados remos, rompiendo con increíble fuerza las hinchadas olas del mar ayudándola su amado Fileno, y así navegaron por el ancho mar, sin tener industria ni arte de marineros, ni noticia del clima del horizonte ni conocimiento de marítimos vientos. Digo que fue uno de los más heroicos hechos que pudo hacer el prudente Ulixes⁴⁸ en su larga y prolija navegación.

Salieron al fin con la suya, pues, forcejando con los elementos y con las tinieblas de la noche, salió Febo muy rutilante en busca de su querida Dafne, y entonces hicieron treguas el mar, nubes y vientos, mostrándose propicios con Fileno y Dorida, los cuales, forzados del cansancio y reconociendo la bonanza en la mar, se habían entregado al dios Morfeo, el cual había esparcido su pesado licor infundiéndoles un grave sueño.

44.- Orig.: 'aroja'

45.- Tan grande, tamaña.

46.- Galicismo. Se repite en otros pasajes del libro.

47.- Maroma, cuerda gruesa y fuerte.

48.- Así en el orig. y eds. consultadas, y lo mismo en otro pasaje del libro.

En este ínterin, el capitán Torcato y sus marineros viendo que la nave hacía mil quiebras irreparables en las obras vivas,⁴⁹ quisieron salvar sus vidas en el esquife, mas halláronlo menos, con⁵⁰ Fileno y Dorida, y, viéndose sin remedio y que la nave con el peso del agua que hacía se sumergía poco a poco, estaban esperando la vecina muerte. La cual en breve tiempo afiló su guadaña en las aguas, pues la desventurada nave dio dos vueltas remolinando en el agua, decendiendo a los hondos palacios de Neptuno, dando fin con la vida el capitán Torcato a sus lascivos amores.

Solos dos diestros marineros se libraron sobre dos toneles de malvasía que para este efecto echaron en el agua, sobre los cuales escaparon sus deseadas vidas asidos dellos, como figuras y estampas del dios Baco; y así anduvieron contrastando con las olas del mar hasta que con los rayos de Apolo vieron el cercano esquife que parecía ir solo a su albedrío y sin orden alguna. Y dando voces los cansados marineros para ser socorridos, despertaron entrambos y, mirando a todas partes, vieron el mar muy quieto y a los fatigados del naufragio cerca, que como llegaron fueron muy bien recibidos en el esquife, dando todos gracias a Dios de tan grande misericordia como la que con ellos había usado. Fileno y Dorida admirados de semejante suceso, preguntaron por la desdichada nave, de quien contaron el infelice suceso.

No fue de poco refrigerio el haber llevado los dos barriles de malvasía, así para sustentarse sobre ellos en el peligroso trance como para el regalo de sus cuerpos, que del pretérito trabajo estaban menesterosos. Y luego hicieron camino a Candía, que distaba dellos solas quince millas, adonde había grandísimo alboroto por la falta y ausencia de Fileno y Dorida, sospechando todos que Fileno se la había llevado. Al fin, llegaron con el atormentado esquife al deseado puerto, adonde dieron satisfacción muy por entero a todos del extraño suceso, sirviendo de fieles testigos los marineros que de la procelosa tormenta habían escapado. Fueron muy bien recibidos de todos, y fue tanto el contento de los viejos padres de Dorida que fue parte para privar de la vida a la madre, pues murió en el mismo día. Y después de las obsequias⁵¹ della, de consentimiento de todos unieron⁵² las almas en el yugo del matrimonio de estos dos verdaderos amantes, que antes estaban enlazadas en el vínculo de amor.

Esta es la historia, señor Leonardo, de la pérdida del navío de nuestro amigo Albanio; que aunque es verdad que le resta muchísima hacienda, es cierto⁵³ el caso de sentir, porque pasa de veinte mil escudos el daño y pérdida que dello ha resultado, sin hacer caso de lo que más se debía hacer: de las desdichadas muertes del capitán y sus marineros.

LEONARDO: Notable gusto he recibido, señor Fabricio, con esa historia por ser con tan buen estilo esplicada, aunque bien aguado con el disgusto y sentimiento, que en ley de amistad debe tener un amigo de otro, de tan adversa fortuna. Porque la amistad, según Tulio en su *Retórica*, es una voluntad recíproca en todas las cosas buenas, así humanas como divinas, que tiene por fin y blanco el provecho del amigo; y así, Aristóteles en sus *Éticas* llama al amigo *otro yo*. Y así, por sentirlo en igual grado no le dado⁵⁴ el pésame, mas antes aguardo me lo den a mí. ¿Sabéis que he notado, señor Fabricio? Que de un bien tan grande como es el amor nazcan las mayores desgracias y males del mundo; que si Dorida fuera más honesta amara más honestamente a su Fileno y no fuera ocasión de tanto daño. Mas era amor sin orden; que a serlo con él fuera virtud, y a serlo sin

49.- Carena, la parte del buque que está sumergida.

50.- Junto con.

51.- Exequias.

52.- En la ed. de Barcelona 1609, por enmienda o errata: 'vinieron', que hace sentido: 'vinieron en (alcanzaron) el yugo del matrimonio las almas... que antes...'. Mantengo 'unieron' porque permite leer 'los casaron'.

53.- Ciertamente, en verdad.

54.- Parece faltar 'he'; pero no es errata, sino rasgo de estilo del autor, repetido en muchos otros pasajes.

él de razón había de ser ciego, aunque el conocimiento sea causa de amor. Y así tropezaron Fileno y Dorida en la piedra de la deshonra.

FABRICIO: Pocos hay, señor Leonardo, en esta vida que, puestos en la ocasión, enfrenen la voluntad en amor, y aun casi lo tengo por imposible, porque el amor es principio de todas las pasiones. Y todos los efectos del corazón estriban en el amor como en fundamento suyo; y siendo pasión, como lo es, es parte concupiscible⁵⁵ de nuestra ánima, y así, no hay tanto que culpar a Fileno y Dorida como a la traición del capitán Torcato.

LEONARDO: Tenéis razón, señor Fabricio. Mas habeisme admirado en decir que fue tanto el contento que recibió la madre de Dorida cuando fue de su buena suerte restituida, que en el mismo día le privó de la vida. Y así, por vida vuestra me digáis la causa dello.

FABRICIO: Bien sé que lo entendéis mejor que yo; mas, como debe esta pecha el que cuenta la historia, quiérola pagar diciendo que sin espíritu y calor natural no puede estar la vida en el cuerpo; y porque los efectos de alegría son echar fuera los espíritus a las partes exteriores, pudo ser tan vehemente el contento, que hiciese exhalar todos los espíritus y calor natural del cuerpo, y desamparado el corazón, quedase sin vida: así debió de ser en la madre de Dorida; que, al fin, son pasiones del alma que hieren en el cuerpo.

LEONARDO: Muy buena razón es ésta, por cierto. Mas no os habéis de cansar de responderme, y, pues tenemos harto tiempo, sabed que he estado notando cuán bien pintastes la tormenta que anegó la nave de Albanio, y cuán cruel elemento es el agua y cuán avarienta, pues tiene usurpadas en su seno más riquezas que tiene la tierra. Y así, ruégoos me digáis la calidad y virtud de este elemento, pues sois algo filósofo.

FABRICIO: A mí poco se me entiende; mas digo que el agua es homogénea, igual unida, siendo fría y húmeda, sutil, delicada y clara. De las propiedades del agua escribe Basilio en su *Hexamerón* que templada al cielo y fertiliza a la tierra, espesa al aire con sus vapores y pretende tener su lugar cerca el cielo, como parece en la lluvia. Y si no fuera por la templanza que hace ella en la tierra y en el aire, seos decir que se abrasaría la tierra por causa del gran calor del Sol; y si no fuese por ella también sería todo polvo, porque el agua ajunta sus partes en uno, y la mayor della es la mar, de donde proceden todas las demás, como de fuentes, pozos y ríos. Y es deste modo: que la tierra tiene su centro, adonde está unida y le sirve de corazón, y tiene así bien venas copiosísimas, y por ellas entra el agua salada del mar y se reparte y comunica y estiende por toda ella yendo por las entrañas della; y en muchas partes revientan estas venas por la copiosidad de agua, y estas son las fuentes, madres de los ríos de quien la tierra se refresca y riega. Y la causa que, siendo salada y amarga en la mar, sale en la tierra dulce y sabrosa, fría o cálida, es porque toma el sabor del lugar o minero⁵⁶ por donde pasan, de donde proceden fuentes de tan diferentes virtudes y gustos.

LEONARDO: Ahora no me maravillo, señor Fabricio, de la diferencia grande que hay de virtudes de fuentes, pues, como vos decís, participan de las tierras, mineros y yerbas por donde pasan. Porque yo mismo he visto en el reino de Nápoles, en un lugar dicho Puzol,⁵⁷ dos fuentes harto juntas con dos diferentes y estrañas virtudes, tanto que, si en la una dellas se echa un perro o otro animal, luego muere, y si de allí lo sacan y lo echan en la otra torna luego a vivir; y es sin duda que el agua de la una por su secreta virtud adormece de tal manera los espíritus animales que lo condenan por muerto, y la otra debe tener los efectos contrarios. En África también hay una fuente cuya agua hace una suave música, como si tañesen muchos instrumentos; y en Cerdeña hay dos fuentes de agua caliente que tienen una extraordinaria virtud, que al parecer de los hombres

55.– Que fomenta el deseo.

56.– Mina, veta de mineral.

57.– Pozzuoli, castellanizado.

es más fabulosa que verdadera, porque la una sana los ojos enfermos de los hombres que son leales, y la otra ciega los ojos de los que son ladrones.

FABRICIO: A todo eso daré con facilidad crédito, porque tengo vistas y leídas tan extraordinarias cosas, que son mejores para calladas que para referirlas a personas que han visto pocas cosas y leído menos. Mas, pues vos, señor Leonardo, no sois dellos, sabed que Pomponio Mela y otros autores que tratan de la provincia de Macedonia dicen que hay allí una fuente que metiendo en ella una antorcha encendida se mata, y si la meten muerta se enciende; y, para más firmeza, San Agustín⁵⁸ lo afirma en los libros *De Civitate*. Y el mismo Mela, hablando en el libro tercero de las islas del Océano Atlántico, dice que en ellas hay dos fuentes, la una que mata riendo al que bebe de su agua, y en realidad de verdad no es reír, sino apariencia de risa, porque contrae los nervios de la boca; y que junto a ella está otra fuente de cuya agua, si bebe, luego se libra del veneno que bebió: pone Dios el remedio y la medicina donde se cría el daño, como lo dice San Isidoro en sus *Etimologías* y San Agustín en lo *De Civitate*.

LEONARDO: No más aparte que⁵⁹ ayer, leyendo una epístola que escribió Policiano a Jacobo, cardenal ostiense, dice que en el río Rin de Alemania, si echan alguna criatura en él nacida de adulterio, la arrebatada y ahoga, y si es de matrimonio la echa fuera sin hacerle daño; y Marco Polo véneto, en el libro de su *Navegación*, dice que en la provincia de Carconia, donde él estuvo, que es tributaria a los tártaros, hay un gran lago que no cría peces sino en la Cuaresma hasta el Sábado santo, y esto por orden natural es imposible: debió de hacer Dios este milagro por intercesión de algún santo.

FABRICIO: También es de admirar lo que escribe Aristóteles: que en Rácapa hay una fuente que, echando en ella un palo, va floreciendo poco a poco y dando fruto; mas esto debe ser que abunda en ella el viento Favonio,⁶⁰ que hace producir a la tierra muchísimo. También en la montaña de Irlanda hay una fuente que hace canos a los que en ella se lavan, y la razón es que consume el humor que conserva el cabello negro. Solino, en la historia de Arabia y Mar Bermejo, dice que en la costa deste mar hay una fuente que el ganado blanco que bebe en ella se va volviendo poco a poco negro, y lo debe hacer ser las aguas salobres, porque tienen esta virtud y propiedad. También Baptista Fulgoso, en el libro *De mirabilibus mundi*, pone una fuente que el que callando va a lavarse en ella y sin hacer ruido se lava es certísimo que la hallará siempre clara, y si va haciendo ruido la hallará turbia y borbollonando, y dice que él hizo la prueba. Y de todas las cosas que he leído y visto, la que más me admira es una fuente que está diez y seis leguas de París, en una aldea llamada Verona,⁶¹ que el agua es de muy lindo color y no tiene sabor ninguno, y, echada en una taza, se reduce en forma redonda, como gota que cae en mantel, y convierte en piedra pómez todas las cosas que coge. Y esta fuente es copiosísima, tanto que muele⁶² un molino, y por la virtud que tiene engendra tantas piedras, que se apegan a la rueda del molino y continuamente se las han de ir quitando si ha de moler. Y está tomado por testimonio que una mujer desta aldea estuvo preñada veinte y un año porque el niño que había concebido se había convertido en piedra pómez, porque esta mujer siempre bebía desta agua; y murió desto el año mil y quinientos y ochenta y dos, y le sacaron la criatura tan dura y empedernida que con segur⁶³ no se dejaba cortar: tanta es la virtud mineral de las cosas y portentos de naturaleza.

58.- Variante muy usada en la época, y más acorde con la etimología del nombre, pues proviene de 'Augusto'

59.- No se diga más sino que... Curiosa fórmula que no se repite en el texto.

60.- Orig. y eds. consultadas: 'Fanio', que no he localizado y considero errata. Favonio o Céforo es el viento del O.

61.- Quizá Vernon, al O. de París y sobre el río Sena.

62.- Podría ser fácil errata por 'mueve' (por atracción de 'molino'). Ciertamente, es el único caso de 'muele un molino' en el CORDE (en otro va precedido de 'con el agua de esta fuente...'); pero en las *Historias prodigiosas y maravillosas...* leo: 'eran tan grandes los resoplidos que echaba, que casi pudiera moler un molino de viento' (Sevilla, 1586, cap. I-XXVI), mantenido en la posterior ed. de Madrid-1603. Y es de notar que Eslava copió pasajes enteros del libro citado.

63.- Hacha.

LEONARDO: En España, en la ciudad de Córdoba, en San Jerónimo hay otra fuente que cae de alto, cuya agua se torna en piedra adonde cayendo da golpe: es durísima, aunque hueca, como escoria de hierro. Mas, señor Fabricio, en pago de la desdichada historia que me habéis contado os quiero declarar el orden que hubo en descubrir una fuente llamada del Desengaño, la cual está en Siria, con una muy admirable virtud; y es que el hombre o mujer que en el agua de la dicha fuente se mira ve dentro a su lado la cosa que más ama. De manera que si uno ama mucho a su mujer la ve a su lado como si presente la tuviese.

FABRICIO: Yo os doy mi palabra, señor Leonardo, que si os mirádes en esa fuente no veríades a vuestra mujer a vuestro lado.

LEONARDO: Ni tampoco, si mi mujer se mirara, me viera al suyo. Mas, dejando gracias aparte, prestadme oído, que es muy gustoso cuento.

CAPÍTULO SEGUNDO

Do se cuenta cómo fue descubierta la fuente del Desengaño⁶⁴

En la provincia de Siria hay una populosa ciudad llamada Palmerina,⁶⁵ y en ésta residía una dama llamada Livia, moza discreta y hermosa y sin padres, rica de bienes temporales. Ésta era de muchos caballeros servida, mas ella amaba tan solamente, con muchas veras, a un mancebo tan discreto cuanto galán llamado Justino, natural de la misma ciudad. Pues como fuese igual el amor y voluntad éstos y hubiesen pasado en muchos y largos ratos mil amorosas razones, y entre ellas manifestando sus heridos corazones, se enlazaron con el indisoluble nudo del matrimonio. Mas, como Cupido suele algunas veces burlarse de sus aliados, dividió a éstos por medio de una muy repentina guerra que sobrevino sin pensarlo a la ciudad; y fue que en tiempo de Galieno, emperador romano, se levantó en la provincia de Siria un tirano llamado Odenato, y lo primero que procuró fue apoderarse de la ciudad de Palmerina, que era donde residía esta nueva Tisbe y⁶⁶ Píramo.

Pues como llegase con su poderoso ejército contra la ciudad fue forzoso y necesario mostrar varoniles pechos, y así, enarbolaron ricas banderas, tocaron templadas cajas,⁶⁷ eligieron diestros oficiales, y como Justino era dispuesto, galán y noble, echaron mano dél para el cargo de alférez.⁶⁸ Pues, como ya el cercano enemigo quisiese poner cerco a la ciudad, hubo de salir la más lucida gente de guerra a impedirlo, y como en Livia de veras lidiase el amor, temerosa de la perpetua ausencia de su galán, dio orden se hablasen antes de su partida. Y la postrera noche viéndose juntos, pretendiendo la hermosa Livia estorbarle la partida, le habló desta manera:

—Querido y amado Justino: si el verdadero amor que entre los dos hay es una unión de concordantes voluntades, ¿qué es la causa que con tan poca ocasión te quieres apartar de mí, siendo mi voluntad diferente y contraria? No puedo atribuirlo a otra cosa sino que te habrás bañado en

64.— Suplo el epígrafe como aparece en la Tabla.

65.— Palmira, hoy Tadmor.

66.— Quizá el manuscrito dijese 'y su Píramo', pues el autor gusta de usar el posesivo: 'su Fileno', 'su Justino', etc. etc.

67.— Los parches de los tambores se aflojaban para acompañar los actos fúnebres. En el cap. V leeremos: 'tristes y des-templadas trompetas'

68.— El alférez portaba el estandarte y acompañaba siempre al capitán.

el Leteo, que es el⁶⁹ Olvido, y con la frescura de su aborrecible agua se haya apagado la ardiente llama de tu amoroso pecho, pues con tan liviana ocasión quieres mostrar tus juveniles fuerzas en favor de Marte,⁷⁰ habiéndolas primero dedicado a Cupido. Si algo puede esta sincera voluntad contigo, estorba esta tu jornada; mira que quedaré la más afligida mujer del mundo, y sujeta a que con el alboroto y estruendo de guerra⁷¹ sea agraviada mi honra sin amparo de mis ya muertos padres. Acuérdomme que muchas veces, descansando nuestros amorosos corazones, me decías que tú no eras tuyo, sino mío. Pues si es verdad, como dices, que eres mío, requiérote que no vayas; y si yo soy tuya, como es verdad, y no mía, llévame contigo; que te juro por la fe que te tengo dada de armarme de un pecto fuerte⁷² y de mostrar mis fuerzas más que varoniles, y puesta a tu lado pienso ser más valiente que ninguno de tus soldados. Y esto será más por salvarte la vida que por libertar la patria.

Atento, y no comoquiera, estuvo a todas estas amorosas razones el discreto Justino, y, habiendo notado sus apasionados conceptos, le respondió desta suerte:

—Hermosa Livia: si entendieses en qué consiste el verdadero amor no me culparías como me culpas y darías por justa mi determinación. Y no entiendas que la muestra del amor es⁷³ en pasear por anchas y empedradas calles adornado de ricos y costosos vestidos, hablando amorosas razones debajo de altos y cubiertos techos, mas antes consiste en hacer algún hecho de fama, como hizo Orlando por Angélica y Cervino por Isabela, Rugero por Bradamante, porque los hechos de nobleza suben al amor de quilate. Pues si miras, dulce Livia, sin celosos ojos mi determinación, verás que la mayor ocasión que me mueve de ir a esta jornada es temer que el furioso enemigo se señoree y goce de tu hermosura saqueando y robando esta afligida ciudad. Y si con ojos, como dicen, de lince pudieras ver mi encendido pecho, verías cómo no se ha bañado en las aguas que dices del Olvido. Y si porque soy tuyo me mandas que no parta a la guerra, digo y confieso que es verdad infalible que soy tuyo; mas no será mucho que me prestes por algún tiempo, pues vees que te queda esta apasionada alma en rehenes. Y si te ofreces de venir conmigo y pelear por mi defensa con muy animoso pecho, podrías defender mi cuerpo, mas no libertar mi alma. Cuanto más que no es cosa conveniente por muchos respectos. ¿Qué se diría de tu honra y de la mía? Y ¿cómo tu delicado cuerpo podría sufrir el incomportable trabajo de la guerra? Así que, hermosa Livia, queda esperando mi deseada victoria, que de nuevo te ofrezco de ser tuyo mientras la tierra me sustentare.

Y, acabado que hubo de decir esto, enlazando los fuertes brazos por el cuello de Livia, se despidió manifestando por los ojos el sentimiento de su corazón.

Pues como Titón descubriese los relumbrantes rayos de su corona tocaron las templadas cajas al arma, y con grande estruendo y vocería, y poca orden y mucho desconcierto, salió de la ciudad la más gente de guerra a impedir el asalto al enemigo. Mas, como era gente de poca disciplina, fue presto del enemigo desbaratada y la más gente muerta, y el valiente y enamorado Justino preso y captivo y llevado ducientas millas de allí, a la ciudad de Nisia, seis millas de la corte del rey Odenato, que era el que había enviado el cerco contra la ciudad de Palmerina, y fue allí comprado de un próspero y rico mercader.

69.— Orig. y eds. consultadas 'del'. Pues *Léthè* significa 'olvido' en griego, creo aplicar la menor enmienda posible a lo que bien pudo ser fácil errata del cajista. V. la n. 298.

70.— El dios de la guerra.

71.— Quizá el manuscrito decía 'la guerra', como en un pasaje del cap. VII: 'en la furia y tropel de la guerra' Incluso en este cap., más abajo: 'en la furia y tropel de aquella guerra'. Además, aquí hay un salto de línea que pudo propiciar la omisión ('estruendo de | guerra', plana 21v). Las otras eds. consultadas no suplieron el artículo

72.— Armarme de valor. Más abajo: 'Y si te ofreces de... pelear... con muy animoso pecho'. No creo que aquí se hable de la pieza de la armadura 'peto': coraza.

73.— Está, consiste, como se lee algo más arriba y más adelante.

Pues como el desdichado Justino se viese captivo, lloraba su infelice suerte y la ausencia de su querida y amada Livia, y, entre todas sus adversidades, la que más sentía era no saber el suceso que había tenido la hermosa Livia en la furia y tropel de aquella guerra. Pues como estuviese un año en esta esclavitud y servidumbre y de Livia ninguna cosa supiese, estaba casi desesperado, imaginando unas veces si la fiera Parca⁷⁴ había cortado el delicado hilo de su vida, o si, como variable mujer, se había mudado de su firme intento. Otras veces suspendía su trabajo con deleitables fantasías, que suelen poner treguas a las pasiones del alma. Mas, como su tirano amo entendiese que la ociosidad era parte de su melancolía, mandole que con dos machos⁷⁵ fuese a hacer leña a un áspero y desierto bosque dos leguas de allí, y el obediente Justino tomó luego el solitario camino con algún contento de poder ir llorando sin impedimento alguno su desdichada suerte; y como iba haciendo alarde de sus amorosos trofeos y embebido en los muchos favores de su Livia, perdió el camino de la mal pisada senda en la mitad del bosque, enredándose en él más de lo que convenía.

Mas, como se cansase la imaginación con tan continuas fantasías, tornó en sí y cortó con sus delicados brazos⁷⁶ la rústica leña que había de llevar. Y, dando treguas al trabajo, hallóse sediento y fatigado, y mirando a una parte y a otra vio una copiosa y cristalina fuente que brotaba por muchas y diversas venas una delicadísima agua: y esta era, como dicho tengo, la fuente del Desengaño, hasta entonces jamás de nadie conocida. Y como llegase el sediento Justino a la clara fuente y mirase la subtilidad y delgadeza del agua, vio dentro de ella un vivo retrato y natural imagen de su amada y querida Livia, tan bella y hermosa cuanto en su imaginación estaba; mas, como ignorante de los naturales efectos del agua, estaba como atónito y espantado de ver semejante cosa, y, contemplando en ella, comenzó a hablarle desta manera:

—¡Oh vista, verdadera amiga de mi descanso! ¿De qué sirve representarme la incomparable belleza del bien que adoro con interposición de frías y húmedas aguas, si, guiada de tu natural, lo haces para confortarte y apurarte en ellas? ¿No ves que los rayos de esa belleza penetrando la líquida y transparente agua bastan a encandilarte? Mas, ¡oh venturoso Justino! ¿Qué es esto que ves? ¿Duermes o estás despierto? ¿Qué es lo que miras? ¿No es ésta tu amada Livia? ¿No es ése su divino rostro? ¿No son ésas sus blancas y nevadas manos? ¿No son éstos sus coralinos labios? ¿No son esos ojos las dos estrellas fijas del cielo? ¿No es ése su alabastrino pecho? ¿No es ése su donaire y gala? ¿No es ella la que con semblante alegre me está mirando? ¡Oh hermosa Livia! Dame parte de tu venida y asistencia en esta fuente. Dime, ¿no me respondes? Mas, ¿cómo ha de responder, si parece ser su sombra? Pues sombra de Livia sin su presencia es imposible, sino que ya la inexorable Átropos haya cortado el hilo de su vida y ande la fénix de su alma haciendo estas sombras interpuestas. Mas no es sombra ni imagen, sino su verdadera persona. Dime, hermosa Livia, ¿adónde estás? Si lo haces por burlarme, basta ya; mira que son costosas burlas las del alma. Déjame tocar siquiera los reflejos de tu rostro.

Pues poniendo por efecto su deseado intento, metió la mano dentro las cristalinas aguas, y, como alborotase la agua con la mano, por algún espacio de tiempo no se veían los rostros de ninguno dellos, y, no entendiendo Justino la causa, entendía que Livia se había apartado dél, y así, daba voces llamándole por la mitad del bosque. Y como nadie se apiadaba de sus lastimosas quejas tornó segunda vez a la fuente, y como el agua estuviese ya quieta vio segunda vez la efigie de su amada Livia en ella, y, obligado del amor, soltó las riendas al llanto, diciendo a Livia:

74.- Átropos, la que cortaba el hilo de la vida de los hombres. Sus compañeras eran Cloto y Láquesis.

75.- Mulos.

76.- Antes leímos: 'enlazando los fuertes brazos por el cuello de Libia'. A veces el autor se ve en problemas por su tendencia a la hiper-adjetivación.

—Livia: ¿por qué permites, ingrata, que este esclavo tuyo sea de otro y padezca tal pena? Dime, hermosa Livia, ¿adónde te escondes? Que si esta frígida fuente es tu morada, te juro por el eterno Caos⁷⁷ de hacer aquí perpetua habitación contigo.

Pues cansado Justino de herir al viento con sus quejas sin que aun el eco quisiera⁷⁸ responder a ellas, como hombre doctado de buen entendimiento consideró una razón de filosofía, o, por mejor decir, efecto de la pasión; y es que la cosa que verdaderamente está muy fija en la imaginativa obra tal efecto que representa a los ojos la cosa imaginada, y así, que podría ser que su intensa imaginación hubiese obrado tal efecto. Y, dando de mano a sus amorosas pasiones, cargó de la cortada leña sus machos, que parecía que estaban admirados de su tardanza; el cual en su largo camino con otras mil razones procuraba satisfacer a sus engañados ojos.

Pues volviendo a la hermosa Livia, que en la ciudad de Palmerina quedaba sola y acompañada de mil celosos pensamientos y en medio y tropel de la guerra, la cual como supo la desgraciada y triste nueva de la prisión y captiverio de su muy amado Justino quedó casi privada de su vital aliento, y, tornando el corazón a restituir la color robada, hizo un triste y piadoso lamento. Y viendo que el enemigo entraba en la mísera ciudad violando sin temor alguno las niñas y castas doncellas, se determinó de salir fuera de la ciudad en hábito de varón llevando consigo la mayor cantidad de oro que podía, y, por más disimular, cortándose sus hermosos y dorados cabellos por que no fuesen espías de su disfrazado traje. Y esto hizo con determinación de no cesar su camino hasta hallar a su amado y querido Justino; y como las mujeres ponen luego en ejecución su deliberado intento, lo puso luego por obra, pareciendo con el nuevo traje algún paraninfo⁷⁹ humanado.

Pues guiando sola su camino a la sumptuosa corte del rey Odenato, que era, como dicho tengo, el que había enviado su ejército contra Palmerina, llegado⁸⁰ que fue a tres millas de la dicha corte perdió el camino real⁸¹ tomando una angosta y poco hollada senda por la cual se metió dentro de un espeso bosque, y, hallando el extremo de la dicha senda, estaba suspensa ignorando por qué parte apresuraría sus delicados pies. Pues como fuese desalada⁸² por el espeso bosque buscando algún camino por do fuese a la corte, vio una clara y cristalina fuente, y esta era, como dicho tengo, la del Desengaño, adonde y de quien había sido engañado su querido y deseado Justino. Y, visto el risueño murmuro⁸³ que brotando por mil venas hacía y incitada de la fatigable sed que tenía, fue a beber de sus claras aguas y vido⁸⁴ dentro dellas a su amante, quedando casi espantada con la nueva visión, y absorta y puesta como en éxtasis estuvo gran rato contemplando la presente figura. Comenzó a notar sus partes, y con delicadas voces, creyendo y entendiendo por lo que veía en el agua que Justino estaba cerca della, buscándolo por los cóncavos de aquellas rocas, escudriñando con sus hermosas manos los lugares y matas más cercanos a la fuente sin reparar en el rigor de los punzosos abrojos.

Pues volviendo una y muchas veces como sedienta cierva a la clara fuente, contemplando la figura que tanto amaba soltó las riendas a sus ojos y lengua hablando a su Justino desta suerte:

77.— En la mitología griega, el 'antes que nada' que recuerda aquellas palabras del primer versículo del *Génesis*: 'La tierra era caos y confusión y oscuridad por encima del abismo'

78.— Orig. y eds. consultadas: 'quiera'. El autor pasa a veces al presente para dar más viveza al relato (en las tormentas, p. ej.), pero no creo que aquí sea el caso.

79.— Estatua de ninfa que hacía la vez de columna.

80.— Así en el orig. y eds. consultadas, que creo lapsus del autor, sin que de propósito se deba al 'hábito de varón' de Livia. En el libro se leen dos 'llegada que fue' que autorizarían la enmienda.

81.— La vía principal.

82.— Ansiosa, acelerada.

83.— Orig. y eds. consultadas: 'murmurò'.

84.— Vio.

—Si es causa, amado Justino, el no conocerme este desdichado hábito que llevo, vuelve: reconoce y mira que soy tu leal y amada Livia, que por observar y cumplir la fe que te tengo dada dejé mi dulce y amada patria y la próspera hacienda, y mi propio y natural hábito por este varonil que estás mirando. ¿No me respondes? Di, ¿por qué no me hablas? Mas, ¡ay, desventurada de mí, que entiendo que la ausencia habrá sido parte que te hayas aficionado de otra que te merezca mejor, aunque no que te quiera tanto! Mas no es posible, porque te veo al lado de mi sombra, y ella, como interesada, no consentirá tan grande agravio. Háblame siquiera una palabra, y por ella me desengaña si se ha resfriado el encendido amor que me mostraba tu ardiente pecho; que como te veo dentro en estas hondas y frías aguas, temo que estés más helado que ellas, si ya no más que la nieve de Scitia. Y si por desdicha tuya y mía has caído en ellas, dame tu mano; que yo con mis femeninas fuerzas procuraré, a pesar de Aretusa,⁸⁵ sacarte dellas.

Apenas acabó de decir estas últimas razones cuando vio un grande y aspado ciervo que con veloces pasos iba en busca de la perdida cierva que unos cazadores los días atrás le habían muerto, y como fuese afligido de la insaciable sed venía derecho a la dicha fuente; y como la hermosa Livia lo viese, llena de piedad le dio lugar que la pudiese satisfacer retirándose a una cercana mata para de ahí notar lo que el celoso ciervo hacía. Pues como llegase el ciervo a la dicha fuente, luego se le representó en ella su perdida cierva viendo la figura della en lo más hondo del agua, y, casi espantado, mostró tener un cierto modo de contento dando mil vueltas y corcovos⁸⁶ de regocijo y contento. Y con tener tan insaciable sed, temiendo dañar a su amada cierva no hacía sino lamer el agua; mas, como su natural distinto⁸⁷ no se contentase con sólo eso, arrojose dentro de la clara fuente por alcanzar lo que sus engañados ojos le mostraban; mas, como se enturbiase el agua y su trabajo fuese en vano, salió de la dicha fuente y metiose dentro del espeso bosque.

A todo lo cual estuvo la hermosa Livia muy atenta, y, notando lo que había visto, dio en el engaño y virtud de las aguas sirviendo de maestro el celoso ciervo, y, habiéndose satisfecho del manifiesto engaño, no quiso mirarse más en la clara fuente. Y así, fue buscando por el espeso bosque algún sendero por do fuese guiada, y a muy pocos pasos halló una muy trillada senda que la llevó al real camino de la corte, y prosiguiendo aquél iba esparciendo por su divino rostro muchas y muy abundantes lágrimas, maldiciendo al amoroso ciervo porque había sido parte de sacarla de aquel gustoso engaño en que estaba contenta; porque gustaba vivir más de aquel modo engañada que no desengañada de no poder ver a su Justino.

Pues vacilando en estas amorosas pasiones llegó a la corte del rey Odenato, y, paseándose por el real palacio haciéndose otro Argos⁸⁸ por ver si estaba en él su Justino, fue vista su beldad de la infanta Celinda, única hija del rey Odenato, la cual con un paje le envió un recado que luego viniese ante su real presencia; y, preguntada de dónde era, cómo se llamaba y a quién buscaba en su real palacio, le respondió la hermosa Livia, inclinando el rostro, con ojos muy modestos y corteses palabras, ser natural y nacido en Polonia y que su nombre era Livio, y que la fama de su real corte le había traído de tan lejas tierras a ejercitarse en las cosas tocantes a nobleza y policía.⁸⁹ Celinda casi enamorada de su hermoso talle y discreto modo, lo recibió por su paje con voluntad de su padre el Rey.

85.— Ninfa que acompañaba a Artemisa en sus cacerías y había jurado guardar castidad. Perseguida del cazador Alfeo, pidió a Artemisa que la transformase en manantial. Luego hundió su curso en la tierra y afloró en Siracusa (Sicilia). Entonces Alfeo también se transformó el actual río del Peloponeso y la persiguió hasta allí, logrando juntar sus aguas.

86.— Brincos.

87.— Instinto.

88.— Gigante de cien ojos que por orden de la celosa Hera debía guardar a una ternera blanca: en realidad Io, una ninfa de las preferidas de Zeus. Éste ordenó a Hermes que matase a Argos, para lo cual se disfrazó de pastor y logró adormecerle a base de contarle historias. Agradecida Hera a los servicios de Argos, adornó con sus ojos la cola del pavo real.

89.— Urbanidad.

Y en muy breve tiempo la hermosura de Livio causó en Celinda un nuevo cuidado y una nueva pena; y como el estar presente la cosa amada engendra aumento en el verdadero amor, no había hora ni momento que Celinda no tuviese su memoria en Livio su criado, dando trazas en su inquieto pensamiento cómo descubriría su amoroso pecho a Livio. Y, ofreciéndose un día oportuna ocasión en su secreto aposento, abrasada de amor, la infanta Celinda le dio parte de lo mucho que la amaba y quería, ofreciéndose por su esclava; que a estos términos trae el amor al paciente. Y Livio, o Livia, que ajeno de semejante amor estaba y viendo rendida a sus pies una hermosísima infanta, con fingidas razones le correspondió con otro tanto amor y voluntad, ofreciéndose tanto y más de lo que ella se había ofrecido, sirviéndole con todas sus fuerzas.

Pues como Celinda entendiese haber negociado bien para la primera vez, mostraba un nuevo regocijo en su hermoso rostro; mas el desdichado Livio, como plático y experimentado en los apasionados efectos que el amor suele hacer, no se maravillaba de la infanta Celinda, sino de ver su desdichada suerte, la cual no solamente permitía que Livio, que así la llamaremos de aquí adelante, amase a quien nunca esperaba ver, sino que para mayor pena suya fuese recuestada de amorosos deseos de aquella a quien no podía satisfacer.

Pues como una y muchas veces fuese molesto y querido Livio de la infanta Celinda, determinó desengañarla del engañoso engaño en que estaba diciéndole desta suerte:

—Serenísima señora: hállome tan indigno de las infinitas mercedes que vuestra Alteza me hace, que no me atrevo con mis cortos servicios entender en la satisfacción dellas, y sólo mi alma podría corresponder con la amorosa voluntad que vuestra Alteza me tiene. Y para que ello se vea ser así quiero descubrirle un natural secreto que tres millas de aquí tiene una clara y cristalina fuente, la cual es desta manera: que el firme y verdadero enamorado que ama sin ficción ninguna, mirándose en las aguas della ve dentro dellas y a su lado a la cosa amada, tan al natural como si presente y a su lado verdaderamente la tuviera; y así, pido por merced vamos los dos con mucho secreto a ella y descubramos allí nuestros amorosos pechos, para que, desengañada vuestra Alteza de mi muy verdadero amor, y yo por lo mismo del que vuestra Alteza muestra tenerme, pongamos en efecto el remedio de nuestros amorosos deseos.

Satisfaciéronle en tanto extremo las razones de Livio a la hermosa Celinda que luego dio una muy secreta traza con un secretario suyo; y fue que al otro día, antes que el rubicundo Febo descubriese⁹⁰ las doradas crines de sus ígneos caballos, fuesen disfrazados a la dicha fuente, y como en cosas semejantes no son las mujeres perezosas, luego fue puesto por obra. Y como Celinda y Livio se vieron juntos en ella vio Livio su propia figura al lado de Celinda, por do conoció el verdadero amor que la Infanta le tenía, y Celinda, mirando con mucho cuidado si vería su propia imagen al lado de su querido Livio, en lugar suyo vio a un mozo dispuesto y galán y hermoso, el cual era Justino, que estaba retratado en la mente de Livio. Pues como Celinda viese y notase todo esto, admirada de tal espectáculo, perdiendo los estribos de paciencia, le habló con rostro airado diciéndole cuán mal pagaba con engaño el verdadero amor que le tenía. Y como a Livio le pareciese oportuna ocasión para descubrir su encubierto género y manifestarle quién ella era, le habló de aquesta suerte:

—Hermosa y discreta Celinda: bien conozco que soy indigno de amor de tan alto quilate como vuestra Alteza ha manifestado tenerme en estas cristalinas aguas, y Dios me es testigo si quisiera tener sujeto para poder recibir tan alta merced. Mas, por que entienda mi disculpa y no faltar por mi parte, sepa vuestra Alteza que, aunque me vee en este hábito de varón, que soy mujer como vuestra Alteza; y si de esto está dudosa, conmigo traigo el desengaño, el cual es éste.⁹¹ Y, como a mujer plática y experimentada en los efectos de amor, daré a entender quién soy y qué es

90.— Mostrase.

91.— Se entiende que Livia hace aquí algo para evidenciar que en efecto es mujer.

lo que busco. Yo soy de la provincia de Siria, de la desdichada ciudad de Palmerina, que del padre de vuestra Alteza fue rendida y sujeta, y en ella amé a un mozo noble, dispuesto y galán llamado Justino, el cual correspondía con muchas veras a mis amorosas pasiones, y en la fiera guerra fue captivo y traído a este reino. Y como ya sintiese en extremo su larga ausencia, determiné con el hábito que llevo venir en busca suya, y así aporté a esta fuente del Desengaño, donde vi la admirable virtud de sus clarísimas aguas por medio de un celosísimo y enamorado ciervo, que por no ser prolija no lo cuento. Y de aquí me trajo mi suerte a servir a vuestra Alteza, con quien para mayor pena mía han pasado estos engañosos amores; y plegue a Dios que sea aborrecida de mi muy amado Justino si no quisiera que mi cuerpo dijera con el vestido para gozar de tan estremada y perfecta hermosura. Y para que entienda vuestra Alteza con cuánta razón amo a Justino, vea a una conmigo en estas claras aguas su dispuesto cuerpo y hermoso rostro.

La infanta Celinda, que admirada estaba del descubierto suceso, sintió por sus delicadas venas discurrir una helada sangre que iba enfriando su encendido y amoroso pecho; y así como vido en las claras aguas el dispuesto cuerpo y hermoso rostro de Justino comenzó a pasar el amor que a Livio tenía en el desventurado Justino, con tanta impresión en el alma que de la sombra, o, por mejor decir, imagen suya quedó enamorada y casi fuera de sentido, disimulando en lo exterior todo lo posible por respecto de la nueva criada.

Pues como Titón estuviese ya con su dorado carro en la mitad de la cuesta, volvieron apriesa al sumptuoso palacio con su secretario, que a poca distancia de allí les estaba aguardando, prometiéndole siempre la infanta Celinda que la tendría de continuo por su ordinario paje, sirviendo en el propio cargo que tenía hasta que tuviese noticia de su muy amado Justino. Mas, por otra parte, la infanta Celinda, abrasada del nuevo amor de Justino, iba dando nuevas trazas en su amoroso pensamiento cómo podría gozar de su aficionado y nuevo amante sin que Livia fuese parte para impedirlo; y así, determinó de efectuar un cauteloso pensamiento; y luego fue al Rey su padre, sus ojos hechos fuentes, quejándose que el paje más querido, llamado Livio, había puesto manos en su real persona por cierta reprehensión que le había dado, pidiéndole por merced le diese a ella la mano para castigarlo. Luego fue del Rey su padre otorgada la licencia, y así, a la inocente Livia la mandó poner en muy obscuras prisiones, mandando con rigurosa pena que ninguno la hablase. Y esto fue con intención que ella no fuese en busca de su Justino ni Justino la pudiese hallar, y la Infanta pudiese efectuar su intento.

Pues como Livia ignorase la causa de su prisión, humedecía con infinitas lágrimas el hondo y obscuro suelo, el cual jamás del resplandor de Febo había sido visitado, y la bella Celinda envió con mucho secreto a su fiel secretario con mucha cantidad de dinero para que por toda la provincia de Siria buscase y tomase lengua⁹² de Justino y lo comprase sin reparar en el interés que le pidiesen. Pues como el secretario deseara dar contento a la Infanta su señora, hizo todas las diligencias posibles en buscarlo, el cual fue hallado con mucha facilidad, porque estaba, como dicho tengo, en la ciudad de Nisia, seis millas de la corte. Al cual trajo su amo ante el secretario por el pregón que se había dado por orden suya, y fue comprado por trescientos escudos de oro y traído a la corte y presentado⁹³ a la infanta Celinda. Y Justino, como ajeno de estos amorosos enredos, no estaba poco contento de que su suerte le hubiese sacado de aquella pesada y trabajosa esclavitud para servir a una tan real persona como la Infanta, de donde echó de ver se le quería mostrar la Fortuna favorable; y así, aliviando con esto sus trabajos, procuraba con muchas veras ser agradable con sus servicios a la Infanta.

92.- Hiciere averiguación.

93.- Regalado.

Mas Celinda, herida de nuevo con su presencia de la herbolada⁹⁴ flecha de Cupido, iba de hora en hora buscando ocasión para descubrirle sus amorosos conceptos, y, ofreciéndose una harto suficiente, le dio parte y razón por que había sido comprado y traído a su servicio, por cuanto tenía noticia de su beldad y hermosura por un prodigioso caso que en la ciudad de Palmerina había sucedido a una dama llamada Livia, la cual se había dado la muerte por el amor que le tenía, habiendo entendido que era muerto en la guerra. De suerte que la infanta Celinda propuso esta ficción al esclavo Justino para enfriarle el amor que a su Livia tenía, y a vueltas⁹⁵ desto le decía infinitos requiebros por los cuales manifestaba el mucho amor que le tenía, ofreciéndole crecidas mercedes. Mas Justino no dio entero crédito a la muerte de su amada Livia por ver a Celinda tan puesta en amarle, y, como era muy cortés, le agradeció con muchas veras la amorosa voluntad que le tenía, ofreciéndole que le pagaría con la misma moneda; mas, por otra parte, se retiraba a su aposento a llorar su desdichada suerte, unas veces teniendo por verdadera la muerte de Livia, y otras por falso y artificioso enredo.

Pues como Celinda fuese notando el poco calor de Justino y el mucho fuego que en sus entrañas ardía, determinó la primera ocasión que se ofreciese probar su voluntad, y, poniéndolo por obra, comenzó a reñirle del mucho descuido que en su servicio tenía y la mucha ingratitud que a su amor mostraba; y como viese Celinda que estas razones y otras muchas que le decía no eran bastantes a ablandar el pecho de Justino, forzada del grande amor que le tenía procuró de abrazarle echándole sus delicados brazos al hermoso cuello. Y estando en estas amorosas luchas, el Rey su padre por suerte hubo de venir a consultar cosas con su amada hija, como lo tenía de costumbre, y como llegase a tal tiempo y viese un espectáculo tal, indignado dello, prendió luego el mismo Rey al desgraciado Justino y le mandó meter en la más oscura prisión de su palacio, adonde estaba también presa su querida Livia; y por el consiguiente⁹⁶ mandó con mucho rigor, sin tener respecto al amor paternal, metiesen a su deshonesto hija en una alta y fuerte torre con vigilantes guardias. Y luego fue puesto por obra todo lo que el Rey había mandado.

Mas, como el triste Justino se viese en todo tan desgraciado, comenzó con infinitas lágrimas a llorar su desdichada suerte, quejándose unas veces de la Parca, porque era tan perezosa, y otras veces de Livia, notándola de ingrata. Y como Livia estuviese oyendo en su misma cárcel y calabozo la voz del que tanto amaba, fue corriendo con una velocidad mayor que de cierva a enlazar los brazos en el cuello de Justino, no se hartando de darle infinitos abrazos, bañándose con abundantes lágrimas el uno al otro sus bellos rostros. Y la hermosa Livia colgada de los hombros de su amado, le dio parte del modo que salió de la ciudad de Palmerina en busca suya, y todo lo que en la dicha fuente le sucedió y cómo aportó a la corte, adonde fue recibida por paje de la infanta Celinda, y de los lascivos amores que con ella tuvo creyendo que era varón y cómo la desengañó en la fuente del Desengaño; y no le pudo decir la causa por que le había puesto en aquella prisión en que se hallaba. Y cuando acabó la hermosa Livia de dar parte de su suceso, luego el discreto Justino conoció la fraudulenta maraña de Celinda, y así, le contó a Livia todo lo que por él había pasado después de su desgraciada esclavitud, hasta el respecto y causa por que estaba en aquella honda y oscura prisión.

Pues como los dos amantes diesen en cuenta de los amores de Celinda, así con Livia como con Justino, vieron claramente la causa por que padecían en aquella oscura prisión, y dijo Livia que sería bueno y conveniente dar parte de todo al Rey antes que ejecutase alguna rigurosa sentencia en ellos, porque tenían por muy cierto que, vista su inocencia, serían libres de pena, y que tampoco en su hija la Infanta ejecutaría su justicia, porque el Rey su padre sabía muy bien en qué consistían

94.- Emponzoñada, envenenada.

95.- Aparte, además.

96.- A continuación.

yerros de amores. Porque sabía Livia por muy cierto que el Rey, como era viudo, dormía las más noches con una mujer hechicera, que con su fealdad parecía más demonio que persona, por ser tan vieja, carcomida y fea, aunque al Rey con sus hechizos se le representaba otra Venus; y lo hacía con tanto secreto que en todo el real palacio no lo sabían sino dos, y el uno de ellos era Livia.

Pues pareciéndole muy bien a Justino el consejo de su amada, enviaron a decir al Rey que querían dar parte a su Majestad de un negocio de mucha importancia, suplicándole se dignase de prestarles oído; y luego fue por el Rey otorgada licencia para ello y mandó los sacasen de las obscuras prisiones, y fue por Livia y Justino contado al Rey con mucha discreción el principio y discurso de todos sus amores hasta el último estado en que estaban y todo lo que en la cristalina fuente con la Infanta su hija les había sucedido. Y, admirado el Rey de tal novedad, mandó expresamente trajesen a la Infanta ante su real presencia, y que en compañía suya y de los jueces de su corte fuesen a la fuente del Desengaño, que jamás hasta aquella ocasión de nadie había sido conocida, para que por la experiencia de ella se probase ser verdad todo lo que le habían contado, para que los jueces, enterados de los enredados amores, juzgasen diferentemente⁹⁷ de aquel caso.

Pues como llegasen a la dicha fuente, los jueces se pusieron todos a una parte, mandando que viniese solo Justino a mirarse primero en las claras aguas de la fuente, y luego vieron muy distintamente al lado suyo a la hermosa Livia, y, visto esto, mandaron a Justino se fuese y llamaron así bien a la hermosa Livia, que todavía estaba en hábito de varón, y mandaron se mirase en las aguas y vieron a su lado a su amado Justino. Y por el consiguiente se llegó el Rey con la infanta Celinda y todos a una se miraron en las aguas y vieron verdaderamente cómo Celinda era la que amaba a Justino, porque lo vieron al lado de ella; y, a más desto, vieron al lado del Rey una tan fea y abominable mujer que causaba espanto a los que la veían, y esta era la que al Rey traía hechizado.

De lo que el Rey quedó muy corrido y afrentado de ver que estaban presentes sus jueces, a los cuales mandó también se mirasen todos a un tiempo, para que se viese si en ellos había algunas imperfecciones; y luego se vio al lado de un juez su vieja mujer, digna de tal marido; y al lado de otro, que viudo era, una rolliza moza de cántaro,⁹⁸ que parecía que con él quería agotar la fuente en venganza de su afrenta; y al lado de otro muchísimos libros abiertos en quienes tenía puesta toda su afición; y al lado de otro tres talegos⁹⁹ abiertos llenos de doblones, como aquel que tenía puesto su amor y pensamiento en ellos y que muchas veces juzgaba, por el dinero, injustamente.

De suerte que, hallándose cada uno culpado, se rieron unos de otros dándose entre ellos muchos y discretos motes y vejámenes,¹⁰⁰ y así, se disimuló con mucho secreto todo lo que habían visto, y dieron libertad a Justino con Livia, y mucha cantidad de dinero que el Rey le mandó dar para que fuesen a su patria y una patente para que en su tierra les fuesen restituidas las usurpadas haciendas. Y en la famosa fuente del Desengaño hizo hacer un sumptuoso edificio con perpetua guardia y clausura para que nadie pudiese entrar sin su orden y licencia, y la intitularon la fuente del Desengaño.

Veis aquí,¹⁰¹ señor Fabricio, cómo se descubrió esta tan admirada fuente de Siria.

FABRICIO: Por cierto, señor Leonardo, que he gustado en extremo oír tan artificiosa maraña, y que de propósito he procurado imprimirla en la memoria. Mas querría que me dijédeses si es cosa natural haber tal fuente y con tales efectos.

97.- Diversamente.

98.- Aguadora, sirvienta.

99.- Saquillos.

100.- Apodos ingeniosos y censuras satíricas. El autor dice de los jueces que resultó 'cada uno culpado', pero eso sólo parece aplicable al segundo y cuarto.

101.- Ved aquí, he aquí.

LEONARDO: Hay tantas cosas naturales y de tanto secreto en este mundo, que los que más escudriñaron la razón natural dellas, como fue el divino Platón y el sutilísimo Aristóteles y el sapientísimo Anaxágoras, y el cosmógrafo Ptolomeo y otros muchos filósofos, no pudieron, con la mucha capacidad de sus entendimientos, alcanzar la razón de la naturaleza dellas. Mas, por que no me neguéis la respuesta a mis preguntas, diré lo que siente mi corto entendimiento; y hallo que es la causa que la clara y sutil agua de esa fuente debe pasar por algún estraño minero y dél reciba tal virtud que, comunicada aquélla al agua, sea suficiente y actual¹⁰² a representar lo que en la cogitativa¹⁰³ del que se mira en ella está impreso, de manera que con su fuerza engañe a la vista y le parezca que ve la cosa amada, porque una vehemente imaginación imprime en la cogitativa una idea de la cosa imaginada.

FABRICIO: No es mala razón ésa, señor Leonardo, para otras fuentes; mas no para ésta que habéis contado, porque habéis dicho que unos a otros se vieron sus defectos, luego síguese que es impropria esa razón, porque los que vieron los defectos de los otros no tenían en sus pensamientos lo que los otros amaban.

LEONARDO: Habeisme alcanzado,¹⁰⁴ señor Fabricio, con tan evidente razón que basta para eximirme de lo dicho.

FABRICIO: Pues en la misma razón que habéis dado he notado otra cosa; y es que habéis dicho que la vista se engaña en aquella fuente, y yo tengo la opinión de muchos, de que la vista no puede ser engañada.

LEONARDO: Sí puede, y muy fácilmente, aunque es el más excelente de todos los otros sentidos; porque los ojos no semejan a las otras partes del cuerpo, porque no son carnales, sino lúcidos y diáfanos, y parecen estrellas y en hermosura exceden a todas las partes del cuerpo. Y el objeto de la vista es todo el mundo corpóreo, así el celestial como el inferior. Los otros sentidos sólo pueden comprender parte del mundo inferior, y esto imperfectamente. Y el medio de los otros sentidos es: o carne, como en el tacto, o vapor, como en el olfato, o humedad, como en el sabor, o aire movedizo, como en el oído; pero el medio de la vista es diáfano y lúcido, que es el aire alumbrado de la celestial luz, la cual excede en hermosura a todas las partes del mundo. Y así, dice Aristóteles que la causa por que amamos más al sentido de la vista que a los otros sentidos es porque nos adquiere más cosas conocidas¹⁰⁵ que todos los otros.

FABRICIO: ¡Paso, señor Leonardo! Que no quiero tanta filosofía, que no hace tanto a nuestro propósito. Sólo deseaba saber si puede la vista ser engañada o no; que todo lo que hasta agora habéis dicho de la vista hace y dice en favor de mi opinión, porque cuanto más perfecto y excelente fuere el sentido, menos puede ser engañado.

LEONARDO: Muy bien decís; mas todo lo dicho importaba para daros a entender que quien sabe la perfección y bondad de la vista también sabrá los defectos della. Digo, pues, que la virtud visiva es sutilísima por ser de la naturaleza del fuego, y es receptiva de los colores y figuras de fuera, y éstas no pueden ser vistas sin el aire que está puesto en medio, que es el medianero extrínseco¹⁰⁶ de la vista, y aun también ha menester que el ánima esté atenta a lo que los ojos miran, porque de otra manera, si el ánima está en otra cosa ocupada, la vista fácilmente puede ser engañada. Y la razón desto es que la que juzga lo que los ojos ven es el alma, y si ella está imaginando en otra cosa no podría juzgar lo que los ojos mirasen. Y también suele engañarse si no tiene la vista un mediano y templado movimiento, porque si la vista se mueve con violencia el sentido de la

102.- Actuante, eficiente.

103.- El pensamiento.

104.- 'Alcanzar' tiene aquí la acepción de 'dar en el blanco'.

105.- Manifiestas, perceptibles.

106.- Exterior, auxiliar.

vista se agrava en grande manera, como se vee cuando meten algún palo en alguna corriente: por su arrebatado movimiento parece quebrado por medio, y aunque sea derecho parece tuerto y corvado; y también, si el palo es cuadrado, parece que es redonda la parte metida en el agua. Veis aquí, señor Fabricio, cómo puede ser la vista engañada. Otras muchas razones os podría decir, mas para apartaros de vuestra opinión basta lo dicho.

FABRICIO: Basta, por cierto. Sólo deseo saber si los irracionales tienen el amor sin conocimiento de hermosura, porque habéis contado en la historia pasada que el celoso ciervo iba en busca de su amada cierva, el cual mirándose en el agua de aquella fuente vio a la cierva que había perdido y tanto amaba.

LEONARDO: Discreta pregunta es ésta. Yo querría saber, también, responder como vos preguntar. Pues digo que a los animales irracionales les falta el conocimiento de la hermosura, y así, no tienen ninguna parte de deseo ni amor del bien que les falta.

FABRICIO: Antes, señor Leonardo, he oído decir que desean los animales y los hombres todo aquello que les falta, porque si lo tuviesen no lo desearían.

LEONARDO: No aquel a quien falta más del bien desea más el bien que le falta, sino aquel que conoce mejor el bien que le falta. Así que los animales no lo conocen, y así, no lo desean, porque el amor de ellos no es otra cosa que un apetito sensual que naturaleza da a cualquiera especie de animales. Y así he dicho yo que el ciervo iba desalado en busca de su amada cierva; que lo llevaba una natural deleitación que para la generación tienen los machos con las hembras, y también porque el ciervo es de su naturaleza lujuriosísimo y amigo de novedades, tanto que si acaso ve un caballo o otra cosa para él nueva se para como un tonto, y lo está mirando tan elevado que suele el cazador llegar a cogerle vivo. Y así, no es de maravillar que, teniendo esta naturaleza y el amor de la delectación, se admirase y holgase de ver en las aguas la figura de su cierva.

Mas, mudando plática, ya el padre de Faetón¹⁰⁷ va alejándose de nosotros por comunicarse a los antípodas, y el helado cierzo¹⁰⁸ comienza a cobrar las fuerzas que el sol le había usurpado, y tengo por mejor nos retiremos a nuestras casas con presupuesto que después que hayamos cenado nos juntemos en casa de nuestro amigo Albanio para consolarle de la pérdida tan grande de su navío. Y allí pasaremos parte de la pesada y larga noche.

FABRICIO: Muy bien me parece lo que habéis concertado. Yo de mi parte digo que no seré el postrero. Y, pues ha de ser breve nuestra vista,¹⁰⁹ vale.¹¹⁰

107.– El hijo de Apolo. Para presumir ante sus amigos se atrevió a conducir el carro del Sol y lo hizo tan torpemente que dejó helada la mitad de la Tierra y abrasada la otra. Acabó ahogándose en el río Po a resultas de un rayo que Zeus envió contra el carro.

108.– Viento del N. En el Mediterráneo, 'tramontana'.

109.– Este encuentro.

110.– Fórmula de despedida, equivalente a 'Id con Dios'.

NOCHE PRIMERA Y DIÁLOGO SEGUNDO ENTRE SILVIO, LEONARDO Y FABRICIO, EN CASA DE ALBANIO

CAPÍTULO TERCERO

Do se cuenta el incendio del galeón de Pompeo Colona¹¹¹

SILVIO: Señor Fabricio: el que vemos venir con hacha¹¹² junto a San Marcos entiendo que es el señor Leonardo, y creo viene a casa de nuestro amigo Albanio... Y, pues él es, justo será lo aguardemos.

FABRICIO: Aunque es corto de vista ya nos ha conocido.

LEONARDO: Dios os guarde, señores. Por buena fe¹¹³ que iba con temor no me hubieran ganado por mano.

FABRICIO: Quien tiene tantos puntos, y tan delicados como vos, no tiene que temer le ganen por mano.¹¹⁴ Mas la puerta abren: ya nos habrán visto.

ALBANIO: Seáis, señores, muy bien venidos, que ha gran rato que los estoy aguardando. Y para que sin impedimento alguno pase nuestra conversación he mandado dar cama a mis nietecicos, que con sus niñerías nunca callan.

SILVIO: Habéis hecho muy bien, porque la otra noche nos inquietaron de tal manera que no comprendí las razones que alegasteis para hacer verdadera vuestra historia. Porque, según dice Quintiliano, lo que con atención oímos más fácilmente creemos.

ALBANIO: Por buen término me tratáis de mentiroso. Aunque no me pesaría el serlo si mis fingidas razones tuviesen algún sentido alegórico o moral, como lo tienen muchísimos historiadores y poetas que enredaron en sus ficciones no sola una, sino muchas intenciones que llaman *sentidos*, de los cuales el primero es el literal; el segundo, el moral, útil a la vida activa de los hombres, y, ultra de eso, significan alguna verdadera inteligencia de las cosas naturales y celestiales. Y no me parece pequeño artificio ni de poco ingenio el saberlo hacer; que así lo mostró el filósofo Isopo en sus *Fábulas* y Ovidio en sus *Transformaciones* y los célebres poetas Homero y Virgilio en sus heroicos versos. Y si por suerte yo en esta nuestra gustosa plática de noches de invierno contare alguna historia que en su artificio pareciere apócrifa, notad el sentido moral y inteligencia della y dejad el literal sentido.

FABRICIO: Digo que tenéis razón y que son de mucha importancia las tales ficciones, pues con el sainete dellas se enseña mucha doctrina y filosofía natural y moral, y así, me acuerdo haber leído en Quintiliano que algunas veces con semejantes ficciones se gana autoridad. Y, pues hemos

111.- Suplo el epígrafe como aparece en la Tabla.

112.- Antorcha. En concreto, una vela compuesta de varias, con sus mechas, y recubierto de cera el conjunto, resultando de sección cuadrada.

113.- A fe, en verdad, de verdad.

114.- Juega con la doble acepción de 'puntos': virtudes personales (en la época se decía 'partes' o 'prendas') y tantos en el juego de naipes.

de tratar de mucha diversidad de historias en todo este invierno, pregunto al señor Albanio cuántas maneras de historias hay.

ALBANIO: Aunque al histórico le conviene el argumento verdadero, digo que hay tres maneras de historias, según usa dellas el Príncipe de los poetas latinos:¹¹⁵ unas que todas son ficción pura, de manera que fundamento y fábrica todo es imaginación, tales son las milesias y libros de caballerías; otras hay que sobre una mentira y ficción fundan una verdad, como las de Isopo, dichas apolegéticas, las cuales debajo de una hablilla muestran un consejo muy fino y verdadero; otras hay que sobre una verdad fabrican mil ficciones, tales son las trágicas, épicas, las cuales siempre o casi siempre se fundan en alguna historia, mas de forma que la historia es poca en respecto y comparación de la fábula. Y así, ¿quién duda que en estos nuestros entretenimientos de noches de invierno no se platiquen de estas tres maneras de historias?

SILVIO: Pues que todos mentimos, asentémonos a decir alguna verdad, dicha trágica.

ALBANIO: Pues están en mi casa, aunque parezca atrevimiento quiero mandar en ella, y así, digo que se asienten con tal orden que gocen todos muy a su gusto del fuego, porque esta noche hace grandísimo y extraordinario frío para la templanza que causa el cielo en esta tierra.

FABRICIO: Así gustaremos mejor de tan buen fuego, porque cuanto mayor frío hace más se gusta del calor. Mas, ¿en que se han entretenido hoy el señor Silvio y Albanio, que no se han manifestado por el muelle?

SILVIO: Los dos habemos estado juntos en el jardín de micer Pascasio jugando al ajedrez y gozando de los apacibles rayos del sol, harto invidiosos de vuestra compañía.

FABRICIO: Pues en verdad que tienen por qué, porque el señor Leonardo me ha contado una admirable historia apolegética, grave, llena de admirable entretenimiento, de cómo fue descubierta una fuente que llamaron del Desengaño.

LEONARDO: Bien sabe el señor Fabricio que fue en parte de pago de otra que me contó del desastrado caso que tuvo el navío de nuestro presente amigo Albanio.

SILVIO: No paséis más adelante, señor Leonardo, que ya tenemos todos los que aquí estamos noticia dello; que aunque el señor Albanio es hombre tan discreto que disimula y sufre con prudencia los vaivenes de Fortuna, con todo eso no es bueno nombrar la sogá en casa del ahorcado, porque dice un grave autor que la verdad que dicha es dañosa, es prudencia callarla y temeridad hablarla.

ALBANIO: Antes gustaré se trate siempre de esa materia, porque es regla muy general que el enamorado siempre querría tratar de amores, y el soldado, de las armas, y el desgraciado, como yo, de semejantes desgracias.

SILVIO: Pues, aunque esté ajeno de la elegancia de vocablos y de los periodos y términos de la oración, con el mejor estilo que pudiere holgaré de complacer al señor Albanio contando un verdadero incendio que a una poderosa nave sucedió siendo yo testigo de vista. Pues digo que...

En el rico y poderoso reino de Nápoles, en la montuosa provincia de Calabria, en la marítima ciudad de Ríjoles¹¹⁶ había una dama llamada Eugenia, moza principal, rica y hermosa, casada con un ciudadano llamado Anastasio; y como de la hermosura resultan siempre celosos pensamientos, tenía los él de su hermosa y honesta mujer en grande extremo. Fue, pues, que un caballero algo pariente suyo, llamado Enrico, abrasado de amores della la festejaba con secretos modos, echando el resto a su necia pretensión sin tener respecto al parentesco que con ella tenía y a la mucha amistad que con su marido profesaba. Mas la honesta Eugenia, como prudentísima, le reprehendía su loco atrevimiento desengañándole siempre de lo que pretendía, desechándole de sí unas veces con discretas razones y otras con justas amenazas.

115.- Ovidio.

116.- Reggio Calabria, castellanizado. La ciudad está justo enfrente de Mesina (Sicilia).

Mas, como el enamorado Enrico viese una y muchas veces la aspereza y despediente¹¹⁷ de la honesta Eugenia, forzado de su necesidad quiso intentar por fuerza lo que sin ella se le negaba, y así, viendo oportuna ocasión, tornó con amorosas palabras a persuadirle se apiadase dél; y quiso pasar adelante, mas la honesta Eugenia, como enfadada de semejante plática, con graves palabras y enojosas, atraídas de la razón, le amenazó diciendo que su marido le daría el pago de su loco atrevimiento, y fueron tan eficaces que pusieron freno a su determinado intento. Y, corrido de las discretas razones y amenazas, se fue de su presencia fraguando un diabólico pensamiento en busca de su celoso marido.

Al cual con fingidas razones y disimulado rostro, mostrándose celoso de su honra, le dijo:

—La verdadera amistad, señor Anastasio, consiste en hacerle a un amigo secretario de su corazón y no celarle cosa alguna, particularmente cuando son cosas tocantes a la honra. Dígolo porque Dios sabe si quisiera no estar atado con esta obligación para escusaros de mucha pesadumbre; mas por no faltar a quien soy os doy parte, para que en parte remediéis las quiebras de vuestra honra, de que vuestra mujer Eugenia, que ya no la quiero llamar mi prima, anda muy al descubierto en amores con un caballero, que su nombre no diré aunque me cueste la vida. Y no para sólo en esto; que sé por muy cierto que el amor triunfa de ellos adulterando toda vuestra casa. Y así, la mucha amistad que con vos tengo es causa que sienta la afrenta en igual grado. Poned el remedio de manera que en toda la ciudad se entienda que sabéis sustentar la honra a costa de vuestros gustos.

Y como el celoso Anastasio hubiese menester poco para dar crédito a lo que en su malicioso pecho reinaba, intentó sin más probanza de matar la noche siguiente a su honesta Eugenia.

Pues como la hermosa Venus viniese dando aviso que la noche venía en su negro y enlutado carro a tomar el ceptro de nuestro hemisferio, se retiró Anastasio con su pertinaz intento a su casa y con fingidos halagos hizo muchas caricias a¹¹⁸ su mujer Eugenia por disimular mejor la ejecución de su dañado pecho, y ella, ajena de semejante traición y como veía a su amado marido tan halagüeño, no quiso por entonces darle pena contándole lo que con Enrico su deudo le había sucedido, como ya lo tenía determinado, y, ignorante ella de la vecina muerte, se acostó en su blanda cama, donde el celoso y diabólico Anastasio, sin tener respeto ni temor a Dios, entró sin que le estorbase el amor conyugal, ni la honra de sus nobles padres ni el verla de seis meses preñada, y, echando mano a un acicalado¹¹⁹ puñal, con soberbia y airada voz le dijo hiciese a Dios confesión de sus graves pecados, porque sólo un cuarto de hora le daba de tiempo y vida para que no se perdiese el alma por el camino de su honra. La turbada y inocente Eugenia hallándose con tan repentina alteración casi desmayada, cobrando nuevo aliento, desnuda y puesta de rodillas sobre su propia cama, con sus blancas y hermosas manos juntas y sus dorados cabellos esparcidos, haciendo muestra de su ancha y ocupada barriga y con la abundancia de lágrimas su hermoso rostro pálido y bañado, le dijo de aquesta suerte:

—¿Qué nueva alteración y airado intento es este tuyo, celoso Anastasio, que así tan a rienda suelta, ciego de la razón, te incita a dar tan cruda muerte a esta inocente y desventurada mujer y esposa tuya? Si de tu honra y la mía tienes alguna mala sospecha, vives engañado; que te juro por los sagrados Cielos que en mi vida jamás abrí la puerta de mi honra a ningún deshonesto pensamiento. Sosiega tu airado pecho y refrena tu venenosa cólera, que si miras sin celosos ojos la limpieza de mi honra y la lealtad firme que te he guardado, a mucho te obligarás y en más me tendrás a mí. Mira que al que hace lo que debe su verdad le basta; que muy mal prueba su poder el que con ofender a otros lo experimenta.

117.— El autor lo usa como ‘rechazo, despegó.’ ‘Despender’ vale malbaratar, malgastar.

118.— Orig.: ‘ó’ Errata corregida en las eds. de Barcelona y Bruselas.

119.— Afilado, agudo.

El diabólico Anastasio, lleno de furor y de ira, sin advertir a sus justas razones y suficientes disculpas, antes persuadido más de su endiablada cólera o profunda necedad, le tornó a replicar que con mucha presteza hiciese confesión de sus pecados. Mas, como la afligida Eugenia se viese sin remedio alguno, tornó, convertida en lágrimas, a rogarle no efectuase tan repentina muerte, diciéndole desta suerte:

—Ya que no bastan mis justas razones a evitar tu dañado intento, baste el verdadero amor que siempre te he tenido y los muchos y dulces abrazos que en esta tu inviolable cama te tengo dados; y si esto tampoco no basta, baste el verme ocupada de seis meses de tu propia sangre. Mira, amado Anastasio, que es ley de naturaleza que la cosa que no nace que no muera; pues, si es así, no prevariques las leyes de naturaleza ni permitas que muera el que nunca nació, que a los Cielos y a la tierra harás agravio. Mira, querido Anastasio, que pediré esta inocente sangre justicia del agravio que la haces; que yo de mi parte te perdono, aunque muera por tu atrevida mano. Y si siempre¹²⁰ determinas de efectuar tan repentina y inocente muerte, dame razón por que la merezco; que si yo te hubiera dado parte del honesto trato que con tu deudo Enrico tuve esta mañana, pudiera ser tuvieras más freno a tu airada cólera.

Mas el celoso Anastasio, como vio que la llorosa Eugenia quería culpar a su deudo Enrico, que era el que le había dado parte del engaño sobredicho, aseguró más en su dañado pecho imaginando que porque Enrico era sabidor de su maleficio¹²¹ lo quería culpar de deshonesto; y así, encendido en ira, sin temor alguno le dio una fuerte puñalada por el lado derecho, arrebolando con su sangre el más blanco pecho que en mujer se ha visto, quedando la mísera señora con un grande desmayo.

Pues como el atrevido Anastasio hubiese satisfecho a su desatinada cólera, entendiendo dejarla muerta se salió muy triste y pensativo, huyendo en una barca a la isla de Sicilia.

Y, pasado un rato de desmayo, la triste Eugenia cobró de nuevo nuevo aliento, desechando de sí toda suerte de flaqueza, y comenzó con tristes y lastimeras voces a quejarse de su miserable desventura. Y a sus lamentables quejas acudieron las soñolientas criadas y cercanos vecinos y dieron luego remedio y cura a su penetrante herida. Mas, como era la voluntad de Dios descubrir la inocencia y castidad de la honesta Eugenia, permitió que de la mortal herida con fácil cura quedase libre y sana y al noveno mes pariese un niño dispuesto y hermoso, al cual pusieron por nombre Isidoro,¹²² que cuando fue de edad de diez y seis años y suficiente para ceñir espada tuvo noticia de su amada madre de la causa por que su padre estaba ausente y de la traición y maldad del cauteloso Enrico; y así, determinó de vengar este tan grande agravio hecho a su madre y a su honor; y después ir en busca de su no conocido padre.

Pues como la juventud y razón le estimulasen para hacerlo, en una oscura y tenebrosa noche le dio tres mortales heridas. Y, fletando luego una ligera barca, pasó el estrecho Faro de Calabria desembarcando en la isla de Sicilia, en la ciudad de Mecina, adonde gobernaba el invicto y valeroso príncipe Pompeo Colona, de todos tan conocido.¹²³ El cual hacía aderezar un soberbio galeón suyo en el puerto della para que con él sulcasen el turquesco mar y trajesen los despojos¹²⁴ de sus marítimas tierras; y para tal efecto hizo embarcar docientos mosqueteros españoles y cincuenta arcabuceros italianos, y entre ellos el valiente mozo Isidoro, hijo de la hermosa y honesta Eugenia,

120.— El autor lo emplea como ‘en todo caso, en cualquier caso.’

121.— Mala acción.

122.— La fe de erratas dice leer aquí ‘Isidoro’, quizá por precipitación del corrector. Mantengo la forma empleada en el resto del texto.

123.— Hubo un Pompeo Colonna a quien Carlos V nombró Virrey del reino de Nápoles en 1530; pero aquí debe referirse al duque de Zagarolo, que fue gobernador de Mesina en 1576-78.

124.— Botín.

dándoles por convenio la tercera parte de lo que se adquiriese y ganase, y las raciones francas, a más del sueldo que en sus compañías les corría.

Puesto ya todo en orden, obtenida licencia de Pompeo Colona, el capitán del galeón salió con viento en popa, con la mar apacible y favorable, del ancho puerto haciendo salva a su insigne y noble ciudad, rompiendo las aguas de su estrecho Faro a prima noche.¹²⁵ Y como navegasen quince días sin encontrar bajel enemigo, al otro día, al tiempo que las siete cornudas cabras¹²⁶ se iban retirando a su obscura choza huyendo del divino y rojo Apolo, descubrieron muy cerca una soberbia y empinada¹²⁷ nave que luego conocieron en las velas ser de enemigos comunes, en la cual iban diez mercaderes poderosísimos a la nombrada feria de Navarino,¹²⁸ y en ella llevaban inestimables mercaderías de brocados,¹²⁹ sedas, telillas labradas a la morisca, con mucha multitud de damascos y terciopelos, con más de veinte mil cequíes¹³⁰ de oro. Y es de saber que un mercader de éstos llevaba al celoso Anastasio, marido de Eugenia, por esclavo; que le capturó cuando se fue huyendo de la ciudad de Ríjoles por la muerte que entendió haber dado a su mujer Eugenia por los rabiosos celos que le tuvo.

Pues como se allegasen los dos fuertes y inexpugnables navíos comenzaron a tocar las templadas cajas y pífanos,¹³¹ y los diestros y pláticos soldados a cargar sus ya probados mosquetes y arcabuces, aperciéndose de mucha cuerda,¹³² pólvora y balas, tomando cada uno su señalado sitio; y los pláticos artilleros asestar ya sus conocidas piezas, reconociendo los necesarios fogones,¹³³ aparejándose los solícitos marineros a regir el fuerte galeón adonde más convenía. Y los deseosos soldados, como viesan tan rica y cercana presa, con animosos pechos, que no es mucho los tuviesen, pues estaba el interés por premio, dieron una espesa ruciada disparando treinta piezas que el dicho galeón llevaba, dando harto en que entender a la turquesca nave. La cual sacando fuerzas de necesidad, correspondió con otro tanto, de tal suerte que duró la trabada batalla y rompimiento más de dos horas, no mostrándose en todo este tiempo ventaja alguna, sino pareciendo que del cielo disparaban gruesas y furiosas balas y que se habían trocado los dos contrarios elementos, pareciendo el agua un ardiente fuego.

Mas, como era grande la ventaja del galeón, rindió, al último, a la desventurada nave turquesca, en la cual hallaron muchas y ricas mercaderías, ultra del copioso número de dineros que traían, y diez mercaderes que cada uno ofreció más de diez mil cequíes de oro de su rescate, y más de cien captivos turcos, soldados y marineros. De manera que, alcanzada la victoria, pasaron al galeón toda la mercadería y riquezas, con todo lo demás que venía en la nave del vencido enemigo, dejando tan solamente el solitario casco, el cual ataron con fuertes y recias gúmenas a la popa del victorioso galeón, trayéndolo desta manera a jorro.¹³⁴ Y para lo que fuese necesario metieron dentro de la nave

125.- En la milicia, el primer cuarto de la noche, de las 20 a las 23 horas.

126.- La constelación de las Pléyades. El mito de estas ninfas, hijas de Atlas y Pléyone, es similar a la de Aretusa, excepto que, perseguidas por Orión, Zeus las transformó en palomas y luego en estrellas.

127.- De alto bordo.

128.- Hoy Pilos o Pylos, en el S.O. del Peloponeso.

129.- Tela fuerte de seda con dibujos formados con hilo de oro o plata. En el 'damasco' los dibujos eran del mismo color que la tela. 'Telilla' se llamaba al paño fino de lana,

130.- Moneda veneciana de gran pureza y muy aceptada en el comercio mediterráneo.

131.- Flautines.

132.- Mecha. Arcabuz y mosquete eran armas similares y convivieron por un tiempo, si bien el mosquete resultaba más pesado (había que apoyar el cañón en una horquilla clavada en el suelo) y era de mayor alcance y poder de penetración.

133.- El 'fogón' u 'óido' del cañón (perforación practicada en la culata) se llenaba de pólvora fina y se le aplicaba una estopa encendida para que transmitiese el fuego a la pólvora gruesa que por la boca del cañón se había introducido y prensado en la cámara. Entiendo que 'reconocer' el fogón era limpiarlo con el útil llamado 'aguja'.

134.- A remolque.

algunos soldados italianos y seis esclavos cristianos que habían libertado. Y entre los venturosos esclavos iba el celoso Anastasio, y entre los soldados italianos iba su no conocido hijo Isidero.

Pues como estuviesen todos llenos de contento y alegría, los unos de haber salido de la perpetua esclavitud y los otros de haber alcanzado la deseada victoria, se comunicaban preguntándose unos a otros de qué reino y tierra eran, de suerte que el celoso Anastasio contó su celosa historia y cómo era natural de Ríjoles y que había diez y seis años que estaba ausente de su patria. Apenas hubo oído el mancebo Isidero el caso cuando, postrado por el suelo, llorando de regocijo le reconoció por padre, y Anastasio, harto admirado, lo reconoció y recibió por hijo.

Pues como el dicho galeón se contentase de la rica presa, encaminó el timón a la fértil isla de Sicilia, adonde Apolo solía apacentar su ganado vacuno,¹³⁵ enviando primero la ligera fragata¹³⁶ a dar las nuevas a Pompeo Colona, el cual recibió sumo contento, dando de las debidas albricias quinientos escudos. Y la ciudad de Mecina dio bien muestras del alborozo que tenía de tal victoria con muchos regocijos y luminarias, yendo todos los días muchos de los caballeros y gente plebeya a la torre llamada del Faro a ver si descubrían el victorioso galeón. Y al cuarto día, habiendo hecho treguas el soberbio mar con los contrarios vientos, lo vieron venir preñadas sus anchas velas de favorable viento, con tanta pompa y majestad que parecía que venía menospreciando a los elementos.

Y cuando entró en el estrecho Faro comenzó a hacer una regocijada salva disparando por su orden y concierto toda la artillería y mosquetes y arcabuces, tornando de nuevo a cargarla para proseguir con otro tanto; y era tanto el humo, que parecía el galeón ir dentro de una espaciosa nube disparando truenos, rayos y relámpagos. Y estaba la marítima arena cubierta de innumerable gente de a pie y a caballo mirando al deseado galeón, y las ventanas, azuteas y galerías adornadas de nobles y hermosísimas damas; y en los balcones del real palacio estaba el viejo Pompeo Colona acompañado de mucha nobleza esperando la entrada de su galeón, mirando con la gracia y destreza que hacían la salva y regocijo.

Pues como estuviese cerca ya del abrigado y espacioso puerto, sucedió una de las mayores desgracias que jamás se han visto; y fue que haciendo la regocijada salva dio una chispa en la munición de la pólvora y balas, que eran cincuenta barriles que estaban en los vacíos¹³⁷ del galeón, y en el mismo punto o término, si lo hay que sea más breve, procuró el elemento del fuego de comunicarse en su alta esfera rompiendo todos los medios inconvenientes, de tal suerte que al mismo tiempo, si tiempo se puede decir, se dividieron más de quinientas cabezas de sus unidos cuerpos, volando por el espeso aire brazos, pies y cabezas con tanta ligereza que parecían ser miembros de Mercurio; y cuando el poderoso fuego les daba licencia caían con tanta furia que atropellaba el brazo a la cabeza y la cabeza a su amado cuerpo sin reparar en la amistad y unión pasada, y, libres ya de la violencia del fuego, caían en el frío elemento del agua para cebo de los escamosos pescados.

Y en este breve tiempo se oyeron voces que, ayudadas del aire, pronunciaban el nombre santísimo de Jesús; y el artillería, balas y áncoras, forzadas del sutilísimo elemento del fuego, iban para arriba contra la gravedad de su natural, de modo que de todo cuanto venía en el dicho¹³⁸ galeón no se pudo salvar otra cosa que el casco de las obras vivas, que aunque¹³⁹ amparado de las húmedas olas del mar resistía a la furia y violencia del poderoso fuego por respecto de la brea y

135.- Alusión a lo narrado en el canto XII de la *Odisea*, cuando en la isla de Trinacria, acuciados del hambre y animados por Euriloco, los compañeros de Ulises comieron varias de las vacas de Helios, pese a las advertencias que habían recibido de Circe.

136.- Una flota en orden de marcha solía disponer de la llamada 'fragata de aviso' o 'fragatín', que portaba personas y recados de un buque a otro y podía adelantarse en misiones de reconocimiento de la costa. Se entiende que una de éstas acompañaba al solitario galeón.

137.- Bodegas.

138.- Orig.: 'diche'.

139.- Suplo 'aunque', que pudo extraviarse con el salto de línea en la plana 53v.

pez con que estaba embetunado, levantaba llamas de en medio de las aguas, de modo que parecía haberse el agua transubstanciado en fuego.

Pues contenta la Fortuna de volver tan presto su rueda,¹⁴⁰ quedaron todos admirados y atónitos de ver en tan breve tiempo una tan admirable prosperidad y riqueza en tanta miseria y disgusto. Mas el prudente y discretísimo Pompeo Colona, aunque sintió, como era razón, esta adversidad tan grande, mostró la virtud de su fortaleza con rostro severo y grave, diciendo con Job: «Dios me lo dio, Él me lo ha quitado. Sea bendito su nombre».¹⁴¹ Razones dignas no menos que de un príncipe tan cristianísimo.

Pues como las gúmenas de la nave turquesca se quemasen, las cuales servían de traerla a jorro, andaba solitaria al golpe y furia del aguaje del estrecho, que parecía iba festejando la venganza de su enemigo el galeón; y forzada de las recias olas y encaminada del viento fue echada a la ciudad de Ríjoles, donde eran naturales Anastasio y Isidero su hijo, que, como dije, iban en la nave, dando infinitas gracias a Dios por haberlos librado de aquel incendio y evidente peligro y arrojados a su propia tierra, adonde desembarcaron, manifestándose a toda la ciudad el admirable caso al tiempo que el traidor de Enrico estaba agonizando con la muerte que las mortales heridas que Isidero un mes antes le había dado en venganza de su madre.

El cual viéndose vecino a la muerte, dijo en alta voz y en presencia de muchos que él perdonaba a su homicida Isidero, porque lo había muerto con muy justa razón, y que él era el merecedor de la muerte, la cual tenía por justa paga de su maleficio, y el que acusó falsamente de adúltera a su deuda Eugenia porque no había querido condescender con sus amorosos deseos, mostrándose en todo honestísima; y que, así, a ella y todos pedía perdón de tan grande maldad.

Visto esto por el celoso Anastasio, fue a su casa y, postrado por el suelo a los pies de su casta Eugenia, le pidió perdón de lo hecho, quedando para siempre confiado y satisfecho de la honestidad y honra della.

ALBANIO: Por cierto, señor Silvio, es digna de mucha admiración esa historia. Y lo que primero noté en ella fue el ver cuán trabada estaba la hermosura con la honestidad en Eugenia, cosa que raras veces la veréis entre mujeres.

SILVIO: San Jerónimo dice que la principal virtud en las mujeres es la castidad, y que si ésta no tienen cualquiera otra virtud no vale nada.

ALBANIO: Pues en verdad que es trabajosa virtud, porque con ella vemos continuas guerras y raras victorias; aunque no procede de parte de la virtud, sino de su contrario.

FABRICIO: También quiero preguntar yo al señor Silvio. Veamos: los celos grandes que dice le tenía Anastasio a su mujer Eugenia, ¿procedían de la hermosura, o del amor que la tenía?

SILVIO: Yo digo, a mi parecer, que procedían de la mucha hermosura de Eugenia, y aténgome a un dicho de Bías el filósofo que dice: «Si tienes hermosa mujer estarás celoso y en peligro; y si es fea, arrepentido; y así, la mediana forma es más segura». Porque si dependieran sus celos de amor no la matara, como lo intentó, ni se ausentara, como se ausentó, de ella.

FABRICIO: No me satisface esa razón, porque yo tengo para mí que si no la amara no la tuviera celos, porque el celo procede de un temor de perder lo que se ama; y no es de maravillar quisiese hacer ese desatino de matarla, pues sabemos que el amor no es regido de la razón, y así, lo pintan ciego.

SILVIO: Pues se ofrece el decirlo, holgareme saber por qué al amor pintan ciego.

FABRICIO: Yo he leído muchísimas razones por que al amor le pintan ciego, y dos solas son las que más me accontentan y satisfacen. La una es porque después que nace está privado de la

140.- En la rueda de la voltaria Fortuna, como quien monta en una noria, a veces se está en lo alto y a veces en lo bajo. 'Echar un clavo' a su rueda significaba detenerla en el momento más propicio.

141.- *Job*, 1:21.

razón, y la otra porque es contra equidad; porque el amor es caridad y debe comenzar de sí mismo, lo cual no guardamos, pues amamos más a otros que a nosotros mismos.

LEONARDO: Por eso los antiguos pintaron al amor niño y vendado: niño porque no usa de la razón, vendado porque es ciego. Mas querría preguntar: ¿por qué fingieron los antiguos que Venus, madre de Cupido, fue hecha de las espumas de la mar¹⁴² y ella parió a Cupido, dios de amor? Cosa maravillosa que la madre sea agua y el hijo fuego, que de frialdad húmeda se engendre un calor tan grande y de las espumas de las aguas nazcan centellas.

FABRICIO: Fue en argumento de dar a entender la potencia del amor torpe. Porque si toca a un corazón el más helado y frío, digo a un viejo más blanco en canas que la espuma del agua, luego le porná¹⁴³ hecho un fuego, porque todo lo puede amor, todo lo allana; y tiene la calidad del fuego, que a todos los otros elementos predomina. No hay que fiar en años ni en letras, que a todos avasalla el amor. Y esta es la causa por que el Amor es hijo del agua.

SILVIO: No es de menos admiración, señor Leonardo, las fingidas y cautelosas palabras que dijo Enrico al celoso Anastasio para incitarle a que matase a la inocente Eugenia por sólo despecho de no haber podido gozar de un deleite tan al quitar¹⁴⁴ como es el del torpe amor. Y así, conociendo los antiguos las traiciones y alevosías de la lengua, debajo de un jeroglífico¹⁴⁵ nos lo dieron a entender, pues pintaban un acerado cuchillo vestido todo de hojas y verdura por encima, y debajo los agudos hilos¹⁴⁶ de acero, para darnos a entender que no nos muevan luego aquellas flores y colores retóricos de la lengua sin que primero descubramos con el discurso de la discreción los acerados hilos de la lengua; que si esto hubiera hecho Anastasio no cayera en el delicto tan grave.

LEONARDO: Parece que se salen del juego; y yo quiero volver a él, porque tengo a mucho lo que hizo el valiente Isidero, pues vengó el agravio hecho a su madre y rescató a su no conocido padre, mostrándose en ello un otro Timón ateniense, que por dar solamente sepultura a su padre Melcíades,¹⁴⁷ muerto ya y sentenciado, quiso perder la deseada vida.

SILVIO: Tampoco, señor Leonardo, decís bien; que eso se ha de atribuir más a la victoria del fuerte galeón que a la valentía de Isidero, aunque mal pago tuvo el galeón de su victoria, pues tuvo tan desastrado fin.

FABRICIO: Por cierto fue notabilísima desgracia. Y, aunque es mal consuelo, servirá de él, y séalo al señor Albano, que si su desdichada nave se perdió por agua, este infelice galeón se perdió en agua por fuego, que entiendo para mí es más poderoso elemento que los otros.

SILVIO: Sí es, por cierto, porque de ningún otro elemento se deja violar ni alterar, ni otro alguno puede enfriarle ni humedecerle, ni informarle otra contraria calidad a su propia naturaleza mientras que es fuego, como él hace a los otros elementos; que calienta al agua y a la tierra y deseca al aire contra la propia naturaleza dellos; y así, como es más sutil y de materia más pura reside sobre todos los elementos, en la región llamada ígnea.

FABRICIO: Luego el fuego de esta vela ¿está fuera de su natural?

142.- Cronos se rebeló contra su padre Urano y le cortó y echó al mar sus testículos. Afrodita (Venus en la mitología romana) nació del contacto del esperma con la espuma de las olas.

143.- Pondrá.

144.- Transitorio, efímero.

145.- Orig. y eds. consultadas: 'Hieroglífico', como también se escribía 'Hierusalem, Hieronymo', etc. Adopto la forma moderna.

146.- Filos.

147.- El un día vencedor en Maratón fue más tarde acusado de haber aceptado soborno de los persas para abandonar el cerco de la isla de Paros. Se le perdonó la vida y se le impuso una multa que no podía pagar. Murió en la prisión a resultas de las heridas recibidas en combate. Su hijo consiguió el dinero y pagó la multa para recuperar el cuerpo y sepultarlo. Se llamaba 'Cimón', no 'Timón', aunque así se lea en muchos textos.

SILVIO: Ya os he dicho la sutileza del fuego. Pues con esa sutileza se incorpora acá abajo en alguna materia gruesa; como en la piedra,¹⁴⁸ a la cual hiriendo con el acero hacemos que lo manifieste y de allí lo incorporamos en otras cosas, como en esta vela. Y en ella se echa de ver con cuánta presteza procura subir a su esfera; que aunque la llama es alguna parte del aire cercano al fuego, el calor ardiente va por medio de la llama a fenecer con la punta della, y por eso, si bien notáis, es más activo y quema más por la parte superior de la llama que no abajo.

FABRICIO: Bien dio a entender el fuego adónde tenía su natural asiento cuando se voló el infelice galeón; que os sé decir, señores, fue un suceso de mucha lástima, o, por mejor decir, fortuna.¹⁴⁹

SILVIO: Agora me huelgo grandemente hayáis nombrado a la fortuna, porque hoy he tenido hartas diferencias sobre ella. Decidme qué cosa es fortuna, que ha sido de los gentiles tan adorada.

FABRICIO: Verdad es grandísima que ha sido reverenciada y tenida por diosa de los gentiles, y aun muchas cosas podría traeros para eso. Mas fue error grandísimo, porque comúnmente entendieron los más que la Fortuna era sola una diosa y no, como entendieron otros, que había dos, que eran próspera y adversa, como se declaró en aquella estatua de Grecia hecha por Bápulo,¹⁵⁰ grande arquitecto de Esmirne,¹⁵¹ que, según refiere Pausanias, fue la más antigua de cuantas hubo en el mundo. Tenía ésta la forma de una doncella en cuya cabeza estaba un polo y en los pies otro, y en una mano tenía el cuerno de la abundancia, significando con esto que en mano de la Fortuna es dar y quitar las riquezas y contenidos significados por aquel cuerno, lo cual se hace con el movimiento del tiempo, significado por los polos. Cebes, filósofo, la pintó en figura de una mujer furiosa puesta sobre una bola redonda, significando su poca firmeza. Mas yo digo que, aunque podamos usar del nombre de Fortuna para significar con ellos¹⁵² las felicidades y desdichas, y fuera del orden común,¹⁵³ estamos obligados a creer no haber fortuna, sino atribuir cualquiera caso a la voluntad de Dios, como hacía David.¹⁵⁴ Lactancio Firmiano dice que la fortuna es un súbito y no pensado acaecimiento; y Tulio dice que los bienes de fortuna son servirse de la razón en el uso de las cosas y tener paciencia en la necesidad dellas; y Séneca, famosísimo filósofo, que el que es muy querido y amado de la Fortuna no dejará de tornarse loco; y, al contrario, Pompeyo Magno decía que nunca la próspera Fortuna le hizo soberbio ni la adversa le hizo medroso. Y así, también este súbito y no pensado suceso se puede decir *fortuna*. Y en verdad que agora hago memoria de otro incendio tan admirable como el pasado, y leíle los días pasados en las corónicas griegas.

LEONARDO: Yo os veo con gana, señor Fabricio, de hacernos merced; y así, os suplico de parte de todos estos señores lo contéis.

ALBANIO: Primero hemos de ver si están asadas estas castañas, para que con ellas bebamos de un vino dulce que tengo comenzado.

LEONARDO: No pueden estar asadas, porque ha poco tiempo que se han puesto.

SILVIO: ¡Válame Dios, qué salto y estruendo ha hecho esa castaña!

LEONARDO: Echáronla sin partir, y esa fue la causa.

148.- Habla del pedernal o sílex.

149.- Accidente, desgracia. También se aplicaba a la borrasca marítima: 'correr fortuna.'

150.- El arquitecto y escultor 'Búpalo' citado por Pausanias en su *Descripción de Grecia*, IV, 30, 6). Se decía que él y su hermano y ayudante Atenis esculpieron un busto ridículo del poeta Hiponacte, el cual se vengó de ellos con una sátira que los avergonzó de tal modo que decidieron suicidarse.

151.- Orig. y eds. consultadas: 'Esmime'. La actual Izmir, en Anatolia.

152.- Con los antiguos, como los antiguos.

153.- Y que sean singulares.

154.- Orig. y eds. consultadas: '...como hazia Dauid. (Leo.) Lactancio Firmiano dize...'; pero Leonardo hablará a continuación.

ALBANIO: Pues, ¿qué importa el partirla para que no salte?

LEONARDO: Yo os lo diré. La castaña es en sí fría y húmeda y está cerrada con dos gruesas cáscaras, y, como el calor del fuego contradice a la dicha humedad, es necesario que salga, y, no hallando puerta abierta, es forzoso que rompa por la parte más flaca y con la fuerza del fuego se levante en alto. Y al rompimiento que hace hace aquel trueno; que si estuviera cortada no lo hiciera, porque por allí saliera sin violencia la ventosidad. Mas, pues no están bien asadas, tórnenlas a cubrir, que en el ínterin que el señor Fabricio nos cuenta el incendio de su historia griega se asarán muy bien.

FABRICIO: Pues no puedo escusarme, por haberme yo convidado, con el mejor estilo que yo pudiere daré principio y fin a una milesia y épica historia.

CAPÍTULO CUARTO

Do se cuenta la soberbia del rey Nicíforo y incendio de sus naves, y la arte mágica del rey Dárdano

EN el Imperio de Grecia reinaba con grande majestad Nicíforo, emperador altivo, soberbio y arrogante.¹⁵⁵ Éste tuvo una trabada guerra con el rey Dárdano de Bulgaria, vecino suyo, por respecto y causa que el soberbio emperador Nicíforo pedía a Dárdano le hiciese donación de sus reinos en uno de sus dos hijos, pues eran sus deudos muy cercanos y su hija Serafina no podía ser heredera dellos por ser mujer, conforme la ley de su reino.

El buen rey Dárdano le replicaba que si su hijo el heredero se casaba con su única hija le daría luego todo su reino, y que de otra suerte lo dejaría al Imperio Romano. Mas, como el Emperador estaba lleno de soberbia y llevaba más altos pensamientos, no vino en ello, mas antes procuró hacerle terrible guerra, animado de su gran poder, con intención de echarlo de su reino y apoderarse dél. Bien pudiera el sabio rey Dárdano vencer a Nicíforo si quisiera usar del arte mágica, porque en aquella era no había mayor ingromántico¹⁵⁶ que él, sino que tenía ofrecido al Altísimo de no aprovecharse della para ofensa de Dios ni daño de tercero.

Y así, como era de su natural bueno, prudente y enemigo de guerra, hizo y procuró muy poco ejército para impedir a su enemigo Nicíforo, por el cual en breve tiempo fue el desdichado Rey echado a fuerza de armas de su rico y poderoso reino con mucho abatimiento y pobreza; mas, como no solamente le acompañaba una virtud, tuvo mayor prudencia en esta adversidad que en las pasadas, y así, viéndose fuera de su patria y reinos, desamparado de sus ejércitos y de los caballeros y nobles dél, y ajeno de sus inestimables riquezas, desterrado de los lisonjeros amigos, sin auxilio ni favor de nadie, se ausentó con su amada hija de poblado metiéndose por un espeso bosque. Y, cargado de su caduca vejez, asido de la mano de su única hija, habló con ella de aquesta suerte:

—Amada y querida hija: sabrás que dice aquel divino filósofo Aristóteles que la verdadera felicidad es la que no en sólo un acto, mas en toda la vida es perfecta, entendiéndose esta perfección de virtudes. Dígolo por que no entiendas que la felicidad consiste en bienes

155.— Hubo, en efecto, un Nicéforo I, emperador de Bizancio. Desde su cargo de Tesorero real consiguió destronar a la emperatriz Irene. Murió en su guerra con los búlgaros, acorralado el ejército en un desfiladero. Sobrevivió al desastre su hijo y sucesor Estauracio.

156.— El autor emplea siempre 'ingro...', todo y que al final de este mismo cap. apuntará eruditamente: 'La cuarta especie del arte mágica es nigromancia, de *necron*, que significa muertos, y *mancia*, como tengo dicho, divinación, que es adivinar por los muertos.' La variante 'ingro...' la localizo ocasionalmente en textos de la época, p. ej., en la *Exhortación a la santa devoción del Rosario* (Zaragoza, 1597): 'el ingromántico... estaba en un mirador alto,' 'determinaron de buscar un ingromático.'

temporales ni terrenos. Y también el español filósofo Séneca dice que es muy pequeño el ánimo que en cosas terrenas se deleita, contenta y satisface. Y pues Dios se ha servido desnudarme de los bienes temporales, hame vestido de los celestes y espirituales, por lo cual me puedo llamar felice y dichoso y bienaventurado. Y puédesme creer que la mayor pena que siento, hija mía, es la que tú tienes de verte en tan poco tiempo tan pobre y abatida, y menos favorecida de tantos príncipes y caballeros de que solías ser servida y festejada; y que no ha ocho días te intitulabas princesa y hija de un poderoso rey, y agora te puedes llamar hija del más mísero y abatido hombre del mundo. Que de mí no me da pena, porque ya sé en qué consisten y estriban las cosas deste variable mundo; que no he sido yo el primer rey que ha tenido tan desastrado fin, que la memoria me representa en el teatro de mis tragedias el fin que tuvo el infelice Geta, emperador romano, que fue destruido y muerto por su hermano Basiano Antonino; y el que tuvo Julio César, monarca de todo el mundo, pues fue muerto por manos de sus muy amigos y a los pies de la estatua de su perpetuo enemigo Pompeyo; y el que tuvo Justiniano el Segundo, que fue desterrado y echado del Imperio de Loencio su criado, cortándole las orejas por mayor ignominia, y el de Ludovico Pío, que de sus propios hijos fue echado con grande afrenta del Imperio Romano. Al fin,¹⁵⁷ conozco, hija Serafina, que todo cuanto hay en este inconstante mundo es a modo de una continua guerra, porque vemos que los altos y estrellados cielos llevan sus movimientos unos contra otros; las rutilantes estrellas se encuentran¹⁵⁸ en su arrebatado firmamento; los adversos elementos pelean entre sí: el aire hincha las olas del espumoso mar, y el agua pretende apagar el poderoso fuego, y el fuego alterar y disminuir a todos ellos; el verano vemos que nos aqueja con su demasiada calor y el invierno con su restringente frío y aspereza; las nubes nos amenazan con espantables truenos y relámpagos y los ríos con sus arrebatadas crecidas y furiosas corrientes. Pues si esto es en las criaturas insensibles y inanimadas, ¿qué será en las sensibles y racionales? Y así, considerando esto y la poca paz y quietud que agora mora en los hombres, te juro por el eterno Caos de no hacer de hoy más mi habitación entre los hombres, porque mi justo intento es apartarme de tan miserable estado haciendo con mi arte mágica un sumptuoso y rico palacio debajo del hondo abismo del mar, adonde acabemos y demos fin a esta caduca y corta vida y adonde estemos con mayor quietud y regalo que en la fértil tierra, porque quiero aprovecharme del arte mágica que tengo con tanto trabajo estudiada, pues no es en daño del prójimo ni ofensa de los dioses.

A todo esto estuvo la hermosa Serafina atenta, y, abatiendo el estandarte de sus gallardos pensamientos, le respondió a su amado padre le seguiría adondequiera que su voluntad ordenase; que no fue poco el determinarse una doncella tan bella y moza de apartarse de la humana contratación deste mundo. Y andando en estas razones llegaron a la orilla del mar, adonde halló una bien compuesta barca en la cual entraron. Asiendo el viejo Rey los anchos remos y rompiendo con ellos la violencia de sus olas, se metió dentro del Adriático golfo.

Y, estando en él, paró la ligera barca, sacudiendo a las aguas con una pequeña vara, por la cual virtud abrió el mar sus senos a una parte y otra, haciendo con sus aguas dos fuertes muros por donde bajó la barca a los hondos suelos del mar tomando puerto en un admirable palacio fabricado en aquellos hondos abismos, tan excelente y sumptuoso cuanto rey ni príncipe ha tenido en este mundo, porque eran sus fuertes murallas aforradas por dentro y fuera de una bruñida plata, y en ellas las farsálicas guerras¹⁵⁹ relevadas;¹⁶⁰ la portada, con tanto primor y artificio que parece que

157.- En fin.

158.- Chocan.

159.- César y Pompeyo libraron en la llanura de Farsalia (Grecia) una de las batallas más decisivas de las guerras civiles de Roma. Pompeyo fue vencido y huyó a Egipto.

160.- En relieve.

no le pudo dar más la arquitectura en la perfición de la imaginaria; frisos¹⁶¹ y obeliscos y labores dejan atrás las obras de Fídeas;¹⁶² las gradas, de pórfido;¹⁶³ el pavimento, con escaques,¹⁶⁴ hecho de piedras finísimas que a trechos van haciendo lazos muy graciosos; las columnas, corintias, con basas y capiteles admirables; las bóvedas, techumbres, zaquizamíes¹⁶⁵ y artesones, entretallados¹⁶⁶ de oro, marfil y nácar, pendientes dellos muy grandes racimos de oro, y en la bóveda principal relevada la esfera celeste con grande primor y peregrina traza, que era cosa de ver el zodíaco de Apolo y los doce signos y siete planetas,¹⁶⁷ que con su presuroso movimiento hacían su oficio.

No era de menos admiración ver la Ursa mayor, que el vulgo llama Carro, y la Ursa menor, que dicen Bocina, y la espada de Perseo, figura setentrional de veinte y seis estrellas, y la corona Austreal, de trece estrellas compuesta, y la guarda de la Ursa menor, llamada Beotes.¹⁶⁸ No causaba menos admiración ver con qué prodigalidad el húmedo Acuario vaciaba su urna fertilizando a la tierra; y aquellos dos fijos y inmóviles polos ártico y antártico con cuánta quietud y aplauso están mirando la inquietud de las demás estrellas. No eran de menos adorno en este mágico palacio cuatro altísimas torres en las cuatro esquinas, cubiertas por de fuera de una luciente escama de unos pescados llamados merinos,¹⁶⁹ con labrados balcones de finísimo oro con diáfanos ventanas de cristal.

Y lo que más admiraba y tuvo suspenso a Serafina fue ver las puertas deste admirable palacio, por ser todas de finísimo nácar, y en él entretalladas maravillosamente mil historias. Porque a una parte estaba el adulterio de Venus y la sutilísima red de Vulcano su marido,¹⁷⁰ y en la otra la caída tan justa del atrevido Faetón. Y dentro estaba un cuadrado zaguán adornado de cuarenta columnas de variable jaspe, en ellas engastadas finísimas piedras las cuales con su virtud alumbraban al sumptuoso palacio como si fuera cada¹⁷¹ una dellas una flama y encendida hacha; y en medio dél estaba una admirable fuente brotando por la figura de un dios Neptuno dos cristalinos caños de agua dulce. Y a mano diestra estaba una triangulada puerta tachonada de finísimas esmeraldas y topacios la cual cerraba un deleitable jardín lleno de mucha variedad de frutas y flores que jamás pierden el sabor ni olor, como es la blanca azucena, encarnada rosa y alegre jazmín, los lagartados¹⁷² y fragantes claveles, las violetas, junquillos, escobillos y mosquetas,¹⁷³ que con su variedad de colores esmaltaban el apenas pisado suelo. El cual se regaba de unas artificiosas fuentes que daban su tributo a unos estanques y albercas llenos de diferentes peces, adornados por la margen de árboles muy odoríferos que hacían mil sumptuosos cármenes,¹⁷⁴ afrenta notoria

161.– Espacio ancho entre las molduras que constituyen la cornisa y el dintel o 'arquitrabe' que se apoya sobre los capiteles de las columnas.

162.– Fidias, el más famoso escultor de la Grecia clásica.

163.– Roca de color oscuro incrustada de cristales de cuarzo y feldespato.

164.– Losas de color alterno, como las casillas del tablero de ajedrez.

165.– Techo enmaderado. El 'artesón' es la pieza base para ello, de forma poligonal, con molduras y un florón central.

166.– Con incrustaciones.

167.– Saturno, Júpiter, Marte, Venus, Mercurio, el Sol y la Luna.

168.– La constelación de Bootes, 'el Pastor'.

169.– Quizá se trate del mero o merón. Su piel es de color amarillento oscuro.

170.– Vulcano sorprendió a Venus en el lecho con Marte y los atrapó dejando caer del techo una fortísima red que había fabricado en su fragua.

171.– Suplo 'cada'.

172.– Por el color verde mate de sus hojas.

173.– El junquillo tiene tallo largo y liso y produce flores amarillas. El 'escobillo' debe ser la 'escobilla de ámbar'. La 'mosqueta' será la rosa mosqueta, silvestre y que desprende olor a almizcle.

174.– Quintas, huertas. Las ninfas Hespérides o Atlántides, hijas del titán Atlas y Hesperis, cuidaban del jardín o huerto en que crecían las manzanas doradas de la inmortalidad. Robarlas fue uno de los trabajos de Hércules.

de las Hespéridas de Atlante. Y a toda esta mágica traza no osaba el ancho mar llegar sus saladas aguas, con doce millas de circuito, haciendo para arriba unas altas arcadas, con tal artificio que parecía que eran de diamante fino.

Pues en este mágico palacio se albergó el viejo rey Dárdano con su muy hermosa y amada hija Serafina, adonde con arte mágica era servida de muchas sirenas, nereides, driaidas¹⁷⁵ y ninfas marinas que con suaves y divinas músicas suspendían a los oyentes.

Mas, como pasasen dos años en aquella honda habitación, la hermosa Serafina, forzada de su natural habló a su viejo padre desta suerte:

—Bien sabéis, amado padre, que todas las cosas criadas en este globo del mundo tienen un cierto no sé qué de amor natural comunicable, como vemos que los altos y movibles cielos manifiestan y comunican su influencia a la madre tierra y ella alegremente recibe en sí su virtud, lluvia y rocío, por la cual produce tanta variedad de plantas, hierbas, piedras y metales. Pues si consideramos la diferencia de música que hacen en el claro¹⁷⁶ y espeso aire los pintados pájaros con sus arpadas¹⁷⁷ lenguas, veremos que procede de un amor natural para conservar su especie, y hasta los animalejos imperfectos criados de la vil escoria lo pretenden con su amorosa inclinación natural. Pues si en todas las cosas hay, amado padre, un efecto del amor natural, no es mucho ni de admirar que en esta vuestra solitaria hija obre los mismos efectos el mismo amor. Por algo deshonesto me tendréis, amado padre, con estas agudas razones; mas fuérmame a decirlas el verme sin esperanza alguna de humana conversación metida y encarcelada en estos hondos abismos. Y así, os pido y suplico, ya que permitís que muera y fenezca mi juventud en estos vuestros mágicos palacios, que me deis conforme a mi estado y edad un varón ilustre por marido.

El viejo rey Dárdano vencido de las eficaces razones de su hija, le ofreció de casarla conforme a su dignidad y estado, poniendo el viejo Rey diligencia y cuidado desde entonces, como hombre discreto y sabio.

Mas, volviendo la historia al arrogante y vitorioso emperador Nicíforo, el cual estaba con tanta soberbia y altivez de haber vencido y echado de su reino al rey Dárdano, su capital enemigo, que hizo poner estatuas y armas¹⁷⁸ suyas de bronce en todas las plazas de las ciudades principales de Bulgaria, rompiendo y derribando las armas reales de Dárdano. Mas, como la terrible muerte no teme a los más soberbios¹⁷⁹ y empinados reyes, quiso luchar con el altivo emperador Nicíforo y dio con él en una cama con una enfermedad mortífera; y como él se viese vencido de la muerte y muy cercano a ella, hizo ajuntar todos los grandes¹⁸⁰ de su Imperio, y delante dellos hizo heredero de todo su Imperio y reinos a Juliano, su hijo menor, porque le parecía,¹⁸¹ en su altivez y soberbia desheredando al hijo mayor, llamado Valentiniiano, porque era manso, piadoso y benigno; por ser ley, aunque injusta, de aquel reino hacer elección el Rey de cualquiera de sus hijos no siendo suficiente para tal ministerio el primogénito. Y así, hizo que en su presencia y antes de su muerte le jurasen por emperador y señor del Imperio de Grecia y de Bulgaria; y cumplido que fue su malino deseo, dio fin a su mala y soberbia vida.

175.— Driades o driadas, las ninfas de los árboles. Las nereidas eran ninfas de las profundidades del mar, que ocasionalmente salían a la superficie en ayuda de los marineros. Las sirenas, en cambio, llevaban al peligro a los marineros con sus dulces cantos.

176.— Transparente y gaseoso. El autor usa 'espeso aire' en otros pasajes, siempre en ocasión de incendio y humo; pero aquí lo usa en la acepción de 'condensado' a que aludió al final del cap. I, cuando leímos que el agua 'espesa al aire con sus vapores'

177.— Melodiosas. Hay alguna duda respecto si la procedencia es 'arpa' o '(h)arpar': arañar, rasgar. Lo cierto es que en la época se leía 'arpados picos' y 'arpadas lenguas' y el uso le ha dado la acepción de 'agradable al oído.'

178.— Escudos heráldicos, emblemas.

179.— Orig.: 'seberuios.'

180.— La nobleza principal.

181.— Porque así le apeteció.

Pues como el príncipe Valentiniano se viese desheredado de sus propios reinos y sin ningún auxilio ni favor de los grandes dél, determinó secretamente de ausentarse del reino yendo a pedir socorro y favor al emperador de Constantinopla para desposeer a su hermano de los reinos que injustamente heredaba y poseía. Y para más disimular su intento se partió solo y arribó a un canal del mar Adriático que sirve de abrigado puerto a los navíos, a buscar embarcación para proseguir su intento, y solamente halló una ligera barca que de un pesado viejo era regida y gobernada, que le ofreció le pondría con mucha brevedad do pretendía.

Y como aquel que tanto deseaba llegar al Imperio de Constantinopla, sin reparar en la pequeña barca y viejo marinero se embarcó con mucha presteza y sin temor alguno, cual otro César en la barca de Amiclas.¹⁸² Aunque en contraria suerte; porque sabréis, señores, que el dicho barquero era el viejo rey Dárdano, que cuando tuvo al príncipe Valentiniano dentro en el ancho golfo hirió con su pequeña vara las saladas aguas, y luego se dividieron haciendo dos fuertes murallas y descendió el espantado Príncipe al mágico palacio. El cual admirado de ver tan excelente fábrica, quedó muy contento de verse allí, y el rey Dárdano le informó quién era y el respecto por que allí habitaba.

Y luego que vido a la infanta Serafina quedó tan preso de su amor que tuvo a mucha dicha el haber bajado aquellos hondos abismos del mar y pidiola con muchos ruegos al Rey su padre por su legítima esposa y mujer, que del viejo padre luego le fue concedida su justa demanda. Y con grande regocijo y alborozo se hicieron las reales bodas por arte mágica, pues vinieron a ellas mágicamente muchos príncipes y reyes con hermosísimas damas que residían en todas las islas del mar Océano.

Pues justo será que los dejemos en tanto placer y regocijo y volvamos a tierra, a Juliano, nuevo emperador de Grecia y de Bulgaria, hijo menor del ya muerto Nicíforo, el cual se había ido a casar con una hija del Emperador de Roma acompañado de los grandes de toda Grecia. Y por no seros prolijo dejaré de contar el soberbio recibimiento que se le hizo en Roma y las costosas fiestas olimpiadas y juegos pitios¹⁸³ y apolinales, nemeos,¹⁸⁴ circenses, juvenales,¹⁸⁵ que por dar contento al Emperador mandaban hacer los cónsules, dictadores, prefectos, censores y tribunos. Sólo diré que, volviéndose a sus reinos con su amada esposa acompañados de muchos príncipes romanos, se embarcó en Pescara, sulcando con grandísimo ejército de naves las saladas ondas del mar Adriático.

Y una mañana, al tiempo que el resplandeciente Febo salía de bañar sus ígneos caballos del espacioso mar, estando las naves en el paraje y diámetro del abismo do estaba el rey Dárdano celebrando las reales bodas de su única hija Serafina en sus mágicos palacios, comenzaron las olas del mar a ensoberbecerse incitadas de un furioso nordueste: túrbase el cielo en un punto de muy obscuras y gruesas nubes; pelean contrarios vientos de tal suerte que arranca y rompe los gruesos mástiles; las carruchas¹⁸⁶ y gruesas gúmenas rechinan; los gobernalles¹⁸⁷ se pierden; al cielo suben las proas; las popas bajan al centro; las jarcias todas se rompen; las nubes disparan piedras, fuego, rayos y relámpagos. Tragaron las hambrientas olas la mayor parte de los navíos; la infinidad de rayos que cayeron abrasaron los que restaron, excepto cuatro, en los cuales iba el nuevo emperador

182.– En el transcurso de las guerras civiles entre César y Pompeyo, el primero pidió a un pescador que le llevase desde la costa de Macedonia a la de Italia. El pescador se negaba viendo la adversa meteorología, pero cedió ante la insistencia de César, que le aseguró estar protegido de la Fortuna. Sobrevenida la gran tormenta temida por Amiclas, la barca hubo de volver al punto de donde había salido.

183.– Los juegos píticos conmemoraban la muerte que Apolo dio a la Pitón. Eran competiciones líricas.

184.– Instituidos en recuerdo del león de Nemea, uno de los trabajos de Hércules. Eran juegos atléticos, similares a los olímpicos.

185.– Consistían de justas poéticas y representaciones cómicas.

186.– Garruchas, poleas.

187.– Timones.

Juliano y su nueva esposa y su real casa y recámara,¹⁸⁸ y algunos príncipes griegos y romanos; que con éstos quiso el Cielo mostrarse piadoso.

Daban los navíos, sumergidos del agua y abrasados del fuego, en los hondos abismos del mar inquietando con su estruendo a los que estaban en el mágico palacio en las reales bodas de la hermosa Serafina, de modo que, alterado el dios Neptuno de tan extraordinario alboroto y movimiento, determinó salir a ver quién alteraba sus húmedos reinos con tanto atrevimiento y desacato, con presupuesto de herir con su tridente a los restantes navíos; mas le fue impedido del rey Dárdano, diciéndole no era cosa conveniente a su deidad que él saliese. Y así, el mágico rey Dárdano subió sobre las aguas descubriéndose hasta la cinta, mostrando una antigua y venerable persona con sus canos y largos cabellos, así en la cabeza como en la barba; y vuelto a las naves que habían quedado, adonde iban el Emperador y príncipes, encendidos los ojos en rabiosa cólera, les habló de esta manera:

—¿Qué es esto, injusto y soberbio Emperador? ¿No basta que tu tirano padre con crueldad luciferina me usurpó mis propios reinos, maltratando a mis obedientes vasallos, derribando mis sumptuosos palacios, echando por el suelo mis reales armas, hurtando mis adqueridos tesoros y ajenándome de toda la tierra, pues me fue forzoso decender a éstos hondos abismos adonde moro y habito, sino que tú, con la paterna crueldad y heredada soberbia, has querido derribar mis fuertes y mágicos palacios echando sobre ellos muchas y muy gruesas áncoras de hierro, con otros mil instrumentos de guerra? ¡Oh ambición altiva y soberbia de los hombres, peor que tigre cruel de Hircania! ¡Que seas tan sedienta cual áspide de Libia y ponzoñoso basilisco de Cirene,¹⁸⁹ que, estando drópicos¹⁹⁰ de veneno, desean beber humana sangre! ¡Que, dándole Dios al hombre una tan amena y deleitosa tierra, con tanta infinidad de populosas ciudades adornadas de amenos y graciosos jardines, y sombríos valles y encumbrados montes que producen cristalinas fuentes, verdaderas causas de caudalosos ríos, y muchas y riquísimas minas que tributan oro y plata sin interés alguno; y no contento¹⁹¹ con esto, llenos de codicia, fabrican sobre las aguas unas nuevas casas para correr sin temor ni asombro sus anchos senos inquietando a los marinos reyes y nereides, ninfas y pacíficos pescados, haciéndoles con vuestro orgullo retirar a sus mojadas linfas!¹⁹² Pues lo que te sé decir, injusto Emperador, en correspondencia del daño que me has hecho,¹⁹³ que no gozarás tu injusto imperio¹⁹⁴ mucho tiempo.

Y acabado que hubo el rey Dárdano de hacer su parlamento se zambulló sin aguardar respuesta en las amargas aguas del mar volviéndose a su mágico palacio, quedando el emperador Juliano de pechos¹⁹⁵ en la dorada popa de su nave acompañado de la nueva Emperatriz su mujer y de algunos príncipes que con él se habían embarcado, que de haber visto casos tan lastimosos y trágicos estaban tristes y afligidos, y particularmente de haber visto al viejo rey Dárdano metido en las saladas aguas del mar, porque lo tenían ya por muerto, quejándose con tan justas quejas, pronosticándoles el espantable presagio del poco tiempo que su emperador Juliano reinaría en el Imperio.

188.— Servidumbre y equipaje. La 'recámara' de un señor incluía vestuario, ropa de cama y mesa, cubertería, etc.

189.— Orig. y eds. consultadas: 'Hirene' (v. la n. 42).

190.— Hidrópicos, hinchados. Orig. y eds. consultadas: 'tropicós', si bien el el cap. XI se leerá 'esta hidrópica crueldad'. Aplico la menor enmienda, todo y que en el CORDE sólo encuentro un 'drópic..', y bien pudiera ser fácil errata: 'El amor propio vuélvela [a la voluntad] fea y enferma, sucia, abominable y drópica [¿hidrópica?] y toda leprosa' (Juan de Cazalla, *Lumbre del alma*).

191.— El autor pasará al plural, pero leímos arriba: 'dándole Dios al hombre...'

192.— Aguas.

193.— Parece faltar 'es', pero la fórmula era usual en la época.

194.— Mando, soberanía.

195.— Apoyado el pecho o los codos.

Que no fue falso pronóstico, pues apenas hubo llegado a la ciudad de Delcia, donde tenía su real ceptro y silla, cuando la solícita Parca con sus agudos filos le cortó el corto hilo de su vida. Fue tanto el sentimiento de la mal lograda Emperatriz, que en breve tiempo pasó también el río Cocito¹⁹⁶ en busca de su apenas conocido marido, de modo que quedó todo el Imperio de Grecia con grandísima pena y tristeza de tan desastrados fines y muertes. Y así, entraron en consejo toda la nobleza de Grecia y trataron del justo azote y castigo que Dios les había dado y daba por haber jurado por emperador a Juliano, el hijo menor, viniéndole de drecho a Valentiniano, el mayor, y así bien por haber consentido la guerra injusta contra el viejo rey Dárdano y haberle usurpado todo su reino echándole dél con increíble crueldad. Y determinaron en acuerdo de enviar embajadores por diversas partes del mundo en busca del príncipe Valentiniano, para darle el ceptro y corona de lo que tan justamente era suyo.

Mas, como el rey Dárdano no había menester correos para saber la muerte de Juliano emperador y de la Emperatriz su mujer, determinó de salir de aquellos mágicos palacios con su querido yerno Valentiniano y su hija Serafina, y ir a la ciudad de Delcia a que le recibiesen por emperador. Y, puesto por obra, con nuevo contento deshicieron el mágico palacio cogiendo la mayor riqueza dél, y en una nave que los días pasados se había anegado subieron sobre las gruesas aguas del mar y con próspero viento fueron navegando al puerto y ciudad de Delcia, adonde con grande regocijo fueron recibidos de toda la gente de Grecia, admirados de ver al viejo rey Dárdano con tanta riqueza y majestad; y fueron luego a darle las llaves de todo su usurpado reino.

Mas fue doblado el contento cuando entendieron que el príncipe Valentiniano estaba casado con la infanta Serafina, y así, con grande alborozo y costosísimas fiestas dieron el ceptro y corona de todo el Imperio a Valentiniano. El cual reinó como piadoso y clemente treinta y dos años, que fueron por otros tantos que el Emperador su padre reinó tiranizando. Y el viejo rey Dárdano desde luego¹⁹⁷ renunció todo su reino en su yerno Valentiniano, y por cumplir el solemne juramento que tenía hecho de no habitar jamás en la tierra, nunca quiso desembarcarse, antes hizo hacer de madera sobre cinco naves un bastante palacio en el puerto el cual venía hacer trabazón con el palacio real de su yerno, de donde era servida su persona. Vivió desta suerte dos años, dejando fama de príncipe, de justo, pacífico y verdadero.

Esta es la historia que ofrecía a vuestras mercedes. Si no ha sido con la elocuencia y método de difinición y división que la retórica dispone, cúlpese a mi ignorancia y no a la historia. Mas súplalo Leonardo con la que tiene ofrecida.

LEONARDO: En verdad, señor Fabricio, que merecéis el lauro por vuestro estilo y buena expresiva, y que diera yo harto por no haber ofrecido en tal ocasión lo que habré de cumplir a costa de mi honra.

ALBANIO: Señores: ya que estáis en mi casa, habéis de hacer lo que yo mando: antes que pase nuestra gustosa plática adelante habemos de hacer colación, que no será larga, pues no hay más que camuesas¹⁹⁸ y vino.

SILVIO: Como el vino sea bueno tendremos abundancia de todo, porque a los viejos como yo es nueva sangre y nuevo calor.

LEONARDO: Pues yo os juzgo, señor Silvio, por hombre de más sangre que un toro y más calor que un avestruz, según lo augmentáis por ese modo.

SILVIO: A todos nos sabe bien y nos da contento; que vos, señor Leonardo, más gastáis en eso que en aceite, y aun a Camila vuestra mujer no le amarga.

196.– En la mitología griega, el río que separaba el mundo de los vivos del de los muertos o Hades.

197.– De inmediato.

198.– Fruto del camueso, una variedad de manzano.

LEONARDO: Verdad es, por cierto. A la vuestra sí, y por eso no lo puede detener en el estómago.

SILVIO: Pues el señor Fabricio a buen seguro que no se queme la mano con el tizón que tiene en ella. ¿Está salada la bebida, señor Fabricio?

FABRICIO: Señores: buenas nuevas os doy; que el vino es excelentísimo. Y si déste gasta el señor Albanio, cada noche nos tendrá en su casa.

ALBANIO: Por algo he puesto yo este cebo, para que sea parte que reciba yo muchas veces esta merced.

LEONARDO: También me aplace este pan, que está esponjoso y con anís; que es propio para mí, que no tengo diente ni muela y no cansaré mucho con él mis botas encías.

SILVIO: Mas, ¿para quién no es bueno de los cuatro que estamos aquí, que todos pasamos de ochenta años?

FABRICIO: Tórname, mochacho, a dar vino, que no puedo ir con sólo un pie de aquí a casa.

LEONARDO: Antes hay muchos que por llevar muchos pies éstos no se pueden tener.¹⁹⁹

SILVIO: Por eso todo lo superfluo es dañoso.

FABRICIO: Pues, aunque sea superfluo, tengo de llegar²⁰⁰ al número de cuatro. Mochacho: tráeme vino para que no venga menos de mi palabra.

LEONARDO: En procurar, señor Fabricio, cuatro pies queréis remedar a los irracionales cuádrupes.

FABRICIO: Así correré más que todos, pues dice Plinio que ese tal excede al que carece dellos.

LEONARDO: Bebed, por cierto; que esa es la vez²⁰¹ de la locura.

FABRICIO: No dejaré de correrme si no me declaráis ese frasis y modo de hablar.

LEONARDO: Un grave y antiguo filósofo tratando de la bebida, dijo en un convite que la primera vez era de la sed; la segunda, de la alegría del corazón; la tercera, de la tentación de la carne; la cuarta, de la locura; la quinta, de la borrachez; la sexta, de la enfermedad. Mas, pues yo no he bebido sino la de la sed, dame a beber la de la alegría del corazón en aquel copón de plata, porque reina la melancolía de la trágica historia que ha contado el señor Fabricio.

SILVIO: Ya lo trae el mochacho, señor Leonardo; mas adviértoos que el vino es malvasía, y no os atreveréis a beberlo porque cabe mucho.

ALBANIO: No sé yo lo que os decís, que no ha dejado tan solamente una gota.

SILVIO: Verdad es que lo ha bebido todo; mas vierte lágrimas por los ojos.

LEONARDO: Era tan grande la llaga de la sed que tenía que no se podía curar sino con lágrimas de dolor. El vino, cierto que es muy bueno, y particularmente siendo vino de otro.

SILVIO: ¿Sabéis que me parece, señor Leonardo? Que el señor Albanio os dé la tercera vez en otro copón mayor por que bebáis a la griega, en donde se acostumbra en los convites no beber más de tres veces; la primera en una taza mediana, la segunda en otra que quepa al doble, la tercera en otra que quepa al doble que la segunda.

LEONARDO: Eso sería comenzar a la griega y acabar a la tudesca.

ALBANIO: Mochacho: saca del fuego esas castañas y repártelas en los criados, que para nuestras botas encías no son buenas.

SILVIO: Esta camuesa está podrida y me ha dejado mal sabor en la boca. Dame a mí un enjaguadientes.

LEONARDO: No será *enjaguadientes*, sino *enjaguaboca*, porque no los tenéis.

199.– Sostener, mantener en pie.

200.– Orig. y eds. consultadas: 'lleuar'.

201.– Toma.

SILVIO: Demos de mano a esta plática, pues hemos hecho colación muy a nuestro gusto. Digo que he estado pensando en la historia del señor Fabricio, la cual ha sido de grandísimo gusto. Y no es de poca admiración ver el fin que tuvo la soberbia y altivez de Nicíforo, pues en tan breve tiempo fue muerto él y restituido su reino al rey Dárdano.

FABRICIO: Todos los reyes y príncipes que han sido tiranos, soberbios y altivos han tenido malos fines; si no, leé²⁰² lo que cuenta Fulgoso del Edgardo, rey de Bretaña, que a los reyes de Escocia y Hibernia²⁰³ hacía ir al remo de un barco en que el soberbio Rey se iba recreando. También leé el fin que hizo. Cedrano escribe que Ciro, rey de Persia, yendo en un carro de suma majestad y grandeza, hacía que le tirasen cuatro reyes. Adonibesec, rey de Canaam, que, como él mismo confiesa, según se refiere en el libro de los *Jueces*, tenía setenta reyes que, cortados los dedos de los pies y de las manos, debajo de su mesa como perros se sustentaban con lo que les echaban della.²⁰⁴ Mas, al fin, sus soberbias pararon en desastrados fines.

SILVIO: No dejo de tener alguna incredulidad en que el rey Dárdano pudiese con su arte mágica hacer aquel más que admirable palacio que con tan peregrina traza nos habéis representado, y así, holgaré saber del señor Fabricio qué cosa es ingromancia o arte mágica, y quién fue el primero que la inventó.

FABRICIO: El arte mágica, según dice San Agustín en el libro de la *Ciudad de Dios*, la halló Ceroastes,²⁰⁵ rey de los batrianos,²⁰⁶ y que éste es Can, hijo de Noé. El haberle hallado él no hay duda ni nadie la pone. Los fundamentos que traen para que éste sea Can son que, como descubriese las vergüenzas de su padre Noé y le hizo con el tocamiento de sus manos impotente, que parece ser cosa creedera que lo hizo con hechizos y con arte diabólica. En fin, San Agustín lo dice. Don Lope de Barrientos,²⁰⁷ obispo de Cuenca, en un libro que hizo de las *Especies de Adivinar* dice que el ángel que guardaba el Paraíso Terrenal, según que lo dicen los autores de esta arte reprobada, enseñó esta arte mágica a un hijo de Adán, por la cual se pudiese llamar a los ángeles buenos para obrar cosas buenas, y a los malos para obrar mal, y que de aquí tuvo origen el libro llamado *Raciel*,²⁰⁸ por cuanto dicen se llamaba así el ángel que guardaba el Paraíso. Marco Varrón, en el libro séptimo *De Rerum Divinarum*, dice que el arte mágica se divide en cuatro especies y diferencias. La primera es piromancia, porque se adivina por las señales del fuego o en el fuego, y así, se deriva de *pir*, que en griego es fuego, porque en el fuego miraban lo que había de acontecer en lo venidero; así como lo hizo la mujer de Tulio, que adivinó que su marido sería en el año venidero cónsul porque, después de acabado el sacrificio, queriendo ver ciertas señales en la ceniza, súbitamente se levantó una llama de fuego, la cual fue presagio y agüero de lo que después fue y acaeció, así como el mismo Tulio lo escribe en sus libros *De Divinacione*.²⁰⁹ La segunda manera de adivinar es llamada aeromancia, llamada así porque adivinan por el aire, como los agüeros y señales que se toman por el vuelo de las aves o cuando había granizos o grandes aguas y vientos, así como leemos del tiempo que fueron cónsules Marco Acilio y Gayo Precio, que escribe Plinio que llovió sangre y

202.– Leed.

203.– La isla de Irlanda. Se habla de Edgard I, 'el Pacífico', que murió con 32 años.

204.– 'Le cortaron los pulgares de manos y pies. Y Adoni Bézec dijo: «Setenta reyes, con los pulgares de manos y pies cortados, andaban recogiendo migajas bajo mi mesa. Según lo que yo hice, así me ha pagado Dios» (*Jueces*, 1:7).

205.– Zoroastres, Zoroastro, Zaratustra.

206.– Se llamaba Bactriana o Bactria una antigua región del Asia Central. Tras su conquista, Alejandro Magno tomó por esposa una bactriana llamada Roxana.

207.– Orig. y eds. consultadas: 'Barientos'.

208.– Orig. y eds. consultadas: 'Rachiel', que habría que editar 'Raquiel'. El manuscrito con las supuestas revelaciones del arcángel Raziel (*Sefer Raziel HaMalach*) se cree estaría bajo siete llaves en los sótanos del Vaticano.

209.– En la ed. de Bruselas 1610, correctísimamente, '*de Divinatione*'.

leche, lo cual denunció la gran pestilencia que vino en el año siguiente en Roma. La tercera especie de la mágica es la hidromancia, que es adivinar por el agua, y derivase de *hidros*, que es agua, y *mancia*, adivinación, que es decir adivinar por el agua, así como leemos en Marco Varrón, que cuenta de un mochacho que vio la imagen de Mercurio en el agua y le dijo en ciento y cincuenta versos el fin que había de haber la guerra mitridática. También San Agustín, en la *Ciudad de Dios*, nota a Numa²¹⁰ Pompilio de que adivinaba por el agua, y así, se solía salir a las tardes fuera de la ciudad de Roma y llegaba a una fuente adonde se le representaban ciertas imágenes y le decían lo que quería. La cuarta especie del arte mágica es nigromancia, de *necron*, que significa muertos, y *mancia*, como tengo dicho, divinación, que es adivinar por los muertos, así como leemos en Lucano que Ericto, gran hechicera, resucitó un muerto con sus encantaciones y le dijo qué fin tendrían las guerras civiles.²¹¹

Lo mismo sabemos que acaeció en España, en el reino de Castilla en tiempo del rey don Juan el Segundo: porque las cosas de un condestable llamado don Álvaro de Luna andaban tan variables, muchos de los que seguían su bando temían que aquella su pujanza no podía tenerse firme, y así, sus aliados, por asegurarse de sus negocios trataron con una mujer gran mágica que vivía en una villa llamada Valladolid; y los que seguían el bando contrario, que era el infante don Enrique²¹² y el rey don Juan de Navarra, fueron a un monesterio de la orden de San Jerónimo llamado La Mejorada,²¹³ adonde estaba un fraile gran ingromántico. Los de la parte contraria del Condestable hallaron que caería de su estado el dicho Condestable, y acaeció que en esos días cayó una estatua de bronce que estaba en su capilla de Toledo y se deshizo en muchos pedazos, y tuvieron por cierto en esto que se había cumplido lo que el fraile dijo. La mujer claramente dijo que el Condestable perecería con su estado y con la vida y con grande infamia, como después se verificó.²¹⁴ Esta mujer hechicera dicen que con sus hechizos tomó un cuerpo muerto, y dicen lo resucitó y le dijo en él el Diabolo lo que había de suceder.

La verdad es que el Demonio toma para estas cosas cuerpos fantásticos y habla por aquella vía a los hombres. Y así, sin estas cuatro especies de arte mágica hay otras, como la quiromancia, que es adivinar por las rayas de las manos, con otras mil supersticiones que, hablando verdadera y realmente, yo más las tengo por engaños y embustes del Demonio que no por artes, aunque ha habido muchos hombres eminentes que han sabido el arte de la ingromancia y mágica para sólo oprimir con carateres²¹⁵ y palabras a los demonios para utilidad y provecho del prójimo y suyo, como lo hizo el presente rey Dárdano fabricando tan admirable palacio en los hondos abismos del mar, y el hacer que se hallasen presentes tantos reyes y príncipes que residían en las islas del mar Oceáno.

LEONARDO: ¡Paso, señor Fabricio! Contando esa historia dijisteis que asistieron en ese mágico palacio a las reales bodas del príncipe Valentiniano muchas ninfas, dríades, nereidas y sirenas que con su suave música suspendían a los oyentes. Pregunto si fue por encanto o si es verdad que la mar produce y cría semejantes criaturas.

210.- Orig.: 'Nunma' Según la leyenda, consultaba con una ninfa llamada Egeria.

211.- Vivía en Tesalia y fue consultada por Sexto, hijo de Pompeyo, antes de la batalla de Farsalia contra Julio César.

212.- Enrique de Trastámara, hijo del futuro Fernando el Católico. Murió en la batalla de Olmedo, en que participó el citado Lope de Barrientos, entonces obispo de Cuenca.

213.- En Olmedo, Valladolid.

214.- El que había empezado sirviendo de paje en la corte y tanto había ascendido fue ajusticiado en la Plaza Mayor de Valladolid. La influencia que tuvo sobre Juan II empezó a declinar cuando éste casó en segundas nupcias con Isabel de Portugal, madre de la futura Isabel la Católica.

215.- Figuras, signos.

FABRICIO. No hay duda ninguna sino que como en la tierra hay jimios y monas que semejan y frisan²¹⁶ en sus meneos y rostros con los hombres algún tanto, y como así bien hay perros y elefantes con tanto distinto que en alguna manera parece que tienen uso de razón, que así también en el mar ha de haber extraordinaria suerte de peces. Alexandro ab Alexandro dice que Teodoro Gaza, que fue hombre docto y ha poco tiempo que murió, vio que, habiendo habido en el mar grande tormenta, con sus combates arrojó en tierra en una playa mucha cantidad de varios peces, y que entre ellos había una nereida, que tenía forma y rostro de mujer hasta la cintura, y que de allí para bajo fenecía en una cosa a manera de anguila, que es de la suerte misma que se pintan las sirenas o nereidas. Estaba allí tendida en tierra con movimientos y muestras de grandísima fatiga, de que él se movió a piedad y le ayudó a volverse al agua, adonde era su deseo de ir. Plinio dice que los de Lisboa, ciudad de Portugal, enviaron embajadores al emperador Tiberio avisándole que por muchas veces habían visto un tritón o hombre marino que se recogía y metía en una caverna cerca del mar, y que allí tañía, y le habían oído, con una concha. Y el mismo Plinio dice que también el emperador Octaviano fue avisado que en la costa de Francia se habían hallado muertas algunas mujeres marinas, digo, sirenas. George Trapesuncio, que es harto estimado entre los hombres doctos, dice que, andando riberas del mar, vio que en él se mostró un pescado que todo lo que se descubrió, que fue hasta el ombligo, era mujer; y como con maravilla ahincadamente la mirase, se zambulló en el agua. También escribe un autor moderno que el Archiduque de Austria,²¹⁷ hijo del emperador don Fernando, el año de mil y quinientos y cuarenta y ocho llevó a Génova una sirena muerta que le había sido presentada, y que muchos hombres doctos y graves la fueron a ver movidos por la novedad del caso, que ponía admiración. Yo sé decir que Francisco Patrucho, cómitre²¹⁸ real de las galeras desta Señoría, me ha dicho por diversas veces haberlas visto en el Faro o estrecho de Mecina, y que la una cantaba muy dulcemente sin pronunciación más que solas vocales. Y así, no hay que dudar que, pues las había en el mar, que con arte mágica fácilmente se hallarían en las reales bodas de Valentiniano y Serafina.

LEONARDO: Pues lo habéis probado con tan graves autores, en parte quedo satisfecho.

SILVIO: También tengo yo mi poca incredulidad, o, a lo menos, me causa grande admiración, en que fuesen bastantes los muchos rayos que cayeron abrasar tanta multitud de naves que el emperador Juliano llevaba.

FABRICIO: Yo estoy obligado a satisfaceros a todas las dudas. Y así, digo que Aristóteles, príncipe de los filósofos, en sus libros *Meteoros* y en los *Del mundo*, dice que cuando los vapores cálidos y secos se encierran en las nubes, entonces causan relámpagos, truenos y rayos, y el rayo es lo más espeso y condensado de aquella materia. Mas, aunque estas sean las causas naturales de la procreación de las tempestades, no siempre todas proceden de aquestas causas, porque algunas veces las mueve el Demonio para que sus aliados investiguen los sucesos que por semejantes tempestades enseña; y así, si bien habéis notado, el viejo rey Dárdano, vista la tempestad de rayos adivinó la muerte del emperador Juliano, y así se lo dijo al mismo. Y que sea esto así los historiadores antiguos, y aun Plinio, dicen que los etruscos²¹⁹ o toscanos eran tan curiosos observadores y consideradores de los movimientos de los cielos y de los efectos de los rayos, que por ellos osaban pronosticar y tener certeza de algunas cosas, según hicieron del día y hora en que el emperador Augusto César había de morir; porque, habiendo un rayo dado en una piedra de una muralla adonde estaba escrito su nombre, y desbaratado y deshecho la primera letra dél, que era una C, dijeron que no le quedaban más de cien días de vida haciendo esta consideración: que los romanos

216.- Semejan.

217.- Maximiliano II, hijo y sucesor de Fernando I de Habsburgo.

218.- El responsable de los remeros y de la boga. Pero también se usaba por 'capitán de galeras'.

219.- Etruscos, de Etruria.

para numerar ciento figuraban aquella letra C, y que las demás letras que restaban decían *esar* y que en lengua etrusca significaba Dios, y que, así, dentro de cien días estaría con los dioses. Y fue así, que al cabo dellos murió. Y así, sería enfadaros decir de cómo otro rayo pronosticó la muerte de Zorastes, rey de los bactrianos, y cómo otro rayo hizo lo mismo de la muerte del emperador Anastasio en el año veinte y siete de su imperio. Mas, pues el señor Leonardo ha ofrecido contar otro incendio semejante, prestémosle oído, que de un hombre tan docto no dejará de estar llena de muchos avisos y sentencias.

LEONARDO: No sé si atribuya a lisonja el sentir exagerar mi estilo tanto. Mas quiero cumplir lo que he ofrecido, con condición que, dándole fin, nos vamos a nuestras casas, porque entiendo que es tarde.

CAPÍTULO QUINTO

Do se cuenta la justicia de Celín Sultán, Gran Turco, y la venganza de Zaida

EN la nombrada y insigne ciudad de Constantinopla reinaba Celín Sultán Octamano²²⁰ Tercero, Gran Turco,²²¹ con nombre de príncipe justiciero y justo. Tenía sólo un hijo, llamado Mustafá, mozo dispuesto y galán, y generalísimo en toda urbanidad y policía y amado de todo el reino; y más en extremo de la hermosa y discreta Zaida, turca de mucha estima y belleza, tanto que parecía ser un portento admirable de naturaleza. Pagábale con otro tanto amor el discretísimo príncipe Mustafá con exteriores muestras, haciendo costosísimas fiestas, así de torneos, alcancías, justas, juegos²²² de cañas, como de banquetes, festines y saraos; de modo que por respecto del príncipe Mustafá todos los bajaes y arraeces y principales turcos la hacían a la bella Zaida muy humilde acatamiento.

Competía en esta amorosa lucha Pialí Bajá, turco de mucha estima y gran privado de Celín Sultán, Gran Turco, en tanto modo que no hacía ni decretaba negocio alguno que no fuese por orden suya y parecer suyo. Éste ardía en amorosas llamas por la hermosísima Zaida, procurando la empresa sin tener respecto a su Príncipe, porque estos ciegos efectos causa el ciego amor. Y como tan privado, sin temor del mismo príncipe insistía en su pretensión por medio de un esclavo della llamado Bernart; el cual, aunque cautivo, era sagaz y discreto en extremo, tanto que, viendo la fidelidad que se debía al príncipe Mustafá, pues ya gozaba de su señora, jamás le dio recado alguno de los que Pialí Bajá le daba para ella, mas antes bien lo entretenía con fingidas razones y respuestas, sin que se infriese de sus razones deshonestidad en su señora, guardando en todo la lealtad que se debía al Príncipe, de quien él también era tercero y por su orden se gozaban los dos de los trofeos de amor, pues estaba la hermosa turca de cinco meses preñada.

Llegado, pues, a los oídos del Príncipe la pretensión de Pialí Bajá y su mucho atrevimiento, engendraronse en el pecho del Príncipe unos rabiosos celos que le traían muy inquieto y dando trazas de hacerle matar, aunque estorbaba estos pensamientos la grande y intrínseca amistad que tenía con su padre. Mas, como los inquietos celos no pueden estar mucho tiempo ocultos, sucedió que un día que Celín Sultán Octamano tenía un general sarao de todas las más hermosas damas de

220.- Otomano, de la casa de Osmán. Probablemente se alude a a Selim I, 'el Severo', que destronó a su padre y ejecutó a todos sus hermanos.

221.- Sultán.

222.- Orig. y eds. consultadas: 'juego'

Constantinopla en su palacio, adonde había mucha diferencia de concertadas músicas, danzando muchas suertes de artificiosas danzas, que el muy privado Pialí Bajá danzó con la hermosa y discreta Zaida, manifestándole con ocultas señales y secretas razones su amoroso pecho. A todo lo cual el celoso príncipe Mustafá estuvo muy atento, y, indignado contra él, quiso esperar que diese fin a su comenzada danza, y luego con mano airada le dio en presencia de todos los caballeros y de todas las damas un grandísimo bofetón a mano abierta, y, no contento con esto, echó mano a su corvo alfanje y con presuroso paso fue con intento de matarlo, porque a estos desatinos y a mayores incitan los venenosos celos. Viéndose Pialí Bajá tan públicamente afrentado y temeroso de la muerte, se acogió al real asiento donde Celín Sultán, Gran Turco, estaba, sin hacer defensa alguna a su persona, a guarecerse de su real amparo. Y así, postrado de rodillas ante él, la cara cubierta a su modo, le dijo desta suerte:

—Poderosísimo señor: desta tan grande ofensa que a mí se me ha hecho tan pública ante tu real persona pido justicia, la cual como justo juez me concedas. Y sentencia la mansedumbre mía y el respecto que por ser tu hijo he tenido; que bien pudiera yo echar mano a mi ofendido alfanje para volver por mi honra maltratada matando a tu hijo, si no fuera por temor de tu ira y de no caer en la irremisible pena que tienes puesta contra los atrevidos que en este tu real palacio a semejante delicto se atreven. Y así, te suplico y humildemente te ruego me restituyas mi honra haciendo justicia en el indigno della.

Pues como el Gran Turco oyese con mucha atención las eficaces razones y justa demanda de Pialí Bajá, y considerase el grande atrevimiento y desacato de su hijo el Príncipe, mandó con airada cólera prendiesen a su hijo y lo aherrojasen en uno de sus muy fuertes castillos. Y como a un mandato real pocas veces se contradice, luego fue puesto en ejecución, por lo cual todos los nobles y cortesanos andaban alborotados y banderizados, unos en favor del Príncipe y otros, émulos suyos, en favor de Pialí Bajá, pasando lo mismo en las nobles y principales damas. De suerte que al cuarto día de la prisión del Príncipe fue sentenciado de Celín Sultán su padre a muerte, sin remisión ni grado de apelación alguna, atento que había violado la ley y incurrido en la pena de muerte que tenía puesta a los transgresores della; aunque es verdad, según dicen, que el Gran Turco se holgó desta ocasión para que muriese su hijo, por odio y rencor que le tenía de temor los turcos²²³ no lo levantasen en su vida por emperador.

Oída que fue esta rigurosa sentencia, todos los nobles de Constantinopla determinaron de ir todos cubiertos de tristes y largos lutos ante el gran Señor, a darle a entender con urgentes razones la pena y tristeza que todo su reino de tal sentencia tenía, y por otra parte los ancianos senadores en nombre de la ciudad, y así bien los de su corte y Consejo. Y, estando todos juntos, uno de los más ancianos y más graves, puesto de rodillas ante su real presencia, le habló desta manera:

—Invicto Emperador, sacro Monarca: estos tus vasallos cubiertos de funerales lutos a una conmigo representan los sollozos, lágrimas y suspiros deste tu afligido reino y atribulada ciudad de Constantinopla, que están esperando la lastimosa tragedia que de su Príncipe y señor se ha de recitar;²²⁴ y así, forzados de tantas lágrimas y inducidos²²⁵ de tantos suspiros, venimos²²⁶ ante tu real presencia a pedirte de parte de todos tu acostumbrada clemencia y usada misericordia. Mira que, aunque es justo que la ley positiva se guarde, mas no cuando va contra la ley natural; y ninguna hay que más lo sea que la que dispone que conserve cada cual su propia especie procurando inmortalizarse con la sucesión de los hijos; máximamente tú, que no sólo eternizarás tu nombre por la sucesión de tu obediente y único hijo, mas conservarás tu propia especie según

223.– Los otomanos procedían de la península de Anatolia, en Asia. Constantinopla fue conquistada en 1453.

224.– Promulgar, proclamar. El autor parece usarlo por 'hacer en público'.

225.– Orig. y eds, consultadas: 'induzido'.

226.– Orig.: 'venimo'.

la ley natural y divina. Que si es verdad, como dice Aristóteles, que el primer movimiento²²⁷ no está en mano del hombre, luego está claro que no merece por el primer acto el premio ni el castigo el hombre; y el delito del Príncipe, tu hijo y señor nuestro, si puede así llamarse, fue arrebatado y primero movimiento, que le aligera la culpa y debe aliviar la pena. Cuanto más que bien puedes dispensar en el caso como legislador y como padre, siendo el transgresor tu hijo, como hizo el famosísimo rey Celeuco, de quien cuenta Valerio Máximo que, habiendo puesto ley a los locrenses²²⁸ que al adúltero le sacasen los ojos y siendo hallado su propio hijo en adulterio y pidiéndole muchos émulos suyos hiciese justicia conforme a las leyes por él puestas, acudió a todos y, usando del rigor de juez y de la misericordia de padre, se sacó a sí mismo un ojo y otro a su hijo, dejando con esto nombre de justiciero y misericordioso. Mira aquel agradable consejo del emperador Tito, que dice no conviene que del acatamiento del rey y de su palabra nadie salga triste. Otros muchos ejemplos dedicados todos a clemencia y por tales puestos en memoria te podría decir, mas por no ser molesto lo remito a tu acostumbrada piedad.

Apenas hubo dado fin a sus urgentes razones el anciano y discreto turco, cuando Celín Sultán Octamano con severo rostro respondió las siguientes razones:

—No con poca atención he prestado oído a tus aficionadas y mal ordenadas razones dirigidas a mi clemencia, al cual²²⁹ respondo con más mansedumbre que mi justa ira pide y requiere. Una de las cosas más necesarias para gobernar y regir los reinos, provincias y ciudades, y en general todo el mundo, fueron las leyes, que no son otra cosa sino una regla y plomada para que vayan las cosas del mundo drechas y por orden; al fin, son paz de los reinos, quietud de las repúblicas, cuchillo para los malos, descanso y premio para los buenos. ¿Cómo nos podríamos sustentar si no hubiese leyes que castigasen al que toma lo que no es suyo, y al homicida porque mató, y al traidor porque hace alevosía, y al infame porque deshonra al bueno? Siendo esto así, justo será se guarden y conserven con mucha vigilancia, y que para ejemplo de la observancia dellas el rey las guarde y sustente más que otro alguno. Y así, te digo que con muy justa razón conviene mostrarme en este caso un otro Rómulo, que mató a su propio hermano porque violó la ley por él puesta; y mostrarme también un otro Torcato, que mató a Manilio, su propio hijo, porque excedió la constitución tribuna. Y si en consecuencia traes la ternura de Celeuco,²³⁰ debieras acordarte de la severidad de Zenes, rey de los ténedos,²³¹ que, habiendo puesto ley que el adúltero muriese y hallando en el delito a su propio hijo, él mismo lo condenó a muerte. Y también Licurgo, filósofo antiguo, mandó que las mujeres no fuesen en coches en ciertas fiestas, y su mujer, olvidada de la ley, la quebró y fue condenada y castigada por ello. Y a lo que dices de aquel agradable proverbio del emperador Tito, que no conviene que del acatamiento y palabra del príncipe nadie salga triste, mira lo que dice otro emperador romano: «Aborrézcanme si quisieren, con tal que me teman». Otros muchos ejemplos te podría decir y con ellos persuadirte con cuánta razón he condenado a muerte al inobediente Mustafá; mas, como para cosas justas no me conviene dar satisfacciones, vete de mi presencia, y da por respuesta a quien te envía que es mi voluntad que el interés ni el amor no tuerzan mi justicia y que se cumpla la sentencia ya por mí pronunciada.²³²

Acabado que hubo este razonamiento, se metió dentro su real aposento, dejándolos atemorizados con su resoluta intención y firme propósito. Y luego, el siguiente día, al tiempo que la hermosa y fresca aurora argentaba los encumbrados montes se hizo en la espaciosa plaza de su

227.— La reacción instintiva.

228.— De la Lócrida, al O. de Grecia.

229.— Parece podría enmendarse 'a lo cual'; pero no hay un solo caso en todo el libro.

230.— Orig. y eds. consultadas 'Celeuco'. Tomo la variante usada en el párrafo anterior.

231.— Hoy Bozcaada, isla próxima al estrecho de los Dardanelos.

232.— Discurso acorde con la idea que se tenía en la época de la rápida e implacable justicia de los turcos.

real palacio, digo, fuera dél, un cuadrado cadahalso todo cubierto de triste luto, y puesto al lado un rico teatro adonde Celín Sultán había de asistir, todo cubierto de doseles negros de inestimable precio. Sobre este teatro estaba una figura de una mujer desnuda, vendados los ojos, y debajo los pies el mundo, en la mano diestra un estoque desnudo y en la siniestra unas finísimas balanzas. Tenía un letrado en la frente que decía: «Siempre fui y siempre seré»; y abajo en sus pies otro que decía: «Descubierta y no cubierta, pública y no secreta». El primer letrado ya se está entendido que quiere decir la eternidad de la verdadera justicia; el segundo también, pues notá²³³ que la verdadera justicia se ha de hacer en público para ejemplo y terror de muchos, y no cubierta, de modo que no sirva de escarmiento al pueblo.

Pues como llegase el resplandeciente Febo con su dorado carro a la cima de su alta cumbre salió Celín Sultán con negros y tristes vestidos acompañado de muchos y grandes príncipes, trayendo consigo a su amigo y privado Pialí Bajá, haciéndolo asentar a su lado, quedando todos los demás en pie, descubiertos. Y ocupada toda la espaciosa plaza de innumerable gente, no quedando sitio ni lugar que ocupado no fuese, allenando todas las ventanas, galerías, balcones, tejados, resquicios y agujeros; que por dichoso se tenía el que alcanzaba lugar para asestar tan solamente un ojo, luego fue echado un solemne pregón al son de tristes y destempladas trompetas, que ninguno fuese osado de hablar, gritar ni llorar hasta que fuese ejecutada la justicia, en pena de seis meses de cárcel y el tallón²³⁴ a merced del gran Señor. Oído que fue el pregón y mandato real, quedaron con un tan callado silencio que parecían personas encantadas, porque apenas osaban menear tan solamente la solícita pestaña del ojo.

En medio deste aplauso salió el condenado Príncipe acompañado del gran Mostí, que es entre ellos el sumo sacerdote. Llevaba el desdichado Príncipe una marlota de terciopelo negro y, pintada en los pechos, una ave fénix que con sus solícitas alas procuraba su inmortalidad por vía de la muerte, con un letrado que decía: «Cual otra fénix, podrás al mundo, Zaida, volverme, si este fuego en ti se prende».

Apenas hubo leído el esclavo de Zaida, que a tal espectáculo presente estaba, la enigma, cuando fue corriendo a la hermosa Zaida, que cerca de allí estaba bañando su hermoso rostro con infinidad de lágrimas, y le dio parte cómo su amado Mustafá había ya salido a presentarse a la muerte con la divisa del ave fénix y con el letrado que dicho tengo, el cual era aviso para que ella fuese a pedir la gracia a Celín Sultán su padre; que por cierto tenía que, viéndolo puesto en aquel último trance, su ira y rencor por medio della y de sus ruegos se convertiría en piedad y amor. No fue nada perezosa la afligida Zaida, que luego subió al enlutado cadahalso toda cubierta de luto con muestras de indicible tristeza, aunque su divino rostro descubierta para que por él reconociesen todos la pena que de tal suceso tenía; y así, postrada de rodillas ante el gran Señor, sus hermosas manos juntas, brotando por sus ojos infinidad de cristalinas lágrimas, hiriendo al viento con su delicada voz dijo así:

—Potentísimo y invicto Emperador, segundo Marte: bien sabes tú que dos veces vence el que en la victoria se vence a sí. Pues refrena tu airado pecho, detén tu riguroso brazo de justicia, muévate a piedad tu propio hijo; que si el duro diamante no se puede ablandar si no es con sangre, ablándete tu propia sangre y mira que deciendo del realísimo tronco octamano y que no es justo se empape la rústica tierra de tan alta y clarífica sangre. Mira que el resplandeciente sol cubre su divina cara con gruesísimas nubes por no ver tan horrenda justicia y lastimoso suceso. Y si esto no basta, basten y sobren los tiernos suspiros que dan todas las damas de Constantinopla

233.– Notad, observad.

234.– Por 'talión': pena idéntica al delito cometido; aquí con el matiz 'la misma pena que el reo'. En las *Historias prodigiosas* se cita el caso de 'Tiberio César... que... prohibía que no se hiciese llanto ni sentimiento por las muertes de las innumerables personas que él hacía matar sin ninguna culpa... y el que por ello era acusado padecía el mismo rigor de su castigo' (cap. I-XXXVII).

y tristeza de los venerables viejos de tu reino; lo mal que sienten de tu justicia todos los nobles; las lágrimas que vierten los de tu corte; la tristeza y sollozos de la popular gente; los continuos lloros de los inocentes niños, y baste ver a esta desventurada llorosa, triste y afligida y aparejada a hacer las funerales obsequias deste tu sentenciado hijo. Y si no bastare todo esto y determinares de seguir tu intento y justicia, si justicia se puede decir, suplicote le des a él la libre libertad y ejecutes tu riguroso intento sobre este mi tierno y delicado cuello; que no es mucho ofrezca por él mi cuerpo en sacrificio, pues me tiene sacrificada su alma en holocausto. Asiesta el tiro de tu rigor en esta flaca mujer; que hiriéndome a mí matarás de un tiro dos pájaros: que tengo prendas tuyas en mis entrañas. Pero mejor será que mires cuánto más debe preciarse el príncipe de clemente y pío que de justiciero y riguroso, y que ha de saber más perdonar que de castigar. Si quieres que el santo Alá te perdone más que castigue, ablándese ya ese tu real pecho y mira que este tu hijo es el que está presente con el rostro casi difunto y pálido, los ojos bajos y humildes, sus fuertes brazos atados, flaco y desconocido, de la terrible congoja de la vecina muerte. Guarda no digan que eres más cruel que Frates, rey de los partos, que mató a su único hijo y a treinta hermanos suyos y a su viejo padre sólo por que no le deseasen heredar su reino.

Apenas le dejó decir más palabra el Gran Turco cuando, en lugar de mostrarse misericordioso, mandó con severa voz le quitasen a Zaida de su real presencia y que el tímido verdugo hiciese presto su oficio cumpliendo su decretada sentencia. Y el animoso mozo, puesto de rodillas sobre unas almohadas de terciopelo negro a rendir sus trofeos a la muerte, vuelto a su cruel y obstinado padre, con esforzada voz le dijo estas palabras:

—Desconocido padre: tu justicia alabo y a tu crueldad cito ante la residencia²³⁵ de nuestro santo Alá.

Y, dando fin a estas breves y compendiosas palabras, inclinó su real cabeza sobre el ñudoso tronco, ofreciendo su blanco y nervoso cuello a los agudos filos del pesado cuchillo, que con presteza nunca vista dividió el dispuesto cuerpo de su cabeza, al cual espectáculo se levantó un lamentable lloro y un crecido gemido, que parecía que cada uno pasaba por la misma muerte. Y no fue menos que al mismo padre no le asomasen las lágrimas a las ventanas de sus ojos, aunque por no mostrarlo se levantó de su real asiento, parece que algo arrepentido, y se fue a su real palacio. Y luego de los grandes y nobles de Constantinopla fue llevado el difunto cuerpo a uno de sus sumptuosísimos almaratos con grandísima majestad y pompa, a darle su real y debida sepultura.

Pues como la hermosa Zaida supo la cruel muerte de su querido y amado Mustafá, quiso privarse de la vida con un acicalado alfanje que su esclavo Bernart tenía, si no fuera detenida del mismo esclavo. Y habéis de saber, señores, que este esclavo, que era hijo y único heredero del duque de Ferrara, que por un desastrado caso se ausentó de su amada patria a la isla de Malta, adonde fue cautivo de un famosísimo cosario deudo de la hermosa Zaida, a quien le fue presentado, encubriendo él su nobleza y nombre. Y esta historia yo prometo mañana de contarla, porque entiendo es de mucho gusto.

Pues, volviendo al mismo esclavo Bernart, el cual escusó la muerte a la afligida y desconsolada Zaida, él tomó casi como por propia la venganza, y así, dijo a su señora que, si ella quería vengar la muerte de su amado Mustafá, él se obligaba de hacer el más famoso hecho y la más justa venganza que imaginar se pudiese. Mas luego que oyó lo que deseaba, la triste Zaida se le postró de rodillas, requiriéndole con muchas veras pusiese luego en ejecución la venganza para que quedase eterna fama de la crueldad de Celín y de la venganza de Zaida. Y el solícito Bernart, viendo la voluntad de su señora, le dijo estas palabras:

—No dejaré, afligida señora, de vengarte con mucha industria. Mas has de saber que, aunque tienes este esclavo por un pobre y bajo cristiano, que soy de la prosapia y genealogía de

235.— La cuenta que de su gestión daba un gobernador al que le sucedía en el cargo.

los cristianísimos reyes de Francia, hijo y único heredero del duque de Ferrara, que por un largo y desabrido suceso estoy debajo este mísero y abatido hábito incógnito de todos. Y si tú determinas, hermosa Zaida, dejar esta tan falsa seta de Mahoma y convertirte a la verdadera fe de Cristo, que es la que yo guardo y profeso, yo haré la más famosa venganza que nadie en este mundo ha hecho, y después de concluida nos iremos a mi dulce patria, donde ofrezco de recibirte por mi esposa y legítima mujer, haciéndote duquesa de todo mi estado.

La hermosa Zaida llena de un nuevo contento, le ofreció lo que él pedía, y de seguirle adonde fuese, rogándole con muchas veras efectuase la venganza.

Pues, como el no conocido esclavo Bernart fuese uno de los mayores ingenieros del mundo, puso por obra su fabricada traza, y con agudo ingenio hizo doce trompas de fuego sulfúreo y de alquitrán, con tan sutilísima arte que adondequiera que cada una destas llegase se abrasase todo sin remedio alguno, de tal manera que el agua aumentase más el fuego y el aire lo esparciese por todas partes. Pues con este admirable ingenio aguardó conyuntura que Celín Sultán fuese a la ciudad de Finicia con doce galeras reales a holgarse, como lo tenía de costumbre, con mucha pompa y majestad, acompañado de sus muy paniaguados²³⁶ turcos y más principales jenízaros.²³⁷

Y, vista la oportuna ocasión, fue hablar a la hermosa Zaida diciéndole se pusiese a punto, porque quería poner en ejecución la venganza, mas hallóla que del grande sentimiento que había tenido de la desdichada muerte del príncipe Mustafá había malparido un niño de seis meses, muerto, hijo del Príncipe difunto. El cual hijo la ingrata Zaida puso en pan con grandísimo secreto, haciendo una muy olorosa empanada, y vestida toda a lo varonil con un rico y costoso turbante y una preciada marlota, de modo que no fuera conocida, fue con su esclavo Bernart en un bergantín muy bien aderezado la vuelta de Finicia con una fingida carta para el Gran Turco. Llegada que fue a las galeras reales, llegó²³⁸ su ligero bergantín a la dorada popa donde iba Celín Sultán, y subió a ella y, puesto²³⁹ de rodillas ante él, sin ser de nadie conocida, le habló de esta manera:

—Potentísimo señor: besando tus reales manos, tu amada y querida mujer Rosina me envía con este pequeño presente para tu regalo y comida, con esta sellada carta.

Luego que fue recibido el presente y la carta de²⁴⁰ un secretario del Gran Turco, se levantó la no conocida Zaida y con mucha disimulación y presteza se volvió a embarcar en su ligero bergantín, ausentándose por cierto trecho de la real²⁴¹ de Celín. Y luego fue abierta la olorosa empanada, en que vio Celín el manjar más extraño que jamás se ha visto, que era, como dicho tengo, un blanco y pequeño niño todo bañado en sangre; y, admirado de tal espectáculo, lleno de rabiosa ira abrió la carta y vio que decía así:

Cruelísimo señor: Zaida, tu perpetua enemiga, injuriada de la pública y ignominiosa muerte que diste a tu único hijo Mustafá, te envía este tu nieto por presente para que con él se satisfaga tu hambriento y canino pecho, pues has apagado ya tu insaciable sed con la roja y limpia sangre de su no conocido padre y de tu desdichado hijo. Y perdona si no está bien sazonado, que la causa es haber estado poco tiempo en mis entrañas; mas yo te enviaré lo más presto que pueda un fuego que consuma tus reliquias. Y, pues no tengo otro con que servirte, Alá te dé el pago que mereces. De Constantinopla, a cuatro de luna y dos de creciente, octavo de tu imperio. Tu capital enemiga Zaida, vengadora de tu propia sangre.

236.– Servidores, allegados.

237.– Soldados de la guardia imperial.

238.– Allegó, acercó.

239.– Así en el orig. y eds. consultadas. Recuérdese que Zaida va ‘vestida a lo varonil’.

240.– Por.

241.– La galera real, la capitana.

Apenas hubo leído esta breve carta cuando con rabiosa cólera arrojó el empanado²⁴² niño a la mar, preguntando apriesa por el mensajero que lo había traído. Aunque en este ínterin no estaba ocioso el esclavo Bernart con la disfrazada Zaida; que, luego que vio la oportuna ocasión, arrojó con cierto artificio a cada galera su ingeniosa trompa de fuego, las cuales hicieron tal presa que en breve tiempo se levantaron grandísimas llamas azules, juntamente con tan grandes gritos y voces que atronaban el cóncavo hemisferio haciendo resonantes ecos en los cercanos montes.

Unos huyendo del fuego a la espaciosa popa; otros a los ínfimos vacíos, ciegos de un espeso y amargo humo pisando en lugar de suelo las mismas brasas, procurando abrir camino por el fuego para huir dél; otros, procurando apagarle con agua, le aumentaban, creciendo más sus furibundas llamas. Quién desencajaba las labradas popas con soberbios golpes y empellones; quién los corvos remos arrojaba al agua y con grande alarido se quejaba; quién sus curiosos cofres defendía; y juntamente con el variable estruendo se aumentaba el fuego haciendo presa en las ricas marlotas y alquiceles de brocado y en los inestimables turbantes sembrados de preciosísimas piedras, sin tener respecto a finas telas, preciadas tapicerías, costosos recamados y arábigos camafeos, esparciéndose por el aire infinitas chispas y centellas, que la menor de ellas bastaba a quemar toda la flota. Viendo ya el poco remedio y el mucho aumento del fuego, unos se arrojaban a las saladas aguas del mar y, como heridos del fuego, morían en ellas; otros escogían por mejor partido el tomar la muerte por su propia mano, y otros sin piedad natural se arrojaban en el medio de las llamas, desahuciados ya de remedio alguno; unos corrían tras de otros con estruendo y vocería, tropezando y cayendo en el mismo fuego; los errados esclavos se abrasaban sin poder huir del fuego; quién se quitaba el sayal jaleco²⁴³ medio abrasado y con feísima catadura renegaba de Mahoma.

Ya estaba el horrible fuego en su punto cuando el afligido Celín Sultán, por no ver más tan inremediable daño, huyó en su ligero bergantín la vuelta de Constantinopla con sólo su privado Pialí Bajá, triste, afligido y casi desesperado de ver un tan infelice suceso en que dejaba abrasándose toda la nobleza de su corte y mucha riqueza del servicio de su casa. Iba con intención de hacer el más grave castigo del mundo en la hermosa Zaida, mas sucedióle al revés, porque, mientras el encendido fuego hacía su oficio estaba Zaida con su esclavo Bernart algo lejos de las galeras en su ligero bergantín mirando el extraño espectáculo cual otro Nerón de la empinada torre de Tarpeya el incendio de la abrasada Roma, y cual otra diosa Iris cuando hizo quemar la incontrastable armada del pío Eneas.

Pues, acabado que hubo Zaida de dar contento a su vengativo corazón, encaminaron los anchos remos a la isla de Chipre, sujeta a esta Señoría de Venecia, donde fueron bien recibidos porque juraron ser cristianos que de las galeras reales del Turco se habían escapado, y dieron parte del grande incendio que sin saber cómo a las galeras reales del Turco había sucedido, que fue para todos de grandísimo contento y alegría. Y al otro día siguiente, al tiempo que la noche lóbrega y oscura iba sus negras sombras retirando y la alba bella restauraba a los floridos campos la hermosura perdida, salieron de la fértil isla de Chipre el esclavo Bernart y la bella Zaida con dos marineros chipriotes que el ligero bergantín gobernaban, haciendo su viaje a la ciudad de Pisa siéndoles el cielo, el aire y la mar prósperos y favorables, donde llegaron al tiempo que el sol se declinaba al trópico, y desembarcaron, dando el dicho bajel a los marineros en recompensa de sus trabajos, poniéndose luego en camino a la ciudad de Ferrara, de donde era legítimo señor y heredero el esclavo Bernart, por propio nombre llamado Mauricio.

No quiero pasar más adelante con esta admirable historia, pues he dado palabra de contar mañana la causa y respecto por que el duque Mauricio estaba como esclavo en Constantinopla

242.- Orig.: 'empanado'.

243.- Chaquetilla con mangas hasta los codos.

con nombre de Bernart. Sólo sé decir que Celín Sultán Octamano, sentido de la gran venganza de Zaida, murió al octavo día de la desgracia.

SILVIO: Hay tanto que notar, señor Leonardo, en esa historia, que no sé si alabe la justicia de Celín o si vitupere su severa crueldad.

FABRICIO: Yo también dudo si fue mayor la venganza de Zaida que la justicia del Turco.

ALBANIO: Yo de mi parte condeno por cruelísimo al Gran Turco, pues, no teniendo más de un hijo, con tan poca ocasión lo hizo matar; porque nueva ley ha de haber del hijo al padre que del señor al vasallo.

LEONARDO: Digo que en rigor de justicia toda ha de ser una ley; mas, sin embargo, bien puede un rey dispensar de misericordia por su poder absoluto sin violar las leyes. Como hacían unos filósofos indos, de quien dice Tulio, en sus *Tusculanas quistiones*, que al que era digno de muerte lo condenaban a ella rectísimamente, mas después, como en revista,²⁴⁴ lo condenaban en ley de clemencia a que fuese echado donde no pudiese conversar con hombres, y allí vivía hasta que los gimnosofistas sacrificaban por él y lo volvían a su casa. Eran éstos unos hombres que vivían con grandísimo rigor y aspereza de vida, como lo dice Plinio.

FABRICIO: Yo no soy jurista para tratar de sus leyes; mas, dejándolas aparte, digo que el príncipe Mustafá no merecía la muerte por tan leve delicto.

LEONARDO: ¿Pequeño delicto llamáis dar un bofetón delante un rey a un privado suyo y, ultra de eso, quererlo matar delante dél?

FABRICIO: El delicto en sí es grande, mas en comparación de la sentencia es pequeño, particularmente siendo señor el que ofende y vasallo el ofendido; porque dice Laercio que cuando la pena excede a la culpa es venganza y no celo de justicia.

SILVIO: Ara²⁴⁵ dejemos eso; que sin duda fue grande desacato el del Príncipe, y si él tuviera un ayo que siempre le estuviera al lado no anduviera en los lascivos amores de Zaida ni hubiera afrentado a Pialí Bajá. Mas cierto que lo yerran los príncipes y señores que quitan antes de tiempo a sus hijos los ayos y maestros. ¿Quién fuera Aquiles si no tuviera a Quirón y a Fénice?²⁴⁶ Y ¿quién fuera Agamenón si no tuviera a Néstor? Y ¿quién fuera Héctor si no tuviera a Polidamas? Y ¿quién fuera Telémaco si no tuviera a Menalao? Y ¿quién fuera Alejandro si no tuviera a Aristóteles? Y ¿quien fuera Trajano si no tuviera a Plutarco? Y ¿quién fuera Augusto César si no tuviera a Polodoro? Yo torno a decir que si el padre no quiere tener la culpa de los males del hijo, que procure adoctrinarlos bien, porque la costumbre las más veces vence a la naturaleza.

FABRICIO: Pregunto si se puede dar título de cruel a Zaida por dos cosas: la una es por haber puesto en pan un hijo, aunque muerto, engendrado en sus entrañas, para sustento de su enemigo; que parece que sobrepuja a la crueldad de aquella mujer, María, hija de Eleazaro,²⁴⁷ que en el cerco de Jerusalén se comió su propio hijo de hambre, porque ésta lo hizo forzada de la necesidad y Zaida de su venganza. La otra causa es porque consintió en que se abrasasen tanta multitud de inculpables turcos.

LEONARDO: Si bien lo notáis, por ninguna de esas dos cosas la podéis llamar cruel; que la primera no fue crueldad, pues fue de un hijo muerto que así bien había de ser sepultado en la tierra, y que lo fuera en la mar con la mortaja de pan importaba poco; la segunda menos fue crueldad, sino celo santo, pues había protestado de ser cristiana, y desde entonces se obligó aniquilar a los enemigos de la fe y a disminuir la infame seta de Mahoma, vengando juntamente la muerte de su amado Mustafá.

244.- Revisión del juicio.

245.- Aféresis de 'ahora.' Hay algún otro caso en el libro.

246.- Orig. y eds. consultadas: 'Achion, y Aphenice'.

247.- Orig.: 'Maeleazaro.' Tomo la lectura de la ed. de Bruselas 1610.

FABRICIO: Por ese modo, señor Leonardo, muy bien la excusáis de cruel. Mas no fue poca ventura en tanta desgracia la de Celín y Pialí Bajá, pues se escaparon del incendio.

SILVIO: No se escapó de la muerte, aunque se escapó del fuego, porque ya murió al octavo día. Parece que fue a la citación que le hizo su hijo, cual otro Teodorico, rey de Italia, que fue citado ante el tribunal de Cristo por la injusta muerte que dio al Papa Juan y a sus dos embajadores, pues antes de los noventa días de la citación fue desta vida a la otra a ser juzgado.

LEONARDO: Mochacho: enciende ese tizón, que causa grande y espeso humo y me da gran pena, y enciende ese fuego, porque tengo los pies helados.

FABRICIO: Pregunto, señor Leonardo, ¿de qué procede el humo que sale de ese tizón?

LEONARDO: Es de un vapor que por la fuerza del calor es sacado de las más sutiles y húmedas partes de la materia donde se apodera el fuego, y es amargo por causa de su grosedad, y por esto daña los ojos y hace daño. Y así, dice Aristóteles en el libro *De los animales* que el humo de una candela apagada hace daño a las mujeres preñadas, de tal manera que dice que, si una yegua preñada sintiese el humo de una candela después de apagada, con mucha presteza abortaría.

FABRICIO: Cosas son creíbles, pues son naturales; mas, aunque diese humo a narices con dos velas apagadas a mi mujer, yo sé que no abortaría.

ALBANIO: Eso sería porque pasa de ochenta años y es de todo estéril, aunque bien ha mostrado ser fecunda, pues habéis tenido della trece hijos y ocho hijas.²⁴⁸ A tener cien vacas de esa condición, no fuera mala hacienda ni poca ganancia.

FABRICIO: ¿Qué hora es la que agora ha dado el reloj?

ALBANIO: Las nueve horas son. Y, pues es temprano, yo quiero contar mi historia.

LEONARDO: Señor Albanio: las diez horas son, y es tarde. Y el dueño de casa ha de ser reservado de ese trabajo, por que el tiempo que ha de gastar en contar su historia lo gaste en regalar a sus vecinos y amigos. No lo digo por que nos dé otra vez a beber de su candioto vino...

ALBANIO: Antes que vuestras mercedes se vayan me han de hacer merced de beber otra vez.

FABRICIO: De esas mercedes hacerle hemos rico. Mochacho: no repares en cortesías; venga a mí primero. En verdad que cuanto más bebo deste vino más joven me siento.

SILVIO: Y yo más viejo, pues siento el aumento de calor en mi estómago. Mochacho: toma el hacha y enciéndela. Y vete delante, aunque no muy lejos, porque hace la noche oscura.

LEONARDO: Nuestro Señor quede con vos, señor Albanio.

ALBANIO: El mismo vaya con vosotros y os despierte con bien.

FABRICIO: Miren vuestras mercedes que mañana a la noche se han de servir de ir a mi casa.

LEONARDO: Vuesa merced provea buen fuego, que no haremos falta.²⁴⁹ Vale.

248.- Orig. y eds. consultadas: '...hijas. (Alb.) A tener...'; pero ya es Albanio quien habla.

249.- No faltaremos.

NOCHE SEGUNDA

DIÁLOGO TERCERO

ENTRE LEONARDO, SILVIO Y ALBANIO, EN CASA DE FABRICIO

CAPÍTULO SEXTO

Do se cuenta quién fue el esclavo Bernart y el suceso que tuvo de los amores de Angélica²⁵⁰ la Bella

L EONARDO: Mochacho: llama ahí y pregunta si está en casa el señor Albanio. Mas...
Aguarda, no llames; que entiendo que abren ya la puerta.

ALBANIO: Muy buen encuentro es éste, señor Leonardo. Ya entendí que estariades en casa del señor Fabricio, y así, no tengo por qué ir con miedo, pues el maestro va tan tarde como el discípulo.

LEONARDO: No parece bien, señor Albanio, la lisonja tan pública o la burla tan manifiesta. Si fuera más rico que vos entendiera que me queriades pedir algo.

ALBANIO: Por buena arte os queréis salir del juego. Lo que yo quiero pedir es que correspondáis con mi buena voluntad.

LEONARDO: Nada nos debemos en este particular. Esta es la casa de Fabricio. Abierta está: subamos sin llamar, pues somos tan familiares suyos.

FABRICIO: Seáis, señores, muy bien venidos, que ha rato que está Silvio aguardándoos.

LEONARDO: ¡Oh señor Silvio, Dios os guarde!

SILVIO: Y a vosotros también. Cierto y en mi verdad que, según tardábades, entendí no llegarades esta noche.

FABRICIO: Déjense de cumplimientos y asíéntense por su orden y a su gusto, que el fuego es bueno, aunque la leña es verde.

SILVIO: En verdad que ha muchos días hace gran frío.

LEONARDO: Así vive la gente más sana.

SILVIO: Pregunto, ¿qué es la causa de eso? Y ¿por qué se come más en invierno que en verano?

LEONARDO: A mí poco se me entiende, mas entendido tengo que el invierno es frío por causa que se va el Sol alejando de nosotros, y por ese respecto señorea la Luna, que es húmeda y fría; y así como el calor natural huye de la frialdad del aire y se encierra en las venas de la tierra y hace que en invierno el agua de los pozos y fuentes sea caliente, por ese mismo respecto el calor natural del hombre se encierra en el estómago y pecho. Y hace mejor digestión, porque la frialdad del aire cierra los poros del cuerpo y, aumentándose la virtud por estar recogida, se digieren y consumen las malas flemas y peores cóleras, y cobran los hombres mejor apetito de comer, aunque los hace flojos y perezosos al trabajo, porque los miembros se restriñen y se aduermen por la gran

250.- Orig.: 'Agelica.' Increíblemente, la ed. de Bruselas 1610 metabolizó la errata.

frialdad. Y por respecto del mucho y coadunado calor que hay en el estómago por la gran frialdad de fuera, conviene comer más en invierno que en verano, para sustentar el húmedo radical.

ALBANIO: Pues sois algo físico, señor Leonardo, decidme por qué padece el hombre hambre, pues habéis dicho la causa por que más en invierno que en verano.

LEONARDO: Sabed que el calor natural continuamente consume y deseca el húmedo de nuestros miembros. Estando nuestros miembros vacíos y consumptos, atrayendo hacia ellos nuestro calor consume la humedad de las venas; y las venas vacías tirando del hígado, y el hígado del estómago, y estando éste vacío, ha ordenado naturaleza en nosotros que el bazo envíe al estómago el humor melancólico, el cual es acetoso y induce un doloroso y triste sentimiento esprimiendo la humedad substancial del dicho estómago, y es como un dolor corrosivo por el cual se incita el estómago al deseo del manjar. Y esto es hambre. Mas, dejando eso aparte, ¿qué se ha hecho el señor Albanio hoy, que no ha salido a la plaza?

ALBANIO: Más de dos horas me entretenido oyendo a un pobre esclavo nuevas de Constantinopla; que os aseguro de verdad que es muy plático y ladino; y harto discreto, porque en el progreso de su desdichada vida ha mostrado ser hombre de mucha prudencia y habilidad, sino que la Fortuna le ha sido siempre contraria.

LEONARDO: Siempre la pobreza es una rémora de buenas habilidades, es una pesga que estanca los buenos ingenios en la tierra sin dejarlos levantar en alto. Y así, Alciato, para dar a entender el daño que la pobreza hace pintó un mancebo la una mano levantada en alto y en ella dos alas con que pretendía volar al cielo, y en la otra mano una piedra terrible que le detenía y aterraba sin dejarle levantar de tierra. ¿Quereislo ver? Mirad la oración que hizo el doctor Adriano al Senado para persuadirles hiciesen liga con Carlos Quinto con tan eficaces y urgentes razones, y por ser hombre pobrísimo no fueron recibidas sus razones, por donde vino a esta Señoría tanto daño; y mirad cuatro palabras mal fundadas que dijo el hijo del magnífico Frederico, por ser de hombre tan próspero, qué presto y bien fueron recibidas.

ALBANIO: Tenéis razón, señor Leonardo. Mas acuérdeoseos que anoche en casa del señor Fabricio dejasteis una pendiente historia del ingeniero Bernart, esclavo de la vengativa Zaida y hijo heredero del duque de Ferrara.

LEONARDO: Tenéis mucha razón. Y quiero cumplir mi palabra citando al señor Albanio para después que yo haya dado fin a mi trágica historia. Y así, digo que...

En la bella y fértil ciudad de Ferrara había un duque y señor della llamado Normandio, que tenía solos dos hijos, dispuestos, hábiles y discretos. El mayor y legítimo heredero se llama²⁵¹ Mauricio, y el otro menor se llamaba Gaulo Casio: mozo tan dispuesto y más robusto que el mayor. Amábanse éstos con verdadero y fraterno amor, de tal suerte que entre ellos, aunque había dos almas, no se conocía sino una sincera voluntad, y esto desde su niñez y puericia, en tanto extremo que jamás los vieron airados por cosa alguna.

Pues su viejo padre Normandio tenía en su palacio, en compañía de su anciana y venerable mujer, una hija del señor de Correzo, vecino suyo, llamada Angélica; y con justo título, pues en su beldad parecía cosa divina, porque era una de las más hermosas doncellas de aquella era, que parecía que naturaleza había echado el resto en proporcionar un rostro tan divino; y una criatura tan bella que no sé si fue tal la afamada figura de Seucis²⁵² que dibujó sacando lo más perfecto y hermoso de las damas calabresas. Por que, ultra de ser discretísima, era blanca cual nieve no pisada, y su ancha y espaciosa frente era un portento de beldad, sus dos negros y rasgados ojos, dos luceros celestiales que eran cifras del alma, y, como eran sus labios algo gruesecillos, parecían dos finos corales de leche y sangre cuajados. Y si hubiese de ir pintando todas sus partes cayéraseme el

251.- No hay errata por 'llamaba,' porque a diferencia de su hermano aún vive.

252.- Por Zeuxis. Mantengo la variante del orig. y eds. consultadas.

pincel de la tímida mano, cual hizo al²⁵³ famoso Apeles cuando retrataba a la hermosa Campaspe, amiga de Alejandro Magno.

Pues a esta bella criatura amaba y servía el galán Mauricio, el hijo mayor del duque Normandio, correspondiendo ella con su voluntad en tanto extremo cuanto era grande el secreto con que se amaban, pues solos los dos de sus amorosas pasiones tenían noticia. Aunque para estorbar que estos dos no gozasen los despojos de amor se enamoró el viejo duque²⁵⁴ Normandio de la bella Angélica, y, estando herido de la herbolada flecha de Cupido, andaba el caduco viejo celoso sin saber de quién, inquieto sin necesidad, afligido sin disgusto, y no había hora ni momento que, ajeno de discreción, no pensase en Angélica la Bella. Y, dando nuevas trazas en su caduco pensamiento, determinó manifestarle su amoroso pecho por un muy privado y secreto mayordomo, a quien llamó a su aposento y le dijo estas razones:

—Confiado en vuestra solicitud y secreto, amado y discreto Valencio, os he llamado para daros parte de la más apasionada pena que jamás en mi pecho se ha encerrado. He puesto los ojos en la divina y más que humana hermosura de Angélica, de tal suerte que por los rayos de la vista he recogido las especies de su beldad en mi alma, donde y con quien hace una lucha amorosa y una guerra continua por alcanzar los despojos de amor y el fin de mi deseo. Y así, determino por medio de vuestro cuidado y diligencia alcanzar ese tan excelente bien, ofreciéndome de nuevo de seros muy propicio y favorable en todo lo que pedir me quisiéredes, haciendo vos con vuestra industria y maña que se muestre grata y benigna conmigo; que si halláis por intervalo mi cansada vejez, de las mujeres aborrecida, hallaréis conveniente mi riqueza y tesoro, que es la parte más necesaria para adquirir la cosa más ardua y difícil del mundo.

El solícito mayordomo con fáciles razones y largas promesas le ofreció poner luego por obra su voluntad facilitándole la victoria della. Y, hallando el solícito mayordomo oportuna ocasión para hablar a Angélica, entró en su aposento y, comenzando por diferente plática de la que llevaba propuesta, quedó tan enamorado de su hermosura que la mudanza que hizo su rostro dio hartas señales y muestras dello. De suerte que, sintiéndose herido de las saetas de Angélica, en lugar de tratar los amores del Duque trató los suyos, dándole parte de la grave pena que por sus amores padecía. Y por estar en duda la satisfacción de sus servicios, y atendiendo al mucho valor della y al poco merecimiento suyo, con estas razones iban envueltos mil requiebros, a los cuales respondió la bella y discreta Angélica, los ojos humildes y el rostro algo severo, con mesurada cólera, que no se atreviese otra vez a entrar en su aposento, y que desistiese de tan necia pretensión, porque el galardón de su trabajo sería quedar para necio.

ALBANIO: Señor Leonardo, aunque os parezca soy del todo rudo, quiero entender esta maraña. ¿De suerte que el viejo Duque estaba esperando que su mayordomo le negociase sus amores con Angélica, y el mayordomo se enamoró de Angélica, y Angélica lo estaba de Mauricio, hijo del Duque, y todos son de Palacio? ¡Bien va, que todo se cae en casa!

LEONARDO: Es así como decís. Pero tratábase con tanto secreto que ni el viejo Duque sabía de los amores de su hijo, ni el hijo sabía de los del padre ni los del mayordomo, ni el mayordomo sabía de los de Mauricio y Angélica. Y aunque Angélica sabía los amores del mayordomo, no daba parte dellos a su amado Mauricio por no dalle pena.

Mas una y muchas veces el solícito mayordomo importunó a la bella Angélica le admitiese en su servicio, ofreciéndole se casaría con ella. En este ínterin y medio el mayordomo daba a entender al viejo Duque con fingidas razones que negociaba bien sus cosas, porque ya le iba ablandando el diamantino pecho, y que con brevedad la induciría y traería rendida y humilde a su

253.- El sujeto de la oración es el pincel.

254.- Orig. y eds. consultadas: 'el Duque viejo'. Conjeturo que el gazapo del cajista se debió al introducir un salto de línea en la plana 101v.

voluntad. Mas, como con el discurso del tiempo viese el mayordomo tanta aspereza en la bella Angélica y que no caminaba nada en su negocio y que llevaba engañado y suspenso al viejo Duque, determinó de efectuar un diabólico pensamiento; y así, fue al viejo Duque y, hablando a solas con él, le dijo estas fingidas razones:

—Excelentísimo señor: con todo el cuidado y solicitud posible he tratado por muchas veces con la dura y ingrata Angélica los amorosos deseos y entrañable voluntad de vuestra Excelencia, ofreciéndole unas veces la mitad de vuestro estado y otras toda vuestra riqueza; otra, que mataríades la Duquesa vuestra esposa por casaros con ella. A esto unas veces me respondía tibiamente y otras me daba largas esperanzas, otras me despedía con ásperas razones, y, al fin, le²⁵⁵ hallado tan dura a vuestra pasión cuanto sorda a mis razones. Ella, en resolución, aborrece a vuestra Excelencia en extremo, y así, tengo pensada una nueva traza para que con ella se haga por miedo lo que no se alcanza por ruego; y es que yo enviaré mi esclavo al retraído aposento de Angélica con una cerrada carta que en ella diga mil requiebros y amores del propio esclavo a la misma Angélica, de modo que por la carta se juzgue que el esclavo se ha servido y sirve de Angélica y Angélica se aprovecha dél; y cuando el inocente esclavo esté dándosela iré yo con presuroso paso y con mano airada le daré mil puñaladas diciendo que le hallado abrazado con Angélica. Y para confirmación de la fingida verdad servirá la dicha carta, y con ella la podrá vuestra Excelencia condenar a muerte; por lo cual, viéndose ella en tanto peligro, medrosa, como mujer, vendrá a vuestra misericordia concediendo con vuestros ruegos.

El duque Normandio, ciego de amor, no echó de ver el daño tan grande que deste consejo resultaba, antes le pareció sabio, acertado, y lo tuvo por buen acuerdo, echando cuenta que no tenía Angélica padre y hermanos, si pedir²⁵⁶ lo quisiesen; y así, rogó a su mayordomo lo pusiese luego por obra, ofreciéndole de nuevo mil dádivas.

Dado que fue el *fiat* del viejo Duque, luego el mayordomo llamó a su esclavo, que era mozo dispuesto y hermoso, y, dándole la fingida carta, le envió con ella a la hermosa y inocente Angélica, que estaba sola en su retraído aposento; y como viese entrar el esclavo del importuno mayordomo en su aposento, sospechosa de algún necio recado se levantó de su estrado y con ásperas palabras comenzó a reñir al esclavo de su mucho atrevimiento y osadía. Y entonces el fraudalento mayordomo entró con apresurado paso y mano airada, diciendo a voces: «¡Traidor! ¡Toma el merecimiento de tu deshonesto caso!», dándole seis puñaladas por las cuales salió la roja sangre y, envuelta en ella, la mísera y desventurada alma del inocente esclavo, afrentando con injuriosas palabras a la bella y temerosa Angélica. Y estando en esto llegó el consentiente Duque con otros caballeros que para esta ocasión cautelosamente tenía consigo, y vieron el horrendo espectáculo del muerto esclavo y leyeron la fingida carta por la cual vieron que el esclavo se servía de Angélica, y así, dieron por buena la muerte que hizo el mayordomo y por mala mujer a la honesta y bella Angélica. Y mandó luego fuese puesta en prisión, aunque leve, pues le sirvió de cárcel un cuarto de palacio. Y no hay duda sino que no fueron oídas las justas satisfacciones y disculpas de Angélica.

Pues como se divulgase esta afrenta y deshonra por el parlero vulgo, llegó a noticia de dos primos de Angélica los cuales habitaban en la ciudad de Correzo, donde ella era natural y señora, que, puestos en camino, llegaron a Ferrara con mucha presteza a tomar a su cargo esta deshonra, y pidieron al Duque por justicia que su mayordomo sustentase en el campo el falso testimonio que a la honesta Angélica había levantado. Dios sabe lo que sintió el Duque de semejante demanda, mas, como dependía de drecho de justicia, no pudo dejar de otorgársela. Y también el falso mayordomo, confiado en su esfuerzo y valentía, respondió delante de todos que era verdad infalible que había hallado en el incestuoso caso a Angélica, y que él sustentaría en el campo armado de todas armas,

255.- Por 'la he' y en este mismo párrafo: 'le hallado abrazado con Angélica.' V. la n. 54.

256.- Reclamar, salir en defensa.

desde que el resplandeciente Febo comenzase a coronar las cimas de los encumbrados montes hasta que volviese a bañarse en las saladas aguas del mar, para el octavo día del repto. Otorgose luego el desafío para el dicho día.

En este tiempo estaba la bella Angélica triste, afligida, con poco consuelo y mucha clausura, porque no la dejaban hablar sino del propio mayordomo; que el Duque lo enviaba a sus continuas persuaciones y a ver si, viéndose en tanta aflicción, con promesas de libertad y honra condescendería con la voluntad del Duque. Pero con el ordinario fingimiento el falso mayordomo trataba con grande desacato y desvergüenza gozar de la belleza de Angélica, mas aprovechábanle poco sus vanos intentos. Igual le fuera tener cuenta que Mauricio, el hijo del Duque y amado de Angélica, ordena con grande aparato y secreto de salir al campo a defender la usurpada honra de su dama, y que los otros dos primos de Angélica entienden en lucir armas y en herrar lanzas y hacer libreas para su daño y oprobrio.

Mas, al fin, como viese que se llegaba ya el asignado día y que había muchos y valientes caballeros con quien mostrar su esfuerzo y la gran injusticia que tenía, con tímido pecho y acobardado corazón fue a Gaulo Casio, el hijo menor del Duque, su muy familiar amigo, y le descubrió su muy cobarde pecho y ánimo, suplicándole con gran secreto se encerrase en su aposento y de allí saliese armado de todas armas a cumplir por él en el asignado desafío de suerte que de nadie fuese conocido, certificándole que peleaba por la verdad y honra de su padre. Pues el mozo Gaulo Casio, con deseo que tenía de señalarse en armas, otorgó la partida, y así, el señalado día, al tiempo que el hijo de Latona descubría por el diáfano cielo su divino rostro se fue a armar el indiscreto joven con mucho secreto para salir a la futura batalla.

Y en este tiempo el bullicio y tumulto de la gente estaba en su punto, corriendo apriesa a ocupar los vacíos lugares de balcones, ventanas, tejados, resquicios y agujeros; y en la señalada plaza y desocupado sitio había una grande escuadra de belicosa gente para guarda de los caballeros guerreros. A un lado había un sumptuoso teatro donde estaba el viejo duque Normandio con los jueces del campo, y arriba, en una graciosa galería de palacio, estaba la Duquesa con otras muchas y bizarras²⁵⁷ damas, con doseles de finísimo brocado; y en medio tenían a la desconsolada Angélica, consolándola con buenas y favorables esperanzas, haciendo sentimiento, con estar cubierta de una sutilísima red de oro que descubría su divino rostro con aquellas dos madejas de finísimo oro de Tébar, con un airón negro en el copete,²⁵⁸ que era el blanco de más de dos mil ojos.

En los altos tablados y estrechas gelosías,²⁵⁹ techos y torreones había infinidad de gente esperando el deseado fin del lastimoso suceso; y al concordado son de las sonoras trompetas y a sus últimos acentos salió el no conocido Gaulo Casio en un remendado caballo con gallarda disimulación, haciendo menosprecio del propio Marte armado de unas plateadas armas, y en la fuerte celada unas largas y copiosas plumas negras y blancas, y el jaez del gallardo caballo adornado de mucha pedrería; y, dando vuelta al desocupado palenque, con grande majestad se volvió a su señalado sitio haciendo el debido acatamiento a las damas y al viejo Duque. Y luego, a la segunda voz de las parleras trompetas, salieron los dos valerosos primos de la bella Angélica en dos bayos caballos todos guarnecidos de finísima pedrería, con verdes plumas en las cimeras de los caballos, así bien armados de verdes y costosísimas armas, significando la esperanza que tenían de restituir la honra a su prima Angélica.

Dada que fue la deseada licencia para la presta batalla, y a la voz de los clarines, sacabuches y trompetas, arrimaron los finos acicates a las blandas ijadas de los veloces caballos y con presto vuelo se encontraron los dos caballeros en la mitad de la temerosa carrera, y se dieron

257.- De buen porte, elegantes.

258.- Moño.

259.- Celosías.

tan recios y mortales golpes que hicieron las gruesas lanzas mil pedazos, enviando sus pequeñas estillas al estrellado cielo. Poniendo mano a sus afiladas espadas, se dieron tan recios golpes que ensordecieron los oídos de la más cercana gente; y, al último, aunque no conocido, Gaulo Casio dio tan terrible golpe a su contrario que dio con él en el suelo, que no fue de poca pesadumbre a la triste Angélica, porque por su divino rostro distilaba aljofarinas perlas de verse en todo tan desdichada.

Mas el segundo caballero y defensor suyo, lleno de coraje y ira, partió a los postreros acentos de la segunda música con intención de vengar la honra de su prima Angélica y de su primo el vencido; mas el valiente Gaulo Casio con presto vuelo se encontró con él con tal ímpetu y furia que del primer bote de lanza dio con él en el suelo; y, dejándolo por vencido, volvió a su señalado sitio haciendo mil corcovos con su victorioso caballo, no haciendo caso de los vencidos; que bien podía, conforme lo capitulado, cortarles las cabezas, mas, como noble y liberal, lo dejó de hacer.

La lástima era ver a la hermosa Angélica turbada, llorosa y entristecida, apretando sus blancas manos, los ojos puestos al cielo, que a estar en él fueran dos lucientes estrellas. Mas el enamorado Mauricio no estaba en este tiempo ocioso, porque luego entró por la espaciosa plaza en un africano caballo que decían ser hijo de las yeguas andaluces, que son hijas del aire. Llevábalo cubierto de mil labradas labores de finísimo oro, con una encarnada pluma en la cima de la testera del caballo, el cual iba tascando²⁶⁰ un costosísimo freno. Y el valeroso Mauricio, sólo de Angélica conocido, iba armado de unas inestimables armas: las grebas y el arnés recamadas de cañutillo de oro, y la luciente zaneña iba labrada de finísimas y diferentes piedras; en el fuerte yelmo llevaba en lugar de vistosas plumas una mata de cabellos de la bella Angélica, que competían con el más fino oro de Arabia. Y con una donosa bizarría dio vuelta al palenque haciendo el debido acatamiento y reverencia juntamente con el industriado²⁶¹ caballo al Duque y a las hermosas damas, enclavando sus amorosos ojos en el angélico rostro de Angélica, haciéndole ella una humilde cortesía llena de mil peticiones.

Todos se hicieron ojos viendo tan dispuesto caballero con tan costosa librea, ignorando quién fuese. ¿Quién imaginara que era Mauricio, el hijo mayor del Duque, pues iba contra la voluntad de su padre? Y ¿quién pensara que el mantenedor era Gaulo Casio, su hermano tan amado, pues nunca se mostró apasionado en este caso? De modo que todos entendían que el mantenedor era el mayordomo. Hasta el propio Duque estaba bien ajeno de que sus dos hijos estaban en la batalla. ¡Oh, quién se hallara allí para que pudiera avisar al Duque del peligro en que estaban sus hijos, y quién pudiera avisarle a Mauricio que el mantenedor era su amado hermano!

Mas, como llegase la hora, tocaron las concordes trompetas y, al deajo dellas aflojando las doradas riendas y apretando las agudas espuelas, sin estampar apenas los pies en el arena, dieron tan velocísima carrera que parecían volar por el aire con ligeras alas más que con veloces caballos, encontrándose con sus lanzas de tal modo que les fue forzoso inclinar los cuerpos a las ancas de los caballos, rompiendo las ñudosas lanzas por mil partes; y con presteza nunca vista echaron mano a sus prestatas espadas y con terribles golpes comenzaron a herirse de tal modo que el fiero Marte estaba en su quinto cielo parado, sin hacer su continuo curso, mirando tan reñida batalla.

Mas el valiente Mauricio le dio por la enlazadura del yelmo tal estocada que dio con el mantenedor muerto en el suelo. Fue para Angélica y aun para todos los de la ciudad de tanto contento esta victoria que la solenizaron con mucha grita y regocijo.

Pues como Mauricio viese muerto a su contrario se apeó con mucha ligereza a cortarle la robusta cabeza y presentalla a la alegre Angélica, y como le hubo desenlazado el yelmo vio que era su más que amado y querido hermano Gaulo Casio el muerto; y admirado o casi espantado

260.- Mordiendo.

261.- Adiestrado.

de tal tragedia y lastimoso hecho, dejando de efectuar su comenzado intento, lleno de melancolía, acompañado²⁶² de ardientes suspiros se salió de Ferrara casi desesperado, y corriendo a toda furia, como hombre fuera de tino, se ausentó de su amada patria quince millas, y en un espeso bosque se apeó a desfogar su afligido corazón con lágrimas. Y, hablando a solas, dijo estas lastimosas razones:

—¡Que es posible, Gaulo Casio, amado hermano mío, que aquel que más te amaba en esta vida haya sido tu riguroso verdugo y te haya dado tan pública y afrentosa muerte! Merezco cual otro Caín ir señalado por el mundo, y cual otro Cofroes, rey de Persia, ir sacado los ojos y desterrado de mi patrimonio, porque mató al rey Hormisda su padre; y morir cual otro emperador Atila porque mató a su hermano Bleda. No habrá género de muerte que no merezca, pues te ajené del ser que nuestro viejo padre te dio. ¡Oh Gaulo Casio, querido hermano! ¡Que es posible que en un mismo vientre recibimos vida y que yo en nuestra misma patria te haya dado la muerte! ¡Oh atrevido brazo, acerbo y fiero! Mereces que en ardiente fuego te quemé, cual otro Mucio Cévola en presencia de todo el pueblo; aunque el otro lo hizo porque erró el asestado tiro, mas tú lo mereces porque lo acertaste. Conjúrense contra mí los contrarios elementos y abra sus duros senos la pesada tierra y trague a este acerbo fratrecida. ¡Oh cruda Parca! ¡Oh Parca inexorable! ¿Cómo llegaste tu aguda tijera con tan poca piedad al delicado hilo de Gaulo Casio? Mas temo que de envidia lo hiciste; y si es verdad que el fraterno amor es un vínculo natural y una recíproca virtud comunicable, ¿cómo he de amarle yo si aquí me dejas? Acaba ya de afilar en mí tu guadaña y corta este mi flojo hilo para ir a disculparme con mi querido hermano del lastimoso agravio que le hecho. Mas ¿qué digo? Que si mi inocencia me salva, mi maleficio me condena, y si la honra de Angélica me disculpa, la afrenta de mi hermano me culpa, y así, meresco²⁶³ padecer cual otro Tántalo hambre y sed en esta vida; y ser, cual otro Ticio, del carnicero buitre despedazado; y subir por estos encumbrados montes cual otro Sísifo cargado de la pesada piedra. ¡Oh amado hermano, cómo te llevo representado en mi memoria tendido y muerto en el duro suelo, bañado en tu propia sangre, el rostro pálido y polvoroso y tu leal y doméstico caballo como triste y espantado de verse sin su propio dueño! ¡Oh traidor y falso amigo Valencio! ¿Cómo tuviste atrevimiento de difamar a mi amada Angélica, y osado ánimo para emplazar el desafío y tan acobardado ánimo para sustentarlo? Mas no me admiro de eso; que cualquier difamador queda al fin por cobarde, porque las leyes de justicia atemorizan y amedrentan de tal manera que al cabo queda por infame y abatido. ¡Maldito sea, traidor, el padre que te engendró, la leche que mamaste y el sustento que te sostiene! ¡No nazca hierba donde tú pisares ni caiga el rocío donde tú anduvieres! ¡Oh padre mío! ¿Cómo te sirves de un traidor infame que a tus hijos, so color²⁶⁴ de honra, los pone al degolladero? ¡No ves que muchos reyes han sido muertos y destruidos de sus propios criados por estimarlos y tenerlos en mucho? Como el emperador Valentiniano, que fue muerto de su mayor privado Arbogastes, y Marciano, emperador de Constantinopla, fue muerto por Arduario su criado con un vaso de ponzoña, y el emperador Caracalla fue muerto por Marciano su criado a puñaladas. Pues no estás tú en menos peligro que éstos sirviéndote del más infame y avillanado hombre del mundo.

Hablando estas y otras muchas razones subió otra vez en su ligero caballo y, dándole rienda, guió su camino al puerto y ciudad de Pisa con intención de embarcarse para el reino de Nápoles, adonde en una calabresa nave comenzó a navegar.

Mas, como la inconstante Fortuna no se contenta de perseverar en una cosa, sino que en el mismo mal no sabe estar queda, en el medio de su navegación se levantó una tempestuosa tormenta, enojando a las quietas aguas un furibundo soplo de tramontana, de la cual borrasca daban ciertas y prodigiosas señales los ligeros delfines escondiéndose con presteza increíble en sus oscuras

262.– Orig.: ‘acompañada.’ Adopto la enmienda de la ed. de Barcelona 1609.

263.– Del verbo ‘merescer.’

264.– Con pretexto.

cavernas, y los marinos erizos se asían de las pesadas piedras y las grandes y soberbias ballenas con un natural temor se metían en los profundos golfos. Cubriéndose el estrellado cielo de muy gruesas nubes, soplando el vendoval con el sur y el aquilón,²⁶⁵ se hincharon de tal suerte las olas que en breve tiempo parecía que en la mar estaban los soberbios y encumbrados montes del Cáucaso, corriendo la afligida nave tres días con sus lóbregas noches sin saber su presuroso camino, y al último vino a dar en las turquescas marinas molida de la tormenta y azotada de los vientos, adonde de un nuevo cosario fue presa, cogiendo en ella al desventurado Mauricio por cautivo.

Al cual, como vido tan dispuesto, lo llevó al príncipe Mustafá, hijo de Celín Sultán, Gran Turco, que lo tuvo en mucho y lo dio a su querida y amada Zaida para su servicio y oculto mensajero. Y el nuevo esclavo Mauricio se puso por nombre *Bernart*, y este es el que vengó la muerte de Mustafá y fue causa de la venganza de Zaida.

Mas volvamos a Ferrara y a la hermosa Angélica, la cual quedó tan contenta de su restituida honra cuanto triste y penosa de la ausencia de su muy amado y querido Mauricio; y el Duque, escandalizado de la muerte de su hijo Gaulo Casio, lleno de ira fue con todos los jueces a palacio en busca del traidor Valencio, a quien hallaron en su mismo aposento atado a un fuerte madero de pies y manos, fingiendo llorar agriamente su desventura, dando parte al viejo Duque y a los jueces de una disculpa fingida, diciendo que al tiempo que se quería armar para salir al aplazado²⁶⁶ desafío entró en su aposento Gaulo Casio y le rogó le dejase salir a mantener todo lo propuesto, y que, no queriendo conceder con su voluntad, él con dos criados suyos le habían atado de aquella suerte que estaba por que no pudiese estorbar el intento y voluntad de Gaulo Casio, que era salir a mantener el desafío emplazado. Fue, al fin, traza de traidor infame, que como supo la muerte de Gaulo Casio se hizo atar de un muy privado paje suyo para disculparse de la manera dicha, y como el Duque le favorecía, con facilidad se le dio crédito, dándole por libre y a la hermosa Angélica por honrada.

Mas no resultó sola una muerte destes enredados amores, porque la Duquesa, sentida, como madre, de la muerte de su hijo, murió en breves días; y el Duque, viéndose viudo, pidió a la hermosa Angélica por mujer, y ella concedió con la petición por subir a una dignidad tan alta. Y así, celebraron las bodas con mucho aplauso y silencio por la muerte de la Duquesa y de Gaulo Casio y ausencia de Mauricio. Mas, como se avienen mal la gallarda juventud con la caduca vejez, el Duque gozó solamente un año de la hermosa Angélica, porque luego fue a dar cuenta a Dios de sus obras, dejando viuda y sin hijos a la duquesa Angélica.

Y el traidor Valencio, viendo muerto al Duque, que era el que le favorecía y encubría sus maleficios, se determinó de ausentarse de Ferrara de miedo no lo matasen muchos émulos que tenía, y para esto cogió el tesoro que pudo y se fue huyendo la vuelta de Pisa.

Y como el malo siempre viene a pagar su merecido, en la mitad del camino se encontró con el esclavo Bernart, digo Mauricio, que venía, como dicho tengo, de Constantinopla con la turca Zaida, o, por mejor decir, ya cristiana; y, conocido que fue de Mauricio, le dio de puñaladas y le tomó el tesoro que llevaba, y robándolo y dejándolo allí muerto, se vino a la ciudad de Ferrara, donde se enteró secretamente de todo lo que en palacio pasaba. Y así, muy sentido de la muerte de sus padres, se fue a palacio, adonde halló a su amada Angélica viuda y madrastra, y Angélica a su amado Mauricio hijo y casado. Y como fue entendida su venida de toda la ciudad le obedecieron por señor y duque, haciendo lo mismo a la hermosa Zaida, aunque no se celebraron las bodas de Mauricio y Zaida hasta que el obispo de la ciudad la batizó admitiéndola en el gremio de la Iglesia. Lo cual todo se hizo con mucha alegría y contento y costosísimas fiestas y aparatos, porque no solamente concurrió este casamiento, mas también casaron a la viuda Angélica con el duque Urbino.

265.- Cierzo, viento del N.

266.- Datado, programado.

Veis aquí, señores, la historia que anoche quedó pendiente del esclavo Bernart.

FABRICIO: En verdad, señor Leonardo, que la tragicomedia es bonísima y lastimosa; mas he notado que Mauricio, cuando se fue despechado de la muerte de su hermano Gaulo Casio, en la lamentación que hizo en el camino no hace sentimiento de ausentarse de su muy amada Angélica, siendo lo que más sienten todos los enamorados, mas antes bien no hace memoria della.

LEONARDO: Muy puntual sois, señor Fabricio. ¿Quién basta²⁶⁷ a saber qué es la causa de lo que habéis preguntado? Mas a mi parecer es la diferencia que hay del amor virtuoso al no tal; porque el amor virtuoso es noble y ilustre, porque, como es más propincuo al ánima intelectual, así es más ahidalgado y de más eficacia. Porque el otro amor, repugnante a éste, está puesto en el ánima sensitiva, y como hay diferencia de lo intelectual a lo sensitivo, así es mayor la operación del amor fraterno en Mauricio que el sensual de Angélica; y así, no es de maravillar que, afligido del amor de su hermano, no se acordase de Angélica.

ALBANIO: Por cierto que me causa grima y espanto las tragedias y muertes y infelices sucesos que causa el torpe amor, y de qué manera entorpece los más agudos entendimientos del mundo; porque yo sé por cosa cierta que el viejo duque Normandio era hombre de agudísimo entendimiento y hombre de grande gobierno, y, al último, el amor torpe que tenía a Angélica se lo entorpeció de modo que por su respecto sucedió ese lastimoso suceso que habéis contado.

LEONARDO: Dadme un hombre que con la alteza de sus ciencias pueda competir con los espíritus gloriosos y con las velas de sus discursos pase los coros de los ángeles, y se pierda de vista y no pare hasta engolfarse en el océano de los divinos misterios, y enamórese y vereisle luego hecho un torpe, un necio, un insipiente y sin aviso. Y todo huele a sensualidad, porque el amor torpe es de tal condición: cuando se encastilla en un alma, la joya que para sí toma es el corazón, y al fin todo para en llanto y miseria.

FABRICIO. Por eso Ovidio, como moral filósofo, trae a propósito la fábula de Mirra, de la cual dice que, enamorada de su padre, por medio de una ama suya intentó el fin de sus amores, y fueron después tantas las lágrimas y suspiros, que la convirtieron sus dioses en el árbol de su nombre. El cual hasta agora distila unas gotas muy amargas para dar a entender cómo el gusto del amor torpe es momentáneo, y lo que queda, digno de llorar con perpetuas lágrimas.

SILVIO: Movido me ha a compasión el falso testimonio que el traidor de Valencio levantó a la hermosa Angélica; mas al fin la verdad de su inocencia prevaleció y sacó a luz su honra, aunque a costa de muchos disgustos.

LEONARDO: Polidoro Virgilio dice muy largo de la fuerza que tiene la verdad. Y trae por ejemplo que Goduino,²⁶⁸ príncipe de Inglaterra, acusó falsamente a Eenia,²⁶⁹ madre de Eduardo Segundo, que a la sazón reinaba, de adúltera con el obispo de Vinestra,²⁷⁰ y de tal suerte le fue dado crédito a su acusación que la depusieron del mando y gobierno del reino, por lo cual el Rey su hijo se enojó grandemente contra ella. Habiéndolos hecho prender a entrambos, procedía contra ellos jurídicamente, y ella, viéndose en prisión, envió a llamar al Rey su hijo con muchas súplicas. Él fue a la prisión y ella le dijo que estaba presa sin culpa, y que si tal debía, que un fuego que allí estaba la consumiese; y, acabándolo de decir, se dejó caer sobre aquellas ardientes brasas y allí estuvo echada grande pieza hasta que la alzaron. Y no le empecieron,²⁷¹ ni aun hicieron mal ni señal en los vestidos, de que el Rey quedó maravillado y confuso y le hizo restituir su honra. De otro caso escribe Alberto Crancio en sus *Anales de Alemania*: que Enrico el Corcovado, quinceno

267.- Alcanza, alcanzará.

268.- Godwin de Wessex.

269.- Así en el orig. y eds. consultadas. Se trata de Emma de Normandía.

270.- Winchester.

271.- Dañaron.

emperador de Alemania, fue casado con Gonegunda, hija de Sigifredo, Palatín del Rin, que fue tan casta y honesta cuanto mujer lo podrá ser, y se amaban los dos estremadamente. Y un caballero privado de entrambos se movió con envidia y, hallando tiempo cómodo, dijo al Emperador que la Emperatriz miraba a cierto caballero impudicamente. Ella fue avisada dello y ordenó que cuando un tal día estuviese con el Emperador²⁷² le fuesen traídas seis barras de hierro ardientes, y como se las hubiesen traído se subió sobre ellas con los pies descalzos y dijo a su marido: «Veis aquí, señor, que el fuego no me lastima, así que bien podéis estar seguro de cualquiera sospecha que de mí os hayan dicho». Lo cual visto por el Emperador y que por ello había entrado en alguna sospecha de celos, quedó confuso y, hincándose de rodillas delante della, le pidió perdón. Hecho fue, cierto, maravilloso. Mas es tanta la fuerza de la fe, que le hizo acometer una cosa tan ardua.

FABRICIO: Cierta que ha sido cosa muy acertada y santa el quitar los desafíos, porque en ellos muchos perdían la vida más por vergüenza que por gana de pelear. Y este uso creo que vino de España, donde siempre han estimado mucho la honra y adonde no se podían hacer sino ante el Rey, y la causa era que, como señor de la tierra, mirase por la honra de los unos y de los otros, y porque también ninguno puede dar al hijo de noble por traidor o alevoso sino el mismo Rey, por el poder y imperio que tiene. Y aun me acuerdo haber leído en el Ordenamiento, libro cuarto, título veinte y uno, ley quinta, que tanta autoridad es la del Rey que a uno que es condenado por traidor, si le quiere hacer merced, le puede volver en toda su nobleza, porque es tan grande su autoridad que todas las cosas y todos los derechos tiene debajo de sí; y que este poder no lo recibió de los hombres, mas de Dios, cuyo lugar tiene²⁷³ en todas las cosas temporales.

LEONARDO: Por eso se halla que los españoles estuvieron mucho tiempo ajenos de leyes, porque no eran amigos de autorizar sus honras por letrados y pleitos, mas por armas, desafíos y peleas. Y aun se lee que también las mujeres desafiaban a sus maridos si las acusaban de adulterio; y en aquel tiempo se usaba mucho, mas agora ellas hacen sus cosas de manera que no es menester reptos ni desafíos para probarles sus delitos.

SILVIO: Mas, ¿no habéis notado en todas las historias que habéis leído de desafíos que la verdad y justicia han permanecido en la victoria? Si no, miradlo en la historia presente, el fin que tuvo el mayordomo y la muerte del mal logrado Gaulo Casio porque quiso ayudar a la injusticia y traición; y, por el contrario, la afrentada Angélica por su inocencia vino a quedar honrada, dichosa y duquesa; que estos continuos sucesos son espuelas para que ninguno tema en la carrera de las afrentas y del falso testimonio que se le levanta, antes espere que su inocencia y justicia le dará el galardón que merece su virtud.

FABRICIO: Bien es verdad todo lo que decís, señor Silvio; mas muchas veces sale al revés esa cuenta por ciertos juicios o castigos de Dios, y así, a los que no les salieren las cosas como vos decís y su inocencia pide, no piensen que Dios les hace agravio en no desagruarlos del falso testimonio que se les levanta, antes les quiere castigar con estas cosas finitas por que no paguen con penas eternas. Como permitió que la muerte de Gaulo Casio la pagase su hermano Mauricio con que anduviese mil veces arriscando su vida por mar y por tierra, unas veces conjurándose contra él los elementos y arrojándolo a tierra de turcos, adonde fue vendido por vil precio y tratado como vil esclavo...

ALBANIO: ¡Paso, señor Fabricio! Que quiero saber del señor Leonardo qué vientos son los que alteran más la mar, porque en la tormenta tan terrible que habéis contado que echó a Mauricio a tierras de enemigos habéis nombrado vientos extraordinarios. Y así bien declaradme qué cosa es viento, porque lo deseo saber muchísimo.

272.- Orig.: 'Eperador'.

273.- De quien hace las veces, de quien es vicario. Pero sólo en cuestiones terrenales o temporales, no las espirituales, como se especifica a continuación.

LEONARDO: No hay opinión cierta en eso, porque en el mar Mediterráneo tienen más fuerza unos vientos que otros, y en el Océano por el contrario, y en el Adriático y Indiano por el consiguiente. Mas Beda dice que el viento no es otra cosa sino el aire que hinche todo el orbe, movido con violencia y dividido en sus partes, que va de cada costado. Aunque Aristóteles reprueba esta opinión en el libro de los *Tópicos*, porque el aire es movido alguna vez por otra cosa que por el viento, y antes que el aire movido venga a ser viento conviene que el movimiento sea muy fuerte y que dure mucho. Constantino tiene otra opinión, y por ventura mejor, y dice que el viento es una fumosidad fría y seca que es por la calor atraída de la tierra y de las aguas, la cual mueve al aire corrompiéndose dentro dél. Otros dicen que las nubes son causa de los vientos, porque con su gravedad y peso restriñen y prensan el aire, y de tal movimiento se engendra el viento. Otros dicen que el viento viene de las cavernas y cuevas de la tierra, y dan esta razón: que el aire, de su natura, él mismo se entra por qualquiere lugar, y cuando una parte quiere entrar y otra salir hace una grande comoción de donde nace el viento, y por esto en una región llamada Eolia,²⁷⁴ que hay muchas cavernas y cuevas, hay grandísimos vientos, y así, llaman los poetas al dios de los vientos Eolo. Así que este viento por su subtilidad traspasa las aguas y llega hasta el hondo de la mar y hace levantar las ondas de cada parte, como lo vio muy bien Mauricio en la tormenta que lo arrojó a Berbería.

ALBANIO: Dejemos agora aparte el viento, pues él no se acuerda de nosotros, pues no oímos esta noche, como las pasadas, sus presurosos silbos. Mas antes, pues me citó el señor Leonardo ante la real audiencia de vuestros entendimientos, quiero parecer, por no pagar la pena, con una amorosa y épica historia digna de memorarse, la cual es ésta.

274.- Orig. y eds. consultadas: 'Heloya' Conjeturo que el manuscrito leía 'Heolya', pues más adelante el orig. lee 'Heolo'.

CAPÍTULO SÉPTIMO

Do se cuenta los trabajos y cautiverios del rey Clodomiro y la
Pastoral de Arcadia

EN el antiguo reino de Macedonia reinaba Clodomiro, rey altivo, soberbio y arrogante que tenía una hija llamada Serafina; y con justa razón, pues en ella resplandecía más que en otra criatura de su tiempo la beldad y hermosura. Era tan discreta cuanto hermosa, tan sabia cuanto²⁷⁵ discreta. De su milagrosa belleza llevaban retratos por muchas partes del mundo como cosa admirable, y uno de éstos llegó a Polonia a manos del príncipe Sulpicio, hijo y único heredero de Tolomeo, el Rey su padre, el cual del milagroso dibujo quedó tan enamorado cuanto si hubiera visto el propio original. Y así, incitado de los deseos de amor imploró a su padre enviase embajadores al rey Clodomiro, para que pidiesen en su nombre a la bella Serafina, su hija, por mujer suya.

Viendo el padre los justos ruegos del hijo, despachó sobre el caso sus embajadores. Mas, como Clodomiro era soberbio y arrogante, les negó la demanda, y aun los afrentó de palabra diciéndoles que qué atrevimiento habían tenido en pedir a la que ninguno en el mundo merece.

Pues como el rey de Polonia se indignase, y con justa causa, de semejante respuesta, quiso moverle guerra, si no le impidieran los alemanes, que entonces se la daban grandísima en sus reinos. Mas el príncipe Sulpicio su hijo, afrentado y corrido de la arrogante respuesta y mal término de Clodomiro, determinó de partirse secretamente con disfrazado traje a Macedonia con presupuesto de hacer lo que adelante diremos, y así, embarcó en un pequeño navío sin dar parte a su afligido padre y sin considerar que lo dejaba en la furia y tropel de la guerra que, como dicho tengo, tenía con los alemanes.

Llegó con próspero viento a Macedonia y fue a la sumptuosa corte del rey Clodomiro y dio traza de hospedarse enfrente de su palacio para que pudiese ver y gozar de la milagrosa belleza de Serafina. Y como el amor busca de continuo nuevas trazas y nuevos avisos para alcanzar el deseado fin de su deseo, con mucha diligencia procuró de hablar en secreto a su amada Serafina, a quien con amorosas razones manifestó su larga pena y amorosas pasiones; y ella, que hasta entonces no sabía de los efectos de amor, aficionada de la disposición y noble término de Sulpicio, sin entender quién fuese le dio muestras de amor con esperanzas del fin de sus deseos. Y como en los nuevos amantes obra mayores efectos el vendado Cupido, en breve tiempo se amaron los dos en tanto extremo que excedieron a Leandro y Hero, y a Cleopatria y Marco Antonio; y mucho más cuando supo la hermosa Serafina que su amado Sulpicio era hijo y único heredero de Tolomeo, rey de Polonia, el que la había pedido por mujer suya; que todo esto se lo había dicho el mismo Príncipe.

Mas el discreto Sulpicio, considerando que el padre de Serafina no vendría jamás en tal casamiento, trató de llevársela a Polonia con gran secreto, y la hermosa Serafina, forzada del amor, en que no desmerecía, concordando con la voluntad de su amante determinó de irse con él. Y vestida a lo varonil una noche con gran secreto se salió de palacio acompañada de sólo su amado Sulpicio, y fueron a embarcarse al pequeño navío que el Príncipe había traído. Y tuvieron harto espacio y lugar para ponerlo por obra, porque el Rey, padre de Serafina, había dos días que estaba cazando en los ásperos y espesos bosques de Macedonia.

Mas, como el dios Neptuno viese en sus sagrados mares nuevos serafines, envidiado desto ensoberbeció sus olas de tal suerte que levantaban contra su natural asiento las menudas arenas, enlutando el estrellado cielo el sur y el aquilón con lóbregos y oscuros nublados, soplando con

275.- Orig.: 'quonto.'

tanta violencia que, batiendo a la menuda agua, en la región del aire, la convertían en dura piedra y granizo; el cierzo frío se entonaba, el sol se escondía, crecía la tormenta, los golfos con furiosos bramidos retumbaban, y las crecidas olas azotaban a la mísera nave de tal suerte que con sus espesas espumas bañaban a la hermosa Serafina y al enamorado Sulpicio, que a la sazón estaban asidos y abrazados esperando la vecina muerte, unas veces viéndose con el navío encumbrados en lo más alto del mundo, y otras veces en un profundo valle de aguas. Mas, como viese el dios Neptuno que agraviaba en esto al hijo de Venus, enfrenó sus olas y retiró los vientos, encalmado sus sagradas aguas al tiempo que ya dellas habían sido echados a una inhabitable isla de Arcadia adonde no habita otra gente que ganaderos y pastores, por la fertilidad de las yerbas. Allí tomaron tierra y reposaron algunos días mientras reparaban la rompida nave.

Y un día, el enamorado Sulpicio, contento de haberse salvado de la furia del proceloso mar, asido de la larga y blanca mano de Serafina se fueron paseando por la desierta isla de Arcadia con intento de buscar algún poblado donde pudiesen satisfacer al cuerpo de la pasada tormenta y trabajo. Iban hablando tiernas y amorosas razones, exagerando el uno al otro el verdadero amor que se tenían, diciéndole Serafina estas palabras:

—Amado Sulpicio: no sé qué conciba en mi entendimiento de verte tan triste y melancólico, pues no hay razón alguna para ello, mas antes muchas para estar alegre y ajena²⁷⁶ toda tristeza. Y la primera y principal es ver que yo, siendo mujer y hija de un rey, tengo a mucho regalo y contento el venir contigo sin licencia de mi amado padre, no anteponiendo la estimada honra; y la segunda es el verme a mí alegre y regocijada sólo con tu compañía y en hábito que desdice a mi género; y la tercera había de ser más eficaz, pues nos habemos escapado de la temeraria tormenta del mar. Mas debe de ser causa y señal clara el haberte arrepentido de cargarte de tan pesada carga como es una mujer, y una de tanto peso²⁷⁷ como el mío.

A todo estuvo muy atento el enamorado Sulpicio contemplando en el divino rostro de Serafina y en la gracia y donaire con que le decía las celosas razones, y, deseoso de satisfacerla, le respondió desta manera:

—Amada Serafina: no te admires de mi tristeza, que los efectos de amor son muchos. Aunque el estar yo triste y melancólico es más de verte contrastada²⁷⁸ y perseguida de los elementos, siendo tú doncella y delicada y a quien parece que debían algún reconocimiento y vasallaje, que no efecto de amor; aunque también es principal causa, porque el verdadero amor ya sabes que a la razón y a la cosa que ama hace fuerza con admirable violencia y increíble furor, y más que otro impedimento humano perturba el entendimiento, donde reside el juicio del amante, y hace que pierda la memoria de toda otra cosa y de sí solo lo allena, y en todo hace al hombre ajeno de sí mismo y propio de la persona amada. Hácele enemigo de placer y de compañía, y amigo de soledad, melancólico, lleno de suspiros y pasiones, rodeado de penas, atormentado de aflicción, martirizado de deseo, sustentado de esperanza, instigado de desesperación, fatigado de pensamientos, congojado de crueldad, afligido de sospechas, asaeteado de celos, atribulado sin descanso, trabajado sin reposo, acompañado siempre de dolor y con mil respetos y desdenes, que jamás le faltan al que ama. ¿Qué te puedo decir más, amada Serafina, sino que el amor hace que continuamente muera la vida y viva la muerte del amante? No lo digo, amada Serafina, porque reine en mí todo lo referido, sino porque el amor predomina en el amante las más veces con alguna de estas cosas, y así, como sujeto a él, influye en mí una poca de tristeza y melancolía.

A todo esto le respondió Serafina con un gracioso desdén:

276.— Desechar.

277.— Prosapia, linaje.

278.— Combatida.

—No tanto,²⁷⁹ amado Sulpicio; que ya es cosa notoria que en los amantes abunda más la lengua que las pasiones.

A esto dijo Sulpicio:

—Señal es, hermosa Serafina, que no me amas como te amo, pues no sientes los mismos efectos de amor, porque nadie puede creer la grandeza del dolor del amante sino quien lo participa. Pues ¿cómo quieres tú, amada Serafina, que en la aficción en que el amante se halla todo turbado, la razón confusa, la memoria ocupada, le quede libre la lengua para poder fingir fabulosas pasiones y fingidos efectos de amor?

—No hay duda, discreto Sulpicio —dijo Serafina—, sino que los amantes, como tú dices, padecen muchas aficciones, mas es hasta que han alcanzado lo que más desean; pero después toda la tormenta se les vuelve en bonanza, todos los trabajos en descanso, todas las pasiones en gloria. De suerte que esas penas más proceden del deseo de la cosa no habida que del propio amor della.

A esto respondió Sulpicio:

—Tampoco hablas en eso como experimentada, amada Serafina, porque el amor de los amantes cuyas penas cesan con la ganancia de la carnal deleitación no depende de la razón, sino del apetito carnal, y así, no es verdadero amor como el mío, pues no es espiritual.

Agradáronle las razones a Serafina, y hablando estas y otras muchas fueron manifestando las pasiones y efectos de amor. Y así llegaron a una copiosa y cristalina fuente cubierta de coposos árboles, y pareciéndole al príncipe Sulpicio que seria bueno buscar algún cercano poblado o alguna abrigada choza, le dijo a su amada Serafina que, por cuanto ella era doncella delicada y el camino áspero y pedregoso, se quedase esperándole al sombrío de aquellos frescos y coposos árboles y al murmuró de la cristalina agua de aquella fuente, porque quería ir a descubrir desde una cima de un monte algún cercano lugar o vecina majada donde pudiesen albergar algunos días en el ínterin que la destrozada nave aderezaban.

Importunada de Sulpicio, la hermosa Serafina se quedó allí contra su voluntad, y como doncella tierna criada con mucho regalo, se quedó adormida, cansada de los pretéritos trabajos. Y el solícito Príncipe con presuroso paso subió al encumbrado monte y, bajando a un deleitable valle, fue preso y cautivo de unos cosarios moros que estaban en celada para cautivar ciertos pastores ganaderos que, como dicho tengo, repastaban su ganado en aquella isla. Y el desgraciado Sulpicio, casi loco y desesperado, estuvo por matarse antes que verse en poder de tan vil y infame gente.

Mas, contentos los moros de la poca presa, se embarcaron en su ligera galeota. Y tomaron, de vuelta de la isla, el navío y marineros en que había venido el cautivo Sulpicio; y, alzando velas, con próspero viento llegaron a La Velona, ciudad en la marítima dellos, llorando siempre el desdichado Sulpicio su infelice suceso y la soledad y pasión en que quedaba la desgraciada Serafina en tierra inhabitable, ajena de todo bien y al²⁸⁰ albedrío y clemencia de los fieros animales. Y, aumentando el viento con fuerza de suspiros, llegaron con más presteza adonde tengo dicho, donde fueron presentados ante Muley, rey de aquella provincia.

El cual viendo la disposición y buen talle de Sulpicio, le preguntó dónde era, cómo se llamaba, y él fingió ser hijo de un mercader natural de Polonia y que se llamaba Liseo. Y lo pudo muy bien decir, porque los mismos marineros que lo llevaron de Polonia y por todo su viaje no sabían quién era, porque él, como discreto, se había ocultado dellos y a fuerza de interés los llevaba adonde él quería. El rey Muley entregó todos los cautivos para bastecer las galeras; sólo a Sulpicio, nuevamente Liseo, lo dejó en su real palacio para su servicio, aficionado de su buen talle.

Y así, será bien que lo dejemos cautivo llorando su desdichada suerte y vamos a la hermosa y solitaria Serafina, la cual se había entregado al pesado sueño mientras había ido Sulpicio a descubrir

279.— No exageres.

280.— Suplo 'al'.

algún poblado. Mas, como el sueño con cuidado es sueño atado y no suelto, la recelosa Serafina se despertó con facilidad, y con un nuevo sobresalto se puso en pie mirando con sus rasgados ojos a una parte y a otra si parecía su amado Sulpicio. Y, no pudiéndolo ver, con presuroso paso, pálida y casi difunta corrió al desembarcado puerto, y, hallando menos la nave y marineros donde habían venido, comenzó a vertir infinidad de lágrimas atropellándose las unas a las otras, y, asidas sus blancas manos, cansaba su débil garganta llamándole por mil partes, y con voces delicadas y tristes alaridos rompía el espeso aire penetrando con sus acentos los profundos valles, los cuales, movidos de piedad, le respondían con los tristes ecos.

Y de un alto peñasco vido dos bajeles que con próspero viento se engolfaban, y, conociendo ser uno de ellos el de su amado Sulpicio, comenzó a desvedijar²⁸¹ sus dorados cabellos y sin piedad de sí misma a matizar con ellos el verde prado. Y como al corazón le sobraban las pasiones, las arrojaba a la lengua para que ella con los húmedos ojos lo descargasen. Y así, comenzó a querellarse desta suerte:

—¡Oh más traidor que falso Sulpicio!²⁸² ¡Oh más alevoso que Vireno fue para Olimpia, pues como a ella me has traído y dejado en esta desierta isla! Mal corresponde la sangre de do procedes con la vileza y traición que conmigo usas. Mal dicen tus hechos con tu nobleza. Mucho desdican tus obras con tus palabras. Mal se igualan mis amores con tus desvíos. ¡Aguarda, traidor, aguarda! ¡No dejes solo el más verdadero amor que en corazón humano haber pudo! Si ya no merece por ser único y solo esta soledad, mira que no merece que me dejes el haber dejado por ti mi padre, deudos y corte. Mas ¿qué digo? Debo de estar loca; que no es posible que mi querido Sulpicio sea el que va sulcando el ingrato mar y que semejante traición me haya hecho. ¿Adónde estás, Sulpicio, dulce esposo, estrella mía y mi lucero? ¡Llévame contigo, gloria mía! Vuelve ese tu amoroso rostro y mira a esta tu amada convertida en lágrimas y suspiros, que está aguardando que alguna hambrienta tigre o leona se satisfaga de sus fatigadas carnes. ¿Qué cosa habrá, Sulpicio, que me dé contento estando ausente de tu soberana vista? ¿Adónde irá esta desdichada, aunque no en quererte, perdida por estos ásperos y desiertos montes sin habitación humana? Acaba ya si lo haces por burlarme: mira que son costosas burlas cuando por ellas se vierten lágrimas. ¡No te me escondas, luz de mis entrañas, vea yo ese tu rostro! Mas ¡ay de mí, que no parece ni me oye! Si acaso algún atrevido animal o hambrienta fiera lo ha despedazado... ¡Oh indómito animal, cualquiera que tú seas, ven presto y sepulta a esta mísera y desventurada en tu hambriento cuerpo sólo por que estemos los dos unidos y juntos!

Dichas estas últimas razones cayó la triste Serafina con un peligroso desmayo en el suelo, y, tornando el calor natural a restaurar el vital aliento, se levantó con cansado esfuerzo y con lento paso comenzó a subir a otro encumbrado monte. Y de que²⁸³ estuvo en la cumbre dél comenzó con nuevo esfuerzo a mirar a todas partes y con delicada voces a llamarle, diciéndole desta suerte:

—¡Ah, traidor y fementido Sulpicio, ya doy en la cuenta de tus embustes! No sin causa cuando conmigo desembarcaste en esta isla te mostrabas triste y melancólico, fingiéndome que eran efectos de amor verdadero que me tenías, y era sin duda que determinabas dejarme en venganza de la respuesta tan soberbia que mi amado padre te dio cuando tu padre me pidió por tu esposa. Otra suerte de venganza pudieras tomar que menos a tu costa fuera, pues sabes que desta te ha de ser pedida estrecha cuenta. Mas ¿qué digo? No es posible que quepa en tan noble pecho como el de Sulpicio tanta crueldad y ingratitud. Por suerte se habrá alejado en busca de alguna choza o abrigo. Bajarme quiero a este profundo valle, que podrá ser se haya dormido de cansado.

281.— Deshacer los rizos, mesarse los cabellos.

282.— Orig.: 'Sulpici'. Hay 2 casos, pero la fe de erratas sólo advierte del segundo.

283.— Ya que, en cuanto. No creo haya errata por 'desque', que se lee en algún otro pasaje.

Diciendo estas y otras muchas razones vertía como siempre aljofarinas lágrimas por sus hermosos ojos, esmaltando con ellas las silvestres flores.

Pues dejar quiero, señores, a esta dama ir²⁸⁴ en busca de Sulpicio por la desierta isla de Arcadia, y volver al rey Clodomiro su padre, el cual, como ya tengo dicho, cuando se salió su hija Serafina estaba cazando en los espesos y encumbrados montes de Macedonia con los más caballeros de su real corte por respeto de llevar consigo al príncipe Feliseno su hijo, que, aunque niño de seis años, se deleitaba en la caza.

Fue, pues, que el Rey su padre siguiendo a un cerdoso jabalí se emboscó de tal suerte que, ausente de sus caballeros, perdió el mal trillado sendero, y, no pudiendo hallar ninguna senda, tocó su corneta, y a la voz della acudieron dos caballeros, los cuales postrados ante él, convertidos en lágrimas le dijeron cómo el príncipe Feliseno su hijo siguiendo a un fiero y hambriento león había sido muerto y comido dél, por haberle arrebatado del caballo sin que ninguno de sus caballeros le pudieran socorrer, y que así bien el caballo quedaba herido o casi muerto. Como el impaciente Rey oyese tan lastimosa nueva, con airado pecho y soberbia voz los reprehendió con palabras graves porque habían desamparado a su hijo, y, echando mano a su espada, quiso ser homicida de todos ellos; y, al último, les mandó fuesen en busca del riguroso león y lo trajesen vivo o muerto, y que ninguno de los demás caballeros parezcan ante él sin traerle muerto o vivo a su único hijo Feliseno.

Y, viendo al Rey con tan legítima causa airado, se partieron a obedecer lo que les mandaba, dejando al afligido Rey solo y desconsolado. El cual a solas, comenzó a desenconar²⁸⁵ su corazón dando mil voces envueltas en lágrimas, diciendo de esta manera:

—¡Oh inconstante rueda de Fortuna! ¿Cómo me has desentronizado de la mayor altitud de contento y gloria y me has puesto con tanta presteza en el más hondo lugar de tristeza? ¿Para qué me diste, di, ceptro y corona, pues al universal heredero della le quitaste la vida sin haberte damnificado en nada? Regniengo de tus hechos y de quien te consagra por diosa, pues es tu violento curso un continuo movimiento, ensalzando unos hasta el cuerno de la Luna y abatiendo a otros al profundo de la miseria. Tus bienes y placeres son mudanza; tus pompas y riquezas, desventura; tus glorias y contentos, pesadumbre; tus gustos, tan sin gusto cual es éste. ¡Llorad apriesa ya, caducos ojos, haciendo hondas canales por mi rostro, pues el que os daba luz está ya muerto! ¡Oh hijo Feliseno, espejo mío, ya no te espero ver sino en los sagrados prados Elisos, adonde gozaremos de aquella eterna gloria! Y a los dioses pongo por testigos si de veras siento tu desastrada muerte. No lloró ni sintió tanto el sacrificio de la hermosa Efigenia su viejo padre; ni la bella Venus cuando su amado Adonis del cerdoso jabalí fue destruido, ni la pérdida de la hermosa Elena el rey Amenalao. Callen sus sollozos y gemidos y oigan la ronca voz de Clodomiro. ¡Oh hambriento y riguroso león, hartáste de la rústica carne del caballo y dejaras la tierna y delicada de Feliseno! ¿Por qué te llaman, di, rey de animales, pues haces injusticias y homicidios?

Diciendo estas y otras muchas quejas andaba el afligido Rey por el espeso bosque llevando de diestro a su doméstico caballo cuando salió un viejo ingromántico que hacía su habitación en aquellos desiertos bosques, todo vestido de rústicas pieles de silvestres animales, y era tan espantable que no sé cómo pinte con mi tosca lengua una de sus partes; porque él era un viejo seco, revejido, delgado, amarillo, calvo y arrugado; mustio, cano, carcomido, decrepito, flaco y tembloroso; gastado, impotente, consumido, mugriento, lagañoso, desdentado, frío, débil, corcovado, viejísimo, y los largos pelos escarchados y la vieja frente con espesas alhorcas. Y, puesto desta manera ante el afligido Rey, sacó de la profundidad de su sabio pecho estas palabras:

—¿De qué sirve, Clodomiro, lamentarte formando quejas de los supremos dioses, estando obligado a rendirles infinitas gracias del leve castigo que te envían conforme a tus graves e inormes

284.- Orig.: 'y yr'. La enmienda ya se aplicó en la ed. de Bruselas 1610.

285.- Desahogar.

culpas? Por grande desgracia tienes el haber perdido a tu único hijo; pues entiende y sabe que tu hija Serafina falta de tu real palacio; que, presa de amores, se va a lejas tierras con su amante, y así, permiten los dioses que carezcas de tus hijos. Y no imagines que son estos crueles azotes conforme la tiranía y soberbia con que has reinado y ocupado el justo asiento de lo dioses, mas antes son benignos y amorosos, como de padre a hijo. Mira que por menos culpas que las tuyas castigaron los dioses más rigurosamente a Maximino emperador, haciéndolo morir con dolores intolerables de entrañas, mordiéndose él mismo su propia carne, los ojos saltándole del inmenso dolor; y al soberbio Cayo Calígula, que granjeó título de cruel, sus deudos le dieron de puñaladas; y a Vitelio emperador los dioses le castigaron con privarle del imperio y darle la mas inominiosa muerte que a emperador se ha dado, pues en la plaza de Roma fue muerto de todo el pueblo. No pienses, rey Clodomiro, que este castigo es algo conforme a los dichos; considera que eres y has sido soberbio, altivo y arrogante, tirano, cruel, impío y ingrato a los beneficios que has recibido de los dioses. Mira que el ser un rey malo es causa que en sus reinos haya discordias, guerras civiles, robos, agravios, crueldades, tumultos y inquietudes; por lo cual, a mi juicio, con más eficacia y instancia deben los hombres suplicar a los dioses por buen gobernador y rey que por la salud y vida y temporales frutos; porque en tiempo del malo y injusto rey reinan los vicios y las buenas costumbres se corrompen, y las virtudes padecen y los hombres no tienen la vida ni la hacienda segura; porque ya es común sentencia de filósofos que las condiciones buenas o malas del rey luego se usan y se apegan por todo su reino. Dígotte todo esto, afligido rey, como nuncio de los dioses, los cuales mandan que dejes tus reinos y estados, ceptro y corona desde este punto y vayas incógnitamente por el mundo padeciendo persecuciones y trabajos en busca de tu hija Serafina y de tu hijo único y heredero Feliseno. El cual vive sano y bueno; que el riguroso león que te han dicho tus caballeros que le ha muerto y despedazado lo dejó en la arenosa playa de la marina forzado de las voces y amenazas de unos marineros que corrieron a quitárselo, y así, lo llevan en su ligera nave a lejas y remotas tierras. Yo te prometo por la Estigia laguna que los hallarás sanos y buenos, y juntos, aunque será a tiempo que se quieran dar la muerte el uno al otro, y tú serás parte para estorbarlo. Y si pones por obstáculo que tus reinos por tu ausencia se han de levantar con civiles guerras, no tienes que recelarte de eso, porque yo, que con arte mágica detengo el veloz curso celeste y transformo los hombres en plantas, haré y pondré un hombre por rey en tu lugar que tenga cuerpo, rostro, barba y cabello como el tuyo, con el mismo proceder y trato, aunque no en condición tan cruel, de tal suerte que todos entiendan y se engañen que es su propio rey y señor. Y después que los dioses permitan que halles a tus amados hijos yo iré adonde estuvieres y de parte dellos te diré los futuros sucesos.

A todo esto estuvo el afligido Rey muy atento notando las discretas y profundas razones del viejo ingromántico, y, aplacado de su continua cólera, se desnudó de sus reales ropas y, despidiéndose del mágico, fue con presuroso paso a cumplir el precepto de los dioses, guiando siempre su camino al Oriente sin volver por tierra que suya fuese, porque para cumplir bien los preceptos y inspiraciones divinas no se han de anteponer bienes mundanos, ni amores paternos ni filiales, ni obstáculo alguno.

LEONARDO: Por cierto, señor Albanio, que, según lo referido, que debe ser admirable historia y llena de mucha moralidad y doctrina, y no querría se acabase tan presto.

ALBANIO: Pues estad atento, señor Leonardo, y oíd los respectos que guarda la Fortuna con los reyes.

Dejemos ir navegando al pobre rey Clodomiro por el mundo en busca de sus dos hijos, y vamos a ver qué hace, si es muerta la hermosa Serafina; que a fe que la dejamos harto triste y llorosa en la desierta isla de Arcadia. La cual, cansada de caminar por los encumbrados montes y profundos valles en busca de su amado Sulpicio, se desengañó de no poderlo ver más, y así, viendo la pobre dama un grande y lanudo ganado en un deleitable valle restauró al corazón algún contento, y se

allegó a él fingiendo ser hombre, pues para esto le acompañaba el hábito varonil que llevaba y la falta de los dorados cabellos que con sollozos y lágrimas se había arrancado, llamándose Serafín, y con justa causa, pues en belleza y amor lo parecía.

De todos los rústicos pastores fue con mucha alegría y regocijo hospedado, y en particular del mayoral dellos y señor del ganado, llamado Tolomeo, a quien dio cuenta cómo era paje de un caballero que pocos días ha había tomado puerto en esa isla y que de moros había²⁸⁶ sido cautivo con los marineros, escapándose él por los enricados bosques della; y con otras ficciones que, como discreta, supo decir, rogándole lo recibiese en su servicio y guarda de su ganado. El cual se holgó mucho de tener tan agraciado pastor, y ella con fingido contento mostró holgarse en su compañía, y recibió un dorado pellico sobre sus espaldas y un verde y corvo cayado en sus blancas manos, y a su encomienda y regimiento docientas ovejas, que la mansedumbre dellas le servía de alivio y consuelo.

Pues habéis de saber, señores, que el príncipe Feliseno, hermano de Serafina, el que de los marineros fue librado de las uñas del león, estaba en esta misma isla en hábito pastoril guardando ganado del mismo Tolomeo, y pasaron algunos días sin que los dos hermanos se conociesen. Y la causa de esto era que el príncipe Feliseno por carecer de madre se había criado fuera de la corte del Rey su padre, en una ciudad llamada Frisa, y apenas lo había visto dos veces para poder tener noticia dél; ni tampoco el príncipe Feliseno podía conocer a su hermana por el mismo respecto y estando en hábito de varón.²⁸⁷

De suerte que el pastor Feliseno, que ya no le llamaremos príncipe, estaba enamorado en grande manera de la pastora Silvia, hija del mayoral Tolomeo, la cual era en extremo hermosa, satisfaciéndole ella con otro tanto amor y afición, que no era corta paga; sino que la belleza, donaire y brío del nuevo pastor Serafín hizo mudanza en el pecho de Silvia, amando en extremo al nuevo pastor y aborreciendo a Feliseno. Y como el amor iba de aumento, Silvia buscaba ocasión para congraciarse con él, y un día, estando los dos solos en un otero, Silvia le descubrió su amoroso pecho a quien mal podía remediar su pena, diciéndole desta suerte:

—Discreto y bello Serafín: jamás entendí que la herbolada flecha de Cupido hubiera herido mi diamantino pecho si tu beldad y hermosura no fuera el desengaño, porque desde el punto que te vi quedé tan tuya cuanto ajena de mí misma. Y no me admiro que en mi inhumanidad el amor haya hallado entrada, porque tu talle y término es más divino que humano; que una y muchas veces me puesto a considerar tu belleza y discreción y prudencia, por do rastro que debes de ser hijo de Venus, que por tu gusto amartelas a las pastoras desta isla, decendiendo para ello de tu sacro cielo. Y, según las doradas flechas que de tus divinos ojos arrojas, debe ser ello así, porque ese rústico y tosco pellico no dice bien en tan delicadas carnes, ni ese corvo y silvestre cayado en tan blancas y hermosas manos; que bien muestras ser hijo de la que fue criada de la blanca espuma del mar. Pues lo que te pido y suplico en nombre de tu bella madre, que no te muestres ingrato a mi amorosa voluntad; que en ello mostrarás el quilate de tu nobleza y aumentarás tu hermosura y beldad, porque la perfición de todas las cosas se aumenta cuanto es más comunicada.

El pastor Serafín estuvo atento oyendo los amorosos requiebros de la pastora Silvia, y sintió dellos en su afligido corazón mayor tormento y pena, pues servían de memoria de otros semejantes que su querido y amado Sulpicio le había dicho, y, por otra parte, de ver cuán en balde le amaba y gastaba su tiempo, pues amaba a otra mujer más desdichada que ella. Mas, como discretísima, le agradecía por el mismo término la amorosa voluntad que la tenía, fingiendo amarle de la misma suerte.

286.— Orig.: 'aura' = 'habrá'

287.— En lo que sigue el autor olvida el factor tiempo, pues Feliseno era 'niño de seis años' cuando desapareció, y ese mismo día Clodomiro supo del mago que su hija Serafina faltaba de palacio. Sospecho que al autor mezcló dos novelitas en una.

Mas el pastor Feliseno andaba lleno de celos de ver que un pastor advenedizo tuviese tanta entrada en la frondosa cabaña de Silvia y que con ella comunicase en todas partes, y andaba inquieto, mustio, consumido, lleno de suspiros, instigado de desesperación, porque todos estos efectos y muchos más causan los rabiosos celos, y aun más, que provocan y incitan a un hombre leal y bien nacido a ser traidor y alevoso. Dígolo porque el pastor Feliseno, viendo la mudanza de Silvia y lo mal que correspondía con su verdadero y entrañable amor, intentó de levantarles un falso testimonio tomando por instrumento el haberlos visto una y muchas veces hablar juntos.

Y fue al mayoral Tolomeo su padre,²⁸⁸ y con mil juramentos le retificó²⁸⁹ haberlos visto abrazados triunfando de los despojos de amor. Por lo cual el cansado y afligido viejo, lleno de ira y cólera, hizo venir ante él a los inocentes amantes y ante ellos propuso lo que el pastor Feliseno les acusaba. Mas, como la verdad da fuerzas y ánimo a los más débiles y flacos pechos, respondió con animoso semblante el pastor Serafín que mentía como falso y alevoso, y que él lo sustentaría el día siguiente, desde que el rubicundo hijo de Latona tomase el ceptro deste nuestro hemisferio hasta que lo desistiese en Diana, su clarífica hermana. Bien pudiera el pastor Serafín por otro camino probar la falsedad y traición de su no conocido hermano, mas, como era discretísima, jamás quiso manifestar que era mujer.

Pues dejemos a estos pastores aparejar sus zumbadoras hondas y agudos puñales, y vamos en busca del afligido rey Clodomiro, que iba solo y disfrazado por lejas y remotas tierras, guiado sólo de su voluntad, en busca de sus dos hijos y cumplimiento del precepto de sus dioses. El cual, cansado de navegar por diversos mares, fue preso y cautivo de unos moros cosarios y llevado a La Velona, adonde estaba también preso y cautivo el príncipe Sulpicio. Fue su suerte que, por su venerable y cansada vejez, en la casa del rey Muley se le diese cargo del pienso de los caballos, y, tomándolo todo en paciencia, hallándose solo en su aposento, en alivio de su corazón hizo a solas este razonamiento:

—Ya que en el profundo mar de mis pasiones se anegaron mis placeres y alegrías, salgan con ímpetu furioso mis angustias, penas y tormentos, y contrasten a este mísero y desdichado rey con nuevos ingenios de trabajos y penas. Y no cesen hasta que los celestiales dioses se aplaquen y contenten; que leve castigo es éste para la altiva y arrogante soberbia que yo he tenido con todos los del mundo, y por los graves e inormes males que yo he consentido en mis reinos y vasallos; que justo es que, pues los dioses suelen castigar a todo un reino por las culpas y pecados de un rey, que pague también un rey las culpas y pecados que se cometen por su respecto en su reino. En medio destes trabajos halló²⁹⁰ el descanso y en medio destas angustias el deleite, y en medio de mis pasiones la alegría con sólo considerar que pago lo que debo. Digo que gusto de pensar domésticos caballos, los cuales en algún tiempo tenía por mi regalo. Mas ¿qué digo? ¿Quién como yo de tanta miseria y desventura habrá gustado? Nadie, por cierto. Porque cosa clara es que así como uno no puede alcanzar el extremo del contento y alegría sin que primero haya gustado el extremo del disgusto y tristeza, así no puede alcanzar ninguno el extremo de la miseria y desventura ni gustar de su acedía sin que primero sepa el gusto de la felicidad y ventura. Sólo yo soy el que ha gustado entrambos dos gustos y ahora sólo un gusto me queda, que es ver a mis dos amados hijos Feliseno y Serafina.

Apenas hubo dicho estas últimas palabras cuando el esclavo Sulpicio, que escuchándolo había estado, conoció que aquel venerable viejo era el rey Clodomiro, padre de su amada Serafina, y así, admirado de tal suceso de fortuna, todo convertido en lágrimas entró adonde él estaba y postrado por el suelo le besó sus reales manos humedeciéndolas con muchas lágrimas, diciéndole con voz baja, por que alguno no lo oyese, que lo reconocía por rey y señor y que él era el príncipe Sulpicio,

288.— De Silvia.

289.— Ratificó. V. la n. 333.

290.— Orig.: 'hallò'.

hijo y único heredero del reino de Polonia; dándole muy por entero parte cómo y por qué había sacado de su corte y palacio a la infanta Serafina su hija, y la desgracia de su cautiverio en la isla de Arcadia, adonde ella se había quedado sola, aunque en hábito varonil.

Y acabado que hubo el príncipe Sulpicio de darle larga cuenta de todo, el viejo Rey, convertido en lágrimas, se dejó colgar del cuello de Sulpicio, abrazándolo mil veces; y aunque las nuevas eran tristes no cabía de contento, porque veía principios de la profecía del mágico. Y el viejo Rey le contó la desgracia de su hijo Feliseno y la razón por que peregrinaba de aquella suerte fuera de sus reinos, y de su desdichada esclavitud.

Cosa era de ver la priesa de abrazos y abundancia de lágrimas de los dos príncipes. Sulpicio le dio grandes esperanzas de la breve libertad de los dos, diciéndole desta suerte:

—Has de saber, Rey y señor mío, que después que fui cautivo y puesto al servicio de Muley, rey de esta provincia, soy muy amado de Brazaida su hija. Y della mil veces he sido persuadido a la lleve a mi tierra, y yo la entretengo hasta hallar urgente ocasión con fingidos amores y cautelosas razones, y por este respecto tengo tanta libertad en palacio y se hace todo lo que yo mando. Dígolo esto porque yo procuraré de fletar un navío para que con mucho secreto nos vamos a nuestros reinos y salgamos de esta mísera esclavitud; que Brazaida,²⁹¹ engañada la quiero llevar conmigo, mandará en el puerto se haga lo que yo dijere.

Parecía muy bien al viejo Rey la traza de Sulpicio, y la noche siguiente se huyeron en un ligero bergantín la vuelta de Macedonia, con intención de tomar puerto en la isla de Arcadia para ver si podrían tener noticia de la desdichada Serafina. Y como el cielo, viento y la mar se mostraron favorables, llegaron a la isla de Arcadia al tiempo que el príncipe de Delo se asomaba en el dorado balcón de Oriente esmaltando todo el cóncavo hemisferio. Y caminando con presuroso paso por la isla oyeron una triste lamentación sin poder concebir sus conceptos por la distancia del lugar; y era éste el mayoral Tolomeo, padre de la pastora Silvia, que, como no tenía sino aquella hija, sentía en extremo el verla afrentada y disfamada del pastor Feliseno.

Pues habéis de saber, señores, que este mayoral Tolomeo era el rey de Polonia, padre de Sulpicio, el cual, como dije al principio desta historia, tenía cruelísima guerra con los alemanes, y, por haber sido destruido y desbaratado dellos y echado de su reino, determinó y puso por obra secretamente de retirarse a esta desierta isla con su hija Silvia y vivir en ella en hábito pastoril, que es el estado más felice y ajeno de disgustos, comprando para ello cuatro rabaños²⁹² de ganado.

Pues el viejo rey Clodomiro y su compañero Sulpicio guiaban su camino a las lamentables voces de Tolomeo, y llegados adonde estaba lo hallaron sentado en un seco tronco de encina y le saludaron con mucha cortesía; y, él admirado de ver en aquella isla gente tan estraña, les fue preguntado quiénes eran, y dijeron ser marineros que en aquella isla habían tomado puerto y guiados de sus voces venían a saber la causa de su pena. Él les contó por entero la causa de su disgusto y cómo había un pastor afrentado a su hija y que, así, sobre ello se querían dar la muerte. Esto les dijo con muchas lágrimas y suspiros, que no sólo salían por este disgusto, sino inducidos de la memoria de sus pretéritos reinos y señoríos; que, como prudentísimo, lo disimulaba en aquella isla con todos.

Clodomiro y Sulpicio le persuadieron fuese con ellos al lugar y sitio do había de ser la batalla, que ellos darían orden cómo su hija quedase muy honrada sin que ninguno muriese. Y llegaron a tiempo que todos los pastores de la isla estaban por orden asentados para ver la reñida batalla del pastor Serafín y del pastor Feliseno. Y luego el príncipe Sulpicio conoció a su amada Serafina, y con los brazos abiertos, llorando de contento, le dio mil abrazos, y ella, llena de alegría, regaba con perlas su divino rostro; y el viejo rey Clodomiro, cuando conoció ser aquella su hija Serafina, fue

291.— No se la vuelve a citar en la novela. V. la n. 287.

292.— Variante ya en desuso en la época.

tanto el alborozo de su alma que por poco dejara el cansado cuerpo si no lo socorriera su hija con el calor que le comunicaba dándole mil besos en la boca.

Pues el viejo mayoral Tolomeo, viendo que Sulpicio era su hijo, lleno de alegría lo fue a recoger bajo sus brazos. Y en el príncipe Sulpicio luchaban la gloria y la pena de haber hallado todo lo que deseaba y de ver a su viejo padre en hábito de pastor, ajeno de sus reinos y señoríos, mas vencía el consuelo de ver al rey Clodomiro su suegro en más abatido estado, y así, abrazándose unos a otros infinitas veces, no cabían de contento.

La pastora Silvia, como vido a su hermano Sulpicio, llena de alegría le daba mil abrazos, y todos los presentes pastores, enterados de toda esta historia y admirados de tales sucesos, saltaban, corrían y luchaban con mil entretenimientos pastoriles. Y vieron la gran maldad y traición del pastor Feliseno, pues había acusado a Silvia en el incesto caso con la hermosa Serafina, y, viendo tan manifiesta maldad, mandaron que Serafina diese la sentencia que merecía tan infame traidor. Y ella, como piadosa, dijo:

—Merece que yo le prive de la vida con su mismo puñal; mas yo lo perdono con que ningún pastor desta isla le dé crédito jamás a lo que dijere.

Mas el pastor Feliseno, que había estado notando todo lo sucedido y que Clodomiro era su amado padre y Serafina su hermana, dijo con mesuradas razones delante todos, asiendo de la punta su puñal:

—Toma, hermosa Serafina, este agudo puñal y dame la justa muerte que merezco; que después que me hayas quitado la vida habrás muerto a tu hermano Feliseno.

Apenas hubo acabado de decir esto Feliseno cuando fue conocido de su viejo padre y hermana, y con nuevo contento y alegría fue de todos abrazado y respetado.

Y en esto vieron venir una muy oscura nube y de medio della salir un viejo ingromántico, que era el mismo que habló al rey Clodomiro en los espesos bosque de Macedonia; y después de haberlos saludado, con apacibles razones les dijo cómo era ya cumplida la voluntad de los dioses y aplacada la ira dellos, y que luego se embarcasen en dos reales galeras que en el puerto había y fuese Tolomeo con su hijo Sulpicio y su amada Serafina a Polonia, ado serían bien recibidos por la muerte del Emperador que sus reinos le tenía usurpados, y a Clodomiro que fuese a a Macedonia con su hijo y único heredero Feliseno, llevando por su esposa a la hermosa Silvia.

Luego pusieron por obra lo que el viejo mágico les mandó, llegando con próspero viento a sus reinos, y fueron bien recibidos de todos. Y en Macedonia se desengañaron los reinículos del rey que habían tenido en nombre y ser de Clodomiro hasta entonces.

Esta es, señores, la historia de los desgraciados reyes de Macedonia y Polonia, por otro nombre la *Pastoril de Arcadia*.

SILVIO: Por verdad, señor Albanio, que he gustado muchísimo de tan admirable historia, y que tengo a mucho el ánimo tan excelente que tuvo el rey Clodomiro en todas sus adversidades y trabajos.

LEONARDO: Por cierto que tiene razón el señor Silvio de tenerlo en mucho y en decir que fue ánimo excelente, porque así lo llama Séneca, definiendo que el ánimo excelente²⁹³ y principal es poder llevar las adversidades con ánimo alegre y sufrir lo que le acaeciére de tal manera como si quisiera que le hubiera acaecido así,²⁹⁴ y levantar el espíritu sobre todos los golpes de Fortuna.

SILVIO: Digo, señor Leonardo, que fue noble y principal ánimo el de Clodomiro, y que así como dan por antonomasia epítetos los historiadores a los príncipes y reyes, como la sabiduría de Salomón, la ligereza de Azael, la fortuna de Julio, la vida de Augusto, las riquezas de Crespo, la largueza de Alejandro, las fuerzas de Héctor, la elocuencia de Homero, la justicia de Trajano, el

293.– Orig.: 'exelente'

294.– Orig. y eds. consultadas 'a sí'

celo de Cicerón, que se puede y debe decir el ánimo de Clodomiro, porque fue más grande que sus trabajos,²⁹⁵ que fueron hartos.

LEONARDO: A más del valeroso ánimo que tuvo, dio grandes muestras de amor paterno, pues inducido dél fue en busca de sus hijos por el mundo padeciendo infinitos trabajos y persecuciones.

ALBANIO: Pregunto, ¿qué es la causa que es mayor el amor que los padres tienen a los hijos, que no el que los hijos tienen a sus padres?

LEONARDO: El amor desea ser inmortal, y así, es mayor el del padre al hijo, por la futura inmortalidad, que no el amor del hijo al padre, por ir retrocediendo atrás, que significa mortalidad.

FABRICIO: También quiero preguntar yo si se halla semejante amor en los animales.

LEONARDO: A eso digo que no solamente el hombre, pero cualquiera animal desea conocer su semejante. Y la propia naturaleza procura la inmortalidad; que, como no pueden perpetuarse y desean y procuran perpetuarse en la generación de su semejante, cuya vida y ser procuran muchas veces más que la suya propia, porque les parece que la suya se les pasa y que en aquella queda para hacerse inmortal con la continua sucesión; y por ese mismo respecto padecen los padres tanto por sus hijos, como hemos visto en la historia que ha contado el señor Albanio.

FABRICIO: Luego podemos decir que los irracionales por ese respecto hacen tan ejemplares cosas con sus hijuelos; porque vemos los blancos pelícanos con sus agudos picos que rompen sus entrañas, derramando su roja sangre para remediar sus fatigados hijos; y los hambrientos buitres, que con el corvo pico hacen manantiales fuentes en sus piernas para sustento y comida de sus menesterosos hijos; y la amorosa cigüeña, que cubre y hace techo con sus alas, cuando llueve, a sus amados hijos; y los pequeños silgueros, que, viendo al hijo encarcelado, le traen el mantenimiento a la jaula. Todas estas cosas y otras muchas podemos decir que lo hacen por el deseo de la inmortalidad y amor natural que les tienen. Pero pregunto, ¿no hay alguna diferencia del amor de los hombres al de los animales?

LEONARDO: Sí que hay diferencia, porque, aunque en los hombres cause amor el ver y oír a sus hijos, como los animales irracionales, no por eso el fin de su amor es solamente el tenerlos y verlos y oírlos, porque el principal amor y deleitación del hombre consiste en la fantasía y pensamiento, que es potencia espiritual; y en los brutos animales solamente consiste la deleitación y amor en los sentidos exteriores. También hay otra diferencia, que es ésta: que es más seguro y firme el amor de los animales que el de los hombres, aunque naturalmente se aman los hombres, que²⁹⁶ los animales que son de una misma especie, mayormente los que son de una misma patria o tierra; pero los hombres no tienen tan cierto amor como los animales, los cuales, por muy feroces que sean, no usan crueldad con los de su misma especie; porque el león no roba a otro león, ni la sierpe no muerde con veneno a otra sierpe, pero los hombres más males reciben de otros hombres que de todos los animales. Y la causa de la corrupción del amor natural de los hombres es el avaricia y interés y cuidado que tienen de las cosas superfluas, de las cuales se engendra y nace la enemistad y discordia, no solamente entre los distantes de diversas patrias, mas también entre los de una misma provincia y de una misma ciudad, y en una misma casa y entre hermanos,²⁹⁷ y padres y hijos, y marido y mujer. Y así, es más seguro el amor de los animales que no el de los hombres, que no es poca afrenta para nosotros.

FABRICIO: No deja de causarme admiración la pronta voluntad con que Clodomiro dejó sus reinos, sus riquezas, su corte, su mando, su majestad y su fausto por sólo el mandamiento de un hombre silvestre, tosco, ingromántico y no conocido.

295.- Orig.: 'trabajos.'

296.- El autor parece usarlo por 'igual que, al modo que.'

297.- Orig.: 'hermano.'

ALBANIO: Mirándolo por la corteza, cierto que admira, como vos decís; mas se ha de considerar que era gentil y que daban grande crédito a semejantes hombres los gentiles, como lo dice Diógenes Laercio, que los ingrománticos entre los persas fueron de grande autoridad porque se ejercitaban en el culto y reverencia de sus dioses; y como dice también San Agustín en el libro de la *Ciudad de Dios*, que en Italia había grande corruptela déstos, y así, dice él que estando en Italia oyó que ciertas mujeres ingrománticas habían tornado algunos hombres en bestias dándoles a comer queso, y que los cargaban como asnos y servían de traer provisiones, y acabada su hacienda los volvían en la primera forma. Así que en las más partes del mundo eran respetados, y les daban tanto crédito que lo que ellos decían tenían por fe. Y así, no es de maravillar que Clodomiro, oyendo que el ingromántico se lo mandaba de parte de los dioses, dejase su reino, corte y hacienda; que la fe que uno tiene mamada en la leche es difícil de arrancar, cuanto más que cuanto una carga es más pesada, más fácilmente se deja.

FABRICIO: No en cosa de felicidad y riqueza.

ALBANIO: Antes sí; que muchos emperadores, viendo la grave carga del imperio, lo dejaron de su propia voluntad, como fue el emperador Docleciano y Alíades, rey de Megalópolis, y Octavio Augusto determinó de hacerlo.

FABRICIO: Pues yo juro en verdad, señor Albanio, que si yo me viese rey, que por el peso no dejaría la carga.

ALBANIO: Mas podría ser que muriédeses cargado.

SILVIO: En extremo he gustado del modo que habéis pintado la terrible tormenta que corrió Sulpicio con su amada Serafina cuando aportó a la isla de Arcadia; y no son de poca consideración los daños que la invención del navegar ha causado al mundo, y bien tengo por cierto que la codicia humana ha sido la inventora della. Mas pregunto al señor Albanio, ¿quién dicen que fue el primero que navegó y inventó navíos?

ALBANIO: Diodoro Sículo dice que el primero que navegó por el mar y fue señor de ella fue Neptuno, y que por eso los gentiles le tuvieron por dios de las aguas. Mas Florián do Campo, autor grave y español, dice que este Neptuno fue rey de España; y Eusebio en el de *Preparación Evangélica* dice que los samotraces hallaron las naves; Josefo en el primero, elegía séptima, dice que Noé fue el primero que navegó y que la Arca fue como una nave. Lo cierto es que los primeros que navegaron después del Diluvio fueron los nietos de Noé por la sucesión de Jafet; porque el *Génesis* dice claramente que por ellos fueron divididas las islas, de donde se vee claramente que si a ellas habían de pasar había de ser en barcos o naves. Verdad es que después otros muchos fueron inventando la perfición del navegar, como se lee que Tifis halló el timón por lo que hace el milano cuando vuela en alto, porque tuerce el ala y dale allí en popa el viento y sube y baja como quiere.

ALBANIO: Dejemos eso aparte y oigamos la historia que el señor Silvio nos quiere contar.

FABRICIO: En verdad que, pues están esta noche en mi casa, que han de hacer lo que yo quiero; y es que antes que dé principio el señor Silvio a su historia hagamos colación, la cual será breve.

SILVIO: Yo digo de mi parte que acepto el partido.

FABRICIO: Mochacho: da primero al señor Leonardo de esas peras asadas, y sigue la orden como están asentados.

LEONARDO: En verdad, señor Fabricio, que son sabrosísimas y bien asadas.

SILVIO: Deben de ser de su güerta.

FABRICIO: No son, en verdad; que la otra noche me asaltaron la güerta y no me dejaron sola una pera; y no solamente se contentan con llevárselas, sino que me desgajan todos los árboles.

SILVIO: Mirad, señor Fabricio: después que Dios puso un ángel de guardia en la güerta del Paraíso Terrenal nadie ha tocado aquella fruta; así que vos poned un demonio en vuestra güerta como hizo el magnífico Ursino en la suya; que, robándola una y muchas veces los mochachos, hizo

que un mozo suyo se vistiese de diablo y se pusiese en el árbol adonde ellos solían acudir, y que prendiese alguno dellos y los azotase cruelmente, así que todo esto se puso por obra y se efectuó de la misma manera, y agora dice el parlero vulgo que los demonios están allí atormentando el alma de su padre, y no solamente no entran, mas no osan pasar de noche por las cercas della.

FABRICIO: A fe, señor Silvio, que los mochachos desta era ya saben qué cosas son máscaras.

ALBANIO: Dame vino, mochacho.

LEONARDO: Dale por cierto, que en justicia mí se me debía dar primero, pues primero comí la pera.

ALBANIO: Mas antes lo pido yo en justicia, por que todos seamos primeros; que de otra vianda lo podrá ser el señor Silvio.

SILVIO: En eso me ganen por mano, que yo en esta carne de membrillo seré el primero; que me conviene comer cosas estéticas porque he cenado mucho, y todas las cosas que aprietan el manjar en el hondo del estómago prohíben que el manjar no nade en él; y así se hace mejor digestión, porque el hondo del estómago es más caliente y fuerte para la digestión que sus partes superiores.

LEONARDO: ¡Lo que se ha detenido en beber el señor Albanio! Sin duda que el vino es bueno, según ha gustado dél.

ALBANIO: Buenas nuevas os doy: que el vino es bueno como si fuese de Candía.

FABRICIO: Aunque no sea tan bueno como el que vos nos disteis anoche en vuestra casa, habrá más abundancia dello.

ALBANIO: En verdad, señor Fabricio, que por mirar mi escaseza no miráis el defecto de vuestra sed.

FABRICIO No es defecto tener mucha sed siendo un hombre viejo, porque el estómago de los viejos abunda de una cierta flema nitrosa que continuamente deseca y embebe su humor rorido; y así... Mochacho: tráeme vino en aquel barquillo.

SILVIO: Pues si vos, señor Fabricio, en vuestra casa os embarcáis, los que estamos en ella no hemos de quedar en tierra por falta de flete.

FABRICIO No sería razón. Mochacho: da en ese barquillo vino a todos estos señores; y alza tú, rapaz, esa vela para que el vino se vea y cumpla en agradar a todos los cinco sentidos, como lo hizo la fama de su bondad al oído, de su olor al olfato, de su color a la vista, de su sabor al gusto, de su virtud al tacto.

SILVIO: Agrádame tanto este vino que temo, si he de navegar en ese barco, de anegar mi entendimiento, o a lo menos no poderos contar la historia que tengo ofrecida tan articulada y pronunciada como yo querría.

FABRICIO: No tengáis miedo, señor Silvio, que el vino es de estómago y levantará pocos humos a la cabeza, particularmente a quien tiene tan buena chiminea. Mas pregunto, ¿por qué la lengua del beodo se impide y está balbuciente?

SILVIO: La causa es que la carne de la lengua es muy esponjosa, y como la esponja embebida en la cosa líquida se hincha y engrandece, así la lengua por la humedad mucha del vino se hincha y hace gruesa, y así, con dificultad se mueve a pronunciar la palabra. Mas, pues hemos hecho colación, oigan vuestras mercedes la historia del prodigioso nacimiento de Orlando, Paladín de Francia, que es una gustosa historia; mas con prosupuesto que el señor Fabricio haga echar leña en ese fuego y que se encienda; que aumentando el de nuestros estómagos nos hemos descuidado dél, y es triste cosa estar el fuego si no alumbrá bien.

LEONARDO: Tiene el señor Silvio mucha razón. Mas, pues el fuego se ha aumentado y alumbrá bien, dad principio a vuestra historia, que no será de menos gusto que la pasada.

CAPÍTULO OCTAVO

Do se cuenta los amores de Milón de Anglante con Berta, y el nacimiento de Roldán y sus niñerías

EN el belicoso reino de Francia imperaba Carlo Magno, hombre astutísimo y sagaz y dado a las armas. Y éste tenía una hermana llamada Berta, doncella delicada, discreta, y tan hermosa que la perfición de belleza parece se había resumido en ella. Y esto era parte para que el Emperador, celoso de su honra, la tuviese con mucha clausura y guardia en un cuarto de su palacio con orden que ningún hombre entrase sin su licencia adonde ella estaba; que no fue de poco sentimiento al gallardo joven Milón de Anglante, caballero no menos noble que hermoso, el cual amaba en tanto extremo a Berta que en París de sus amores se tenía larga noticia, porque ella, como agradecida, le correspondía con otro igual amor.

Mas, como en los verdaderos amantes el ausencia engendra dobladas pasiones, determinó Milón de Anglante de aliviarse dellas desta manera: que un día con mucho secreto se vistió de hábito de viuda, y lo pudo bien hacer por ser muy mozo y sin barba, y con cierta ocasión de unas guarniciones de oro fue a palacio, al cuarto donde ella estaba, y las guardias, entendiendo ser mujer, le dieron entrada, y, viéndose con ella, después de infinitos abrazos y amorosos requiebros cayeron en los lazos de Cupido, gozando de los trofeos de su madre.

Y no solamente fue ésta una vez, mas muchas con el disfrazado hábito de viuda entraba a gozar de la belleza de Berta engañando a las vigilantes guardias, de tal suerte que la hermosa Berta de la desenvuelta viuda quedó preñada, y Milón de Anglante, viendo el vecino parto, se ausentó con mucha disimulación de París. Y estaba la afligida Berta muy triste batallando en su pensamiento de qué modo celaría su ya vecino parto, pues de sus propias criadas se recelaba. Mas, como era negocio dificultoso de encubrir, vino a noticia del Emperador su hermano, el cual, como era de complisión colérica, se indignó de tal manera que procedió por rigor de justicia contra ella fulminándole proceso para castigarla conforme a sus leyes, que eran rigurosísimas, pues la pena no era menos que de muerte.

Mas la desdichada Berta, viendo ya descubierto su maleficio y la determinación de su hermano, procuró por muchos medios de hablar al Emperador su hermano y disculparse con él. Y así, una noche, a persuasión y súplica de la Emperatriz le prestó audiencia, y, puesta ante él de rodillas, los ojos muy modestos, inclinado el rostro a la tierra, soltó la rienda a su lengua y las lágrimas a sus ojos, y dijo al Emperador desta suerte:

—La principal cosa que te pido, suprema Majestad, es que prestes oído a mis razones sin que la pasión colérica te impida. Bien sé que soy indigna de parecer deste modo ante tu real persona, pues he ofendido a la cosa que más amas, que es tu honra, culpa digna no menos que de muerte; mas, inducida de tu clemencia, vengo a suplicarte te mueva a piedad y misericordia mi arrepentimiento, moderando el castigo que la ley dispone, pues se modera la culpa con no haber hecho cosa con Milón de Anglante que no fuese consumación de matrimonio y debajo juramento y palabra de esposo, y, pues sabes que es de los nobles y principales de tu corte, dignate de recibirlo a una conmigo en tu gracia. Y aunque te parezca en lo exterior que merezco la muerte, mira que es condición de los más hombres parecerles justo castigo el que en ellos les parecería injusto. Suplícote humildemente vuelvas tu justa ira en justa clemencia, y así será tu justicia justa y ganarás nombre de clementísimo. Como el emperador Nerva, que, con haberle ofendido los senadores de Roma en su honra, juró que ninguno por su orden sería castigado; y, reprehendiendo también a Teodosio porque perdonaba a tantos la vida, respondió: «Pluguiera a Dios pudiera resucitar a los que por

mi respecto han muerto». Y, por el contrario, mira la crueldad de Calígula qué muerte le causó, y que es más seguro el reinar perdonando y con moderada justicia que castigando por el rigor de las leyes. Al último, considera que soy tu hermana y abre la puerta de tu clemencia, pues en ella estoy dando mil aldabadas de perdón postrada de rodillas; que si para con Dios no es menester más que arrepentimiento y enmienda, para con los hombres justo será que baste lo mismo con algún castigo, el cual te pido humildemente sea a medida de la piedad fraterna que me debes.

Con severo aspecto oyó el emperador Carlo Magno las avisadas razones de su hermana; mas, como estaba enojado y era de su natural colérico y justiciero, hizo poca mella en él el fraterno amor, y así, con grave voz y rostro airado respondió a su hermana las siguientes razones:

—No sé qué atrevimiento es el tuyo, Berta, de venir ante mi real presencia, pues no hay cosa que más agrave el delito que parecer osadamente el delincuente ante el propio juez; que si sirven de disculpa tus razones, tus infames culpas te condenan. ¿Qué disculpa puedes dar que no te culpe, pues tu vientre manifiesta tu culpa engendrando testigos de tu maleficio? Ya te pueden poner en el número de las meretrices juntamente con la hermosa Lais de Corinto y con Rodofe la egipcia, y con Hermia ateniense y amiga de Aristóteles, y con Pasife y Semíramis. Dícesme que me muestre clemente contigo como Nerva y Teodosio con Roma: pocos emperadores me dirás que se hayan mostrado piadosos con las mujeres en semejante delito, porque dice un filósofo que dos razones hay para no perdonar a la mujer y para castigarla: la una es porque no os domáis sino a fuerza de castigo, la otra es porque no hay firmeza en vuestra enmienda. Si no, ¿qué sucedió en Roma por haber perdonado Claudio emperador los delitos de su mujer Agrepina, sino haber sido muerto por ella? ¿Por quién se destruyó Troya, sino por Elena? ¿Por quién se abrasó Persópolis, sino por Tais? ¿En manos de quién fue muerto el gran Ciro, sino en las de Delia? ¡Basta ya lo que se ha disimulado con ellas! Y así, el interés que contigo tengo me está diciendo que no te perdone, porque a la Justicia pintan con espada desnuda y a dos hilos, por que corte por el interés y parentesco, igualando la ley con el delito.

Sin dar fin al epílogo volvió las espaldas el emperador Carlo Magno a su hermana Berta, mandando expresamente la pusiesen en prisión en el más alto alcázar de palacio, reforzando las guardias. Y al siguiente día salió la rigurosa sentencia de muerte contra la desdichada tanto cuanto hermosa Berta y el²⁹⁸ fugitivo Milón de Anglante, que, como dicho tengo, andaba ausente de París.

Fue ley y sentencia más de cruel que de humano; causó en toda la ciudad mucho sollozo, lloro y gemido, enterneciendo los más duros corazones. Mas, como llegó a los oídos de Milón de Anglante, dio traza con ayuda de amigos de sacar a la hermosa Berta de la alta prisión y fuerte alcázar donde estaba. Y así, al tiempo que el dios Morfeo esparcía su vaporoso licor entre las gentes, fue Milón de Anglante con ocultos amigos, y con largas y gruesas cuerdas apearon del alto alcázar a Berta y fueron huyendo solos los dos verdaderos amantes del rigor de Carlo Magno por ocultos caminos con disfrazado traje.

Y en este ínterin ya el claro lucero daba señas del alba y en la espaciosa plaza de París andaban solícitos los obreros, haciendo el funeste cadahalso adonde se había de poner en ejecución la rigurosa sentencia; mas la parlera Fama andaba volando de oído en oído publicando la fuga de Berta, hasta dar en los de Carlo Magno, el cual como lo supo, indignado de nuevo y lleno de rabia y furor, mandó se pregonase en todos sus reinos con mucha presteza que quien diese la persona de Milón de Anglante y de la infanta Berta se le daría cien mil escudos de oro. Y para esto mandó despachar de la corte y ciudad de París infinitos correos avisando a todas las ciudades, villas y lugares de sus reinos tomasen todos los pasos necesarios, de suerte que en muy breve tiempo se supo en toda Francia, Italia y España el interesado pregon.

Y como llegase a oídos del desdichado Milán de Anglante, andaba con su amada Berta silvestre, incógnito y temeroso, caminando por ásperos montes y profundos valles, pedregosos caminos y abrojosos senderos, vadeando rápidos y presurosos ríos, durmiendo sobre duras raíces de los toscos y silvestres árboles, teniendo por techo sus frondosas ramas los que estaban acostumbrados a pasear y dormir en entoldados palacios arropados de cebellinas ropas, comiendo costosísimos y delicados manjares, ignorantes de la inclemencia de los elementos. Mas en medio destes trabajos, el discreto Milón de Anglante iba consolando con amorosas palabras a la afligida Berta, la cual iba temerosa y llena de miedo de ser presa por su hermano Carlo Magno; y así, cualquiera planta o peñasco le parecía y se le antojaba que era algún hombre que a prender los iba. No osaban llegar algún poblado ni descubrirse algún amigo, porque conocían la fuerza que tiene el interés, que rompe con la más ligada amistad del mundo. Solamente para el sustento natural del cuerpo se acogían a algunas granjas o caserías del campo a pedir limosna, y movidos de su desnudez dábanles della abundantemente. Y así, padeciendo infinitos trabajos salieron de todo el reino de Francia y entraron en el de Italia con el mismo recato, de temor de no ser espiados y conocidos.

Mas, sintiéndose ella agravada de su preñez y con dolores del parto, se quedaron en el campo en una obscura cueva lejos una milla de la ciudad de Sena, en la Toscana. Suspenso, pues, el afligido caballero Milón de Anglante, daba trazas cómo hacerle una blanda cama de verdes hojas y ramas, con harto afligimiento de verse pobre de ropa, paño y dineros, y de no poder regalar algún tanto a la que tanto sabía de regalo. Pues como la noturna diosa esparciese sus negros cabellos por el Oriente se echaron en el duro suelo de la lóbrega cueva para pasar la larga y pesada noche. Mas la hermosa Berta, aquejada de los nuevos dolores, desechara de sí el pesado sueño, y brotando por su boca sentidísimas razones afligía más a Milón de Anglante, el cual, como discreto, disimulaba su pena y con mil abrazos y requiebros la aconsolaba y animaba muy de veras.

Y así pasaron toda la pesada noche sin dar el debido sueño a los trabajados cuerpos, y a la mañana, al tiempo que el hijo de Latona restauraba la robada calor al mustio campo, salió de la obscura cueva Milón de Anglante a buscar por las campestres granjas algún mantenimiento, ropas y pañales para poder cubrir la criatura que naciese, quedando la afligida Berta más vecina al parto que a su marido. La cual, con el tropel de dolores que le acudieron, comenzó a llamar a su marido a grande priesa, mas, como estuviese tan lejos a sus voces cuanto cercano a su pena, todo era en vano; y así, invocando el nombre de la serenísima Reina de los Ángeles parió con mucha facilidad un niño muy proporcionado y hermoso.

El cual así como nació del vientre de su madre fue rodando con el cuerpo por la cueva abajo, por estar algo cuesta abajo, hasta la puerta de la cueva. Y la nueva parida no pudo levantarse a recogerlo por la gran pena y flaqueza que tenía, y así, estuvo dos horas llorando el recién nacido al tono de la afligida madre, hasta que el solícito Milón de Anglante vino y vido su deseado hijo en la puerta de la cueva vestido de sangre y tierra, y, disimulando las lágrimas de sus ojos por respecto de la afligida madre, lo tomó en sus brazos y le dio mil besos y con mil caricias lo dio a su madre. Y con su eslabón y pedernal hizo fuego y calentó los adquiridos pañales y envolvió al amado hijo en ellos, y a la recién parida regaló del tosco mantenimiento que traía.

Y puso a su hijo por nombre Rodando, porque lo halló, como dicho tengo, rodando en la puerta de la cueva; y así, quiso que por el nombre se supiese su pobre nacimiento; y de allí han interrumpido el nombre y lo llaman Orlando.

No fue de menos cuidado para Milón de Anglante el ver a su amada Berta parida y menesterosa de todo y falta de consuelo, y, incitado de sus muchos trabajos, unas veces determinaba dejar a su amada Berta con su recién nacido y irse soldado en servicio de estraños reyes, y otras veces, forzado de la razón, protestaba de morir en aquella pobreza sirviendo a quien tanto estaba obligado. Y en este último pensamiento estribaron sus pesadas imaginaciones, y perseveró cuatro

años yendo todos los días a trabajar en los rústicos oficios del campo por alimentar para²⁹⁹ los dos que a su cargo y esperanza estaban, teniendo siempre por morada la lóbrega y obscura cueva donde se habían hospedado.

Pues habéis de saber, señores, que en este medio sucedió un lastimoso caso; y fue que, yendo el desdichado Milón de Anglante con su mujer Berta y el niño Orlando, que ya era de cuatro años, a pedir limosna o sustento por las campestres granjas, al volver a su pobre cueva hubieron de vadear un pequeño río, el cual iba más crecido que cuando lo pasaron, y, temeroso no sucediese algún daño, no consintió que la delicada Berta vadease el río; y así, tomó primero en sus fuertes hombros a su hijo Orlando y lo pasó de la otra parte, dejándolo lloroso por el materno amor, y, volviendo por su amada Berta, dio en un oculto pozo que en medio del río estaba, y, queriéndose ayudar con sus fuerzas, fue ocasión que de veras cayese en él, y, apresurándose la corriente, fue de sus rápidas aguas anegado y llevado apriesa por su acostumbrado camino.

De suerte que quedó la mísera y desventurada Berta casi muerta del nuevo sobresalto, corriendo apriesa por orillas del río llamando con roncas voces a su muerto marido, mordiéndose sin piedad sus blancas manos y hiriendo su hermoso rostro; y desde que vido ser en vano su porfía, forzada del filial amor volvió, cual ligera cierva, desalada en busca de su querido hijo, y, hallándose en el desgraciado sitio sin su amado Milón de Anglante y que las rápidas aguas eran estorbo de no poder abrazar a su querido hijo, comenzó la triste señora a acrecentar las turbias aguas del río con infinidad de lágrimas, diciendo de aquesta suerte:

—¡Cesen las amorosas lágrimas de Dido por el ausencia de su amado Eneas! ¡Enjúguense los ojos de Cleopátreas por la muerte de su Marco Antonio! ¡Detenga Olimpia sus voces en la isla por la traición de su infiel Vireno! ¡No lloren las matronas romanas el incendio de Roma! Refrenen su pena viendo tan a rienda suelta la mía, y sus desdichas tengan por venturas viendo el colmo de mis infelices suertes. ¡Oh esposo mío, mi vida, bien y regalo! ¡Que es posible que todos los elementos se hayan conjurado contra ti, y que el más frío y húmedo y de menos potencia te haya privado de la vida anegándote en sus presurosos remolinos! ¡Oh desdichado caballero, flor y espejo de la nobleza de Francia, cómo ha borrado el agua tus nobles hechos y ahidalgados pensamientos, escritos en la infelice rueda de la Fortuna! Mas confío que la parlera Fama en láminas de bronce pondrá por relieve tus heroicos hechos. ¡Qué amante ha habido que tanto padeciese como tú y que de la Fortuna tan mal galardón recibiese? ¡Ay mísera y desventurada! ¡Qué haré sola y desamparada y ajena de tal compañía? Estoy por seguir tu desdichada muerte para dar fin a tanta miseria y desventura. Mas, ¡ay, que ofendo a quien me crio en intentar tal cosa! No miro el merecimiento de mis graves culpas y que dejaría desamparado este vivo retrato del que tengo en mi alma. ¡Hijo mío, luz y vida de mi alma! Enjuga tus húmedos ojos y con tu continuo lloro no atormentes más a esta tu afligida madre, y ten paciencia hasta que estas inclementes aguas quieran refrenar su braveza y pueda ceñir con mis brazos tu delicado cuello.

Pues como oyese el niño Orlando las compasibles razones de su afligida madre y la urgente razón que tenía, ayudado del favor divino, con alegre rostro consoló a su desconsolada madre estando de la otra parte del río, con razones tan eficaces y vivas que sin duda en semejante caso Dios le aceleró el uso de la razón. Y en este ínterin menguaron las aguas de modo que las pudo muy bien vadear la afligida Berta; y como llegase adonde su hijo estaba comenzó de nuevo su afligido corazón a destilar lágrimas por los ojos, y con un nuevo sollozo y gemido abrazaba infinitas veces el juvenil cuello de Orlando, diciéndole mil razones sentidísimas, respondiendo el hijo a ellas con un afable consuelo.

299.— En todo el libro no se lee 'alimento(s)', que sería fácil enmienda. Es muy posible que aquí haya un desliz del propio autor.

Dando mil vueltas por las márgenes del río en busca del cuerpo del desdichado caballero regando con lágrimas las yerbas de sus orillas, y no siendo posible el hallarlo, se recogieron a su acostumbrada cueva, adonde protestó la madre de acabar su miserable vida, ofreciéndole también su hijo Orlando de jamás dejarla, antes bien de ir todos los días a la ciudad de Sena a pedir por amor de Dios el suficiente sustento para los dos.

Y así, el robusto niño comenzó a ir cada día por limosna a Sena para sustentar a su menesterosa madre: indicios y presagios de su nobleza. Y, como lo continuase, los niños de su edad, hijos de ricos mercaderes y de otros muchos, le tomaron tanto amor y afición que le daban todo lo que pedía; y aun que no les convenía hacer menos, que³⁰⁰ vino alcanzar tantas fuerzas que excedían a las que por los años podía tener, y en luchas y pendencias pueriles siempre salía vencedor. De tal manera que le prestaban vasallaje todos los mochos de Sena, y le temían de tal manera que a porfía procuraban su amistad y hacían todo lo que él mandaba, y todos de su bando se tenían por dichosos, porque así en las luchas como en los puñetes y pedradas les llevaba grandísima ventaja. Y una cosa se nota dél: que jamás fue herido ni vencido.

Fue tan público su esfuerzo y ánimo y travesura en toda la ciudad de Sena, que ya de todos era conocido y tenido por tal, y así, le daban todo lo que pedía con mucha liberalidad, y él lo llevaba a su afligida madre, la cual siempre se ocupaba en hacer las obsequias de su marido Milón de Anglante con muchas lágrimas y suspiros acompañados de devotas oraciones en aquella obscura cueva que, como dicho tengo, estaba una milla de Sena, a la cual venía todas las noches a dormir con ella.

Y una mañana, al tiempo que el señor de Delfos se asomaba en el balcón de Oriente esmaltando este cóncavo hemisferio, se levantó el niño Orlando de la dura cama de su madre y con grande priesa se fue a una asignada fiesta que los mochos de Sena hacían. Quedando la desdichada Berta sola y acompañada de mil varios pensamientos, sucedió un temeroso caso; y fue que vido venir a la puerta de la cueva una grandísima sierpe arrastrando el duro suelo con su grande y pesado cuerpo, toda vestida de recias escamas de diferentes colores, con dos punzosas alas asestadas al cielo, con una cinta verde por la esquina,³⁰¹ que la ceñía desde la fiera cabeza hasta la larga cola. Iba echando recios silbos con el áspera y negra lengua, en la cual tenía tres órdenes de agudísimos dientes, y por sus fogosos ojos echaba más centellas que Vulcano. No fue de poco temor y espanto para la sola y afligida Berta semejante visión, y así, la temerosa señora media muerta se retiró a lo más dentro de su lóbrega cueva y, alzando las manos al cielo, comenzó a pedir auxilio a la Madre de Dios con grandes clamores y hervor de corazón, porque grande parte es, para ser vehemente la oración, la forzosa necesidad della.

Mas la fiera y espantable sierpe paró su apresurado paso cerca de la temerosa Berta, y con halagüeño semblante y alegre rostro, si es que mostrarlo podía, le habló en lengua humana y propia desta suerte:

—No temas, pacientísima Berta, de mi fiero aspecto y temeroso gesto, ni te admires de oírme hablar en tu propia lengua, porque soy una desventurada hada que ha dos mil años que por arte mágica estoy hadada, y los seis meses del año se cubre mi delicado cuerpo desta tosca piel tachonada de recias escamas, y transformando mi rostro en este fiero y espantable de serpiente, brotando por boca y ojos sulfúreas llamas, y mis blancas manos y nevados pies en esta torpe fiereza de uñas, y por adorno y gala de mi cuerpo estas dos asquerosas alas que sirven de memoria de mi soberbia; y así voy con mi pesado cuerpo arrastrando por la dura tierra haciendo sulcos en ella con mi delicado vientre convertida en fiera sierpe, como agora estoy en tu presencia; y los otros seis meses del año estoy en mi propio aspecto de mujer, sin envejecer el tiempo nada en mi persona. Yo fui hija de Samoteo, primer rey de Francia, y una de las más bellas criaturas

300.— Orig.: 'y'. Conjeturo que el manuscrito leía abreviadamente 'q'.

301.— Esquena, espalda.

del mundo, y por ingrata a los servicios de un caballero que en extremo me amaba fui castigada desta manera por Malagís, famosísimo mágico, el cual me enseñó el curso de los cielos móviles y la influencia y costelación de todas las estrellas, y por ellas los futuros sucesos, y la intrínseca virtud de las yerbas y otra infinidad de secretos naturales. Y, considerando que soy del tronco donde deciendo tu prosapia, vengo llena de piedad como interesada a consolarte y darte esperanzas que en breve tiempo serás restaurada en tu propio estado y verás a tu querido Milón de Anglante; que, aunque le viste anegado de las rápidas aguas de este cercano río, vives engañada, porque yo le libré de su arrebatado curso y lo llevé sano y vivo a mi mágico palacio, adonde está esperando el dichoso y felice día que los hados permitan³⁰² que te vea, y así, vive alegre, que en breve tiempo se cumplirá tu deseo y volverás a tu felice estado. Y en este medio ten por compañera a la virtud, porque es más liberal que la pobreza, y sabe y entiende que ninguna cosa niega sino lo que, dado, podría dañar, y quitado, aprovechar; que si estás desnuda la virtud te vestirá si no la desprecias, y te enriquecerá si no tienes en más el oro que el virtuoso hábito del alma; que si en lo exterior la Fortuna te ha sido contraria abatiéndote al más mísero estado del mundo, no eres ni has sido tú sola la que ha probado su inconstancia, que de herencia te viene, pues en tu propia madre Berta³⁰³ se vio lo poco que tiene de firmeza; que, al fin, el que está más entronizado en lo alto de su rueda, ése con el grave peso está más cerca de dar en el suelo. Y así, toma mi consejo y aplica tu ingenio a aquellas artes en que Fortuna no tiene jurisdicción; que no se alcanza la virtud con las riquezas, sino las riquezas con la virtud, porque ella es el camino de la felicidad. Aunque los epicúreos tuvieron por sujeto de la felicidad el deleite desta vida mortal, fue falsísima opinión, porque ella consiste en los actos y hábito del ánima intelectiva. Y pues esta es purísima verdad, ruegote, discreta Berta, sufras con fortaleza estas calamidades y trabajos, aunque sea contra la condición humana, porque dicen que la verdadera fortaleza se echa de ver en vencerse uno a sí mismo, porque la riqueza y contento tiene mas fuerza en la naturaleza humana que lo que es útil y provechoso al alma, porque aquélla es para conservar su ser y este otro no; y así, venciendo uno a sus mismos deleites descubre más el subido quilate de su fortaleza. Dios sabe, discreta Berta, si quisiera tener lugar para más por entero consolarte y dotrinarte, mas no me es dada más licencia de las otras hadas, y así, queda esperando el breve día de tu deseo, que yo me parto a remediar un desgraciado caso que en África ha sucedido; que aunque estoy transformada en cuerpo tan grave y espantable, vuelo con estas prestas alas por el aire, rompiendo su densidad y espesura con tanta violencia cual ligero sacre o pequeño pájaro; y jamás de nadie he sido vencida sino del fuerte Jasón, cuando fue en busca del vellocino dorado. Y para que entiendas si me empleo en buenas obras, yo soy la sierpe que salió del sepulcro de Anquises a sumir el holocausto de su hijo Eneas. Y con esto, vale.

Luego la pesada sierpe tendió sus corvas alas y con presto vuelo hizo su camino hacia el ocaso, dejando a la discreta Berta la sangre alterada y el espíritu consolado, haciendo alarde de las sentenciosas razones de la sierpe. Y en esto llegó su amado hijo Orlando con un zurruncillo lleno de pan y otras cosillas que le habían dado en Sena de limosna, adonde era tenido en algo por sus muchas partes y más que naturales fuerzas. Y así, un día, los mochachos de Sena viéndolo casi desnudo, incitados del mucho amor que le tenían se concertaron de vestirle entre todos, y para eso los de una parroquia o cuartel le compraron un pedazo de paño negro, y los de las otras tres parroquias o cuarteles otros tres pedazos de diferentes colores, y así le hicieron un vestido largo de las cuatro colores, y en memoria desto se llamaba Orlando del Cuartel. Y no se contentaba con sólo esto, antes más³⁰⁴ se hacía dar cierta cantidad de moneda cada día que bastase a sustentar a

302.– Orig. y eds. consultadas: 'permiten'

303.– Carlomagno fue hijo del rey Pipino el Breve y Bertrada de Laón.

304.– Sino que a más.

su madre, pues era tanto el amor y temor que le tenían que hurtaban los dineros los mochachos a sus padres para dárselos a trueque de tenerlo de su bando.

Y en este ínterin que el niño crecía y con limosna sustentaba a su madre, el emperador Carlo Magno fue a Roma a coronarse por Emperador; y a la vuelta vino por la ciudad de Sena, adonde determinó hacer alto algunos días por ver unas sumptuosas fiestas que la ciudad en su servicio hacía. Estando, pues, en Sena en su real palacio, acudían a él a su tiempo muchos pobres por la limosna ordinaria de los reyes, y entre ellos el niño Orlando, el cual, como un día llegase tarde al dar de la limosna y hallase sólo dos pobres que comenzaron a mofar dél por su tardanza, llegándose a ellos les dijo partiesen con él de la limosna que habían recibido, y ellos no solamente no le dieron, mas lo vituperaron de palabras, y él, indignado, con increíble fuerza le quitó al uno dellos un grueso palo que tenía y con él les dio muchísimos golpes y les quitó todo lo que tenían y se fue con ello a su madre, a quien contó todo lo sucedido, reprehendiéndole ella ásperamente lo que había hecho.

Mas, como otro día llegase también tarde al dar de la limosna, se subió a palacio y con mucha disimulación y atrevimiento entró en el aposento donde el Emperador estaba comiendo, y con lento paso se allegó a la mesa y asió de un plato de cierta vianda y se salió muy disimulado, como si nadie lo hubiera visto. Y así, el Emperador gustó tanto de la osadía del mochacho que mandó a sus caballeros lo dejasen ir y no se lo quitasen; y así, fue con él a su madre muy contento y, pensándola hacer rica, le contó todo el suceso que con el Emperador le había sucedido. Ella, que estaba más afligida que contenta de saber que tenía a su hermano tan propinco, sintió el hecho de su hijo mucho más; y así, virtiendo lágrimas le rogó no fuese más a palacio, porque lo ahorcarían por aquel hurto. Unas veces se lo decía rogando y otras amenazándole, porque la pobre señora temía por su hijo fuese descubierta, y así, no lo quiso dejar salir de la obscura cueva hasta que le ofreció con muchas veras que no iría más a palacio.

Mas el segundo día, engolosinado del primero, apenas se soltó de los brazos de su madre cuando fue luego a Sena y al palacio del Emperador, y llegó a tiempo que el Emperador estaba comiendo, y, entrando en su aposento, nadie le estorbó la entrada, habiendo visto que el Emperador gustó dél la primera vez, y fuese allegando poco a poco a su mesa, y el Emperador disimulando, quiso ver el ánimo del mochacho, y al tiempo que el mochacho quiso asir de una rica fuente de oro el Emperador echó una grande voz entendiéndole atemorizar con ella, mas el travieso Orlando con ánimo increíble le asió con una mano de la cana barba y con la otra tomó la fuente, y dijo al Emperador con semblante airado: «No bastan voces de reyes a espantarme». Y fuese con la fuente de palacio, mandando el Emperador lo siguiesen cuatro caballeros sin hacerle daño hasta do parase y supiesen quién era y el fin que hacía, porque de semejante caso no podía dejar de suceder algún prodigioso suceso.

Y así, fueron en pos dél con mucho secreto cuatro caballeros de los que servían a su mesa, y vieron cómo salía corriendo fuera de la ciudad y que llegó a la cueva adonde estaba su afligida madre, la cual, como lo vido venir tan sobre aliento, temerosa de lo que había sucedido comenzó a llorar abrazada con él fuertemente; y en este medio llegaron a la puerta de la cueva los cuatro caballeros y, entendiéndole ser cueva de ladrones, determinaron entrar dentro, y como el mochacho sintió el estruendo y alboroto de gentes, salió con esforzado ánimo con un grandísimo madero que dentro había a impedir la entrada a los caballeros; mas la piadosa madre, de temor no se lo matasen, salió tras dél corriendo y, corrida de verse pobre y desnuda delante dellos, así como los vido conoció que los tres eran primos de Milón de Anglante su marido.

No pudo dejar de manifestar quién ella era, y así, postrada de rodillas, los ojos hechos fuentes, les dio parte de sus desgraciados sucesos rogándoles por extremo no diesen parte al Emperador su hermano; y ellos, admirados de tal espectáculo, movidos de compasión y piedad lloraban con ella su desventura y miseria. Y así, después de largas preguntas y respuestas le ofrecieron con

solemne juramento que serían su amparo y remedio y que, así, ellos darían orden se amistase con el Emperador su hermano. Y así, quedando el uno dellos con ella, fueron los demás ante el Emperador.

Y el uno dellos, que era más noble y anciano, postrado de rodillas ante él, le habló desta manera:

—No me puede negar vuestra Majestad que la paz no sea una excelente virtud; que, quitada del medio del mundo, no podrían las cosas de su artificiosa máquina sustentarse sin ella, antes de todo punto perecerían, porque ella es la que tiene todas las cosas en continuo sosiego y tranquilidad, y las cría y da lugar para que crezcan. Y la paz es la que junta y reconcilia los hombres con Dios, y ella contiene todos los elementos y las cosas en su propio lugar, y a ella se han de atribuir todos los bienes que nosotros tenemos, porque della, como de principal fuente, nacen y manan. Y no sin causa Teucides dijo della que era el mayor bien de los bienes, y la guerra el mayor mal de los males; y también Prudencio poeta dice que la paz es entera obra de virtud y suma y fin de los trabajos. Pues si esto es así, cesárea Majestad, como lo es, justa será mi petición, pues no pido otra cosa que paz y concordia, para que, otorgando ésta vuestra Majestad, sea parte, pues será el todo, para que viva muchos años con contento y tranquilidad en su espíritu. Su Majestad me dé su real palabra de perdonar un antiguo agravio y recibir en su real gracia pacíficamente a quien por mi medio humildemente la pide.

Acabado que hubo este caballero esta breve, aunque compendiosa, oración, dijo el Emperador que se levantase, que él daba su fe y palabra de tener paz y recibir en su gracia a quien por tan buenos medios la solicitaba, pues estaba satisfecho que no le pedirían cosa injusta. Y así, por discreto término le dieron parte de todo lo que habían visto y cómo el niño Orlando era su sobrino, hijo de su hermana Berta, la cual estaba muy cerca de la ciudad de Sena haciendo penitencia en una cueva de sus pecados, y cómo Milón de Anglante era muerto desastradamente. El emperador Carlo Magno sintió muchísimo el haber dado su fe y palabra de recibir en su gracia a su hermana Berta, porque era muy notoria su afrenta en todo el mundo; mas, allende desto, mandó la recogiesen como a su autoridad convenía.

Fue tanta el alegría y contento de toda la ciudad de Sena cuanta la pena de no haber sabido antes quién era Berta y el niño Orlando en cinco años que la tenían tan vecina. Hicieron luego riquísimos vestidos adornados de fina pedrería, bordados de aljofarinas perlas para la hermosa Berta y su hijo Orlando, y fueron muchísimos caballeros acompañando a más de cien damas que de toda la ciudad en costosísimas carrozas iban por ella.

Llegados que fueron a la cueva entraron los deudos de Milón de Anglante por ella, y la hallaron rogando a su hijo con muchas lágrimas no hiciese alguna travesura en palacio de modo que indignase al Emperador su tío. Diéronle nuevas de la voluntad de su hermano el Emperador, y así, se salieron ellos y entraron solas tres damas a vestirla en secreto; y así vestida salió a recibir a las demás damas y caballeros. Con mucho aplauso y contento la besaron las manos. Sólo al niño Orlando no fue posible hacerle vestir de otro vestido del que llevaba, porque juró de no vestir otras ropas hasta que se le rompiese el vestido que los mochachos de Sena le habían hecho; y así, se llamó Orlando el del Cuartel, porque llevaba el vestido de cuatro parroquias o cuarteles.

Llegada que fue la hermosa Berta ante el Emperador su hermano se postró de rodillas y, toda convertida en lágrimas, le pidió perdón de la ofensa cometida. Mas fue tanta la pasión colérica de Carlo Magno, que, sin acordarse de la palabra que había dado, le dio un puntillazo que la arrojó en el suelo, vituperándola de palabra. Mas el niño Orlando, sentido del agravio que a su madre se le hizo, fue airadamente contra el Emperador, y si no fuera detenido hiciera de modo que mereciera la muerte. Los caballeros que presente estaban se indignaron contra el Emperador viendo cuán mal cumplía su palabra. Temeroso el Emperador de algún mal suceso, refrenó su pasión y tuvo por bien de acariciar luego a su hermana, haciendo mil mercedes a ella y a los caballeros, confederándose con ellos con la gravedad y cumplimiento que convenía a su honra. Y así, se hicieron costosísimas fiestas y admirables regocijos en toda la ciudad de Sena y en toda la

Toscana; y con el mismo regocijo partió con su hermana para Francia, recibiendo ricos presentes por todas las ciudades por do pasaba.

Y caminando por el Piamonte vieron en la mitad de un bosque un rico y sumptuoso palacio que parecía no ser hecho por arte humana, el cual daba de sí tanto resplandor que parecía estar tachonado de estrellas, y así, mandó el Emperador se llegasen todos a verlo. Y estando cerca dél vieron el más peregrino edificio que jamás vieron hombres, el cual era desta manera: sobre cien columnas de finísimo oro cimentaba todo el edificio, con tal arte que hacían unas conchadas bóvedas por debajo con unos enlazados arcos relevados a lo mosaico, y en ellas de pincel famoso pintadas mil historias con subtilísima arte, que escurecieran las obras de Fidias y Apeles, la de Zeuxis y Protógenes, y aun a los graves de nuestro tiempo, de un Micael Ángel, de Alberto Durero y Juan Correa, si estuvieran junto a ellas. Porque era cosa de ver cuán naturalmente estaba Perseo librando a Andrómeda, y Alfeo ardiendo en el agua de amores de Aretusa, y al divino Orfeo con la dulzura y suavidad de su canto abriendo las puertas del Infierno, y al valiente y prudente Ulises sacando el ojo al cíclope Polifemo con el pesado madero; y en otra parte estaba Hipólito, triste y afligido, que salía a cumplir el destierro mandado por Teseo por la falsa acusación de la madrastra; y en otra bóveda estaba de relieve el mozo Sinón rodeado de troyanos oyendo el falso parlamento suyo, y el caballo troyano preñado de gente griega, y otras mil historias que adornaban las vueltas y arcadas. Digo que si César viera este admirable edificio, que no alabara en sus *Comentarios* el palacio de Egipto llamado Faros, sino sólo a éste.

Al cual se subía por treinta gradas de una finísima piedra cada una, de tanta virtud y propiedad que en cualquiera dellas se veía el continuo movimiento de los cielos. Y lo que más admiraba: que la techumbre y superficie de arriba era toda redonda, a manera del arco iris, toda cubierta de bruñidas planchas de plata tachonadas con clavazón de finísimo oro; y en la cima y medio deste rotundo techo estaba un címbalo de plata sobre dos columnas de oro, el cual se tocaba él solo cuando alguno llegaba a su palacio, como lo oyeron todos los que con el Emperador iban. No eran de menos labor las paredes del palacio, porque estaban labradas de mil lazos y laborintos.

Pues, deseoso el Emperador de ver si decía la obra de dentro con la de fuera, subió por las gradas al palacio con toda la nobleza de su corte, y hallolo abierto y sin puertas, que no era sin misterio. Estaban todos tan admirados de ver en la primera sala tanta mazonería de fino oro en el zaquizamí pendiente, y en ella pintados todos los reyes y emperadores de Francia, desde Samoteo, primera cepa, hasta el mismo Carlo Magno, tan al natural que, a no estar allí el original, burlara a muchos.

Estando embelesados mirando las presentes figuras salió de una cuadra una hermosísima doncella acompañada de doce damas, de tal suerte vestidas que no hay lengua humana que baste a explicar sus galas y riquezas; sólo diré que ella era en tanto extremo hermosa que parecía su rostro celestial y divino, y que iba virtiendo amores por los ojos y por las mejillas rosas, y por la frente cándida nieve y por la boca un panal de sabrosa miel, por los pechos gustos y entretenimientos estremados, por las manos mil flechas de amor. Iba vestida toda de azul, sembradas por la ropa mil estrellas, que parecía ir vestida de un pedazo de cielo. Y, haciendo la cortesía debida, hizo un largo razonamiento con discretas palabras, y en él les manifestó quién ella era, decendiente de linaje y prosapia de los primeros reyes de Francia, y cómo estaba encantada dos mil años de tal arte que los seis meses del año estaba en su primera juventud sin que el tiempo gastase su persona, y que los otros seis meses se transformaba en espantable sierpe; y que la causa de esto era el haberse mostrado muy ingrata a un caballero que por su amor había aventurado la vida mil veces, y que en memoria de su ingratitud se llamaba la Hada de la Piedad y que su palacio servía de acoger a los menesterosos, y cimentaba sobre cien columnas de oro en memoria que sobre todas las virtudes merece su trono la piedad. Y que, así, los seis meses del año que estaba en su primera forma tenía por oficio remediar a los perseguidos de Fortuna, y que los otros seis meses, transformada en sierpe, iba por el mundo evitando y remediando daños y consolando a los afligidos, como

había hecho a la infanta Berta que presente estaba, y así bien librando a Milón de Anglante de la inundación del río que anegarlo quiso.

Y diciendo esto abrió otra cuadra riquísima y salió de ella Milón de Anglante adornado de cortesanos vestidos, y postrado de rodillas pidió perdón al Emperador, de quien con mucho contento le fue otorgado, y, besando sus reales manos, dio mil abrazos a su esposa Berta y a su hijo Orlando, que no estaba ocioso considerando el extraño suceso.

Todos los cortesanos recibieron doblado contento y alborozo, y, despidiéndose de la doncella y de sus damas, descendieron del admirable palacio, y puestos que fueron en sus caballos y coches se desapareció todo el edificio sin que pudiesen ver otro que bosque y arboleda; y, admirados desto, tuvieron materia para tener qué contar todo el camino de la riqueza, traza y fábrica del admirable palacio y de la belleza y hermosura de la doncella encantada. Y así llegaron a París, adonde tenían noticia de todo muy por entero, y así, fue uno de los recibimientos más sumptuosos³⁰⁵ que Roma hizo a sus césares el que hizo París al invicto Carlo Magno y a su hermana Berta.

Esta es, pues, señores, la historia del prodigioso nacimiento de Orlando. Yo sé que he sido algo prolijo: vuestras mercedes me perdonen.

ALBANIO: Lo que más me admira de toda esta historia es la excelente memoria que tiene el señor Silvio, pues la contado con tanto epílogo, con tanta elegancia, discreción y gravedad en las palabras, en las sentencias, en las figuras, que son cosas que pertenecen a la gramática, a la dialéctica y a la retórica; y con mucha filosofía moral, como si toda su vida no leyera en otra cosa.

SILVIO: En verdad, señor Albanio, que está buena la fisga. Yo no soy retórico ni dialéctico, sino que tengo tan buena retentiva que la historia que leo con afición no se me olvida jamás; aunque os sé decir que me cuesta mucho trabajo, por tener mala aprensiva.

ALBANIO: Menos entiendo eso.

SILVIO: Yo lo diré más claro. En esto hay dos maneras de hombres, porque unos tienen fácil aprensiva y mala retentiva, y otros por el contrario. Veréis que unos aprenderán de presto cualquier cosa y, pasado de un día, no hay quedarle nada en la memoria; y otro tardará veinte horas en tomar dos versos o una sentencia, y después que una vez la han apercebido no hay sacársela a lanzadas. Y éstos soy yo uno.

ALBANIO: Pues yo he oído decir que la admiración de una cosa aviva la memoria.

SILVIO: Verdad es eso, que la admiración procede de ignorancia. Así, en los niños, como todas las cosas que ven se les hacen nuevas y grandes, guárdanlas en la memoria; pero el hombre, como ya está cursado en ver y tratar, no repara en ello ni se detiene, y así, no lo guarda.

LEONARDO: Quintiliano, en el libro segundo, cuenta de Ciro, rey de Persia, por hombre de grandísima memoria, pues, con tener grandísimo ejército y de varias naciones, cuantos soldados, capitanes y hombres gastadores³⁰⁶ se hallaban en su ejército los nombraba por sus propios nombres. Mitrídates, rey de Ponto, también tuvo gran memoria, pues aprendió veinte y dos lenguas, y todas hablaba muy bien. Séneca, filósofo español y maestro de Nerón, escribe él mismo, jactándose de su memoria, que, estando en una rica almoneda, que duró todo un día, y al fin della dijo todas las cosas que habían sido vendidas por el orden que se vendieron y los nombres de los compradores, con los precios, sin errar un punto. De Julio César se lee también que tuvo particular memoria, porque se dice dél que en un mismo tiempo escribía cuatro cartas a cuatro personas con cuatro secretarios y sobre diferentes sujetos. Y por el contrario, dice Plinio de Mesalla Coruño que de una enfermedad quedó tan falto de memoria que de su propio nombre no se acordaba, aunque se lo preguntasen; y de otro escribe que de una pedrada que le dieron en la cabeza olvidó todas las letras que sabía, y en las demás cosas tenía buena memoria; y otro hombre, de una caída que dio olvidó a su padre y

305.- Orig.: 'suptuosos.'

306.- Zapadores, soldados especializados en obras.

madre y no los conocía. De Egidio Zamorense,³⁰⁷ fraile francisco, dice el Tostado que olvidó cuanto sabía, con haber escrito cosas muy doctas, y como fuese ya viejo y le mostrasen sus escritos, juraba y afirmaba nunca haber escrito tal. Y este fue maestro del rey don Sancho el Bravo. Mas en verdad que como esto causa admiración, que también lo causa la excelente memoria y buena retentiva del señor Silvio, y en su historia en particular el ver cómo Carlo Magno, con saber que el delicto era de su hermana, no quiso perdonarla, sino seguir la recta justicia.

SILVIO: Antes me parece que fue más inhumanidad que justicia, porque, aunque la ley dellos traía pena de muerte, era ley rigurosa, y así, podía bien el Emperador violarla o comutar la pena en otra más leve.

LEONARDO: No tenéis razón, señor Silvio; que cuanto mayor es el castigo mayor es el temor y la enmienda, y no puede dejar de igualar el castigo con el delicto, como lo dice muy bien el filósofo Demócrito, que dos cosas gobiernan el mundo: premio y pena.

SILVIO: Verdad es lo que decís, mas³⁰⁸ no me negaréis que es mejor para un príncipe usar de clemencia que de justicia, porque dice Aristóteles en sus *Éticas* que se ha de haber el rey con sus súbditos como el pastor con sus ovejas. ¿Qué mayor felicidad puede tener en este mundo un príncipe que por su clemencia sean tenidos sus enemigos por ingratos, y que queden con infamia y él con la gloria de haber usado con ellos de misericordia?

LEONARDO: No niego yo eso. Mas, si la justicia ha de ser recta, no ha de valer con ella dureza de odio ni blandura de amor; que por eso la pintan con una espada desnuda a dos hilos, para que resista con ella la dureza del odio y la blandura de amor. Y si acaso se encontraren dos respectos, como en Carlo Magno con su hermana, uno de la afición natural y otro del cargo público, primero se ha de acudir al del oficio público que al privado de la persona.

SILVIO: No estoy yo mal con esa razón. Mas, si como dicho tengo la ley es cruel y inhumana, justo será que el príncipe la viole y no la ejecute, porque por eso pintaban los antiguos a Jano, que ellos decían que fue el primer rey de Italia, con dos rostros, uno detrás y otro delante, para que el buen príncipe mirase si las leyes que observaba habían en los pasados causado escándalo y si en los presentes causaban daños.

LEONARDO: Yo tengo por opinión que el buen príncipe ha de guardar y observar las leyes por sus antecesores puestas, porque el famoso filósofo Bías dice que el buen rey es el que ha de obedecer a las leyes y se ha de someter a ellas. Que el proverbio que dice nuestro vulgar «Allá van leyes do quieren los reyes»; y no es justo que se diga así, sino «Allá van reyes do quieren las leyes». Y así, cuenta Fulgoso que Antioquio Tercero, rey de Asia, escribió a todo su reino que si en sus cartas o letras se hallasen cosas contra las leyes, que entendiesen que era descuido, y que no guardasen tales cosas, porque su intención era observar las leyes puestas por sus antecesores.

SILVIO: Digo que es justísimo lo que decís, mas también han de ser los reyes tan sabios y prudentes que reprueben y quiten las leyes dañosas y añadan, como legisladores, nuevas leyes útiles y ejemplares; porque dice el divino Platón que entonces irán las repúblicas bien gobernadas cuando los filósofos fueren reyes o los reyes filosofaren.

FABRICIO: Lo que yo he notado de esa historia, que si Carlo Magno no hubiera puesto con tanta clausura y guardia a su hermana Berta no sucediera haber entrado Milón de Anglante en hábito de viuda, porque la privación de una cosa engendra apetito della.

SILVIO: No tenéis razón, señor Fabricio; que justo es que las mujeres estén encerradas, particularmente las que son hermosas, porque es tan mirada y tan delicada la honra de las mujeres que yo tengo más envidia a la honra que pierde la que sale fuera de su casa que al pasatiempo que recibe. Y, considerando los antiguos esto, tenían a sus mujeres en semejante clausura; y así, dice

307.– Orig. y eds. consultadas: 'Camorense'.

308.– Suplo 'más'.

Plutarco en el libro de las *Alabanzas de las mujeres* que las numidanas siempre tenían cerradas las casas cuando estaban fuera sus maridos, y tenían por inviolable ley que todo hombre que llamase a puerta cerrada le cortasen la mano derecha, y Cicerón, en el libro *De legibus*, dice que era ley muy usada entre los romanos que si por caso algún romano tenía alguna deuda, que estando el tal fuera de su casa no pudiese el acreedor ir a pedirla.

FABRICIO: Yo no sé lo que me diga de los tiempos de agora, sino que o ellas son más honradas o nosotros no estimamos tanto la honra como ellos, pues andan callejeras como nosotros; que, si tenéis cuenta, en esta ciudad no iréis por calle do no encontréis con cuatro o cinco mujeres.

ALBANIO: Dejando eso aparte, señor Silvio, no me negaréis que tuvo poca razón y poco término Carlo Magno cuando dio el puntillazo a su hermana Berta, pues había dado su fe y palabra a los cuatro caballeros de recibirla en su amor y gracia.

SILVIO: No dejaré de conceder con lo que tenéis razón; mas alguna vez reina la pasión colérica de tal modo que priva al uso de la razón, y así, el emperador Carlo Magno era muy colérico de su propia naturaleza, predominante a todos los demás humores: su primer movimiento no estaba en su mano. Y muchos ha habido en este mundo que han errado por ese camino; que se cuenta de Filipo, rey de Macedonia, que acabando de juzgar injustamente una causa contra Maquera su vasallo con ira y poca consideración, dijo su vasallo que apelaba de su sentencia, y, haciendo el Rey burla de su apelación, le dijo: «¿No sabes tú que no tengo superior? Pues, ¿ante quién apelas?». Respondió agudamente diciendo: «Señor: apelo de ti para ti, después que estuvieres desenojado y vieres la causa con mejores ojos». Volvió el Filipo sobre sí y, viendo que había errado, revocó la sentencia. Así fue de Carlo Magno; que después que reconoció la falta de su fe y palabra se reconcilió con su hermana Berta y con los caballeros.

FABRICIO: Yo para mí tengo, señor Silvio, que el autor que escribió esa historia por adorno della debió de fingir lo de la doncella encantada convertida en sierpe y lo del admirable palacio.

SILVIO: No sé, en verdad; la historia lo afirma. De cualquiera manera, la sierpe le dijo a Berta agudísimas sentencias, dignas de orejas tan discretas como las de Berta.

LEONARDO: Por cierto que tenéis razón; que ella fue discretísima, pues mostró el subido quilate de su prudencia y fortaleza en la piedra del toque de sus trabajos y peligros; que al que prósperamente le suceden todas las cosas que hace en tener fortaleza y en ser prudente no merece palma de estas virtudes, pues no ha mostrado su valor en la plaza de sus desgracias y penurias.

FABRICIO: Pregunto al señor Silvio si Orlando tuvo siempre este nombre.

SILVIO: Digo que siempre se llamó Orlando en lengua francesa y italiana, y en español Roldán, aunque en muchos privilegios se halló su firma y firmaba Rotolando. Fue senador romano y murió en Roncesvalles.

ALBANIO: Señores: las diez da el reloj y es hora que vamos a dar el debido descanso a los cuerpos, pues las almas lo han tenido con tan buena conversación.

SILVIO: Vamos por cierto. Mochacho: pasa el hacha adelante y vete junto a nosotros, que, como somos viejos, vemos poco y lo poco se nos hace mucho.

LEONARDO: Mañana a la noche convido a vuestras mercedes a mi pobre casa, adonde pasaremos en semejante conversación otra tanta parte de la noche.

FABRICIO: Yo no seré el postrero.

ALBANIO: Todos iremos a recibir merced.

SILVIO: Yo por mi interés seré el primero. Y nuestro Señor os amanezca con bien.

LEONARDO: Lo mismo suceda a todos. Y con esto, vale, señor Fabricio.

NOCHE TERCERA

DIÁLOGO CUARTO

ENTRE FABRICIO, SILVIO Y ALBANIO EN CASA DE LEONARDO

CAPÍTULO NONO

Do defiende Camila el género femenino

ALBANIO: Las siete horas da el reloj: a buena hora vamos, señor Fabricio. Hasta las diez van tres, y ésas tendremos de muy buena conversación, porque Leonardo es hombre muy leído y general en todas materias.

FABRICIO: Su mujer no presume menos, y tendréis cuenta³⁰⁹ cómo en cualquiera materia que se trate querrá afirmar, contradecir o alegar.

ALBANIO: Pues en verdad que voy con presupuesto de decir mal de mujeres para dar ocasión que salga ella con su desenvuelta lengua a contradecirme.

FABRICIO: No le faltarán razones, porque es mujer muy leída. Abreviemos el camino con más presuroso paso, porque hace gran frío. Mas, ¿quién es este que viene con hacha? Parece Silvio... Él es en verdad: aguardémosle.

SILVIO: Buenas noches dé Dios a vuestras mercedes.

FABRICIO: Seáis bien venido, señor Silvio. De lejos os habemos conocido.

SILVIO: No es de maravillar según voy inclinado a tierra, haciendo de la cabeza pecho y de las espaldas cabeza, aunque todos tres hacemos esa figura.

ALBANIO: Abierta está la puerta de Leonardo, y con lumbre.

SILVIO: Pues... Mochacho: amata esa hacha y llama con esa aldaba.

LEONARDO: No hago nada de eso en casa de vuestras mercedes, sino subirme sin llamar. No sé qué sirve estrañarse tanto en su propia casa. Sean vuestras mercedes bien venidos y asiéntense a este buen fuego, que sin él en este tiempo no es buena la conversación.

ALBANIO: Hágase como vos lo ordenáis, pues en ello interesamos tanto; que en verdad que hoy en todas las más cocinas no faltará materia de que tratar, y aun que estarán algunos con algún temor en ellas del estraño y prodigioso terremoto que hoy ha habido en esta nuestra ciudad; que casi ha sido tan admirable como el que otra vez sucedió en ella el año de mil y trecientos y 45, día de la conversión de San Pablo.

FABRICIO: Cierto que confieso mi poco ánimo, pues hoy he pensado que se acababa el mundo, pues duró el terremoto dos horas. Y dicen han caído más de veinte casas y muchas mujeres han muerto de espanto.

SILVIO: Pues diga el señor Albanio de qué proceden estos terremotos.

ALBANIO: Contra toda razón y buena filosofía proceden los terremotos en invierno, y así, este de hoy tengo por muy prodigioso, porque Plinio y Aristóteles y los demás filósofos dicen que

309.- Veréis.

el terremoto se causa del estar los vapores y exhalaciones encerrados en las entrañas de la tierra, que procuran salir y, como respiran, se alteran, mueven y perturban; y con aquella agitación tiembla la tierra, y con el temblor se caen los edificios y se hacen aberturas en ella y se sumen no sólo ciudades enteras, mas aun las provincias. Y algunas veces se tornan a cerrar que no se parecen, y otras veces se quedan abiertas y cuando por la agitación se encienden los vapores salen llamas. Y sin duda, aunque son efectos naturales, Dios los envía para castigo de nuestros pecados; y aun en esto muestra su infinita misericordia, pues pocas veces acaecen que no proceda antes un rumor como bramido, aunque más o menos conforme a la cantidad de la materia que se altera y a la concavidad en que está. Y porque en estos tiempos de invierno hay más humedades que ventosidades, es contra toda buena razón el terremoto que hoy ha sucedido en esta ciudad.

FABRICIO: Tito Livio y Paulo Orosio cuentan un maravilloso terremoto que hubo en Roma el cual fue prodigioso conforme al sujeto que tratamos; y fue que el año del consulado de Servilio Hala y Lucio Genucio tembló la tierra fuertemente, y después que aquel temblor paró, en la mitad de la plaza quedó una grande caverna y abertura, y con cosa ninguna que dentro se echase no fue posible tajarla ni rehinchirla, y della salía un vapor tan pesado que mucha gente se inficionó, y visto que remedios no bastaban para librarse de tal calamidad, lo consultaron con sus agoreros y adivinos, y después de haber hecho sus acostumbradas ceremonias dieron por respuesta que jamás no se cerraría si dentro della no se echase lo más precioso de toda Roma. Por lo cual todos, con libre y propia voluntad, las mejores joyas que tenían arrojaron dentro della, y no por eso consiguieron su deseo; mas Marco Curio, considerando que no hay joya más preciosa que la virtud y valor, se armó y, habiendo cabalgado en su caballo, le apretó las espuelas y se lanzó dentro, y en el mismo instante aquella infernal boca se cerró. Yo tengo para mí que todas eran ilusiones del Demonio para darles a entender que le eran agradables sacrificios de hombres.

ALBANIO: Señor Leonardo: no será razón que pase la plática adelante sin que en ella asista la señora Camila.

LEONARDO: Luego sale, que está viendo dar recado a los criados del campo.

SILVIO: No se hace así en mi casa; que todo va a la folla³¹⁰ y no hay quien tenga esa cuenta con ellos.

CAMILA: Sean vuestras mercedes muy bien venidos. No sé cómo encarecer el deseo grande que tenía de recibir esta merced.

FABRICIO: De esa suerte, todos habremos deseado una cosa igualmente.

CAMILA: Por cierto, señores, que vivo muy envidiosa de la buena conversación y gustosa plática que vuestras mercedes tienen casi todas las noches de invierno.

FABRICIO: En ninguna cosa parece bien la envidia sino en semejante cosa, porque en verdad que es digna de ser envidiada, no por la parte que yo pongo en ella, sino es por el todo que son estos señores. Y en verdad que anoche el señor Silvio nos dejó con muy gustosa boca, porque nos contó una admirable historia, llena de mucha moralidad y doctrina, de la fortaleza y prudencia de Berta, hermana del emperador Carlo Magno. La cual según sus trabajos y infelices sucesos tuvo de su mano a la fortaleza y prudencia, virtudes heroicas; que no fue de poca admiración para mí por ser en sujeto tan flaco como son las mujeres.

CAMILA: Por cierto, señor Fabricio, que está muy bueno eso. Ya no hay hombre que no guste decir mal de mujeres. Pues seos decir que cuanto más vituperen nuestro género más aniquilan el suyo, y pruébolo con argumento. Cosa certísima es ser más noble y perfecta la forma que la materia, como, por ejemplo, más perfecto es un edificio acabado de hacer que no el lodo y argamasa antes que se haga; pues si ello es así y nuestro padre Adán sirvió de materia en la forma de Eva, luego más perfecta fue Eva que Adán, y por el consiguiente lo somos y seremos todas las mujeres.

310.- A lo loco, sin orden.

FABRICIO: Sufística razón es ésta, señora Camila. Luego en razón de vuestro argumento todos los hijos serían más perfectos que los padres, atento que los padres son materia de la forma de ellos, y sería por la sucesión ir aumentando la perfición en los hijos, lo cual la experiencia, maestra de todas ciencias, nos enseña lo contrario. De modo que Adán fue la primera forma de hombre y los demás son modelos suyos, y las mujeres, individuos imperfectos.

CAMILA: Porfiáis tanto y tan sin razón todos los hombres en esta materia, que, con no tenerla, vendéis vuestra parte por tan justificada que está la victoria tan cerca de vosotros como vosotros lejos de merecerla.

FABRICIO: No es de maravillar, señora Camila, que presumamos los hombres lo que la ley natural nos manda; que os sé decir que si no hubiera por medio el haber mamado los hombres vuestra leche, que aun presumiéramos más; porque si alguna flaqueza o vicio tenemos nos la disteis, cual ponzoña, disfrazada en ella.

CAMILA: ¡Qué mal pagáis, señor Fabricio, la leche que os dio vuestra madre! ¿No sabéis que los nueve meses que la madre lleva al hijo en sus entrañas lo cría, alimenta de su propia sangre y substancia, y después que dellas sale se enciende tanto el fuego de amor de la madre que recuece la sangre y, convertida en blanca leche, se la da por sustento? Y así, dice el divino Platón que de ninguno son los hijos más amados que de la madre, porque les dio sus pechos.

FABRICIO: Bien es verdad, señora Camila, lo que decís; mas ¿no sabéis que es pecha que de derecho debe la madre a los hijos por haberlos engendrado y puesto en la miseria deste mundo? Mas considerad los efectos de naturaleza, que como aspira en todas sus obras a perfición, engendra y produce más hombres que mujeres, y las que ha engendrado son imperfecciones della. Y así, veréis las historias tan inmundas de malas mujeres que me convidan y provocan a decir mal de ellas. ¿Por quién se perdió Troya, sino por Elena? Y ¿por quién se abrasó Persípolis, sino por Tais? Y ¿por quién se perdió España, sino por la Cava? Y otros mil reinos y provincias que perdieron sus nombres por ellas.

CAMILA: ¡Paso, señor Fabricio! No me negaréis que en todas las especies de las cosas, aunque sean en sí mismas perfectas, se hallan algunos individuos menos perfectos que otros, y también algunos malos en toda la bondad y perfición de su especie. Como, por ejemplo, entre los ángeles, que son perfectísimos, hubo un Lucifer y otros individuos malos, y semejantemente en todas las especies. Y así, no es de maravillar si en nuestro perfecto género hay algunos individuos malos que son como abortamientos y monstruos femeninos, que en verdad que en los hombres son partos muy ordinarios. Y así, no tenéis que arrimaros a Elena porque perdió a Troya, ni a Tais porque abrasó a Persípolis, ni a la Cava porque perdió a España, sino a la castidad de Lucrecia y a la honestidad de Penálope y de Policena, y a la limpieza de Amigunda y al estremado amor de Artimisa, que fue tan grande que hizo sepultura y sagrario de las secas cenizas del marido muerto en sus entrañas, y al amor de Pantasilea, que después de haber hecho las obsequias del marido muerto se ofreció por víctima en su sepultura, y a la castidad de Dido, que aunque Virgilio la condena otros autores la salvan. Al fin, señor Fabricio, os tiene la ambición los sentidos tan sincopados que no veis la ventaja que en todo las mujeres os llevamos ni los defectos que han tenido los hombres más graves del mundo. Porque Homero fue vaniloco, Alejandro furioso, Julio César ambicioso, Pompeyo superbo, Demetrio vicioso, Aníbal pérfido, Vespasiano avariento, Marco Aurelio enamorado. Pues si éstos, que al parecer de las gentes han tenido algunos grados de perfición, han sido tan defectuosos, ¿por qué queréis objetar nuestro género, siendo tan inválido el vuestro?

FABRICIO: Como picada, picáis demasiado, señora Camila. Ha sido tan mordaz vuestra lengua que, a falta de hombres malos, habéis hecho presa con ella en los príncipes más excelentes que ha tenido el mundo. Lo que no fuera en las mujeres, porque, para decir mal dellas, sin ir muchas leguas a buscarlas se hallarán.

CAMILA: Ara vamos poco a poco, señor Fabricio. Bien sabéis que todo aquello que es más allegado a perfición tiene más parte de beldad y hermosura; pues, si esto es así, la hermosura está más en las mujeres que no en los hombres, luego más grados de perfición tenemos las mujeres que no los hombres.

FABRICIO: Bien parece proposición vuestra, señora Camila. Y así, respondo que es la naturaleza tan piadosa que, conociendo la imperfición de la mujer y sus defectos, la quiso dotar en lo exterior de esa hermosura para que los hombres no la aborreciesen del todo y la amasen, porque os sé decir que de otra manera huyeran los hombres dellas; y así, con todo eso es menester para juntarlos que traiga la mujer hermosura y dote, como contrapeso y añadiencia a la falta de perfición, en comparación y igualdad del hombre.

CAMILA: Esa razón, señor Fabricio, más llena está de malicia que no de verdad; que antiguamente daban los hombres dineros por casar con las mujeres, y hoy lo hacen los sarracenos. Y Jacob sirvió por Raquel catorce años a Laban. Mas pasemos adelante: cosa muy cierta es que el amor en orden es un complemento de virtud, y la virtud es perfición. Y este amor se halla más en las mujeres que no en los hombres, porque generalmente aman más las mujeres a sus maridos que no ellos a ellas, como por experiencia se ve en la muerte de sus maridos en el sentimiento y pena: indicios patentes del mucho amor. Y si esto es así, más perfectas somos en esta virtud que no los hombres, los cuales con un fingido suspiro y un llanto contrahecho hacen las obsequias de la mal lograda.

FABRICIO: Mejor os fuera callar, señora Camila, que no haber propuesto una razón que con ella misma os tengo de vencer. Ya os concedo que las mujeres aman más a sus maridos que no los maridos a ellas; y por que sepáis la causa de esto habéis de saber que el amante siempre ama a lo que es bueno y a lo que es mejor y a lo que es más perfecto de lo cual carece el amante; y así, conociendo la mucha perfición en los hombres y la necesidad y falta que della tienen las mujeres, los aman en tanto extremo, como a cosa más noble y perfecta. Porque si ellas no los amasen como a tales mayor defecto se descubriera en ellas, porque amaran a lo que no era bueno ni tal que igualara con ellas. Y así lloran la muerte de sus maridos con tanto sentimiento y justa razón, lo que no hacen los hombres en tanto extremo. Aunque ha habido hombres principales que han hecho grandes sentimientos, como dice Tito Livio; que Publio Varrón quedó tan lastimado de habersele muerto la madre que el tiempo que le quedó de vida jamás se quiso hacer la barba, ni menos dormir en cama ni asentarse a comer en mesa.

CAMILA: No tiene que hacer eso con lo que yo leí los días pasados en la guerra que el emperador Cunrado³¹¹ tuvo en Alemaña, que es un triunfo de amor en orden; y fue que, siendo la villa de Vuisperg³¹² muy apretada de la gente de guerra, se entregó a merced del Emperador; y entre otras condiciones que pidieron se concedió que todas las mujeres vecinas della, allende de la libertad de sus personas, pudiesen sacar libremente lo que pudiesen llevar sobre sus personas, y ellas, como piadosas, dejaron las riquezas y joyas y sacaron a sus maridos a cuestras y las que no los tenían, a sus hijos y hermanos, y así libraron de la muerte a los condenados a ella.

FABRICIO: No puedo dejar de conceder que fue heroico hecho. Mas también escribe Cenobio copiosamente en la historia de Dánao, hijo de Belo, el cual tuvo cincuenta hijas de diversas mujeres. Y su hermano Egipto tenía también igual número de hijos y queríalos casar con las hijas de su hermano Dánao, y Dánao no lo quiso conceder porque un oráculo le había dicho que había de morir a manos de un yerno suyo hijo de su hermano Egipto; pero con todo eso se determinó de casar sus cincuenta hijas con los cincuenta hijos de su hermano, y les mandó a sus hijas que la noche de la boda llevasen secretamente un cuchillo cada una y que cuando sus

311.– Conrado II 'el Sállico'

312.– Debe tratarse de Wirsberg, en Baviera.

maridos estuviesen durmiendo los matasen, y esto lo hacía por desmentir al oráculo. Al fin, todas lo pusieron por obra ecepto una llamada Hipermeatra, la cual no lo quiso hacer; y así, su marido, llamado Linceo, cumplió lo que el oráculo había dicho, porque éste mató a su suegro Dánao. Mirad, señora Camila, qué mayor maldad pudieron hacer, que entre cincuenta mujeres sola una tuvo fidelidad a su marido; y sábelo Dios si lo dejó de hacer por amor o temor.

CAMILA: No tenéis razón, señor Fabricio, de vituperar tanto lo que esas mujeres hicieron, porque la disculpa tienen muy buena; porque sabían lo que el oráculo de Apolo había dicho, que uno de sus maridos había de matar a su padre; y así, forzadas y inducidas del amor paterno lo hicieron, y así, antes se les ha de atribuir a hecho heroico y notable. Como se le atribuye a una afamada mujer parienta de aquel gran Ciro, rey de Persia, del cual escribe Jenofonte que después que hubo alcanzado grandísimas victorias vino a morir a manos desta mujer, la cual lo mató peleando, cortándole la cabeza, la cual metió dentro de un odre lleno de sangre humana, diciendo: «¡Hártate de sangre humana, cabeza deseosa della!». Y con esto libró de mucha sujeción y tiranía a su patria, sin tener respecto al parentesco que con Ciro tenía.

FABRICIO: ¿Sabéis que he notado, señora Camila? Que los más hechos de fortaleza que las mujeres han hecho han causado más daño que provecho. Cuéntase de aquella soberbia mujer de Otoncaro,³¹³ rey de Bohemia, que, habiendo sido su marido rendido de Redulfo, emperador de Alemania con condición que le había de restituir ciertos estados y que él en persona había de dar la obediencia hincada la rodilla en el suelo ante el Emperador, cuando ella lo supo y se vido ante él, fue della grave y soberbiamente reprehendido, diciéndole que pues tal bajeza había hecho, que no merecía llamarse rey ni traer corona sobre su cabeza, pues se había humillado, desarmado, ante su enemigo, y que le diese a ella el ejército, que ella cobraría por guerra lo que él por cobarde había perdido. Y así, estas palabras fueron causa que el Rey faltase su palabra y juramento y tornase con mano armada contra el Emperador, del cual fue vencido y muerto y conquistadas sus tierras. Mirad, señora, cómo el ánimo y fortaleza de la mujer atrae más daño que provecho, y es más pecado de soberbia que no virtud de fortaleza.

CAMILA: Esa sola fue una, y fue contra la general condición de las mujeres, porque es cosa muy evidente que todas desean tener más en paz a sus maridos afrentados que no matándose por la honra, porque el amor y piedad reina más en ellas que no en los hombres. Y así, las historias hallaréis llenas de ejemplos de piedad hechos por mujeres. Si no, considerad lo que se cuenta de aquella matrona romana que, estando su viejo padre preso por grave delicto y condenado a que muriese de hambre, impetró ella licencia del carcelero de verlo sola una vez cada día, con condición que fuese visitada³¹⁴ si le llevaba alguna cosa de comer, y ella piadosamente le daba de mamar su propia leche, sustentándole con esto mucho tiempo. Y como viesen los jueces que duraba muchos días sin morir, inquirieron la causa y hallaron el piadoso caso; y así, de los jueces fue loada la hija por tal piedad, dando por libre a su viejo padre y mandado por el Senado que fuesen sustentados de la renta del errario, y que la prisión fuese de allí quitada y en su lugar hiciesen un templo llamado de la Piedad. Veis, señor Fabricio, cómo este ejemplo excede a los que vos habéis dicho.

FABRICIO: Yo concedo que fue buena obra. Mas ¿qué hace en pagar el que debe? Que esa mujer sustentase el ser a quien se lo dio no hizo nada, porque estaba en ley natural y positiva obligada; mas, si lo hiciera por un extraño, en tal caso hubiera hecho mucho y mereciera más láurea. Mas ¿qué sirve probarlo por historias, habiendo argumentos y razones evidentes? Y va una: no me negaréis que nuestro padre Adán no tuvo ciencia infusa y que con ella dio nombre a todas las cosas criadas conforme la propiedad y calidad dellas; pues notad que a todas las cosas más allegadas a la virtud y perfición puso nombre de hombre, como el paraíso, el gozo, el contento, el regocijo, el

313.- Se refiere a Otakar II y Cunigunda de Eslovenia, su segunda esposa.

314.- Registrada.

descanso, el gusto y otros muchos; y, por el contrario, a las cosas ajenas de virtud las llama pena, tristeza, culpa, malicia, soberbia, ira, gula, pereza, invidia y otras muchas que por no ser prolijo las dejo³¹⁵ de contar. ¿Queréis más? Que a la necesidad la llama también lacería y pobreza.

CAMILA: Teneos³¹⁶ a las cerdas, señor Fabricio, que por esa misma razón quiero probar mi justicia. Y para que entendáis que nuestro padre Adán conoció ser el nombre de mujer más perfecto y con muchos quilates más excelente que no el de hombre, mirá³¹⁷ cómo a las cosas del todo perfectas, que son las virtudes, les dio nombre de mujer, como a la fe, a la esperanza, a la caridad, a la justicia, a la templanza, a la fortaleza y prudencia, y a la misma gloria; y con nombre de hombre llama al Infierno, al Purgatorio, al Limbo, al dolor, al tormento, al disgusto, trabajo sudor y cansancio. ¿Quereislo ver más claro? Que de dos partes que tiene el hombre, que son alma y cuerpo, con nombre de mujer llama al alma, por ser incorruptible, y al cuerpo con nombre de hombre, por ser frágil, caduco y terrestre.

FABRICIO. Dijisteisme por aviso que me tuviese a las cerdas: pues aún no me habéis hecho caer. Bien sabéis que vestida el alma con el cuerpo hacen un hombre perfecto y no mujer, porque comprehende tanto este nombre de hombre que debajo dél se entiende la mujer y el hombre y aun todo el mundo, porque así lo llaman los filósofos *microcosmos*, mundo abreviado, porque es criatura como la piedra, crece como la planta, se mueve como los cielos, siente como los animales, entiende como los ángeles. Y aunque las mujeres tienen lo mismo, son, al fin, sacadas de la cantera de un hombre.

CAMILA: Seos decir, señor Fabricio, que si las mujeres gobernarán al mundo, que hubiera más paz en él y no hubieran sucedido tantas guerras, sediciones, tumultos, muertes. Si no, leed de las reinas Pantasilea y Hipólita, reinas de las amazonas; y de la reina Semíramis, que reinó por su hijo Níno cuarenta años con tanta paz y prudencia. Yo sé decir que si nos diéramos a las letras como vosotros, que no hubiera en las leyes y medicinas tantos pareceres y opiniones.

FABRICIO: ¿Qué decís, señora Camila? Que me irritáis a que diga todo lo que siento en esta materia. ¿Hay arte más sabida ni doctrina más clásica en la escuela dellas, ni profesión más cursada que enmarañar y urdir telas de engaños, de traiciones y mentiras que mamaron en la leche que dio el Demonio a nuestra madre Eva, y así, parecen discípulos suyos? Considerando esto el filósofo Séneca, el epíteto con que difine una mujer mala es con llamarla *scelerum artifex*: maestra y inventora de marañas y enredos. Y así, si ellas, como decís, gobernarán, podrían leer cátedra de maldades y traiciones, y alegar más derechos de su tuerto que comentaron Bártulo y Felino

CAMILA: Eso se entiende de las mujeres malas, y no tenéis razón de poner en ese predicamento a todas las mujeres.

FABRICIO: Digo que tenéis razón, que la pasión me ha eslizado la lengua; que yo de las malas digo, que harta grosería fuera tocar al hilo de la ropa de las que con su ejemplo y virtud honran la tierra y son lustre de la naturaleza humana y adorno de todo el mundo.

ALBANIO: Suplico a vuestras mercedes que cese esta plática y porfía. Y cuente el señor Fabricio alguna historia que sea en favor de mujeres en pena del mucho mal que ha dicho dellas, y la señora Camila tenga paciencia, que en verdad que ha defendido bien su derecho.

CAMILA: Cierto que la memoria ofrecía al entendimiento mil argumentos en razón de mi derecho, mas quiero hacer lo que me mandáis, y por que no se diga, mal, «Canta el gallo en su muladar».³¹⁸

315.- Orig.: 'dexò'

316.- Agarraos a la crin. Preveníós.

317.- Mirad.

318.- Estercolero, con valor de 'territorio'. Decía el refrán: 'Cada gallo canta en su muladar'

FABRICIO: He estado haciendo alarde de mil historias y no hallo ninguna en favor dellas, mas diré una apacible historia del nacimiento de Carlo Magno, emperador y rey de Francia. Y, prestándome oído, digo así:

CAPÍTULO DÉCIMO

Do³¹⁹ se cuenta el nacimiento de Carlo Magno, rey de Francia y emperador romano

IMPERANDO con mucha paz y quietud en el reino de Francia Pipino, hijo del valeroso Carlos Martel, y careciendo de hijos que heredasen el Imperio, los principales del reino estaban con grandísima pena y temor que al fin de sus días hubiese guerras, discordias, muertes y rebeliones por la pretensión y herencia del Imperio; y así, istimulados de ese temor determinaron los más nobles y deseosos de paz de inducir al emperador Pipino y suplicarle se casase la tercera vez, por ver si Dios era servido de darle hijo heredero de sus reinos, lo que ya en las muertas mujeres no había tenido. Mas, como el emperador Pipino era ya muy viejo y casi impotente para el acto de la generación, hacía difícil conceder con lo que el reino pedía; mas, persuadiéndole muchas veces que lo hiciese, determinó de ponerlo por obra. Y así, les respondió que su voluntad era casarse con la doncella que más le cuadrase, de cualquiera linaje o estado que fuese, y que para tal efecto aplazasen justas reales con otros mil géneros de fiestas, y convocasen a ellas a todas las doncellas que tuvieren drecho en hermosura, de las cuales escogería la que más le apeteciese, y que para el excesivo gasto que hiciesen en venir a ellas señalaba a cada dama mil escudos de oro.

Apenas fue oída la deseada respuesta del Emperador cuando hubo nuevo alborozo y regocijo en todo el reino de Francia y aplazadas³²⁰ las fiestas de justas y torneos para cierto día, enviando carteles por todos los reinos y ciudades del Imperio ofreciendo en ellos costosos y ricos premios y con humildes ruegos llamando a las hermosas doncellas de todo él para que enriqueciesen las fiestas con su presencia. De suerte, señores, que, por abreviar la historia, allegó a París para el día señalado toda la nobleza y caballería de Francia con el hermosteo y belleza de las damas del reino en costosísimos coches y literas y en gallardos frisonos³²¹ y en blancas hacaneas, de suerte que toda la ciudad de París estaba casi absorta y admirada de ver junta una cosa jamás vista, que parecía que el cielo se había abierto y brotado de sí tanta hermosura, gala y riqueza.

Querer yo con mi tosca lengua deciros cada cosa en particular fuera querer contar las estrellas del firmamento; sólo diré que el primer día de las fiestas estaba la espaciosa plaza entoldada de finísimos brocados, y de las zuteas, balcones, galerías y ventanas pendientes finísimas alhombros, y por parte y muy cerca del Emperador una espaciosa galería estremadamente aderezada adonde asistían todas las doncellas que por su estremada hermosura eran traídas de todo el reino para el dicho efecto. No había terrado, resquicio y lugar, por pequeño que fuese, que no estuviese ocupado de mil ojos, y éstos suspenso adónde arrojarían los rayos de su vista: o a ver la compostura de los caballeros y lozanía de sus caballos, o la hermosura y perfición de tan bizarras doncellas que para tal efecto se habían juntado. Allí tuviera harto que hacer el juicio de Paris si había de juzgar cuál era más hermosa.³²²

319.- Suplo 'Do.'

320.- Juega no con el 'hubo' anterior sino con 'fue' al principio de la oración.

321.- De Frisia (Friesland). Son caballos de gran docilidad y pelaje negro. 'Hacanea' es un caballo de tamaño medio.

322.- Paris, hijo del rey de Troya, pastoreaba ganado en el monte Ida. Como mortal e imparcial, fue designado por Zeus para decidir cuál de las tres diosas (Atenea, Afrodita y Hera) era la más hermosa. Según algunas versiones, la ganadora

Y a todo esto asistía el viejo Emperador acompañado de todos los grandes de su corte en los dorados balcones de su palacio, preguntando del nombre y estado de las damas que a las reales fiestas habían venido. Y entre éstas vino la hija del conde de Melgaria, llamada Berta la del gran pie, hermana de Dudón, rey de Aquitania. Llamábase así por respecto que tenía el un pie mayor que el otro en mucho extremo, mas, dejada esta desproporción aparte, era la más hermosa y dispuesta criatura de todas las damas que a semejante efecto habían venido, y así lo pregonaba la Fama por el parlero vulgo.

Pues allegada la hora de las celebradas fiestas entró esta hermosísima doncella por medio de la espaciosa plaza en una riquísima carroza cubierta de carmesí bordada de fino cañutillo de oro, con finas piedras hechos mil lazos con traza y artificio peregrino, y por las ricas guarniciones bordados mil sucesos de amor. Tiraban a esta admirable carroza ocho caballos blancos, gruesos y hermosos, los cuales iban tascando los redondos y dorados coscojos,³²³ haciendo con las plateadas campanillas apacible son. Iba dentro la hermosísima Berta, con tan airosa muestra y bizarría que parecía que deslumbraba la luz y claridad del rojo Apolo; iba vestida de preciosísimas ropas bordadas de aljofarinas perlas y finas esmeraldas haciendo curiosos lazos por ellas, y el dorado copete levantado con mil rizos curiosos y bien hechos, y en medio dél un preciado carbunco³²⁴ acompañado de finísima pedrería que con su diferencia de colores hacían un estrellado cielo, y por airón³²⁵ y garceta llevaba un cupidillo misturado de olorosas pastillas, de tal suerte que despedía de sí un olor suavísimo. Iba acompañada de doce caballeros que con la destreza de sus caballos hacían mil saltos y corcovos, y con enseñada industria el debido acatamiento a las damas.

Fue muy mirada de todos la belleza y riqueza de Berta, y envidiada de muchas damas que habían allegado al señalado sitio. Y el viejo Emperador, desde que vido a la hermosura de Berta quedó muy de veras enamorado della, no segregando un punto los ojos del rostro della. Mas ella estaba algo picada de Dudón de Lis, Almirante de Francia, mozo galán y dispuesto que en las fiestas se había mostrado como valiente caballero.

Mas, al fin, acabadas las fiestas, que duraron quince días, mandó el Emperador que todos se fuesen a sus tierras, dándoles a cada uno de los caballeros y damas, cada, mil escudos de oro para ayuda del excesivo gasto que habían hecho; y así, cada uno se volvió a sus patrias sin que en la corte se supiese cosa alguna de la voluntad del Emperador.

Mas, como estaba ya herido de la dorada flecha de Cupido y arrojada de la hermosura de Berta, llamó a sus caballeros más privados y les dijo fuesen al conde de Melgaria y de su parte le pidiesen a su hija Berta por mujer suya y reina y emperatriz de Francia, porque esta era su voluntad. Y al uno dellos, que fue a Dudón de Lis, Almirante de Francia, le dio su poder para que en su nombre se casase con ella, y es de advertir que la hermosa Berta se había aficionado en París de Dudón de Lis. Luego fue puesta en ejecución la voluntad del Emperador con mucho contento y alegría de todo el reino, y así, luego se partieron a Borgoña el Alta, que es adonde tenía su estado el conde de Melgaria, y llegados a ella fueron muy bien recibidos y hospedados del Conde; y oída que fue la embajada y petición del emperador Pipino, quedaron el Conde y la Condesa tan absortos de sumo contento que por espacio de tiempo no supo el Conde qué responder, y, al último, dio una humilde respuesta, ofreciéndose³²⁶ ellos y su hija por esclavos, teniendo a mucha dicha el humillarse el Emperador a recibir a su hija por esposa.

Afrodita (Venus en la mitología romana) se habría desnudado para facilitar la decisión de Paris.

323.- Pieza de hierro que forma parte del bocado de las caballerías.

324.- O 'carbuncló': rubí.

325.- Penacho de plumas, por lo general negras. 'Garzota' es el penacho de la garza, de color blanco. Precisamente la ed. de Bruselas 1610 corrigió 'garceta' a 'garcota' (errata por 'garçota').

326.- Orig.: 'ofreciense'

La cual se holgó en extremo, por subir a una dignidad tan alta y suprema, y así, se esposó con Dudón de Lis en nombre del Emperador con el poder que para ello presentó. Presentáronle riquísimas joyas y preseas³²⁷ de inestimable precio, hiciéronse costosísimas fiestas, y preparando otras tantas por el camino por do había de pasar, aparejándose toda la nobleza de Borgoña para acompañarla a París con el fausto y pompa que la autoridad de una emperatriz requería. Y así, partieron de Melgaria con mucho acompañamiento, haciéndole en todas las ciudades y villas sumptuosos recibimientos y costosas fiestas; aunque sus viejos padres no venían con ella por respecto de cierta enfermedad que el Conde tenía.

De suerte, señores, que en este camino se urdió y tramó una de las más fraudulentas marañas que jamás habrán oído; y fue que la nueva emperatriz traía consigo una doncella secretaria suya, hija de la casa de Maganza, la cual en la edad y en el talle y hermosura le parecía tanto que los cortesanos de su corte se engañaran muchas veces, si no fuera el desengaño la diferencia de los costosísimos vestidos que llevaba la Emperatriz. Y ésta se llamaba Fiameta, y era tan querida y amada de la hermosa Berta que con ella, y con otri³²⁸ no, comunicaba sus íntimos secretos; y así, sintiéndose afligida le descubrió su pecho diciéndole desta suerte:

—Por entender, querida y de mí muy amada Fiameta, cuán de veras celas mis ocultos y a ti descubiertos secretos, te quiero manifestar lo íntimo de mi pecho. Porque no sólo consiste la verdadera amistad en³²⁹ unidad de conformes voluntades, mas también en la comunicación de sus ocultos secretos; y así, quiero sencillamente descubrirte la causa principal de la pena que tan de veras me aflige y entristece, porque aunque la próspera Fortuna por una parte me ha sido favorable en ensalzarme al más empinado risco deste mundo dándome el ceptro y corona de su Imperio, por otra parte me ha dado por marido un decrepito viejo como es el emperador Pipino, que, según la parlera Fama, los muchos años le han hecho impotente. Y yo he puesto los ojos con entrañable amor en Dudón de Lis, Almirante de Francia, y pluguiera a Dios que como se ha desposado conmigo con poder del Emperador y en su nombre, fuera por él propio, y lo que más siento desto es que está mi gloria en no publicar mi pena. Mas, como el cuidado siempre vela y da trazas con que sacudirse de los hombros del que lo tiene, he imaginado cómo despedir de mí esta pena; y es que, pues naturaleza nos quiso a entrambas dibujar con una misma figura, rostro y talle, disposición y brío, de tal suerte que con dificultad los ojos que nos veen nos diferencian, que tú, con mucha disimulación, vestida y adornada con mis vestidos reales, la noche que llegare en París te echas en la cama del Emperador a consumir³³⁰ por mí el matrimonio hecho, quedando tú para siempre por verdadera emperatriz; que yo seré tenida por tu secretaria llamándome de tu propio nombre; que tú podrás, puesta en esta dignidad tan alta, casarme con Dudón de Lis, Almirante de Francia, de suerte que las dos vivamos contentas y a nuestro gusto.

Apenas fue discurriendo la falsa Fiameta el razonamiento de la nueva emperatriz cuando fraguó en su pecho un acibarado intento contra su señora; y fue de conceder con su voluntad para que, después de haberse hecho emperatriz, hacerla matar y quedarse absoluta emperatriz y reina de Francia. Y para hacer mejor su negocio lisonjó las razones de Berta loando su agudísimo ingenio y admirable traza, ofreciéndola de casarla con Dudón de Lis y de hacerla dar muchas más tierras en dote del patrimonio real, con otras mil promesas acompañadas de mil juramentos y ofertas. Y en este ínterin la fraudalenta Fiameta, como rama del tronco de Maganza,³³¹ armó

327.— Alhajas, objetos de mucho valor.

328.— Otro. En la época también se usaba 'otre,' 'otrie'.

329.— Orig. y eds. consultadas: 'é'.

330.— Voz anticuada, según el DRAE 1780. Algo más abajo se lee 'consumar el matrimonio'.

331.— Alude al conde Galalón o Ganelón de Maganza, el traidor que aparece en la *Chanson de Roland*. Facilitó la derrota de Carlomagno en Roncesvalles, con la muerte de los Doce Pares de Francia.

de tal manera la traición que ella quedase por emperatriz y su señora fuese muerta. Y para este efecto dio parte a ciertos caballeros deudos della, por conocer que frisaban³³² con sus engaños y cautelas, los cuales prestaron oídos de muy buena gana y le ofrecieron de collocalla absoluta reina de Francia dando la muerte a la verdadera señora della, y ella les ofreció grandísimas mercedes y cargos honrosísimos en teniendo efecto todo lo concertado.

Pues llegados que fueron a la insigne ciudad de París salió el viejo Emperador acompañado de toda la ciudad a recibirla con mucho contento y regocijo. Y aquella noche fue la hermosa Berta desposada de nuevo, en retificación³³³ de lo hecho, por manos del cardenal Virino. Y llegada la hora de consumir el matrimonio, se retiró ella, como es costumbre de reinas, a ser desnudada de sus doncellas, y no quiso que ninguna entrase en su retrete si no es su querida Fiameta, y entonces ella tomó los vestidos nunciales de Berta y Berta tomó los suyos; y la falsa Fiameta se echó en la cama del viejo Emperador, y a su señora Berta la dijo que convenía, por más secreto, que aquella noche no dormiese con las demás doncellas, sino antes bien que aquella noche, fingiendo ser de guardia, durmiese en una galería que en el jardín estaba; y ella inocente de la traición, hizo lo que su criada le mandaba.

Y ya la falsa Fiameta había ordenado con los caballeros deudos suyos aquella noche la hurtasen por el jardín y en un bosque cuatro leguas de París la diesen la muerte. De suerte que, llegada la hora, siendo encubridora la noche, hurtaron a la desventurada Berta y con desapiadado ánimo la llevaron a un desierto bosque con intento de matarla; y ella virtiendo por su divino rostro infinidad de lágrimas, les rogaba y pedía le otorgasen la deseada vida; mas como los infames caballeros, o, por mejor decir, verdugos, se viesan una legua dentro de la espesura del bosque, quisieron poner por efecto su malino intento sin que las lágrimas de Berta bastasen ablandar su dureza algún tanto. Mas, al último, determinaron de no matarla, sino dejarla atada al tronco de una seca encina desnuda de todas sus ropas excepto de una sutil y delicada camisa, para que de este modo pereciese de hambre o fuese de alguna fiera despedazada. Y, puesto por obra, llevaron los vestidos della a la falsa Fiameta como testigos de su muerte, dándola a entender que la dejaban muerta, quedando la pobre señora, pagando su mal intento, desnudas sus virginales carnes, que competían con la cándida nieve, haciendo muestra a los silvestres árboles de sus hermosos pechos, y a las humildes yerbecitas de sus bien proporcionadas piernas y a las frondosas ramas de aquellas dos madejas de finísimo oro de Arabia, esparciendo su delicada voz con mil quejas por el espeso bosque, haciendo en las orejas de los animales un resonante eco que les causaba espanto y admiración. Y así, quejosa de su desdichada suerte, comenzó a desenconar su afligido corazón diciendo de aquesta suerte:

—¡Oh mundo inmundo, variable e inconstante, qué poco tienes de firmeza y cuánto de inconstancia! ¡Qué poco duran tus contentos y con qué brevedad entronizas y abates a los hombres, premiando a unos sin merecimientos y castigando a otros sin cometidas culpas! Aunque en mí te muestras muy justo, pues por un deleite al quitar quise despojarme del imperio tuyo, pues ayer me pusiste en el punto más alto de tu globo y hoy en el más inferior de tu círculo; ayer con ceptro y corona y hoy avasallada y rendida a los indómitos animales; ayer vestida de ropas reales, hoy desnuda de todo punto; ayer libre y suelta a todo lo que quería y hoy atada a una rústica y seca encina cual otra Angélica, para sustento de alguna fiera. Mas, ¡ay de mí, que para mí no habrá otro Rugero como para ella! Ayer reverenciada y servida de muchos príncipes y hoy desechada de todo el mundo. ¡Oh variable Fortuna, cómo te abandalizas³³⁴ a la parte que más gustas sin medir el premio de cada uno! ¡Acaba de aniquilarme, pues sólo te falta privarme de la vida! ¡Qué virtud

332.- Coincidían, comulgaban. V. la n. 216.

333.- Por 'ratificación' V. la n. 289.

334.- Tomas partido, favoreces.

de paciencia podrá resistir a tanta desventura y colmo de miseria como la mía? Si me quiero aconsolar con otras tristes mujeres, veo que sus desdichas pasaban como de vuelo, mas las mías tienen echadas las áncoras en la tormenta de mis desgracias. ¡Oh Bías, famosísimo filósofo, si tú pasaras por medio el escuadrón de mis trabajos no dijeras como dijiste que no se podía llamar venturoso el que no sabía sufrir la desventura! Pasaras en silencio semejante sentencia. Mas ¿qué digo? ¿De quién me quejo? Pues de mí propia he de formar queja, y de mi sobrada gallardía, por la cual deseché el ceptro y corona desistiéndolo en la más fraudalenta mujer del mundo, pues en retorno y pago de tan alto beneficio me ha procurado la muerte. ¡Oh falsa Fiameta llena de ambición y soberbia, pues ella te ha inducido a ponerme de aquesta suerte! ¿Esta es la amplísima confianza que de ti hacía? ¿Estas son las largas promesas que me ofrecías? ¿En esto han parado los escondidos secretos de mi pecho, para ti claros y patentes? ¡Oh traidora mujer, cuán bien muestras de la raíz do decientes!

Estando, pues, la triste señora del modo que he dicho, azotando el viento con sus tristes voces, toda convertida en lágrimas, fue vista del piadoso Lípulo, montero del Emperador, el cual tenía su habitación y morada en la mitad de aquel espeso bosque, orillas del caudaloso río Magno, que por medio dél lleva su corriente; el cual como vido semejante espectáculo, lleno de admiración se allegó con temeroso paso adonde estaba la desnuda Berta y con tiernas palabras le persuadió le diese parte de quién era y la causa por que padecía de aquella suerte; y ella celando la verdad, con fingidas razones le dijo ser hija de una pobre viuda de lejas tierras y que había sido hurtada de un caballero, y que por no haber querido condescender con su voluntad la había dejado atada y desnuda en aquel bosque para que los hambrientos animales la sepultasen en sus entrañas. De suerte que el piadoso Lípulo fácilmente dio crédito a lo que la afligida Berta le había dicho, y todo lleno de piedad y ternura, desató los más bellos y blancos brazos que en toda la Galia había de la más seca y rústica encina de todo el bosque, y la rogó fuese a su pobre casa, que muy cerca de allí tenía en la mitad de aquel bosque, como montero que era del Emperador. Hubo de hacerlo Berta por salvar la vida, que es la cosa que más naturalmente se ama, aunque sintió muchísimo el saber que Lípulo era montero del Emperador.

Mas, como la necesidad pone freno a la voluntad, hubo de ir a su casa con mucha disimulación, desnuda y vestida con una delicada camisa, pisando con sus cándidos pies los punzosos abrojos, y celoso el aire de la delicada camisa, procuraba con mil remolinos desviarla de sus delicadas carnes, y las humildes plantas, sentidas de su ausencia, procuraban detenerla asiéndose de su camisa; y así, corrida de sí misma llegó al pobre albergó del piadoso Lípulo, adonde de su no menos piadosa mujer Cintia³³⁵ fue bien recibida y vestida y adornada al uso campestre. Y, viendo por algunos días la hermosura y discreción y bondad de Berta determinaron de prohijarla en casa, pues carecían de herederos propios y legítimos. Dejemos, pues, dos años servir de hija y criada a la hermosa y desgraciada Berta, y vamos a ver en el estado en que está la traidora Fiameta.

La cual jamás en dos años de nadie fue conocida ni descubierta, mas antes tenida siempre por Berta, la verdadera y legítima Emperatriz. Y la causa fue que a sus deudos, digo a los que llevaron a matar a la hermosa Berta, los hizo ella morir secretamente con veneno; mas, como la traición y el secreto jamás tuvieron larga amistad, se vino a descubrir desta manera. Que el conde de Melgaria habiendo convalecido de su larga y prolija enfermedad, procuró de venir con su mujer la Condesa a París a ver a su deseada hija la Emperatriz: mas, como tuvo noticia la falsa Fiameta de la venida de sus no verdaderos padres y que por esta vía se había de descubrir patentemente su traición y maraña, no halló otra traza más conveniente que fingir que estaba enferma de una enfermedad jamás oída, que della resultaba una melancolía tan grande que de ninguna suerte quería ver lumbre natural ni artificial, sino que tenía algún sosiego cuando estaba en continuas

335.- Orig.: 'Sintia,' por única vez.

tinieblas, y, si por suerte entraba alguna luz en la pieza donde ella estaba, daba grandísimas voces, como si le dieran tormento. Y no sólo esto, mas también fingía que el hablar le daba grandísima pena, de suerte que en todo se procuraba de darle gusto, y por aquí pensaba no ser conocida del conde y condesa de Melgaria. Y desta tan inaudita enfermedad dio harto que ventilar a los más excelentes médicos de aquella universidad.

Mas, como tuviese el Emperador noticia de la venida de sus dos consuegros, se holgó en extremo, entendiendo que por ese respecto cobraría salud la falsa Emperatriz, y así, despachó un embajador dándoles la bienvenida y la enfermedad que su hija tenía; mas apenas llegó el embajador cuando entraban en París con grandísimo aparato y pompa.

Salió el Emperador con toda la nobleza de su corte y con toda la ciudad, y apenas hubieron apeado en palacio cuando fueron a ver a la enferma Emperatriz, rogándole que por un poco espacio de tiempo sufriese la lumbre de una vela en su aposento; y de ninguna manera se pudo recabar della, mas antes daba voces si tal pedían, como negocio que le importaba no ser conocida. Mas el Conde y la Condesa en la breve plática que con ella tuvieron conocieron y echaron de ver que no era su amada y querida Berta, y con una tácita y discreta disimulación fueron a tocarle los pies para más entera satisfacción, porque, como tengo dicho, Berta tenía un pie mayor que el otro en extremo, por donde vieron patentemente que era Fiameta, su criada, e infirieron un argumento: que, pues el Emperador la tenía por su legítima mujer, que alguna fuerza de amor lo había causado, y, por tener efecto, en secreto había hecho matar a Berta, su verdadera esposa, y que por ese respecto la tenía en cama con fingida enfermedad.

Y así, cuanto más trataban los Condes esta materia más culpaban al ignorante Emperador, y procuraban con muchas veras de volverse a sus tierras con presupuesto de juntar copioso ejército con ayuda y favor de muchos príncipes y dar guerra al Emperador en la demanda tan justa de su hija. El cual como ignorase todo esto, entendía que el disgusto de sus consuegros procedía de la indisposición y enfermedad de su hija, y, visto esto y la brevedad de su ida,³³⁶ determinó de festejarles con una célebre caza, pues otras fiestas no se requerían en tal ocasión, y así, persuadidos del Emperador se hallaron en ella. Dejemos, pues, los aparatos tan extraordinarios que llevaron y veamos qué presa fue la mejor que hicieron.

Y fue que, andando ocupados en la deleitable caza, unos corriendo al cerdoso jabalí y otros al cornífero ciervo con los diestros y solícitos sagüesos y lebreles, el viejo Emperador se alejó dellos siguiendo a un herido oso, y como ya el rubicundo hijo de Latona cogía³³⁷ sus doradas cortinas y la diosa Telus se cubría con su negro manto se retiró a la pobre casa del piadoso Lípulo y de la amorosa Cintia, adonde estaba la hermosa, aunque desgraciada, Berta sirviendo de hija y criada.

Mas, como los piadosos monteros viesan en su casa al Emperador y Monarca de mucha parte del mundo, andaban apesarados de tanta merced por ver el poco aparato y regalo que para servir a tan grande príncipe tenían; mas el Emperador, que siempre procuró que su humildad subiese de quilate a las demás virtudes, se acomodó en un pequeño asiento y pidió se le diese de beber, porque la sed era la que más pena le daba, y el piadoso Lípulo ordenó que Berta, como más servicial y cortesana, le diese de beber. La cual lo hizo de muy buena gana por ver que servía a su verdadero marido, y al tiempo que le daba de beber con ojos muy modestos y humilde cortesía, el viejo Emperador la miró, y de su vista procedió una cierta afición y voluntad que le incitó a requebrarla; y así, la dijo que *cúya*³³⁸ hija era, y ella respondió ser hija de Lípulo y Cintia.

Y persuadiola el Emperador si quería dormir con él aquella noche, que le ofrecía su palabra real de hacerle amplíficas mercedes; ella respondió que, confiada en su real palabra, lo tendría a mucha

336.- Entiéndase: 'viaje / estancia en la Corte', no alude al inminente regreso.

337.- Recogía, plegaba.

338.- De quién.

merced, mas que había de ser con voluntad de su padre Lípulo y su madre Cintia. A los cuales luego llamó el Emperador y les dijo en secreto si tendrían a bien que su hija Berta se acostase con él, y ellos respondieron que sí, confiados en la honestidad della, pensando que no consintiría tal cosa; y así, tornó a llamar a Berta ante ellos y ella concedió con la condición dicha. De suerte que callaron mal de su grado y se admiraron de la prompta y deshonesta voluntad de Berta, pues con ellos estaba en predicamento de una santa y virtuosa mujer. Y así, dijo Lípulo a su mujer:

—En verdad, Cintia, que pensábamos tener en casa por hija alguna virtuosa mujer y tenemos la mayor pecadora del mundo, pues con tanta facilidad ha consentido en lo que el Emperador por ventura habrá hecho para probarnos.

Vista, pues, la amorosa voluntad del Emperador, determinaron de hacer su voluntad. Y así, mandó a Lípulo el Emperador que antes que los monteros cazadores llegasen a aquel asignado lugar le hiciesen una cama en el campo, orillas del río Magno, en un carro que allí estaba, por el excesivo calor que hacía y por estar algo lejos del estruendo y voces de tanto tumulto de gente, porque él había enviado los caballeros que le seguían para que todos viniesen a hacer noche a ese sitio. Y así, fue cubierto el carro de muchas y frescas ramas, hecho aposento y cama de un emperador habiendo servido de acarrear piedra y leña. En él se acostó el cansado Emperador con su legítima mujer, aunque no conocida, adonde tuvo con ella cópula carnal, quedando de tal ajuntamiento preñada.

Y ya que la argentada Aurora enseñaba sus plateados cabellos por el sacro Oriente, la contentísima Berta le dijo al Emperador estas razones:

—Invicto Emperador y Monarca del mundo, señor mío: el filósofo Tales dijo que la cosa más ligera es el pensamiento, y la más fuerte la necesidad y la más sabia el tiempo; y tuvo mucha razón, pues con el tiempo se vienen a saber los más ocultos secretos del mundo. Dígolo porque agora que tenemos lugar oportuno y tiempo necesario, quiero que sepa vuestra Majestad un oculto e importantísimo secreto y una verísima verdad; y es que vuestra Majestad ha dormido esta noche con su verdadera y legítima mujer. Porque yo soy la desdichada Berta, hija de los condes de Melgaria y hermana de Dudón, rey de Aquitania, y la que vuestra Majestad tiene y goza en París es una falsa secretaria mía llamada Fiameta, decendiente del tronco de Maganza, que eso solo le basta. La cual con cauteloso pecho y fingidas razones me forzó a dejar los vestidos reales y se acostó la noche de la boda con vuestra Majestad, haciéndome secretamente prender y llevar de unos caballeros parientes suyos a este solitario bosque a privarme de la vida, adonde movidos de piedad me dejaron desnuda y atada a una seca encina, y así me halló el piadoso Lípulo, fingiéndole yo mi suceso y disimulando mi estado. El cual me trajo a su casa tratándome como a verdadera hija suya. Mas con todo esto no dejo³³⁹ de conocer que en este suceso, por cierto pensamiento liviano, tuve yo mucha culpa; mas, confiada en la nobleza y misericordia de vuestra Majestad, me rindo y sujeto debajo de vuestros reales pies.

El Emperador no menos admirado que suspenso, estuvo gran rato sin responderle palabra, y, al último, tornó de nuevo a informarse muy por entero del estraño suceso, y, dando crédito a todo, se levantó del dichoso carro y fue a casa de Lípulo, adonde halló al Conde y a la Condesa, que habían llegado a medianoche con mucha caballería y caza de grandes osos, jabalíes y ciervos; y, saludado que se hubo con ellos, los llamó en secreto y les contó todo lo que pasaba muy por entero; y ellos que, como tengo dicho, estaban recelosos del mismo suceso, descubrieron al Emperador sus pechos diciéndole cómo la que tenía en su palacio enferma con título de emperatriz no era su hija Berta, sino su secretaria Fiameta, y que la causa por que ella fingía la enfermedad que se publicaba era por no ser conocida dellos.

339.— Orig. y eds. consultadas: 'dexò'

Deseosos los padres de ver a su amada hija, fueron al enramado carro, adonde por orden del Emperador había quedado. Apenas la vieron cuando fue dellos conocida y ellos conocidos della con grandísimo alborozo y regocijo en sus almas. Vista, pues, la traición y maldad de Fiameta, con mucho secreto envió dos caballeros a París para que trajesen de su palacio los más ricos vestidos de Berta sin que nadie lo entendiese. y, vueltos que fueron los solícitos caballeros, se vistió la hermosa Berta dellos, que realmente eran de inestimable precio puestos en su persona y ella representaba su majestad con aumento de hermosura.

Y así, se publicó luego por todos todo el suceso y fue con grande pompa y majestad a la ciudad de París, adonde de nuevo con nuevas cortes fue coronada por verdadera Emperatriz, y³⁴⁰ la falsa Fiameta públicamente degollada en la plaza de París. Y al piadoso Lípulo le dio el Emperador el condado de Ardenia.

De esta hermosa Berta nació Carlo Magno, sucesor del Emperador Pipino su padre. Llamose así porque fue engendrado, como dicho tengo, en un carro orillas del río Magno, y así, se llamó Carro Magno, aunque agora se llama Carlo Magno. Esta es la historia de su nacimiento. Si no ha sido en favor de las mujeres, la señora Camila me perdone y eche la culpa a los coronistas, que de muy pocas dijeron bien.

CAMILA: Dios os perdone señor Fabricio, porque yo no os pienso perdonar esa mentira. Porque si la falsa Fiameta era tan hermosa como Berta su señora y entrambas a dos eran una cifra de belleza, ¿cómo podían engendrar tan malos conceptos? Porque los astrólogos y médicos, de la hermosura del cuerpo pronostican la del alma. Rasis, hombre eminente en esta facultad, en un libro que escribe al rey Almanzor tiene por cosa dificultosa que hombre feo de rostro tenga costumbres loables, y, por el contrario, que persona hermosa tenga viles hechos. Galeno dice en el título de un libro que las costumbres del alma responden a la complexión del cuerpo. Homero en su *Ilíada* a todos cuantos alaba de hermosos alaba de virtuosos. Prócleo en su libro *De Llagia* dice que en los miembros del cuerpo grabó Dios las imágenes y retratos de las almas. Platón le dio el segundo lugar entre los bienes humanos. Demóstenes, como el mejor orador del mundo, la alabó más, y dijo que la hermosura en cuerpo humano tiene dignidad divina, y que como las cosas divinas jamás hartan, que así la hermosura jamás harta, mas antes causa con su vista un deseo inmortal. Y en la mujer es este bien de más precio, y así, no quiero creer que por malicia de esas dos mujeres tan hermosas sucediese esa historia puntualmente, sino que vos con vuestro ingenio satírico la habéis trazado a vuestro propósito.

FABRICIO: ¿Qué habéis hecho de traer autores, señora Camila, en alabanza de un bien que a los diez y ocho años comienza y acaba a los treinta y dos, y así, lo llama Sócrates tiranía del tiempo breve? ¿No sabéis, señora, que no es todo oro lo que reluce, y que, si es oro, que es engastado en lodo frágil y quebradizo, y que el Demonio tiende más las redes de su enredo y embuste en las mujeres que no en los hombres, como lo hizo con nuestra hermosísima madre Eva, y que así lo hizo también en la falsa Fiameta y en la hermosa Berta? Y así, dice el Sabio en sus *Proverbios* que el don de la hermosura en una mujer liviana es un anillo de oro en un hocico de un puerco.³⁴¹ Cuanto más que la hermosura no es bien propio, sino bien ajeno, pues no la goza el que la tiene, sino el que la mira, y la felicidad consiste más en gozar del bien que no en el bien gozado.

LEONARDO: ¡Paso, señores! Cese esa disputa. Hablemos todos y tomemos la historia de su principio. Mal me parece, señor Fabricio, la determinación y modo que tuvo el Emperador en escoger mujer; porque dice la historia que hizo convocar a todas las doncellas hermosas del reino, de cualquiera estado o linaje que fuesen, para ver cuál le parecía más hermosa y para casarse con ella. Por cierto que me parece que para subir a una dignidad tan alta que convenía no se invocasen

340.- Orig. y eds. consultadas: 'y a'

341.- Proverbios, 11:22.

si no es a las doncellas de señores de título, y no que fuesen de bajo linaje; porque si escogiera una de humilde nacimiento no tuviera la gravedad y término que semejante persona debe tener, y lo otro,³⁴² fuera tenida en poco y menospreciada de todas las nobles damas. Y así, no tengo a buen acuerdo la determinación del emperador Pipino.

FABRICIO: No tenéis razón, señor Leonardo; que antes fue muy buen acuerdo en no reparar en eso. Porque la virtud y la gracia no se reparten tan solamente por las casas reales y nobles, sino por toda suerte y género de linajes, y si bien os acordáis de lo mucho que habéis leído, hallaréis que los más de los emperadores romanos han conseguido su imperio más por virtud que por nobleza, porque la nobleza y la honra son hijas de la virtud. Y así, me acuerdo haber visto en Roma, junto a la puerta Apia,³⁴³ un lugar donde estaba edificado un sumptuoso templo dedicado a la Honra, con tal artificio que no podía ninguno entrar en el templo sino³⁴⁴ que entrasen primero por otro cercano templo de la Virtud. Por cierto que, aunque gentiles, que sabían bien en qué consistía la nobleza y la honra; cuanto más que, aunque un hombre no sea noble por generación, si lo es por virtud ha de ser más tenido, porque ella es el jabón con que se quita la mancha de la baja casta, y por eso ha de ser más estimado; porque también vemos que el oro nace de la tierra, mas por su virtud es tenido en mucho.

LEONARDO: No puedo dejar de conceder lo que decís. Mas no me negaréis que no es justo y muy honroso el preciarse uno venir y descender de noble y alto linaje.

FABRICIO: ¿Quién duda de eso? Digo que es muy justo y honroso, si no resulta de ese precio menosprecio de otro. Y se ha de entender que el hombre que de tal se ha de preciar ha de corresponder con las obras de sus antepasados, porque preciarse uno de su linaje sin mostrarlo por obras es contentarse con la virtud ajena sin dar lustre a la suya, y poner fin a su linaje, como dijo Cicerón escribiendo a Patricio romano, el cual, aunque noble, era malo: «Yo te quiero confesar, Patricio, que tú decídes de patricios romanos y yo procedo de labradores pobres; mas sabe que tu linaje se acaba en ti y el mío se principia en mí». También dijo el mismo Cicerón, escribiendo a su amigo Ático, que este nombre de noble y caballero nunca lo daban los romanos a los que tenían hacienda y riquezas, sino a los que se habían hallado en vencer batallas en guerras y justas, y en ellas hecho heroicos hechos. De suerte que por esto echaréis de ver, señor Leonardo, que fue muy discreto y sabio el emperador Pipino en lo que hizo.

LEONARDO: De verdad os digo, señor Fabricio, que si no os conociera por noble de nacimiento, que os tuviera en otra figura, no conforme vuestras obras, sino a medida de vuestras razones. Mas ruego me digáis cuántas suertes hay de nobleza.

FABRICIO: A fe de quien soy, señor Fabricio, que me holgara más ser noble por obras que por nacimiento. Platón, el divino por antonomasia, dice que hay cuatro suertes de nobleza: la primera es de aquellos que son nacidos de buenos y honestos padres; la segunda, de aquellos cuyos padres fueron poderosos príncipes; la tercera, de aquellos que han habido los agüelos ilustre fama, la cuarta y más principal es la que pende y cuelga de la virtud y justas obras. Y así, escoged éstas la que más os cuadra y satisface.

LEONARDO: Muy bien habéis dicho, por cierto. Mas pasemos con la historia más adelante. Decidme, ¿qué le movió a Fiameta el hacer una maldad tan grande como hacer matar a Berta su señora?

FABRICIO: El deseo de honra y la ambición de reinar le hizo atropellar con mil inconvenientes. ¿No sabéis que el deseo de honra y fama ha hecho hacer mil desatinos en los hombres muy eminentes del mundo? Alejandro Magno ¿no era tan ambicioso de honra que, oyendo decir que

342.- Y si escogiera lo contrario.

343.- Orig.: 'a Pia' La ed. de Barcelona 1609 corrigió 'Apia'

344.- Quizá el manuscrito decía 'sin'

no había más mundo que conquistar, lloró amargamente? Hanón cartaginés ¿no codició tanto la honra que quiso dar a entender que era dios y para que con facilidad lo creyesen crió muchas aves enseñándolas a decir «Hanón es dios», y luego las dejó ir libres para que se estendiesen por todo su reino y pronunciasen que Hanón era dios? Y no es mucho que en pechos profanos quepa este vicio, pues en nuestros primeros padres tuvo entrada el deseo de honra y ambición.

ALBANIO: Todos los que por ese camino han procurado subir han dado grande caída, porque vuelan con alas de cera, como Ícaro. Y así, Fiameta diola tan grande que en la plaza de París dio la vida. Bien es verdad que hemos de dejar aparte la honra que se saca de la bondad y virtud, de quien dice San Agustín que es cruel el hombre que la menosprecia.³⁴⁵

SILVIO: No menos me causa admiración y aun casi incredulidad un notable caso de esa historia; y es que fue tan grande la similitud y apariencia de Berta con Fiameta que en dos años que Fiameta fue emperatriz no fuese conocida de alguno de palacio, así de los caballeros como de las damas que la servían, mayormente faltando la una de las dos. Y aun también tiene un no sé qué de hipógrifa³⁴⁶ la historia, pues no fue parte la falta de la una de las dos para descubrir la maraña. Y digo otra vez que lo tengo a mucho; que aunque fuese grande la similitud de los rostros y proporción y talle, que no conociesen el engaño en la voz o en el habla o en la condición, que cualquiera de estas partes, si discreparan, fuera suficiente a desengañarlas.

FABRICIO: La historia en silencio pasa la causa por que no echaron menos a la una de las dos; mas de creer es, y no hay duda en ello, que quien con tanto secreto urdió un estambre tan malo, que también hiciera creer a todos que Fiameta era muerta o ida a su tierra. Y en lo demás no hay duda sino que causa admiración, mas no incredulidad, porque otras cosas más admirables han sucedido en el mundo; que más maravilloso caso es el de Semíramis, reina de los asirios, de quien tantas hazañas se escriben, y della dice Justiniano que se parecía tanto a su hijo Nino en el rostro, disposición y talle que, muerto el Rey su marido, se vistió en hábito de hombre y, fingiendo y representando la persona del hijo, gobernó cuarenta años el reino creyendo todos ser Nino, su hijo: tanta similitud había entre ellos que pudo todo este tiempo traerlos engañados. Pues si esta concordancia había entre mujer y hombre, más cierta sería entre mujeres, porque se parecen más en la disposición de la materia. También escribe Alberto Magno, en el libro *De los animales*, otro caso mucho más admirable de dos niños, hermanos nacidos de un parto, que él afirma que vio en Alemania, que se parecían tanto que apartados el uno del otro no se podía saber cuál era de los dos, y, allende del gesto, era tanta la conformidad en lo demás que no podían vivir sino juntos y les era muy grande tormento apartarlos. Hablaban de una manera, cuando enfermaba el uno enfermaba el otro, y así, parecía que eran dos cuerpos y una naturaleza y una alma y complisión.

SILVIO: Agora digo que quiero creer a pie juntillos lo de Berta y Fiameta, habiendo oído estas dos cosas. Mas pregunto: ¿qué os parece que sería la causa de tanta conformidad en los rostros y en la complisión y pasiones del alma de esos dos hermanos?

FABRICIO: Yo bien quisiera satisfaceros a ese punto con más ciencia; mas digo como lo entiendo: que es más fácil a la naturaleza y más conforme a su propiedad formar dos rostros que en todo se parezcan que no hacerlos disformes, porque es más propio para la naturaleza producir a cada una de las criaturas con la propia semejanza, a imitación de aquella de quien en su especie ella procedió, que no el variar de cada una de ellas; porque ella es enemiga de confusión y el orden y concierto le aplace. Y por conocer esto San Agustín, tiene por milagroso caso la mucha variedad de los rostros en tan poca distancia de lugar. Y así, digo que el intento de naturaleza en la formación de esos dos hermanos no había sido de procrear más de uno, mas fue tan operante

345.- En el orig. y en la ed. de Bruselas 1610: "menospreci".

346.- Así, 'hipogripha' en el orig. y eds. consultadas. Parece errata por 'apócrifa'; pero lo mantengo porque el 'hipogripho' era un animal mitológico mitad caballo y mitad águila, y Silvio podría emplearlo aquí por 'pura fábula'.

la simiente del padre y tan dispuesta y bien acomplisionada, que engendró dos cuerpos con una complisión y naturaleza; aunque pone dificultad harto grande cómo a la simiente del padre se pueda atribuir las pasiones del ánimo, que son dolor, compasión, alegría y amor.

LEONARDO: ¡Paso, señores, no se metan en tanta filosofía! Moralícemos la historia: no es de poca admiración ver con la facilidad que el mundo empina algunos hombres y los abate y derrueca, porque en la presente historia vemos a Berta entronizada en la silla más alta deste mundo y luego abatida, desnuda y atada a una encina, y a Fiameta, de criada ordinaria puesta en su lugar, y en dos años tan trocadas otra vez las suertes.

FABRICIO: No hay que admirarse de eso, señor Leonardo, porque es tan continuo y general el ver semejantes cosas, que por este respecto no tiene lugar la admiración en ellas; que cada día vemos caídas de estados y dignidades, y, por el contrario, encumbrados a muchos. Y si no, leed los *Césares* de Mexía y veréis por las gradas que han subido y decendido muchos reyes y príncipes.

ALBANIO: Por verdad que hoy después de comer leí con la facilidad que Andrónico se levantó con el Imperio de Constantinopla y cuán presto fue derribado dél con harta afrentosa muerte; porque dice la historia que en vida de Lucio, pontífice tercero de este nombre, se levantó este emperador matando él por su mano al niño rey, al cual tenía en su poder y gobierno, usurpando el Imperio para sí; mas después fue vencido de Isacio y entregado a los suyos. Los cuales se vengaron muy bien, pues le pusieron a caballo por las calles de Constantinopla en un asno en cerro,³⁴⁷ la cara atrás, coronado con un ramo de ajos, con la cola del asno en la mano por ceptro, y así, le hicieron pedazos con tanta rabia que afirman que muchos se comían los pedazos de la carne en venganza de la muerte del niño rey. También se lee de aquel afamado príncipe Bayaceto de quien temblaba Asia y África, que vino a tanta ignominia y vilipendio que fue puesto en una jaula por el gran Tamorlán de Persia, y hacía que le sirviese de estribo todas las veces que subía a caballo: cosa más de admirar que las que hasta agora han sucedido en el mundo entre príncipes. De donde se infiere y saca cuán poca constancia y estabilidad tienen las cosas deste mundo y cuán poco provecho se puede esperar dellas. ¡Cuán bien lo conoció esto Saladino, Gran Turco! Pues cuando murió mandó, por que conociesen cuán poco sacamos deste mundo, que lo llevasen a sepultar con moderada pompa, y que delante su cuerpo fuese uno con una lanza enhiesta y en ella pendiente una mortaja, y que publicase a grandes voces el que la llevaba estas palabras: «El gran rey Saladino, señor de Asia y Egipto y de tantos reinos y señoríos como tuvo, no sacó desta vida si no es otro tanto lienzo como éste»: ejemplo por cierto digno de un hombre que no fuera pagano.

SILVIO: ¿Qué hora es la que ha dado el reloj de San Marcos, que entiendo que es tarde?

LEONARDO: Las ocho he contado. Y no creo son más, porque poco más de hora ha que llegaron a mi casa. Camila: dadnos de colación, que eso quiere decir *qué hora es*.

CAMILA: De muy buena gana, por cierto. Perdónenme que luego salgo.

LEONARDO: Al señor Albanio cabe por suerte entretener la conversación con alguna historia.

ALBANIO: Quiero pagar lo que debo, aunque no en tan buena moneda, en contaros una historia antiquísima de los tártaros, que, si bien me acuerdo, la he leído en lengua flamenca. Y es de la reina Telus, hija de la tierra, porque jamás se pudo rastrear quiénes fueron sus padres.

SILVIO: Todos recibiremos estremado gusto de oír una tan extraordinaria historia.

CAMILA: Deteneos un poco, señor Albanio, que los ratos que pierdo desta conversación, si los pudiese restaurar con dineros, no habría más pobre mujer en el mundo. Mas reciban primero vuestras mercedes esta corta colación. Pasa, mochacho, ese plato de carne de membrillo adelante, y alza tú, rapaz, esa vela.

SILVIO: ¿Para qué es nada desto, señora Camila?

347.- Montado 'a pelo'. Se describe aquí la forma en que los delincuentes eran sacados 'a la vergüenza'.

CAMILA: Bien tiene razon, señor Silvio, de decir *nada desto*, porque ello es tan poco que casi es nada. Mas mi voluntad es algo, y así, ella suplirá esa falta.

FABRICIO: Yo creo muy bien que está prompta vuestra voluntad, señora Camila, en suplir faltas de carne, porque esa sola nos queda a los que somos viejos, como vos y yo.

CAMILA: ¿Todavía perseveráis en perseguirme? Y en señal de paz tomá,³⁴⁸ señor Fabricio, de ese otro plato de calabazate y decidme si es tan bueno como el que vos tenéis.

FABRICIO: ¡Buena me la habéis pegado! Digo que no es tan bueno el que yo tengo, y la causa debe ser estar hecho éste de calabaza de todo el año.

CAMILA: Mejor me fuera callar.

LEONARDO: ¡Hola!³⁴⁹ Da de beber a estos señores del vino que tú sabes.

SILVIO: Y a nosotros danos de cualquiera otro vino.

LEONARDO: Por vida mía que es el señor Silvio muy malicioso: el vino es tal que yo me llevo siempre la llave dél.

FABRICIO: Mejor fuera que estuviera sin llave, porque temo que, de anejo, hieda.

LEONARDO: Dejemos burlas aparte. Veislo aquí do lo trae el criado: gustadlo, que a fe que es malvasía de Candía.

SILVIO: En verdad que es de excelente gusto y que entendí que me burlabais; y agora digo que excede a uno que tengo yo en casa que le tengo en reputación del mejor que hay en Venecia.

ALBANIO: Pues yo también tengo voto en el consistorio de Baco. Dame a beber en aquella campanilla de la otra noche, por pregonar su bondad a son de campana.

CAMILA: Mochacha: trae esas peras asadas y échales azúcar por encima. Y da primero al señor Fabricio, para sobornarle no diga mal de mujeres.

FABRICIO: Después dirán que de decir mal no se saca provecho. En verdad, señora Camila, que son muy buenas peras³⁵⁰ éstas, mas bien sé yo un pero³⁵¹ dónde está que ha más de cien años que siempre crece y se conserva, y es el pero de la deshonra; porque de las mujeres siempre dicen, aunque sean virtuosas: «En verdad que la señora Hulana es una recogida, pero es muy floja», y «la señora Hulana es muy hermosa, pero es una necia». Veis aquí el pero que tanto tiempo ha³⁵² que las mujeres lo conservan sin podrecerse, y no hay mujer ninguna que no procure tener un pero o dos éstos para su regalo.

CAMILA: ¿Todavía habéis de ser mordaz? Yo me quiero apartar de vuestro lado y oír al señor Albanio la historia que tiene ofrecida.

ALBANIO: Señora Camila: lo que yo quiero contar en favor es de mujeres. Y así, pues hemos hecho colación y estos señores me prestan oído, digo de esta manera:

348.– Tomad.

349.– Voz para llamar al criado.

350.– En el orig. y en la ed. de Bruselas: 'buen asperas'.

351.– Peral.

352.– Suplo 'ha' como arriba: 'ha más de cien años'.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

Do se cuenta el nacimiento de la reina Telus de Tartaria

EN la longísima provincia de Tartaria, llamada así por la habitación que en ella hacen los tártaros, reinaba un pernicioso rey llamado por su tiranía Titón el Cruel, y éste tenía un hijo llamado Belo, tan belicoso como el padre y el padre tan cruel y soberbio como el hijo, de suerte que ambos a dos parecían el origen de la crueldad y soberbia. Y este rey, según costumbre de tártaros, no tenía segura³⁵³ morada ni habitación, ni tampoco sus vasallos, mas solamente con mudables pabellones y tiendas se alojaban agora en montes, agora en valles, según la disposición y temperamento de las tierras, alimentándose de las silvestres fieras y indómitos animales y procurando hacer guerra cruel a sus comarcanos vecinos, de tal modo que tenían por gloria y trofeo desollar a los cautivos en ella y hartarse de la carne humana dellos, llenando los pellejos de los hombres de seco heno y colgándolos por armas en las puertas de sus pabellones, y las segadas cabezas colgadas, de los cabellos, del arzón de la silla.

Pues como este Rey cruel sojuzgase la mayor parte de la Tartaria, era tan temido de todos que sus propios vasallos le aborrecían, que a los más toscos y groseros agrada y place la guerra bien ordenada.

Yendo un día por su recreación cazando fieras por los más encumbrados montes de Tartaria, en la llanura de una muy alta montaña vio un prodigioso suceso; y fue una pequeña niña que parecía nacer de la tierra, digo, que estaba cubierta hasta los tiernos pechos de arena, y que una grande y ferocísima leona le daba sus cargados pechos a mamar, la cual así como sintió el estruendo y ruido de los caballos se puso en huida dejando a la tierna niña llorando. Y el Rey admirado de tal espectáculo,³⁵⁴ llegó con sus caballeros, la cual con harto trabajo fue desarraigada de la endurecida arena por manos del Rey tirano, el cual conociendo que no sin misterio había visto aquel monstruoso caso, procuró con grande cuidado se criase la pequeña niña, a la cual puso por nombre Telus, que significa la tierra.

Y cuando vino a ser esta niña de edad de quince años fue tan hermosa y discreta que excedía a todas las mujeres de Tartaria, y juntamente de su propio natural fue tan belicosa y inclinada a la guerra que entraba en las batallas gobernando una tropa de caballos con ánimo valeroso, hiriendo y matando a sus contrarios cuando la guerra era lícita y justa, porque de otra manera no solamente reprehendía al Rey, su adoptivo padre, mas de ninguna manera fuera a la guerra. Era amiga de la virtud y enemiga de la crueldad, en tanto extremo que muchas veces intentó de matar al rey Titón y a su hijo Belo por las muchas crueldades que usaban. Era muy plática en las cosas de guerra. Tenía sapientísimos consejos, tanto que los enemigos del Rey decían que más temían los consejos y trazas de la belicosa Telus que el poder y crueldad de Titón y de su hijo.

De suerte que, siendo este Rey capital enemigo de Climandro, rey de la Tartaria Baja, vecino suyo, hombre de contraria calidad que él, pues era pacífico, justo y virtuoso, después de largas guerras determinó de estorbarlas por medio de un muy cercano parentesco, y así, envió el rey Titón sus embajadores al virtuoso rey Climandro pidiéndole por ellos a su única y querida hija para esposa de su hijo Belo, para que por esta vía los reinos de Tartaria viniesen a ser de un poderoso rey cual sería su hijo Belo, pues ambos reyes no tenían otros hijos. Dada que fue la embajada al rey Climandro con el acatamiento que se debía a tan alto príncipe, fue dilatada la respuesta hasta el siguiente día, y en este ínterin llamó el rey Climandro a su vieja mujer Scintia y a Scintia su hija, y, dándole parte de la embajada que el rey Titón les había enviado, aguardaron la respuesta della. La cual fue más de mujer docta que no tártara, respondiéndoles desta suerte:

353.- Conocida, fija.

354.- Orig. y eds. consultadas: 'expectaculo.' Es el único caso en el orig.

—Queridos y amados padres, señores de la gran Sarmacia y por vuestros heroicos hechos llamada Tartaria: bien veo la integridad de vuestros paternos pechos y la prompta voluntad que tenéis en la colocación desta vuestra única hija, a la cual, aunque falta de merecimiento, se le debe por ser hasta agora el último eslabón de vuestra real genealogía. También miro y considero³⁵⁵ cuán justa y conveniente cosa es que me veáis colocada antes del fin de vuestros felices días en el divino tálamo del matrimonio, para que por este camino prevalezca el deseo de vuestra inmortalidad; y también echo de ver que conviene más que quede un fuerte varón por sucesor de estos vuestros belicosos reinos que no una frágil y medrosa mujer. Mas, ¡ay, que estas mismas razones os engañan!, pues ellas os incitan a dar esta única hija al mayor enemigo vuestro, sin considerar que están estas vuestras afiladas espadas tintas de la bárbara sangre dellos, y que, siendo yo memoria de sus muertes, serviría de motivo de ira y venganza más que de reina dellos. Cuanto más que bien sabéis, señores padres, que no sólo consiste la razón del matrimonio en igualdad de personas, sino también de virtudes, y que éstas carece el impío de Belo, hijo de la propria soberbia y heredero della. Si no, mirad por estos vuestros reinos cuál lo pregona la parlera Fama por más cruel que Dionisio, por más soberbio que Domiciano, por más infiel que Constante, por más vicioso que Cómodo y por más cruel que Nerón. Y con infames obras ha granjeado estos renombres, pues tiene las paredes de sus pabellones entoldadas de cabezas de hombres y su insaciable cuerpo lleno de sus humanas carnes. Pues, ¿con un transgresor de la ley natural queréis casarme y unirme? ¿Con un hombre que tiene puesta yregonada ley en sus reales³⁵⁶ que el que matare a su enemigo cuelgue la cabeza en su tienda y coma de su propria carne queréis que viva? ¡Ea, pues, amados padres! Desechad de vuestros hombros el peso de la temeridad con que lo hacéis y respondedle con grave semblante lo poco que os conviene su deseado parentesco; que muchas cosas en esta vida nos lastiman más por la flaqueza con que las resistimos y esperamos que por la fuerza con que nos encuentran.

Con esto dio fin a su respuesta la discreta Scintia, y haciendo una humilde cortesía se retiró a su aposento. No fue para el Rey su padre de poco disgusto la respuesta, por el temor que tenía al tirano Rey; mas, al último, respondió a los embajadores de Titón que tomaría acuerdo sobre el negocio y que respondería por espacio de un año su voluntad.

Llegados que fueron los embajadores con tal respuesta a Titón y a su hijo Belo, fue echar leña al fuego y mover los ánimos a venganza de los agravios que entendían que Climandro les había hecho en las guerras pasadas, y luego marchó con poderoso ejército contra el descuidado Climandro, no siendo bastante la reprehensión de Telus, su adoctiva hija, y fue talando sus vecinas mieses y matando infinidad de gamellos y elefantes y haciendo innumerables daños, y dio un valeroso asalto al pobre ejército de Climandro, matando más de quince mil soldados, prendiendo a los reyes Climandro y Scintia. A los cuales, presos en sus reales tiendas, quiso privarles de la vida para que con la muerte dellos pudiese señorearse de toda la Tartaria y Sarmacia, aunque la discreta y bellicosa Telus le contradecía en gran manera, por parecerle que pasaba ya su crueldad los límites de venganza.

Mas, como en un corazón obstinado aprovechan poco los sanos consejos, puso por obra el siguiente día el horrendo espectáculo y lastimosa tragedia sacando al viejo rey Climandro de las tenebrosas cárceles a sus reales tiendas, en donde y en presencia suya con inhumanidad increíble le hizo cortar la cabeza de aquel real tronco donde ochenta años había que se sustentaba; y quiso, para mayor crueldad, que su mujer la Reina estuviese presente a la inominiosa muerte de su

355.— Orig. y eds, consultadas: 'considerò'.

356.— Campamentos.

marido. La cual estaba esperando el mismo tránsito, y así, pasó luego por los agudos hilos de la espada del rey Titón; que es ley de tártaros que un rey no pueda ser muerto sino por otro rey.³⁵⁷

Y, no saciado de su venganza, o, por mejor decir, crueldad, quiso dar fin y remate a la prosapia de Climandro matando a la discreta Scintia, porque tuvo noticia que ella había rehusado el matrimonio. Y así, la sacó de la obscura prisión donde estaba llorosa y afligida por el ausencia de sus ya muertos padres, y, enseñándola sus muertos padres le persuadieron se casase con su hijo Belo si quería ajenarse de tal muerte. Mas ella viendo muertos sus amados padres, cobrando aliento y fuerzas de la razón que la ayudaba, les respondió en alta voz de esta suerte:

—¡Oh príncipes injustos, altivos y arrogantes! Decidme, ¿qué Furias infernales os gobiernan? ¿En qué maligno planeta nacisteis, que así, tan a rienda suelta, corréis por los encumbrados montes de la soberbia y crueldad? ¿Qué leche de tigre mamastes, qué agua estigia bebistes, que tan tiranos y impíos os naturalizaron? ¿Decendéis por ventura de áspides, basiliscos y panteras? Mas ¿qué digo? Si alguna destas fieras tuviera vuestra potestad, ¿qué más pudiera hacer de lo que vosotros habéis hecho, que es talarnos los campos, matar nuestro ejército, destruir nuestro reino y con tanta ignominia matar a mis viejos padres? Confieso que todos los vicios son malos, mas parangonados con el de la crueldad todos parecen buenos. Bien dice Arístines filósofo que los verdugos son más humanos que los tiranos reyes, porque los verdugos matan a los culpantes, mas los tiranos reyes a los inocentes. De suerte que de aquí se infiere que sois vosotros peores y más crueles que verdugos, transgresores de la ley natural, pues tenéis vuestros vientres llenos de carne humana y vuestras almas de venenosa soberbia. ¿Qué más pudo hacer, decid, Cayo Caligula cuando por su gusto mandaba que el padre matase al hijo estando la madre presente, que lo que vosotros sin temor de los supremos dioses habéis hecho? Teneisme con vida entre mis muertos padres y ¿pedirme que me case con el homicida dellos? Yo digo que antes que tal haga me daré la muerte con mis propias manos, dejando cual otra Lucrecia ejemplo al mundo. No entendáis que han de ser bastantes vuestras amenazas y crueldades a derribar el muro de mi fortaleza, que, aunque el ser que tengo es de mujer, el sujeto y ánimo es de varón, y así, os ruego una y mil veces me deis la muerte con el mayor género de crueldad que inventar pudiéredes, o con la misma aspereza que a mis padres la habéis dado; que con ella daréis fin a la prosapia de Climandro y nuevo principio a vuestra acostumbrada crueldad.

Sirvieron estas razones de Scintia, por ser escuchadas de un tirano, de espuelas de mayor ira y cólera, porque el cruelísimo Titón determinó quitarle la vida. Y para mayor venganza, o, por mejor decir, maldad, la mandó desnudar de todas sus reales ropas y la dejó desnuda para que ella, como honestísima, sintiese más aquello que la misma muerte.

Mas, como la noble Telus, hija adoptiva de este tirano, viese una inhumanidad y crueldad tan grande, instimulada de la razón y inducida de piedad, como mujer animosa hizo el más heroico hecho que mujer tártara hizo; y fue que, viendo la determinación tan tirana del Rey y de su hijo Belo, echó mano a un corvo alfanje y, estando al lado del Rey, de un fuerte golpe le cortó la cabeza, y, de temor que cual otra Hidra³⁵⁸ no produciese muchas, cortó la de su hijo Belo sin que de nadie fuese estorbada, reservando con esto la muerte a la discreta Scintia. Y, puestas las dos más crueles cabezas del mundo en su corvo alfanje, salió con ellas fuera de las tiendas, adonde a voz de trompeta hizo ajuntar todo el ejército, que pasaba de treinta mil de pelea, y, confiada en su razón y justicia, enseñándoles las cabezas les habló desta manera:

—Ya sabéis, valerosos y nobles soldados, la antigua y inviolable ley que las mujeres de Tartaria tienen; que ninguna puede llegar al divino tálamo del matrimonio sin que primero haya muerto por sus propias manos a uno de sus enemigos. Pues, deseosa yo de llegar a un vínculo tan

357.— Pero antes se leyó que al rey Climandro 'le hizo cortar la cabeza'

358.— Orig. y eds. consultadas: 'Hidia,' pero debe aludir a la Hidra de Lerna, otro de los trabajos de Hércules.

deseado, he probado el esfuerzo de mi brazo y el ánimo de mi pecho y el deseo de mi alma en dos poderosos y capitales enemigos nuestros, como es el uno el indómito y voraz Titón y su no menos hijo Belo: malos, tiranos, crueles; que, aunque eran vuestros legítimos reyes, bien sabéis cuán indignos eran de tan alta y suprema dignidad, pues no sólo os trataban con tiranía, chupando vuestra propia sustancia, sino que os gobernaban con soberbia y con luciferino instímulo transgrediendo las leyes naturales y divinas y humanas, no siguiendo el dictamen de la propia naturaleza, y, como sabéis vosotros, sus solaces y pasatiempos eran perseguir a los amedrentados, guerrear a los pacíficos, ofender a los buenos, premiar a los malos; y no sólo hacían esto con los extraños, mas con vosotros mismos se mostraban más crueles que con ellos. ¿No sabéis que han sido más crueles que Lucio Silo romano, del cual se escribe que en Roma hizo ríos de sangre humana; y más que Hipómenes, príncipe ateniense, que a su hija echó a un ferocísimo y hambriento caballo para que la comiese; y más que Artajerjes Oco, rey de Persia, que sólo por mostrarse rey cruel hizo enterrar viva y la cabeza para bajo a su propia hermana, y a más de cien hijos y nietos de su suegro hizo matar asaeteados; y más que Dionisio siracusano, rey de Sicilia? Mucho más y más han sido estos vuestros indignos reyes, pues no solamente hacían matar a los hombres con mil géneros de tormentos, mas os los hacían comer a pesar vuestro, quitándoos la ración de vuestro sueldo para que forzados de la hambre lo hicieseis. ¿Qué os parece, pues, valientes y animosos soldados, la poca ocasión que el rey Climandro ha dado a nuestros reinos para que así, no solamente a él, mas a su mujer y hija persiguiesen, arruinasen y matasen? ¿Hay acaso alguno de vosotros que me diga «Razón tuvieron» o «Justamente lo han hecho»? No es posible que pueda haber alguno sino que esté catecismado de sus costumbres y maldades. Sola soy yo la que, inducida y forzada de lo que cada uno de vosotros sé que estáis confirmando por bueno, quise desarraigar de raíz esta hidrópica crueldad de vuestros reyes privándoos de la vida, ya que en ella no han sido bastantes mis razones. Y así, veis aquí atravesadas en esta mi recta espada³⁵⁹ las dos más injustas y empinadas cabezas de Tartaria, las cuales os presento para que con ellas hagáis treguas perpetuas y paces insolubles; que aun dudo que muertas como están consientan tales medios, según han sido enemigas de la caridad. Y si es verdad, como dice el filósofo, que ningún mal hay que de bien no tenga alguna parte, esta muerte de estos cuatro príncipes por fuerza ha de traer alguna quietud y paz a estos reinos, que es el bien de los bienes, y este será el fin de las guerras civiles de Tartaria. Ya sabéis la humilde decendencia de mi linaje y la nobleza de mi madre, que es la propia tierra, pues en sus propias entrañas fui criada y della producida, y así, como no conozco otra madre sino a ella, tengo por presagio infalible que la tierra, cansada de sufrir y sustentar tanta crueldad y tiranía sobre ella, me produjo para que como buena hija la aliviase de tan grave peso matando a los tiranos reyes que la tenían estéril y abrasada con sus injustas y continuas guerras y crueldades. Pues veis aquí, valerosos soldados, desechado vuestro temor, reducida vuestra libertad: agora elegí rey que sepa gobernarse a sí mismo y que sepa mostrarse antes terrible con amenazas que con punición, y un rey que sea antes conocido por el bien del ánimo que por los oros y riquezas ni vestidos, y un rey que menosprecie su propia ganancia y que se avenga con sus súbditos como el pastor con las ovejas. Y esto es lo que os encargo muy encarecidamente, y con esto entré en vuestro acuerdo y volvedme la respuesta por término de veinte y cuatro horas.

Dando fin la valerosa Telus a su compendiosa plática, respondieron todos a una voz:

—Otorgamos lo que hiciste por bien hecho, pues nos libraste del yugo tan pesado de la tiranía y crueldad en que muchos años estábamos rendidos y sujetos.

Retrayéndose, pues, la sagacísima Telus a sus reales tiendas, entraron luego en acuerdo todos los capitanes, coroneles, maeses de campo, jueces y gobernadores, y entre ellos hubo diversos

359.— Despiste del autor, pues antes escribió 'corvo alfanje,' y por dos veces.

pareceres sobre a quién darían el título y ceptro de rey: costumbre de tártaros, que la común³⁶⁰ da patente a los reyes. Hubo muchos que decían que se le diese a la belicosa Telus, prosuponiendo su audacia, sagacidad y consejo, esfuerzo y valentía, y hubo otros que con muchas veras porfiaban no se le diese, dando por razón que no procedía su generación de reyes, mas antes se sabía que como bastarda y indigna de la materna leche había sido echada a los montes; que por bueno que sea un hombre siempre tiene enemigos envidiosos.

Y hubo otros que con más eficaces razones decían se le diese el ceptro y corona a la discreta Scintia, como a hija única y legítima del rey Climandro, perteneciéndole de drecho humano y divino, como más propincua heredera de los reinos de Tartaria. Y, cuadrándoles a todos o a los más estas justas razones, salieron unánimes y conformes de elegirla por reina, y así, con grande alborozo fueron a las reales tiendas a darle el ceptro y corona. Y ella que estaba ajena desta novedad, quedó casi espantada del nuevo ofrecimiento; mas, como mujer agradecida, sintió muchísimo que no hubiesen elegido a la valerosa Telus, por conocer que lo merecía con muchas ventajas más que ella, y así, les hizo a todos un largo razonamiento o súplica rogándoles eligiesen a Telus por su única reina y señora, anteponiéndoles su mucho valor, virtud y diciplina y consejo que así en gobernar en la paz como en la guerra tenía; mas no fueron de momento³⁶¹ sus razones porque, al último, eligieron a ella.

La cual aceptó el cargo y dignidad con protestación que pudiese ella elegir y nombrar de luego para después de sus días, si acaso feneciese sin hijos que heredar pudiesen, rey que le sucediese en el reino. Todos le complacieron en esto y juraron de guardarlo y cumplirlo. Y, acabadas que fueron las prolijas y largas cerimonias que los tártaros tienen en semejante elección, hicieron costosísimas fiestas y militares juegos por toda la Tartaria proclamando el nombre de su reina Scintia. Y ella, como grata a los servicios y beneficios recibidos de la discreta Telus, hizo un hecho de los más ejemplares de agradecimiento que se ha oído jamás; y fue que hizo elección para después de sus días en la belicosa Telus, haciéndola jurar por tal de todos los nobles del reino con la condición propuesta, que es faltándola a la reina Scintia herederos propios.

Y después de hecho este ejemplo de agradecimiento hizo otro mayor, que parece que excede y pasa los límites de la gratitud, que fue darse ella misma la muerte con un vaso de ponzoña para que quedase su amiga Telus reina y señora de lo que tan justamente merecía, queriéndole pagar con esto el beneficio tan grande que le había hecho en librarla de la muerte dándola ella a sus adoptivos padres.³⁶² Y así, al veinte y un día de su coronación³⁶³ la hallaron muerta en su aposento, dejando escrita de su mano una carta en la cual de nuevo dejaba su reino a la valerosa Telus, y hablando con ella decía que, aun con darse la muerte por darle a ella el reino, no podía acabar de pagar lo mucho que le debía.

La cual muerte fue de mucho sentimiento de la nueva reina Telus y de todo su reino, por ver que era el último eslabón de la genealogía de los reyes tártaros; mas, al último, fueron luego a obedecer a la que ya tenían jurada por reina, y ella con pocas muestras de contento recibió la corona y gobernó los reinos veinte y tres años con mucha rectitud y equidad; que no fue poco para gente tan poco política³⁶⁴ y bárbara. Y lo primero que hizo fue escudriñar su decendencia, y así, dicen que fue personalmente al monte donde la hallaron en su niñez y, cavando en muchos sitios, en el uno dellos hallaron muchos güesos humanos, que por hombres especulativos³⁶⁵ fueron

360.– Comunidad, asamblea.

361.– De consideración.

362.– Despiste del autor: Telus degolló a su padre y hermano.

363.– Orig.: 'coranacion'

364.– Civilizada.

365.– Analistas, expertos.

conocidos ser de mujer, de donde se infiere que los tales güesos eran de su madre, a la cual en aquel sitio y lugar le tomó el parto, del cual con la inclemencia del tiempo murió, y los grandes torbellinos de aire y la mucha arena que ellos llevan cubrieron y enterraron el cuerpo della y casi todo el de la hija.

Y ésta es, en suma, la historia de la reina Telus de los tártaros, tan afamada. Quien quisiere ver los heroicos hechos que siendo reina hizo, lea a Juan de Vespure,³⁶⁶ flamenco, hombre de peregrino ingenio, de quien yo saqué todo lo que os he contado.

LEONARDO: Digo, señor Albanio, que la historia está preñada de mucha doctrina y moralidad, y de algunos dubios³⁶⁷ harto dificultosos a mi parecer. El primero que a mí se me ofrece es saber si fue prudencia la de la infanta Scintia en no haber consentido en el casamiento que los dos tan contrarios reyes deseaban, pues había de ser el medio más eficaz para las paces y quietudes de aquellos reinos; que aunque es verdad que en la respuesta que ella dio a sus padres trae algunas urgentes razones, no son tan fuertes que me satisfagan.

ALBANIO: Sí fue prudencia, y no poca, porque no se restaure bien un daño ni se ataja bien un mal si para atajarlo se ha de hacer otro mayor mal. Dígolo porque si Scintia se casara con Belo fuera imposible sufrir las crueldades de su marido, y así, sin duda Belo matara a Scintia o Scintia matara a Belo; y cuando eso no fuera, jamás hubiera vida pacífica en la casa de la propia guerra; y así, dice Isidero teólogo que para ser bueno el matrimonio son necesarias tres cosas: linaje, fe y amor. Verdad es que el linaje era igual, mas la fe era diferente en gran manera, pues Belo tenía por fe, según sus obras, que las crueldades y tiranías eran felicidades, y Scintia, que la mansedumbre y misericordia; pues el amor claro está que, habiendo esta disonancia, que menos se concordaba. Y el amor entre los casados es tan natural y tan debido que cuando, olvidándose desta deuda tan debida del amor, diere en aborrecimiento, demás de trasegar el orden de la gracia y de naturaleza, sin duda tendrá mil desgracias en esta vida y triste fin en la muerte. Y es tan debido el amor entre casados y tan forzoso y necesario, que sin él será la vida una muerte y el matrimonio un infierno; y como es cruz que se ha de llevar hasta la muerte, si es tan pesada como fuera la de Scintia con Belo no hay duda sino que diera con la carga en el suelo.³⁶⁸ Y así, hizo bien Scintia de desechar la corona de dos reinos a trueque de no casar con un hombre tan cruel y tirano; que el matrimonio que se hace por respectos del mundo siempre tiene no sé qué sabor de mundo; y es menos perfecto si se hace por interés o hermosura o sensual deleite, porque en acabándose cualquiera destas cosas se acaba el amor. Y, si es menester, fue medio el no haberse casado para que estuviesen más en paz los reinos con la muerte del cruelísimo Titón y su hijo.

LEONARDO: Sí, mas fue por medios muy dañosos, pues el desdichado rey Climandro y su mujer murieron a manos de la propia crueldad, porque la crueldad dellos más era de bestias fieras que de hombres.

FABRICIO: ¡Paso, señor Leonardo! Que no encarecéis bien la crueldad del hombre por ese término, porque mayor es la crueldad del hombre que la de una fiera. Y si lo queréis ver leed Aristóteles en las *Éticas*, que dice: «Tanto una fiera es más cruel y dañosa cuanto por el ingenio y voluntad abunda y tiene más modos de dañar». Pues, siendo esto así, ¿qué bestia hay en el mundo tan feroz y tan severa que tenga ni invente tantos modos y maneras de dañar y hacer mal como el hombre? Y aun digo más: que, junta la ferocidad de muchas bestias, no es bastante para inventar tantos géneros de tormentos y atrocidades como un solo hombre, y así, puede ser el hombre más cruel que las fieras. Mirad si es razón que huigamos de los hombres crueles más que de un toro, de un tigre y de un león, y que de otras fieras más bravas; porque éstos tales hombres,

366.- Aún hoy se mantiene la incógnita de quién pudo ser este autor.

367.- Interrogantes, dudas.

368.- Se rindiera, fracasara. La expresión está tomada del comportamiento del mulo.

cuando no hallan con quien mostrarse crueles, lo son con sí mismos. Y así, dice Julio Pólux³⁶⁹ que el rey cruel es tirano a sí mismo; y, como dice Homero, es soberbio y difícil de atraerlo al bien, y iracundo y causador de todos los males que se hacen en su reino. Pintaban los antiguos a la Tiranía en forma de lechuza; hase de notar que así como esta ave anda de noche y a escondidas, así los que tratan de tiranizar las repúblicas siempre veréis que tienen sus consejos como de noche y a oscuras, procurando que nadie entienda sus mañas y traiciones. ¡Dios os guarde cuando va ciego el cochero deste cuerpo! Porque dijo un filósofo antiguo que el cuerpo del hombre era un carro llevado de dos caballos, conviene a saber, odio y amor; pero, porque eran desbocados, les había dado la providencia divina un cochero muy discreto, que era la razón, y si éste ciega, considerad cuál andarán los caballos por mil despeñaderos, mostrándose más crueles y tiranos que las fieras que habemos dicho.

FABRICIO: Muy bien lo habéis probado. Mas, dejando eso aparte, digo que fue grandísimo el ánimo de la reina Telus, pues se atrevió a cortar las dos cabezas de dos tan animosos hombres sin temor dellos; y no menos me pone admiración cómo pudo matar a los dos sin que el uno dellos no se defendiese viendo que mataba al otro.

ALBANIO: No es menos sino que fue grandísimo ánimo y valeroso hecho. Mas tiene tal fuerza la justicia y razón, que en el más acobardado pecho influye ánimos invencibles y fortaleza inespugnable y le hace salir con la empresa que pretende; cuánto más hará en pechos que de suyo son animosos y magnánimos, como era el de la reina Telus; y, por el contrario, la sinrazón y la injusticia enviste³⁷⁰ un temor y cobardía en el pecho más acerado del hombre, y así, no es de admiración el haberlos muerto a entrambos sin que el uno dellos se defendiese. Y a respecto desto os diré un hecho notable del rey Andrés de Hungría que en tiempo del papa Honorio Tercero hizo, confiado de la justicia y razón que tenía. Y fue que, teniendo ejército contra su hermano, que se le había levantado con el reino, y al tiempo que le quiso dar la batalla salió solo de su ejército y tienda con su espada desnuda en la mano, y solo, armado de confianza y justicia, entró por el ejército de su hermano diciendo a grandes voces: «¡Quiero ver agora, traidores, cuál de vosotros será osado de poner las manos en su rey y señor!». Las cuales palabras fueron de tanta eficacia que, sin que nadie osase alzar el rostro tan solamente a mirarlo, allegó a la tienda de su hermano y le cortó la cabeza y con ella se tornó a su campo, y todos le vinieron a besar las manos y él los perdonó a todos.

LEONARDO: Digo que fue valeroso hecho. Mas ya sabéis que los hechos más fuertes de mujeres son más notables porque son de sujeto más flaco. Y así, diré de Irene, emperatriz de Constantinopla, la cual siendo viuda hizo un extraño hecho contra su único hijo Constantino el Sexto, emperador, porque perseguía a las imágenes. Y fue que Irene su madre se levantó contra él y le hizo prender con mucha cautela, y ella misma con sus manos le sacó los ojos con un hierro ardiente, y así, ciego y desventurado lo puso en prisión, adonde murió de rabia y coraje. Por cierto que es cosa digna de consideración que una mujer flaca osase emprender una tan valerosa hazaña y, olvidando las leyes de naturaleza, hiciese morir a su propio hijo tan cruelmente, si crueldad se puede decir un tan justo castigo.

SILVIO: Digo que fue hecho notable. Mas también escribe Joseph, *De Bello Iudaico*, otro tan admirable y algo más. Y dice que el pontífice Hircano salió de Jerusalén con grande ejército contra el tirano Tolomeo, el cual le tenía usurpado un castillo y dentro dél a su madre y hijos, y, pusiéndole el cerco para conquistarle, se vio muy apretado el tirano, y así, sacaba a la madre del Pontífice y sus hijos en la parte más alta del muro, adonde fuesen vistos por todos, y allí los azotaba cruelísimamente, amenazándole al pontífice Hircano que si no levantaba el cerco en la misma

369.– Orig. y eds. consultadas: 'Ploux'

370.– Reviste, imprime.

hora, los echaría del muro abajo. Este lastimoso caso movió al Pontífice a misericordia y temor más que a ira ni saña, pero su madre, no desanimada por los azotes y muerte que le daban a ella y a sus hijos cada día en la muralla, alzando las manos al cielo daba voces rogando a su hijo el Pontífice no tuviese compasión della ni de sus hijos, ni levantase el cerco por eso, porque más quería morir de aquella suerte que no que quedase el tirano Tolomeo sin castigo. Y así, esto fue parte para no levantar el cerco y recuperar el Pontífice el castillo, aunque con muerte de su madre y hermanos.

LEONARDO: Digo que es el más notable hecho de mujer que yo he oído en mi vida; porque si otras mujeres hicieron hechos afamados matando a sus enemigos con valeroso ánimo, hase de notar que esta mujer hizo el hecho en sí misma, sufriendo muerte con martirio por que muriese un traidor y tirano; porque, al fin, no hay hombre tan justo a quien su propio amor no le haga alguna vez volver atrás.

FABRICIO: Yo digo que merece esa mujer una corona cívica de roble por tan ilustre hecho. Mas la infanta Scintia fue un vivo ejemplo de agradecimiento y amistad, pues ella se dio la muerte con veneno por dejar el reino a su amiga Telus. Que Pílates quisiese ser muerto por Orestes, y Orestes por Pílates, y que cada uno jurase ser el condenado a muerte no me admira; ni que los poetas fingiesen que Teseo y Piríteo habían decendido juntos al Infierno a hurtar a Proserpina tampoco, porque es más dejar el ceptro y corona de dos reinos con la vida que no todo lo que esos otros hicieron.

CAMILA: Huélgome, señor Fabricio, que se han dicho dos ejemplos heroicos en favor y excelencia de las mujeres. Mas, por que quedemos pagados,³⁷¹ yo diré otras dos en favor de los hombres; y la una cuenta Apio Alejandrino en el libro cuarto de las *Guerras Cívicas*, y dice que, siendo Opio desterrado de Roma a la isla de Sicilia y confiscados sus bienes, quedó tan pobre cuanto viejo, porque era de edad de ciento y quince años, por lo cual no se podía sostener sobre sus pies; y así, su hijo lo llevó de Roma a Sicilia³⁷² sobre sus hombros, habiendo cuatrocientas millas, y teniendo noticia en Roma de un hecho tan piadoso, le levantaron el destierro y el hijo fue hecho edil de Roma. También escribe Valerio Máximo, en la historia del rey don Pedro el Cruel cuando se levantaron los grandes contra doña Blanca de Borbón, y dice que fue un platero condenado a muerte por don Pedro el Cruel, y su hijo, mancebo de edad de veinte y cuatro años, fue ante el rey don Pedro y, postrado de rodillas, se ofreció a la muerte por su padre, y, visto el Rey muerte con tanta súplica, ahorcó al hijo y soltó al padre: cosa digna de memoria y heroicos hechos de hijos por sus padres.

LEONARDO: Dejando eso aparte, digo que fue prodigioso caso el nacimiento de la reina Telus, y que sin duda alguna debió de ser de la manera que la habéis contado.

FABRICIO: También pudo ser de otra suerte y suceder de otra manera; porque la leona que la alimentó con sus pechos pudo haberla traído de algún cortijo o majada de pastores y puéstola en aquel sitio; porque escriben los naturales que, estando la leona ajena de sus cachorrillos, cargados los pechos de leche busca los de cualquiera animal, y en particular del racional si está postrado y rendido en el suelo, como sin duda lo estaba la reina Telus en aquel tiempo; que, como escribe Aristóteles, tiene el león en sí tanta majestad que, aunque ande muerto de hambre buscando a quien devorar, si se le rinde y postra por el suelo un hombre no le hace daño alguno; y si por suerte es niño o niña con mucha más mansedumbre y clemencia se trata,³⁷³ pues huye el rostro por no espantarlos con su vista, mas antes, como si tuviese honra y presunción, pasa sin volver la cabeza ni hacer ademán alguno. Y así, es de creer que, siendo niña la reina Telus y viéndola tan humilde en su niñez, la trataría con mucha benignidad.

371.– Satisfechos.

372.– Orig.: 'Cicilia'; pero lémos 'Sicilia' unas líneas antes.

373.– Se comporta.

LEONARDO: Bien pudo ser lo que vos decís, porque mucha más mansedumbre hay en el león de lo que los hombres piensan. ¿Quién creyera que el león y la oveja, siendo de tan contrarias especies, fueron madre y hijo? Pues cuenta esta monstruosidad de naturaleza Ludivico Celio en sus *Leciones Antiguas*, diciendo haberlo leído en autor aprobado; que una oveja parió un león perfecto, sin parecer en cosa a la madre: cosa harto admirable. Y así, no es de maravillar que la leona diese leche a la reina Telus y que de ese modo la sustentase. A propósito cuenta Plinio que una esclava de Getulia, huyendo della y después traída a Roma, dijo que estando huida ella en las montañas mitigó la furia de muchos leones mostrándoseles muy humilde, hambrienta y rendida: cosa parece increíble, mas es, al fin, naturaleza del león. También se entorpece con cualquiera liviana cosa que le echen en la cabeza y le cubran el rostro, porque se cuenta que en tiempo del imperio de Claudio un pastor de Getulia, siendo acometido de un león, le echó encima los ojos su vestidura y así reprimió su fiereza.

ALBANIO: De justicia se le debía la corona a la discreta Telus, pues le venía de naturaleza, pues se sustentó con leche de leona, que entre animales ellos son los reyes, y así, de sus vedijas³⁷⁴ nacen con corona; y también porque la tierra, madre universal, la abrigó y preservó de la inclemencia de los otros elementos.

LEONARDO: Bien tenéis razón, señor Albanio, en decir que la tierra es madre nuestra, pues della fuimos formados y a ella volvemos; que bien lo sintió esto aquel romano llamado Bruto cuando fue con su hermano al oráculo de Apolo a pedir le declarase cuál de los dos sería emperador, y le fue respondido del oráculo que el que primero besase a su madre ése había de ser emperador. El uno fue corriendo a casa a besar a su madre, mas Bruto, aunque no en los hechos, se echó en el suelo y besó la tierra como buen filósofo, diciendo que esa era su verdadera madre, y así fue Bruto emperador de romanos.

SILVIO: Cierto que lo sintió bien ese emperador, porque es cierto que la tierra no solamente es nuestra madre, mas lo es de todo lo natural, y así lo sentían los romanos, como lo afirma Alexander ab Alexandro y Varrón y Nonio,³⁷⁵ diciendo que, en naciendo el niño, las comadres lo tendían en la tierra, dando a entender que de aquélla era hecho y que en aquélla había de parar.

FABRICIO: Pregunto: pues es madre universal, ¿qué es la causa que, siendo el elemento más lejos de la virtud de los cielos y de sus astros, engendra, cría y produce tanta diversidad de plantas, tantas especies de animales, tanto oro y plata, tanta excelencia de piedras y tanta infinidad de cosas, si sabemos por verdadera filosofía y por razón natural que todo aquello que es más lejos de la virtud participa menos della?

LEONARDO: Respondo a eso que la tierra, por estar tan distante del cielo y de sus astros, en sí misma es la más gruesa, fría y baja, y la más ajena de vida; empero, por estar en el centro unida, recibe unidamente en sí todas las influencias y rayos de todas las estrellas, planetas y cuerpos celestes, y aquí se complisionan de tal manera atrayendo la virtud de los elementos; así que, criando en sí todas las cosas que habéis dicho, viene a ser madre universal de todos.

CAMILA: Muy bien se ha ventilado esta historia, mas diga el señor Silvio alguna historia de las muchas que tiene leídas.

SILVIO: Basta por esta noche lo platicado, que, aunque es verdad que a mí tocaba decir algo, vos, señora Camila, habéis suplido por mí defendiendo vuestro género. Y perdonadme, que no os quiero dejar con mala boca.

CAMILA: En eso seguid vuestra voluntad, que yo mucho holgara oíros, porque me dicen que todas vuestras historias son de vidas y costumbres antiguas con vocablos presentes.

374.- Melenas.

375.- Orig. y eds. consultadas: 'Ynonio'. Entiendo que se refiere a Nonio Marcelo.

SILVIO: Señora: en eso siguo³⁷⁶ el parecer de Bartolomeo Casane, que dice en la prefación de *Catálogo de la gloria del mundo* que el lenguaje ha de ser de vocablos presentes y la vida de costumbres antiguas, y así, en el decir y hacer deseo seguirle.

ALBANIO: Ya es tarde, señores: vamos a nuestras casas, que el cierzo parece que se entona. Y quedemos de acuerdo que mañana a la noche vamos a casa del señor Silvio.

SILVIO: Dios sabe lo que siento el no poder recibir esta merced, porque se me ofrece el ir mañana de camino a la ciudad de Milán y es negocio forzoso. Mi detención será ocho días, que para mí será mil años por ajenarme de tan buen entretenimiento.

LEONARDO: En verdad, señor Silvio, que no ha de pasar adelante nuestro entretenimiento sin vos, y que de mi parte os tengo de aguardar con mucho deseo de oír cosas nuevas de esa ciudad.

ALBANIO: Yo soy de ese parecer, porque sin vos no valemos nada.

FABRICIO: En este ínterin leré³⁷⁷ yo algunas historias que poder contar. Y así, nuestro Señor sea con vos y os traiga con bien.

SILVIO: El mismo sea con vosotros. Mochacho: enciende esa hacha y no vayas muy lejos de nosotros. Quedaos con Dios, señor Leonardo y señora Camila.

CAMILA: A Dios.

FIN

376.– Así en el orig. y eds. consultadas. Es variante anticuada, que se lee, p. ej., en la *Gramática castellana* de Nebrija. No hay ningún 'sigo' en el texto.

377.– Leeré.

TABLA DE LOS CAPÍTULOS QUE EN ESTE LIBRO SE CONTIENEN

Capítulo Primero. Do se cuenta la pérdida del navío de Albanio	152
Cap. 2. Do se cuenta cómo fue descubierta la fuente del Desengaño	161
Cap. 3. Do se cuenta el incendio del galeón de Pompeo Colona	172
Cap. 4. Do se cuenta la soberbia del rey Nicíforo y incendio de sus naves, y la arte mágica del rey Dárdano	181
Cap. 5. Do se cuenta la justicia de Celín Sultán, Gran Turco, y la venganza de Zaida	192
Cap. 6. Do se cuenta quién fue el esclavo Bernart	201
Cap. 7. Do se cuenta los trabajos y cautiverio del rey Clodomiro y la <i>Pastoral de Arcadia</i>	212
Cap. 8. Do se cuenta el nacimiento de Roldán y sus niñerías	225
Cap. 9. Do defiende Camila el género femenino	237
Cap. 10. Do se cuenta el nacimiento de Carlo Magno, rey de Francia y emperador de romanos	243
Cap. 11. Do se cuenta el nacimiento de la reina Telus de Tartaria	255

FIN

EN PAMPLONA

Impreso por Carlos de Labayen

Año MDCIX